

Para
Luz María

No hace mucho que nació el hijo de Eric. Se llama Felipe. -Dentro de veinte años -dice -yo voy a contarle las cosas de ahora. Le hablaré de los amigos muertos y presos y de lo dura que era la vida en nuestros países, y quiero que él me mire a los ojos y no me crea y me diga que miento. La única prueba será que él estuvo aquí, pero ya no recordará nada de todo esto. Yo quiero que él no pueda creer que todo esto fue posible alguna vez. Quiero que me diga que este tiempo no existió nunca.

Eduardo Galeano.

Los Mapas Secretos
de América Latina

A modo de explicación:

El Movimiento que precipitó la caída del general se inicia, como lo sabe todo el mundo, un primero de Mayo. Los hechos relatados en estas páginas ocurren inmediatamente antes. Esto no significa, de ninguna manera, que organizaciones como MAPA y otras hayan desaparecido junto con el término de ellas.

Es necesario tener esto en cuenta.

Lo que sigue es un intento de reproducir un episodio, como muchos, que rescatan para la historia que está por escribirse el esfuerzo que ciudadanos anónimos hicieron para impedir la perpetuación de la tiranía o su reemplazo por un régimen peor.

Sería ocioso destacar la monstruosidad de una guerra civil, lo que no lo es, sin embargo, es destacar la responsabilidad que en su gestión le cabe a un grupo de hombres inescrupulosos.

Cuando realmente se escriba una historia de la represión esas responsabilidades serán develadas con toda la crudeza que merecen. Por lo pronto debemos contentarnos con lo que parece ficción sin serlo. Porque también tiene valor testimonial.

1.-

Ese día había sido un día feroz, difícil. Un día de mierda. La estufa de parafina que está en el pasillo, frente a la oficina principal se había inflamado y burlándose de la costosa y ridícula propaganda, ^{nos había metidos a comprarla} que había hecho que la compráramos, casi incendia todo el edificio. Y en estos tiempos un editor menesteroso no puede pagar un seguro contra incendios.

Más tarde el cretino del corrector de pruebas nos había entregado el libro de poesías de la Violeta con errores hasta en el lomo y Gustavo, mi contador, más preocupado de las piernas de Loreto, mi secretaria, que de la contabilidad de mi oficina, le había pagado con un cheque al día. Que, desde luego, ^{habría} ~~habría~~ que cubrir.

Recuerdo que al mediodía, después que se oyeron las palomas que vuelan con el cañonazo del cerro Santa Lucía, me llamaron de la librería La Jaula. Un calefactor de aceite se había vaciado sobre los cinco paquetes de 'Meditaciones sobre la Literatura Chilena Actual' de Bernabé Santos. La Jaula no se hacía responsable pues aún no habían sido facturados de tal manera que si queríamos el pago, estábamos obligados a reponerles los ejemplares. A mi, particularmente, la Bernabé Santos me irrita de sobremanera, pero necesitaba la plata y mal que mal en cada envoltorio iban doscientos ejemplares.

Antes de almuerzo mi socio, Gaspar, me avisó por teléfono que le habían avisado por teléfono que mi hijo, Jorge, estaba detenido en la tercera comisaría de carabineros. Se lo habían llevado desde el campo oriente de la Universidad Católica por promover disturbios. No se porqué le avisaban a él, pero no podía dejar de dudar acerca de la causa de la detención de Jorge. A la pasada me aconsejó que no pusiera tantos ejemplares por bulto de encomienda y yo le contesté que no era culpa mía que la monografía de la Bernabé tuviera apenas doce páginas. Eso era culpa de la Bernabé y de la literatura chilena actual.

Para ser sincero, sin embargo, hay que reconocer que el día se fue arreglando. A las cuatro de la tarde soltaron a Jorge y fui informado que, por esta primera vez, la Facultad no tomaría medidas en su contra. No lo agarré a patadas porque casi nunca lo hago y también porque en el fondo estaba esperando que alguna vez se pusiera los pantalones. Claro que no supe hasta después que no lo habían sancionado porque sólo lo habían sorprendido fumando marihuana y no en el grupo disidente. A esos los relegaron al altiplano una semana más tarde.

A las cinco me pasó a buscar Cecilia, me dijo que le habían pagado el turno y que me invitaba a comer ravioles por ahí. A las seis y media me llamaron desde México para preguntarme si era verdad que teníamos los derechos exclusivos de traducción de la 'Esquizofrenia Vernacular' de Biedermann, que el pelotudo había escrito en alemán y les dije que sí y que no los soltaba por menos de quince mil dólares.

Pero claro, a las siete se puso a llover y una gotera se derramó, altiro, encima de la Olivetti eléctrica, de segunda mano y sin garantía. Por supuesto Loreto la había dejado enchufada y se produjo un cortocircuito de treinta mil pesos. Yo empecé a desconfiar de mi buena suerte, que hasta ese instante se reducía a los ravioles de Cecilia y al llamado desde México y me di cuenta que había sido una mera ilusión cuando a las ocho de la noche, empapado y sucio entró a mi oficina sin anunciarse (Loreto estaba hablando por teléfono con el técnico de la compañía de electricidad tratando de explicarle la razón por la cual la Olivetti tenía la conexión a tierra amarrada a una perilla del escritorio y no en el enchufe apropiado) el poeta Bernales.

No me gusta como escribe el poeta Bernales. Es demasiado lógico en sus poesías. No obstante Bernales no es tonto y no puedo creer que no entienda que cuando le digo que por ahora no, que no hay cabida para sus poemas, que la editorial está copada, que más adelante, eso significa lo que significa en todas las editoriales. Es decir que no le vamos a publicar sus poesías, ni ahora ni posiblemente nunca. Pero Bernales es refractario a este tipo de verdades. Se despide agradecido, me promete que yo tendré una opción preferencial por sus trabajos y que regresará luego, luego a mostrarme sus últimas y mejores creaciones.

Después de esas visitas yo quedo sumergido en una atmósfera de fracaso. Me dan ganas de mandar la editorial al diablo, volver a mi

antigua tienda de artículos de escritorio y poder reirme de Bernales sin provocar sentimientos de culpa. Si la historia se escribiera antes y no después, con seguridad esas ganas de reir me habrían abierto la úlcera que tengo en el duodeno.

Pero cerca de la nueve tuve un resurgimiento de esperanza y vislumbré una noche cálida con Cecilia. A esa hora estábamos cerrando con Gustavo cuando llamó de nuevo Gaspar para anunciar que Marcelo Chiriboga, el escritor del fallecido boom, había dado el sí por telex y que sus dos últimos cuentos eran nuestros. Me reí solo, aumentando las sospechas de Gustavo de que yo estaba loco. Pero es que Chiriboga son diez mil ejemplares. Mañana temprano llamaría a la Financiera Exito, a su oficina de relaciones públicas, para rechazar el pedido de impresión de seis mil calendarios.

A las diez en punto de la noche, en la esquina de Ahumada y Agustinas me encontré con Catorce. A Cecilia le decía Catorce desde el día en que la había conocido. Fue en casa de su padre, un conocido traumatólogo a quien mi editorial Gérmén le había editado una monografía sobre fracturas de fémur. Yo era el invitado número trece y el viejo era supersticioso. Hizo sentarse a mi lado a su hija menor, estudiante de medicina. La Catorce me gustó instantaneamente.

Catorce estaba radiante, con sus pequeños ojos que brillan como bolitas de cristal, su cara moteada de pequeñas pecas y su pelo recogido en una trenza encima de la cabeza.

-Esta noche pago yo -me dijo.

Y me contó que se había decidido a cobrarle al residente las dos noches en que lo había reemplazado. Catorce ya era interna en el hospital San Juan. Que no era mucha plata, pero que alcanzaba para un plato de ravioles y un jarro de vino.

No sé que se pensará de mi. Con certeza de que soy un idiota. Pero desde que tengo la editorial hay ocasiones en que no tengo ni para pagar un plato de pastas a Catorce. Cuando vendía cuadernos y lápices Bic nunca me faltó nada, pero me aburría como una puerta y estaba bordeando la obesidad. Y todo tiene su límite, hasta mi pasión por la comida italiana.

Estábamos ya sentados frente a una mesa en el Da Corso, habíamos

ordenado nuestras lasañas, lo de ravioles es algo más bien simbólico, cuando entró al local, acompañado por una ráfaga de viento frío y lluvioso, Bautista Bueno.

No he vuelto a ver a Bautista Bueno desde aquella noche. Pero el encuentro en el Da Corso fue tan significativo que hasta el día de hoy se me atraganta el queso rallado.

Bautista Bueno era un arquitecto conocido por su originalidad y audacia. Era además un escultor notable que había ganado el primer premio en el Salón de Arte Moderno en Nueva York en 1973 y aunque era poco prolífico, se decía que con su arte había hecho una fortuna. Alguien me dijo, una vez, que la escultura premiada, que él llamara ^{Bautista} Laberinto, fue subastada después en más de cien mil dólares. También se sabía que Bautista era un solitario, que vivía solo en una parcela en el Arrayán y que odiaba al general. En la Universidad lo habían perseguido, los decanos obsecuentes y mediocres de la Facultad de Arte habían logrado expulsarlo, pero nadie le había podido quitar el odio que llevaba adentro, que expresaba magistralmente en sus esculturas de piedra y que se originaba en el asesinato de su mejor amigo en ^{La Casa de Gobierno} La Moneda, el día del golpe de Estado.

Yo lo conocía de mis tiempos en el Instituto Pedagógico, en los años de mis interrumpidos para siempre estudios de periodismo. Bautista asistía a unos cursos dispersos de antropología y se había enamorado de mi hermana. El ya era un brillante alumno de arquitectura y yo apenas un soñador, pero nos hicimos bastante amigos. Bautista, por lo demás, jamás tuvo un pensamiento político ordenado y si hubiera nacido en Francia se habría inclinado por el partido ecologista u otro parecido. Era un excéntrico. Por fortuna su relación con mi hermana no prosperó, porque con las excen-tricidades de ella habrían destruído al planeta.

Desde que nos hicimos adultos nos visitamos una que otra vez. Cuando me casé esa relación se hizo más mezquina, pero cuando conocí a Catorce pensé que ella tendría que conocerlo algún día.

Antes del Da Corso lo había encontrado en el café Haití y habíamos compartido un abrazo y un par de cafés. Había estado fugazmente casado con una dueña de casa que apagaba sus cigarrillos Windsor en las concavidades de sus piedras y que utilizaba sus bo-

cetos de granito finlandés para limarse las uñas. También se separó sin estridencias y estuvo tentado de radicarse en el extranjero. Al final, como todos los que sólo tienen el alma vagabunda, se había quedado en Chile.

Bautista es un hombre de estatura mediana, de brazos largos y gruesos. Tiene una nariz grande, apenas partida en la punta y una barba castaña y bien cuidada. Sus ojos grises permanecen siempre inmóviles bajo la sombra de unas cejas cargadas y sus pupilas enormes abarcan, sin duda, todo el contorno.

Esa noche se quedó un rato de pie junto a la puerta, (casi bajo el umbral,) estilando agua de su impermeable oscuro y sólo cuando nos vió, en un rincón, se decidió a entrar. Era indudable que me andaba buscando. Me saludó sin traslucir ninguna excitación y pidió media botella de vino blanco, frío. Se mostró entusiasmado con Catorce y le dijo que conocerla era una extraordinaria experiencia para un modesto escultor. Como queda claro, Bautista estaba contento y hasta seductor. A mi no me molestó en absoluto. Catorce no se siente atraída por los hombres como Bautista. Le gustan como una anécdota. Además Catorce tiene su propia sensibilidad y la hace palpable a cada rato. Como en el momento en que Bautista se levantó a pedir otra media botella.

-Te noto preocupado -me dijo en tono confidencial.

-Estoy.

-¿Por qué?

-Bautista nunca tomó vino, ni nada parecido.

Pero excepto ese detalle, la comida transcurrió con normalidad. Bautista me reprochó el no haber ido a recoger la escultura que un día me había ofrecido. No quise confesarle que siempre lo había tenido presente y que si no lo había hecho era para no tentar al diablo que llevaba en el bolsillo. La venta de una obra de Bautista me habría saneado las finanzas. Le dije que esa semana iría a buscarla. Catorce impediría cualquier barbarismo por parte mía.

Con el postre le hice la pregunta.

-¿Cómo me encontraste?

-¿Cómo supiste que necesitaba encontrarte?

-Intuición de periodista frustrado.

Entonces Bautista acercó con la mano una carpeta de cartulina que había dejado encima de la mesa.

-Siento entregarte esto a tí -me dijo -pero pienso que no tengo alternativa.

Después se puso de pie, dio un beso en la mejilla a Catorce, me extendió la mano y salió. Debo reconocer que en ese instante, con una fugacidad tranquilizadora, pero con una nitidez alarmante pensé que Bautista andaba detrás de un editor de la misma manera como andaba el poeta Bernales. Pero Bautista es un hombre demasiado serio para buscar subterfugios de esa naturaleza, además su personalidad carece de ese espacio histórico que envuelve a los poetas.

Con Catorce nos quedamos un buen rato sin hablar. La conducta de Bautista podía ser considerada extraña en un hombre común y corriente, pero no en él. Sin embargo no quise abrir la carpeta.

Era casi la medianoche cuando con Catorce regresamos a la editorial. Está algo alejada del centro, en plena calle Lira y cuando tengo que llegar a él por algún motivo tomo un taxi. Mi automóvil, un Visa destartado e infiel se queda esperando en el estacionamiento junto a las oficinas. Lo usaba para trasladarme a mi casa. No tenía mayor autonomía. Por supuesto el contacto no funcionó. Con Catorce al volante, empujé el maldito Visa hasta la calle y al poco rato una camioneta aceptó darnos un aventón. Tomé el lugar de Catorce y cuando sentí el golpe del otro vehículo contra el farol trasero, que se quebró, y mientras hundía el zapato en el acelerador me pareció ver, también, luz en el interior de mi oficina. No le dije nada a Catorce, pero una vez que el auto arrancó agradecí al chofer de la camioneta y di una vuelta a la manzana. Estaba todo oscuro, todas las luces apagadas. Pero a pesar de que la actitud imprevisible de Bautista era previsible, una pequeña inquietud empezó a avinagrar la comida.

Esa noche Catorce estuvo especialmente ágil y original en la cama. Yo algo pesado por la torta de almendras que habíamos comido de postre, no estuve tan mal. Pero Catorce se quejó, me dijo que no tenía ninguna imaginación y que por ese motivo vaticinaba

un sombrío porvenir a la editorial. Después se quedó dormida, suspirando, abrazada a mi brazo izquierdo. Catorce no tomaba mucho vino así que atribuía su sueño profundo al efecto de mis capacidades amoratorias. No sospechaba que Catorce no había dormido en los dos últimos turnos y que también estaba exhausta por eso. De todas maneras me levanté en puntillas, me preparé un buen vaso de whisky y encendí un cigarrillo. Era mi costumbre pasar lista a las actividades del día siguiente.

Entre ellas estaba el asunto de la Olivetti electrocutada por la negligencia de Loreto, un par de palabras con mi hijo Jorge, un telefonazo a México con el objeto de ubicar a Marcelo Chiriboga y especificar las cláusulas del contrato de publicación. Entonces, no se por qué, me acordé de Bautista y de su carpeta.

Yo vivo arriba de un cerro, hacia el oriente. Es un cerro elegante, en un barrio escogido. Pero este cerro tiene una sola quebrada y esta quebrada goza de un microclima. Es el único sitio del cerro que mirando hacia el sur está edificado y es penumbroso, húmedo, y estoy casi seguro que en la república no hay ningún otro lugar en que hayan insectos tan grandes ni culebras más gruesas. Absolutamente inhabitable, sentenció muchas veces Catorce. Pero el arriendo es compatible con el lucro de un editor y con el humor sombrío del mismo.

Dejé el vaso sobre el velador, me puse una bata y zapatillas y salí al corredor. Helaba sobre Santiago y eso tenía aletargadas a las alimañas que compartían conmigo ese rincón del cerro. Abrí el Visa y recogí el portadocumentos de cartulina. Cuando volví al dormitorio Catorce se había acurrucado en un extremo del colchón y pude recostarme con comodidad a leer.

Debo aclarar que nunca fui partidario de la junta militar. Tuve mis discrepancias con la Unidad Popular, sobre todo al final, pero mi juventud siempre estuvo contaminada por la ingenuidad y la campaña del terror y la opinión tipo telenovela de algunos democristianos tuvieron, desde luego, harta influencia. Después del golpe de 1973 allanaron la librería de la que era propietario y gracias a que vendía cuadernos en blanco no me pasó nada. Los hombres del general buscaban literatura subversiva. Se llevaron algunos que deben haber examinado en busca de lectura invisible, pero

perdieron el tiempo. Nunca imaginé la posibilidad de ser un editor clandestino, pero la opinión que de uno mismo tienen los demás casi nunca coincide con la propia. La evidencia la dio Bautista. Los militares me deprimen y durante los primeros años del régimen compartí la librería con mis aficiones musicales. Me gusta con especial intensidad el tango y hasta tomé unas clases de bandoneón con el maestro Arturo Salgado en su estudio de la avenida Independencia. El bandoneón contribuyó, junto con la comida árabe al fracaso de mi matrimonio. Catorce es inocente. Hubo un momento en que dudé en cambiar mi decisión y fundar una casa dedicada a la edición musical. La realidad me señaló primero en teoría y luego empíricamente, que hay más arribistas de las letras que de la música y menos del tango. No faltaron los que me acusaron de contribuir al apagón cultural, vendiendo cuadernos donde los niños escribirían y dibujarían hechos históricos falseados o donde se verían obligados a anotar los elementos básicos del adoctrinamiento que se avecinaba. Siempre consideré todo eso una exageración.

Sin embargo, después de leer los manuscritos de Bautista tomé una resolución al respecto: iba a tratar de publicarlos y difundirlos. En ese momento Catorce se sobresaltó en su sueño, lo que demuestra que nos traspasamos nuestros temores. Pero en la mañana despertó fresca, liviana, animosa, ajena a sus turnos hospitalarios y a mis inquietudes editoriales.

-¿Te hago un par de panqueques? -me preguntó.

Yo hacía rato que había terminado la lectura de la carpeta de B. y ella me había desvelado. Lo menos que tenía era hambre. Pero me di cuenta que no era el momento de arriesgarme a una desnutrición y que lo que tenía por delante requeriría de bastantes energías. Por eso le pedí que, además, le pusiera unas gotas de aguardiente al café.

Catorce clavó sus ojos de bolitas de cristal en mi cara trasnochada y a continuación en los manuscritos de Bautista, desparrados en el suelo.

-No te veía tomar en las mañanas desde que leíste Holocausto -me dijo.

Supuse y supuse mal que Catorce había amanecido chorreando ingenio e ironía. Pero a veces Catorce tiene actitudes demasiado adultas y yo demasiado inmaduras. Simplemente hice un gesto con los hombros. Catorce sabía que eso significaba que si ella no me arreglaba el café con pisco yo me iba a tomar media botella antes del desayuno.

Los panqueques estuvieron magníficos, el café también, amargo y fuerte.

Me demoré media hora en el baño, inutilicé tres prestobarbas, me corté la cara en la mejilla derecha y me sequé el pelo con una especie de ventilador que usa Catorce. En mi demora había un propósito oculto, pero no resultó. Catorce estaba leyendo el diario y no se había interesado por los papeles de B. que seguían, desordenados en el piso.

Catorce se escabulló al baño y por un instante consideré injusto que compartiera conmigo el contenido del manuscrito de Bautista. Pero Catorce jamás me habla de sus enfermos y me imagino que ellos son, en última instancia, una carga que la pareja puede compartir pero que ella nunca ha permitido. Mientras me ponía los pantalones decidí hacerme responsable de B. y de sus fantasías.

Terminé de vestirme, busqué un cáñamo, hice una amarra alrededor de la carpeta y pegué una etiqueta con la palabra 'Confidencial'. Catorce tenía un respeto enfermizo por todo lo confidencial. Alguna vez alguien de su familia, que trabajaba en una repartición pública, confundió un informe secreto con una revista femenina. El error le costó el trabajo y una temporada desagradable en el campo de prisioneros de Puchuncaví.

Catorce se puso el vestido de puntitos azules que deja sus hombros descubiertos y encima el abrigo de paño inglés que le envió un hermano desde Londres. A mí me molestó. Claro que ella no sabía todavía que los manuscritos de B. habían empezado a estimular mi adormecida paranoia.

-Con ese vestido se te ven los hombros -comenté.

Catorce siempre temió que yo contrajera alguna enfermedad relacionada con los celos. La diferencia de edad justificaba sus temores.

-Si -me contestó -y también se me ven las manos.

-.....

-Hoy tienes turno.

-Oye, ¿qué te pasa? -Catorce tomó su cartera.

Me miraba con curiosidad y con sus dientes se mordía el labio inferior. Catorce es más bien flaca, de huesos finos y su trenza, que al mirarla es como la cebada madura y al tocarla como la cebada verde, se le había ladeado en la cabeza. Cuando le pasa eso yo bordeo la locura.

-Esos pajarracos del hospital San Juan.

Catorce movió la cabeza sin disimular la lástima que le estaba provocando y se dirigió a la puerta.

Entonces yo recogí apresurado la carpeta de B. y la seguí. Por primera vez en toda mi vida rogué para que el Visa no partiera. La aburrida cantinela del motor descompuesto aliviaría el golpe de autoridad que tendría que usar contra Catorce para neutralizar el ridículo.

Pero era el segundo día D.B., después de Bautista como los he llamado y numerado, y todos los días después de B. han tenido sus particularidades. El Visa arrancó como si recién lo hubiera revisado el mecánico. En el trayecto hablamos del tiempo lluvioso, del incendio en la torre Santa María, de la caída del último helicóptero y de la disputa anglo argentina por las islas Malvinas y cuando la dejé en la puerta del hospital aún no me abandonaba una compleja e inexplicable autoimagen tipo poeta Bernaldes que me atrapó al subirme al auto. En realidad me estaba menospreciando.

En el momento de bajarse, Catorce me dio un beso. Nadie la esperaba y no se encontró con ningún medicucho seductor, pero aunque se despidió de mi agitando la mano buscando la reconciliación no me atreví a gritarle que yo era un pelotudo.

En el camino a la editorial me detuve en la esquina de Matucana y Portales y en un local de aspecto inofensivo saqué dos fotocopias de los papeles de B. Compré dos carpetas semejantes y las aseguré con cordel blanco. Era temprano todavía. Deposité una copia en el correo de Alameda y Ejército, donde tenía una casilla propia y escondí otra detrás del respaldo del asiento del automóvil.

Al llegar me llamó de inmediato la atención el estado en que se encontraba Gustavo. De inmediato porque Gustavo tiene llave de la puerta principal y habitualmente llega temprano. Y Gustavo estaba en la calle, era bastante tarde y estaba acompañado por un pelotón de carabineros.

-Anoche nos asaltaron -me anunció cuando terminé de estacionar el Visa.

-¿Y los manuscritos de Chiriboga? -pregunté alarmado, saltando del asiento.

-No los tocaron.

Yo respiré. No lo habría soportado. Adentro, entre la revuelta de papeles, de cajones despanzurrados, bajo un espantoso pisapapeles de onix que me había regalado, por venganza, un escritor de cuentos que no quise publicar, encontré los preciosos relatos del gran Chiriboga. Por suerte no tenía caja fuerte, ahí, sin duda habría guardado a Chiriboga y lo habría perdido para siempre. Había oído de la piratería editorial, pero nunca me imaginé que podía existir en este hueco del mundo. Fundamentalmente porque por aquí no hay muchas editoriales. Con rapidez me di cuenta que estaba en lo cierto. No existía tal competencia desleal. Los delincuentes o lo que fueran y que habían descerrajado los candados de la editorial no tenían ninguna vinculación con la literatura. A nadie interesado se le escapa un manuscrito de Chiriboga.

-¿Qué mierda andarían buscando? -le pregunté a Gustavo que se acercaba donde yo estaba.

Lo supe de inmediato. Gustavo venía con un oficial de carabineros que apuntaba en una libreta de tapas de plástico.

-Tenía treinta mil pesos y dos mil ochocientos dólares en efectivo en este cajón -me adelanté señalando un espacio vacío en mi escritorio.

Gustavo se puso pálido. Siempre le sucede cuando se acuerda lo mentiroso que me pongo cuando fumo marihuana.

-¿Documentos?

-No, definitivo, todos los cheques fueron depositados ayer al mediodía.

Gustavo se llevó la mano al lado izquierdo del pecho. Le do-

lía. Lamenté su angina.

-¿Algo más?

-Creo que no -miré a Gustavo, que se había apoyado en el muro enlucido que dividía las dos únicas oficinas de la editorial.

Entonces entró Loreto, acaparó la atención del capitán de carabineros y yo pude llevarme a un lado al estupefacto Gustavo.

-Así que Ud. tenía plata -me dijo indignado.

-Ni para cigarrillos -le dije, también, que Catorce había pagado la comida de la noche anterior.

-Eso no es raro -dijo bajando la voz.

Un día lo voy a despedir. Gustavo no quiere creer que el negocio anda mal y sospecha que estoy escondiendo el dinero para racionarle el sueldo.

-No era plata la que andaban buscando -le dije.

-Si no era plata ni era Chiriboga, poco entiendo de todo esto -dijo Gustavo.

La situación era confusa para Gustavo, para mi no tanto y para el oficial, que con Loreto adherida a su uniforme se acercó hacia nosotros. El entusiasmo de Loreto molestó a Gustavo. El capitán sacudió su libreta de plástico bajo mis narices.

-Le rogaré que pase Ud. por la comisaría a firmar la denuncia y la declaración.

El oficial y sus hombres se retiraron.

Con Loreto y Gustavo estuvimos un par de horas ordenando y antes del mediodía estábamos sentados tomando el café que nos había preparado Morales, el mozo. Después del cañonazo que marca las doce despaché a Gustavo a cobranzas y ordené a Loreto que clasificara la correspondencia. No quise dar ninguna explicación acerca de el dinero que dije me habían robado y me encerré en mi cubículo.

Me tragué otras cuatro tazas de café y me fumé una cajetilla de cigarrillos y llamé a Gaspar, mi socio. El es además un abogado de relativo éxito y buena voluntad. Por eso, cuando me enteré de la razón verdadera que lo hizo asociarse conmigo, perdí el concho de ingenuidad que me iba quedando.

El mismo contestó el teléfono.

-Necesito hablar contigo -le dije.

-¿Problemas graves?

-Una publicación.

-Hombre -me dijo -tú eres el que decides ese tipo de cuestiones.

-Es un caso especial.

-¿Vamos a pérdida?

-Y quizás no sólo de dinero.

-¿Algún acceso de romanticismo?

-Nada de eso.

-A las siete pasaré por ahí.

A esa altura ya no tenía duda sobre el objetivo de los allanadores. Andaban detrás de los manuscritos de B. Me levanté de mi escritorio y abrí la puerta de vidriera que daba al patio techado. Caminé hasta el Visa, bajé la ventana y saqué los papeles de Bautista. Regresé a mi escritorio y los mezclé con otras carpetas llenas de escritos mediocres. Una vez le comenté a Catorce, que quería ser siquiatra, lo extraño que me parecía la existencia de tantos locos en Santiago, que algún día se iban a terminar y que no alcanzarían para todos los loqueros. Catorce me contestó que, aunque no era lo mismo, a mi me iba a pasar algo semejante. Que tampoco podría imaginar la monstruosa cantidad de escritores que daban vuelta por ahí. Para variar Catorce tenía toda la razón.

Así que metí en el medio de esa docena de pobres escritores a B. y me puse a estudiar mi estado bancario.

A la una y media de la tarde se dejó caer por la editorial mi hijo Jorge. Me confesó que estaba en bancarrota, lo que era habitual en él y yo le expliqué que se estaba haciendo habitual en mi y le pregunté que cuando se iba a dejar de hacer leseras. Me preguntó lo mismo y opinó que cuando tenía la librería nadie de la familia pasaba hambre. Le insistí que esa idea estaba añeja, que venía de su madre, mi ex mujer y que si la yerba le producía algún beneficio ese no era, obviamente, sobre su imaginación. En todo caso es mi único hijo, le pasé quinientos pesos y le presté el Visa. Me aseguró que tenía un compromiso con Grete, una encantadora estudiante de teatro, un poco ampulosa para mi gusto, pero que según él lo llevaba por buen camino.

A las dos de la tarde volvió Gustavo y lo invité a la fuente de soda de la esquina. Me comí medio churrasco y seis empanadas fritas y bajamos una botella del vino de la casa. Más tarde y después de un sueño ligero revisé las proposiciones para la portada del libro sobre lámparas antiguas que me había encargado un grupo de arquitectos. Por lo menos era una edición vendida, que me ayudaría a llegar al fin de mes sin grandes apreturas.

A las siete en punto llegó Gaspar.

Gaspar es un hombre corpulento, con la cara peluda a pesar de no usar barba y con un curioso acento extranjero que nadie ha podido identificar.

-Tienes por ahí ese excelente irlandés -me preguntó.
Tenía.

Vacíé la media botella en dos vasos y envié a Loreto por hielo. Gaspar se sacó el impermeable, lo colgó en el respaldo de la silla y metió en el vaso dos cubos que le ofreció Loreto.

-Te escucho -me dijo.

Entonces le hablé de Bautista Bueno, de su biografía y de los manuscritos que me había entregado la víspera. Le informé del asalto y de lo que yo creía que andaban buscando.

A las siete y media me interrumpió Catorce. Me dijo que me esperaba en su casa, que me había preparado una comida de invierno y que se había cambiado el vestido. Me sentí más idiota que de costumbre, pero acepté la idea.

Cuando Gaspar me hubo escuchado se acomodó en el asiento, terminó el whisky irlandés y me pidió los manuscritos.

-No quiero comprometerte -le dije.

Gaspar se peinó con las manos la pelusa oscura que le cubre el cuello.

-Está bien -dijo.

Se quedó meditando un rato. Después se puso de pie y empezó a dar vueltas por la habitación. En su opinión era de toda justicia tratar de divulgar lo escrito por B. pero que yo debía tener el cuidado y tomar las precauciones del caso. Me pidió que lo mantuviera informado, se despidió y se fue.

Al principio creí que Gaspar había tenido miedo. Los sucesos posteriores me desmintieron.

Con la anuencia de mi socio me dispuse a revisar y corregir los escritos de B.

Ellos empezaban con una breve nota introductoria en la cual explicaba las razones por las cuales un arquitecto se había dedicado a escribir tal 'Diccionario...' Que no negaba que sus motivaciones originales eran afectivas y que no ignoraba que los nombres citados, los personajes descritos y los acontecimientos relatados correspondían a una división de tiempo y espacio y a un episodio tenebroso y específico. Que esperaba que en mis manos toda esa información pudiera ser útil, que me la hacía llegar en forma parcelada por aspectos relacionados con la seguridad y que confiaba que ellos tenían una concatenación inteligible.

Me advertía que el divulgarla suponía un compromiso y un riesgo.

Así de simple.

Sin duda Bautista me creía un hombre valiente y decidido.

Transcribo a continuación el Diccionario de B.

Diccionario Biográfico de la Represión.

Epoca: 1969 - 1979.

Episodio: Manifestación Paralela.

Categoría del Personaje: RpCpPm. (1)

Información obtenida en: P.D.A. II, by Apple. (2)

Síntesis biográfica y notas de:

"...Estévez Morales, Mauricio.- Oficial de ejército. Nació en ...Papudo el 30 de Octubre de 1934. Padres: Gustavo Segundo y ...M. Pastora. Soltero. Estudios: Escuela No. 32 e Instituto Co-...mercial Descartes de Santiago. Egresado en 1948, actúa dos años ... en el comercio (Paquetería y Bazar Barceló) para ingresar

(1) Rp: Represor. Cp: de condición previa. Pm: con patología motivante.

(2) P.D.A.: Procesadora de Datos Autoprogramable. Computador de quinta generación creado y patentado por Apple Inc. En la jerga: 'La Conciencia'. (A.P.C.: Autofeeding Programs Computer.)

...en 1950 a la Escuela Militar. Se gradúa de subteniente en 1952. ...Es teniente en 1955 y capitán en 1961. Como subteniente fue ...ayudante en el regimiento Maipo. Un año ayudante en el regimien- ...to Buin. Teniente instructor de la Escuela Militar. Capitán en ...el regimiento Chacabuco. Ingresó al curso de la Academia de Gue- ...rra en 1966 y en 1967 es nombrado ayudante del agregado militar ...en la embajada chilena en Buenos Aires. En 1971 invitado a rea- ...lizar un curso de perfeccionamiento en Fort Benning, EE.UU., ...donde permanece hasta marzo de 1972. En 1973 designado en la ...subsecretaría de guerra como subjefe de la sección confidencial. ...En noviembre de ese año y con el grado de mayor asume el mando ...del regimiento Guías de Quintero. En diciembre de 1973 viaja a ...Brasil, a la academia militar de Bahía donde asiste a un curso ...acelerado de T.I.F.N. (1). En marzo de 1974, sin perder su con- ...dición de comandante del regimiento Guías, pasa a hacerse cargo ...del campo de prisioneros de Puchuncaví. En noviembre de 1975 ...es nominado jefe de gabinete en el ministerio de Tierras y Colo- ...nización y en diciembre es ascendido a coronel. Con su nuevo ...grado es designado segundo comandante de la primera división ... en Iquique. Se acoge a retiro con el grado de general de bri- ...gada en 1977. Al reintegrarse a la vida civil trabaja un año ...en la industria de telas Panal (Panamericana de Algodones) como ...asesor en el departamento de prevención de pérdidas. ...Según P.D.A. y los informes de A.K. (2) puede encontrarse: Pa- ...llecido en Lisboa en un accidente de tránsito ocurrido en la ...carretera a Caparica en Junio de 1979. Fallecido a consecuencias ...de un infarto cerebral e ingresado sin identificación a la pos- ...ta de urgencia de Ñuñoa el 15 de abril de 1980. Bajo el nombre ...de Roberto Torres Caamelio en algún país de Centroamérica. Como ...él mismo en Santiago.

Anexo al episodio anterior: Manifestación Paralela.

Información obtenida en: P.D.A. by Apple.

Síntesis biográfica y notas de:

"...Estévez Lira, Gustavo Segundo.- Ex oficial de prisiones. Nació ...en Santiago el 9 de marzo de 1900. Padres: Manuel y Rosa. Espo-

(1) T.I.F.N.: Trato Interno de Factores Neutralizados.

(2) A.K.: Arno Klebtschko, (a) Cualquiera.

...sa: María Pastora Morales. Hijo: Mauricio. Estudios en el li-
 ...ceo Valentín Letelier de Santiago. Inició su carrera el 16 de
 ...enero de 1922 en los servicios de prisiones con el grado de
 ...vigilante. En 1924 ascendió a cabo, en 1925 a sargento prime-
 ...ro y en 1926 a suboficial mayor. En 1933 a alférez, en cuyas
 ...labores hizo un curso de capacitación para oficiales, ascen-
 ...diendo en 1934 a subteniente. En 1937 a teniente. En 1945 a
 ...capitán, siendo designado jefe de la guardia de la cárcel de
 ...Santiago. Por decreto supremo 6780 del 6 de agosto de 1951
 ...ascendió a mayor, conservando su anterior designación y car-
 ...go. Por decreto supremo 5678 del 7 de agosto de 1953 ascendió
 ...a teniente coronel de prisiones sirviendo las mismas funciones
 ...señaladas anteriormente. Cabe hacer mención que todos sus ascen-
 ...sos a través de su carrera fueron hechos por méritos sobresa-
 ...lientes. Fue alcaide subrogante en varias oportunidades de la
 ...cárcel de Santiago como de la penitenciaría. De diversas ano-
 ...taciones meritorias en su hoja de servicios es interesante des-
 ...tacar una de la dirección general de prisiones que, con moti-
 ...vo de la visita semestral de cárceles realizada el 9 de junio
 ...de 1953 establece el buen pie en que se encuentra el estable-
 ...cimiento a su cargo. También aquella en la que se le otorgó
 ...'Nota de Estímulo' el 14 de diciembre de 1965 por su inteli-
 ...gente actuación al descubrir una falsificación de billetes de
 ...cien escudos, cuyos autores eran varios penados del pensiona-
 ...do de la penitenciaría metropolitana y que fueron condenados
 ...por ese delito por la justicia ordinaria. Ese mismo año es
 ...dado de baja y resuelve radicarse en Argentina.
 ...Según P.D.A. puede encontrarse: Falleció el 7 de noviembre de
 ...1966 en Buenos Aires de una apoplejía pulmonar masiva según el
 ...protocolo de la autopsia. Está sepultado en un nicho perpétuo
 ...en el cementerio de Chacarita.

Era la primera parte, árida e informativa de los papeles de
 B. La segunda parte, más amena pero descarnada y siniestra tam-
 bién se refiere a los mismos personajes y según B. es indispen-
 sable para poder entender el alcance del 'Diccionario...'

Las notas que siguen son, pues, un anexo complementario a las síntesis biográficas.

"Notas a la síntesis biográfica de Mauricio Estévez Morales y de Gustavo Segundo Estévez Lira."

"...María Pastora Morales sintió que el parto se le adelantaba cuando, en compañía de su marido, el entonces subteniente de prisiones Gustavo Segundo Estévez Lira, cumplían una temporada de descanso en el remoto balneario de Papudo. Aunque todavía se podía recurrir al ferrocarril de trocha angosta que hacía el viaje desde La Ligua, Estévez Lira no tardó en comprender que eso no le aseguraba, de ningún modo, un mejor apoyo técnico al alumbramiento. Por lo demás la carretera hacia la capital era una huella interminable y difícil que culebreaba entre bosques de espinos y arroyos secos y la que iba a Valparaíso estaba interrumpida, en esa época del año, por ciénagas malsanas, contaminadas por la malaria.

Estévez Lira no tuvo otro remedio que encomendar el nacimiento de su primogénito a la única comadrona que habitaba en el lugar. Ella vivía en una cabaña de color azafrán, de adobe y techo de totora en el camino costero que une Papudo con Zapallar, casi frente al despoblado cementerio y de ella se decía todo lo que después, al verlo crecer, Estévez Lira descubrió en su hijo.

Estimulado por la inminencia que señalaban los gritos de María Pastora, Gustavo Segundo no tardó en llegar a la casucha de la matrona y llevarla de regreso con él hasta la pensión donde alojaba con su mujer.

La vieja, que usaba un hábito carmelita que le valió, en su oportunidad, la censura pulpitar del cura, movía unas manos finas y venosas y no tuvo dificultades con el parto. La guagua salió con cierta prisa, no así la placenta que se atoró. El niño, bautizado como Mauricio, botó el ombligo y mamó con abundancia, pero la placenta no apareció. La comadrona se dio por vencida al décimo día.

Respaldada por la sabiduría que provee la alectomancia y cuando hubo sacrificado el quinto gallo, dio su veredicto:

-Perdieron la placenta -dijo -el niño, entonces, debe permanecer aquí, si no crecerá raquítico y alelado.

-¿Hasta cuando? -preguntó, resignado Gustavo Segundo.

-Hasta que le aparezcan los dientes.

Gustavo Segundo y María Pastora se convencieron. Ella, sintiéndose culpable por haber extraviado el órgano en los bosques de Papudo antes del parto y él ocultando su vergonzosa lujuria (había obligado a María Pastora a hacer el amor la noche anterior al comienzo de los dolores, a horcajadas sobre el tronco de un canelo podrido y agujereado, donde, estaba seguro, se había quedado prendida la placenta) se subieron a la góndola destartada que carreteaba hasta Valparaíso.

Al llegar a Santiago, parientes y amigos del matrimonio se sorprendieron. Vieron llegar a María Pastora desinflada, cargada de leche y sin el niño entre los brazos. Al principio nadie preguntó nada, suponiendo una desgracia, pero una semana después Gonzalo Verdugo, compañero de trabajo de Gustavo Segundo en la cárcel pública, no resistió el impulso de su curiosidad. Al saber la verdad aconsejó a su colega que consultara con un especialista.

Y un día Miércoles, en que ambos estaban libres del servicio, caminaron hasta el hospital San Vicente.

Ahí los recibió Manuel Puga, llamado el Macho, entonces jefe de clínicas de obstetricia y ginecología. Los hizo esperar en la antesala de su despacho, en un ala del edificio de paredes elevadas y techos oscuros.

Una hora más tarde escuchó con atención la historia de Gustavo Segundo. Después y sin decir una sola palabra los hizo seguirlo al interior de la maternidad. Atravesaron salas llenas de parturientas en las que se confundía el llanto de los niños con los aullidos provocados por las contracciones, sortearon canastos llenos de sábanas enrojecidas y chapotearon en el agua turbia que fluía desde los pabellones. Al final bajaron por una escalera de piedra apenas iluminada por un tragaluz empotrado en el muro y penetraron en un recinto impregnado por el olor a alcohol y formalina.

Cuando el Macho Puga dio la luz pudieron ver, alineados como en una biblioteca, seis estantes repletos con frascos de vidrio.

-Mi hijo no es ningún engendro -dijo Gustavo Segundo.

El lugar le recordó sus estudios de medicina legal.

Pero Puga no le hizo caso, escogió un envase en el que flotaba un embrión y se lo mostró. Luego con el índice señaló el cordón umbilical y guió los ojos del gendarme hasta su extremo, donde se abría en un pequeño capullo gris y sedoso.

-Esto -le dijo -es una microplacenta.

-¿Una microplacenta?

-Una microplacenta.

-¿O sea...? -preguntó Estévez.

-O sea que eres un gran pelotudo -contestó Puga.

Estévez Lira y su compañero regresaron caminando hasta la cárcel pública.

-Ser ignorante no es lo mismo que ser pelotudo -comentó Estévez.

Y no habló más. Creyó encontrar en el rostro de Verdugo más razón a las palabras de Puga que comprensión a las suyas.

En la tarde pidió audiencia con el alcaide y contándole el cuento a medias le solicitó permiso para viajar a Papudo. El jefe aceptó de inmediato. Acababa de recibir una orden del ministerio del Interior y debía enviar a algún funcionario hasta el puerto de Coquimbo, más al norte aún, a recoger a un diputado comunista detenido por sedicioso.

-A tu vuelta pasas por Papudo y te traes a tu hijo -mandó.

Y esa noche, en el furgón Ford de la institución y acompañado por el malhumorado chofer de turno, Estévez Lira partió a recuperar a su pequeño Mauricio.

El Ford de la gendarmería era un camión hermético y bastante moderno. Había pertenecido a la empresa de entierros San Pancraccio, la cual se había desprendido de él a un precio ridículo. Algunos deudos se quejaban de que era demasiado ruidoso y otros que empapaba con el olor untuoso de otras flores a sus propios muertos. Nada podía desplazar la pompa natural de una carroza fúnebre tirada por percherones.

Viajaron toda la noche por una huella interminable que atravesaba cerros y bordeaba aguadas. De amanecida se detuvieron en La Ligua.

-Camino de mierda -dijo el chofer al detener el motor.

Estévez no le contestó. El polvo le había secado la piel y el insomnio le había quitado las ganas de celebrar los lugares comunes. Apenas se acordaba de su hijo y de la maldita microplacenta con la que lo había embaucado la bruja.

Tomaron un tazón de café que hicieron hervir en una marmita y comieron un par de galletas con mantequilla. Llenaron el estanque de bencina con uno de los bidones de latón acoplados al techo del furgón y reanudaron el viaje.

-El almirante Bautista es un hijo de puta -insistió el chofer en un intento de diálogo.

Estévez no movió la cabeza.

-A ese diputado comunista podían haberlo recogido en una barcaza. Estévez se había quedado dormido.

Al mediodía el chofer estacionó el Ford a la vera del camino y se cabeceó una siesta. Estévez Lira ocupó el sueño de su compañero pateando guijarros y escupiendo su infortunio.

El camino mejora al llegar a Coquimbo. Desde los cerros vieron el tenue resplandor del puerto al atardecer y cayeron sobre la ciudad aplastando conejos y espantando lechuzas. Habían viajado toda una noche y todo un día.

En la cárcel de Coquimbo los esperaban con impaciencia. La cárcel es un edificio de piedra ploma, almenada, con cuatro torrecillas descascaradas y aldabas de bronce enverdecido. El portón de la entrada está enmarcado por dos cañones de naufragio y se puede mirar a través de él por sus agujales. Los precedió el griterío de los niños que los habían sorprendido a la entrada y que habían esparcido la novedad de su llegada.

Los recibió en su oficina el alcaide y les ofreció lo que él bebía, una infusión de yerbas rociada con leche. Estévez y el chofer la rechazaron.

-El único inconveniente para tan largo viaje de regreso -les advirtió -consiste en la mala salud del diputado Guarello.

-¿Mala salud...?, no me lo habían informado -dijo Estévez.

-Lo comuniqué al almirante Bautista, en Valparaíso, para que la marina se hiciera cargo del bulto. No quiso.

El alcaide era un hombre de escasa estatura. Caminaba incansablemente de un lado al otro de la habitación y sólo se detenía un momento bajo los cuadros de motivos carcelarios que adornaban las paredes de piedra cruda. Entonces pegaba sus manos abiertas a ellas y las separaba con brusquedad haciéndolas sonar como ventosas.

-Muy desagradable -dijo Estévez.

-¿Cómo?

-Pasaremos a retirar al detenido al amanecer -corrigió Estévez -a esa hora habremos descansado lo suficiente.

-Estará preparado.

Estévez examinó la figura del alcaide. Ya había terminado de beber su tizana y se había detenido junto al muro, al fondo, cerca de la ventana enfierrada que miraba hacia el puerto. José Escobar Piñera era entonces un funcionario de veloz carrera en el servicio de cárceles y prisiones. Disimulaba su corto tamaño con relieves internos en la planta de sus botas y su impotencia precoz chupando semillas de guayacán. Era un civil, nombrado alcaide por el intendente naval y se aseguraba que era un devoto irrenunciable de la virgen de Andacollo. (1) (2).

Escobar Piñera, a su vez, observó con atención al gendarme capitalino.

-¿Está Ud. en antecedentes acerca de la peligrosidad del detenido? -preguntó.

Estévez Lira amaba a su esposa. Había llegado a querer también a su hijo, a pesar de la mala jugada de la placenta, pero por sobre todas las cosas de la vida veneraba a su trabajo. Respecto a él tenía una actitud que merecía comentarios por parte de sus superiores. Más que un oficio, para él era una vocación y con los años su conducta profesional se fue haciendo apostolar. Al vestirse con el uniforme de gendarme Estévez no cumplía con una rutina, más bien oficia-

(1) Consultar 'Diccionario de la Represión'.

(2) Conservaba en su casa numerosas imágenes de la virgen. En una de ellas, de yeso negro, la Aparición tenía un sorprendente parecido con los daguerrotipos de Tatiana, una de las princesas rusas fusiladas y por ella y su martirio, Escobar empollaba un odioso resentimiento contra los rojos.

ba una liturgia. Más de algún oficial de mayor antigüedad pensó que su especial actitud no obedecía a su entrega total al servicio sino a un desorden mental.

Por eso, al escuchar las palabras de Escobar, Estévez Lira se incorporó indignado.

-¿Desconfía acaso Ud. de mi celo profesional? -casi le gritó.

-No tiene Ud. una guardia apropiada.

-El pobre hombre está enfermo. No es necesaria esa guardia.

Escobar Piñera estudió sus manos que brillaban como el caucho.

-Uno nunca sabe como reaccionará un bolchevique.

-Pero sí debe saber como lo hará un gendarme de la patria.

-Estos hombres no reconocen nacionalidad.

-Todos los hombres utilizan los mismos trucos.

-Está bien -concedió Escobar -pero me veo en la obligación de hacerlo acompañar por uno de mis hombres.

-Sólo si va bajo mi mando.

Escobar sonrió.

-Desde luego -dijo -bajo su mando.

Y al amanecer, después de que Estévez se aseguró que el chofer había dormido lo suficiente en una pensión de la calle Prat, aparcaron el camión fúnebre en la puerta trasera de la cárcel.

Escobar Piñera los aguardaba en la sala de descargue. Así se le llamaba a un cubículo de paredes desnudas, ubicado en el sótano o en alguna dependencia subterránea, donde se registra por última vez a los reos dados de alta. Ahí, también, suele el médico de prisiones auscultarle el corazón con descuido, asegurando el buen trato recibido.

-La puntualidad es otra de las virtudes que suele cultivar -le dijo a Estévez soplando la irrespirable tizana que acostumbraba a beber.

Estévez Lira miró su reloj.

-La puntualidad no es una virtud, es un deber.

Escobar hizo un gesto con la mano.

-Ya traen al delincuente.

Estévez se hizo a un lado. Por la angosta abertura de la puerta

de la sala de descargue entró una camilla empujada por dos hombres. Llevaban el uniforme gris de la gendarmería y uno de ellos, macizo, con la nariz retorcida como la de un carnero, tenía una cruz roja de paño cosida en una manga. Encima de la camilla, cubierto por una sábana que le llegaba hasta la barbilla, venía el diputado Guarello.

-Decidió declararse en huelga hace cuatro días, huelga de hambre -advirtió Escobar.

El hombre parecía dormir y a través de la sarga (timbrada con el timbre de goma de la penitenciaría) de la sábana se vislumbraba un cuerpo enflaquecido y golpeado.

Escobar Piñera se incorporó del rincón donde había estado sentado, terminó la tizana sorbiendo con fuerza y se acercó al preso. Lo miró con repugnancia y su cara hizo una mueca que llevó a Estévez a pensar que le había caído mal esa leche perfumada y lo descubrió tirando la sábana al suelo. El hombre estaba vestido con un guardapolvos militar, sucio y remendado.

-Tú -dijo Escobar dirigiéndose al gigantón de la cruz roja - llévatelo al furgón.

Luego metió su mano derecha en su guerrera de lonilla y sacó un papel.

-Y Ud. -terminó mirando a Estévez -me firma esta entrega aquí, donde dice conforme.

Estévez quiso protestar. El procedimiento era, sin lugar a dudas, irregular. El no estaba conforme con la entrega. Pero su sentido del deber, su sólida adherencia a la burocracia del servicio se vio avasallada, una vez, por una intuición orgánica: ese hombre se estaba muriendo.

Tomó con determinación la pluma fuente y estampó su rúbrica.

Escobar dobló el papel sin examinarlo y lo devolvió a su bolsillo.

Estévez Lira retrocedió sin saludar y salió por la portezuela. Escobar Piñera ya había perdido todo interés en el asunto Guarello y miraba con desconsuelo la taza vacía de tizana.

La camilla fue acomodada en la banqueta central del furgón, donde habitualmente se instalaba el cajón con el muerto y el enorme en-

fermero, con un fusil Garand cruzado en las rodillas se sentó dando la espalda a la cabina, sobre el piso de metal. Había encogido las piernas y apuntado sus ojos al inerme diputado.

-El viaje será largo -le dijo Estévez -puede Ud. acompañarnos en la cabina.

El hombre lo miró inexpresivo y Estévez comprendió que ya había recibido sus órdenes.

Apenas se detuvieron en una fritangería para comer un plato de fritos de lapa y beber un jarro de vino grueso de Pintatane y retomaron la huella polvorosa que lleva hacia el sur.

-Llegaremos a Papudo al atardecer -anunció el chofer.

-Antes te detendrás cuando te lo ordene.

-Nos retrasaremos.

-Quiero examinar al prisionero.

-Pudo haberlo hecho en la fritanga.

-Estábamos vigilados.

-¿Y el enfermero?

-Nosotros somos dos.

El chofer soltó las manos del volante y las levantó en señal de resignación.

-Ya me lo había dicho.

-¿Qué cosa?

-Que Ud. era un exagerado.

Pasada la interminable playa de La Herradura a cuyo costado corre el camino, éste penetra en los pequeños e innumerables cerros y valles que nacen en los acantilados marítimos y crecen hacia el oriente para conformar la cordillera de la costa. Ahí, en una vuelta del camino, bajo un espino afilado por el viento, Estévez hizo detener el vehículo. Hacía frío afuera y una niebla turbia empañaba el suelo y los arbustos. Estévez caminó hacia la parte posterior del furgón e hizo girar la españoleta de la puerta. Desde el interior, iluminado por una bombilla de un filamento el enfermero le apuntaba entre los ojos, la culata del Garand apoyada sobre el hígado y un dedo corto y garroso crispado en el gatillo.

-¿Qué se le ofrece? -preguntó.

Estévez Lira no se movió.

-Así que también habla -dijo.

-¿Sorprendido?

-Este hombre viene en mal estado -Estévez señaló a Guarello.

-Ya se lo dijo el alcaide.

-Quiero verlo.

-Ya lo vio en la sala de descargue y firmó el conforme.

-No quiero que llegue muerto.

El hombre sacó el dedo del gatillo e inclinó el cañón de su arma.

-Vamos teniente -dijo con voz afónica -si se está muriendo por propia voluntad.

-Eso quiero preguntárselo.

El guardián se acercó a la puerta sin soltar el fusil.

-Como quiera -dijo y con un salto abandonó el camión.

Estévez subió y de rodillas se acercó al detenido. El diputado tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Con una mano le sacudió los hombros.

-Soy el diputado Guarello -dijo el hombre con un susurro -y exijo que se me trate como tal.

-Soy el teniente de prisiones Mauricio Estévez.

Estévez Lira se había acomodado la gorra de reglamento y le hablaba con la espalda tesa y las rodillas juntas, pegadas al suelo.

-¿Por qué he sido detenido?

-Cumpló órdenes de trasladarlo a Santiago.

Guarello apoyó los codos en la camilla y abrió los ojos. Fijó en Estévez una mirada crepuscular y ansiosa.

-¿Está diciendo la verdad?

Estévez había extraído su cantimplora llena de pisco y agua y la acercó a la boca de Guarello.

-Un gendarme de la república jamás dirá una mentira.

Guarello se dejó caer, ablandando la fuerza de sus brazos.

-No los conoce a todos.

-Tome diputado -insistió Estévez -esto le hará bien.

Guarello movió la cabeza.

-Ud. no entiende -dijo.

-No se por qué ha sido Ud. detenido, pero cumpliré con mi deber y lo llevaré vivo a Santiago.

-¿Cómo puede garantizarlo?

-Con mi vida.

Guarello volvió a incorporarse en la camilla.

-¿Está Ud. armado?

-Lo suficiente.

-Ese hombre no es enfermero.

-Se nota.

-De acuerdo -Guarello se enjuagó la boca con el aguardiente y luego la escupió.

-Le prepararemos un caldo -Estévez golpeó con la mano el tabique de lata que los separaba de la cabina -después de tantos días debe tener las tripas flojas.

El chofer apareció frente a la puerta trasera.

-Enciende por ahí un fuego -le dijo Estévez -este hombre no aguantará mucho más sin comer.

-No llegaremos a tiempo a Papudo.

-Ese es un problema mío.

El chofer no contestó y empezó a recoger ramas y cortezas. Luego, protegido del viento por el tronco del espino y la carrocería del furgón levantó el fuego en una fogata robusta y viva. Estévez había acomodado un trípode de metal y colgado una olla llena de agua, fideos y un par de huesos.

-De repente va a empezar a oler bien -anunció.

Entonces regresó el enfermero. Llevaba el Garand en bandolera y se venía abrochando los pantalones, mojados por una orina espumosa.

-Es la próstata -dijo.

-Mala cosa -dijo el chofer -porque al final te la sacan con un tajo por el culo.

-Tomaremos algo caliente -dijo Estévez, amistoso.

El enfermero los miró. Seguía arreglándose los botones y les mostraba unos dientes musgosos y escasos.

-¿No pensarán darle de comer al desgraciado?

Estévez introdujo una cuchara de palo en el potaje y lo revolvió.

-Es lo que pretendo hacer -dijo.

-Al alcaide Escobar no le va a gustar.

Estévez probó la sopa usando la punta de la cuchara de madera.

-Seguro que sí -dijo -y creo que más que esa cochina tizana que acostumbra a tomar.

-No me refería a la sopa.

-Ud. está bajo mis órdenes -Estévez se puso serio.

-Ese bolchevique no debe comer -insistió el enfermero.

-Parece que la huelga no era tan voluntaria -dijo Estévez.

El enfermero se había acercado al fogón y plantado frente a Estévez con las piernas rígidas, bien abiertas, clavadas en la tierra seca y pedregosa. El Garand se iba resbalando con lentitud desde su hombro.

Estévez miró el leve movimiento del enfermero y adivinó que el fusil iba camino de su mano. Era, desde luego, una actitud de insubordinación. Y en una fracción de segundo recordó que la cartuchera que llevaba encima de la cadera derecha y que guardaba la Star 6.35 estaba cerrada por un robusto broche de bronce. 'Las carga el diablo' -le había majadereado María Pastora mientras le achicaba el ojal que le dificultaba, aún más, sacar el arma.

Lo salvó el diputado Guarello, que se asomó por la puerta del furgón ventilando su cuerpo magro y vacilante.

-He decidido poner fin a la huelga de hambre -se le escuchó decir.

El enfermero pestañeó, la culata del Garand cayó justo en el hueco de su mano, pero su oportunidad se había esfumado. Estévez había aprovechado la interrupción de Guarello, había alcanzado el botón de bronce de la cartuchera, había extraído el arma y ya se la había hundido, con entusiasmo, en el ombligo. Cumplir con el deber lo excitaba con imperiosa sensualidad.

-Espósallo -le gritó al chofer que se había servido un plato de sopa sin percatarse de nada.

El diputado Guarello, sentado en el borde del furgón, con sus largas piernas colgando por delante de la pisadera, observaba confundido.

-Este hombre se ha amotinado -explicó Estévez -y ha sido,

en consecuencia, arrestado.

Esa noche Guarello se alimentó, sintió que la sopa de huesos le calentaba la esperanza y hasta se atrevió a relatar sus tres días en la jaula de castigo de la cárcel de Coquimbo. El enfermero, encadenado a uno de los parachoques rehusó el caldo, amenazó con los ojos irritados y no opuso resistencia cuando, más tarde, Estévez cerró las esposas en cruz entre los barrotes internos de la puerta trasera del furgón.

Reanudaron el camino precedidos por la luz montaraz del firmamento. El chofer con la mirada adherida a la huella del camino, el diputado Guarello en el medio, fortalecido y Estévez junto a la otra ventanilla, dormitando, soñando con microplacentas y sumarios administrativos.

Al amanecer, después de largos tragos de pisco y breves palabras llenas de insomnio, el chofer detuvo el vehículo en la cima de una aglomeración de cerros. Una línea curva y luminosa señalaba la proximidad del sol y en un recoveco de la costa, hacia el oriente, Estévez reconoció la bahía de Papudo.

-Carajo -dijo -creí que no llegaríamos nunca.

-Su amigo debe estar pensando lo mismo -dijo el chofer moviendo la cabeza hacia atrás.

Se detuvieron a la entrada del pueblo.

-La bruja vive hacia el sur, sobre el camino que bordea hacia Quintero.

Atravesaron el pueblo y tomaron la ruta que une Papudo con Valparaíso. Cuando divisó la casa de la vieja, Estévez hizo un gesto con la mano y el chofer apagó el motor. El furgón se silenció con dos convulsiones sordas y siguiendo la pendiente del camino rodó hasta la pirca de piedra del cementerio, al otro lado de la choza y se detuvo por completo detrás de un aramo.

Estévez Lira acomodó a Guarello sobre el asiento, el diputado dormía y con un dedo señaló al chofer la sombra verde del árbol.

-Puedes echarte una siesta ahí abajo -le dijo con los dientes apretados.

Y de tres zancadas atravesó el espacio que lo separaba de la casa. Entró sin golpear y descubrió a la comadrona, de pie en el

medio del cuarto, con una sonrisa verdadera en la boca y un niño bien arropado en los brazos.

-Hombre incrédulo -le dijo -aquí está tu hijo.

Estévez abrió las manos. Se había quedado mudo.

-Ayer encontré la placenta, hoy vendrías a buscarlo.

Estévez se recuperó.

-Nunca existió esa placenta, nunca perdimos ninguna placenta.

La vieja le entregó el bulto que se revolvía en su regazo. Dio dos pasos en dirección de la chimenea apagada, revolvió las cenizas y le mostró un recipiente de vidrio hermeticamente cerrado. En su interior flotaba una florescencia animada, roja como una manzana y redonda como un girasol.

-La encontró un mielero a la salida del bosque de Papudo.

-Otra cosa me dijeron en Santiago.

-Escibaba el panal de un ulmo cuando la descubrió -la vieja hablaba con voz suave -estaba en la oscuridad de su tronco y empezaba a criar raíces.

-No te creo -dijo Estévez.

Y salió de la casa con el niño envuelto en una frazada. Despertó al chofer con una patada y lo hizo poner en marcha el motor del furgón. Después abrió con violencia la puerta posterior y desencadenó al enfermero. Lo arrastró por la hierba y obligándolo a abrir los brazos le unió las manos con las esposas alrededor del tronco del aromo. Después hizo bajar a Guarello, lo acomodó en el suelo, le puso el niño en la falda, se subió al furgón y pisó el acelerador.

-No se muevan -alcanzó a gritar -y condujo al vehículo por el camino de regreso a Papudo.

Una hora después lo vieron pasar de vuelta a Zapallar. Sin detenerse y envuelto en una bolina de polvo y ruido, apenas saludó con la mano por la ventanilla abierta.

-Ya me lo habían advertido -comentó el chofer mientras probaba el agua de té recién preparada.

Estévez regresó a media tarde cuando el sol, grande y rugoso como una naranja, marcaba el banco de nubes del poniente. Estacionó

el camión en el lugar en que había estado, se bajó, caminó hasta la casa de la vieja y volvió con el frasco de la placenta en la mano. Lo dejó sobre una piedra plana y extrajo una pala de la caja de herramientas. Sin prisa, mirando a su hijo que retozaba en las rodillas del diputado, se puso a cavar un hoyo junto al muro del cementerio. Cuando estuvo satisfecho de su profundidad recogió el frasco, lo abrió y vació su contenido en el fondo. Lo cubrió con la tierra, desparramó sobre ella hojas y semillas del mismo aroma, levantó al niño desde los brazos de Guarello y le pasó las llaves de las esposas al chofer.

-Sabes -le dijo -parece que la vieja tenía razón. La placenta era de la María Pastora, ninguna mujer ha parido en los últimos días a diez leguas a la redonda.

El chofer desencadenó al enfermero y lo encerró en el furgón. Después, junto a Estévez, al diputado y al niño dio el contacto e hizo arrancar el camión.

El motor no dio problemas hasta la entrada de Quintero, cincuenta kilómetros al norte de Valparaíso. Ahí, de súbito, como si ya quisiera terminar el largo recorrido, dejó de girar la bovina, se extinguieron las luces y el agua del radiador empezó a hervir. No había luna y el enrejado de estrellas no daba luz suficiente para intentar una reparación.

-Hasta aquí no más llegamos -dijo el chofer.

-¿Puedes arreglarlo?

-Cuando haya luz.

-Pronto amanecerá.

-Entonces...

Empujaron al furgón fuera del camino y lo estacionaron bajo un chopo, en la vereda. Estévez sacó unas mantas de la maleta y con ellas abrigó al diputado y al niño, que todavía despierto se había aguantado el hambre sin llorar. Se abrochó hasta el cuello la guerrera de pana, se caló una manta de castilla y acompañando al chofer se recostó contra el árbol, las suelas de sus botas tocando un neumático del camión.

Se despertó en la duermevela de la mañana. Había algo de luz en el cielo, pero no la suficiente para atravesarle los párpados.

Había soñado alguna cosa, había dormido profundamente y no escuchó los movimientos del enfermero. Se incorporó en silencio y vio una forma voluminosa, una gran serpiente que se movía con agilidad dentro de la cabina. De un brinco y ya con la pistola en la mano metió medio cuerpo por la ventanilla.

Llegó tarde. El brazo musculoso del enfermero, transformado por su somnolencia, había atravesado los barrotes de la ventanilla que separaba el furgón de la cabina y atenazaba el pescuezo del diputado.

Cuando disparó, Guarello ya había muerto. El brazo del enfermero, perforado, se escurrió hacia atrás y el agresor se desplomó aullando en el suelo de lata. Con la leve luz del amanecer Estévez examinó el cadáver del prisionero, la lividez de los dedos del enfermero enluciéndole el cuello, la lengua insinuada entre los dientes afilados, completamente estrangulado. Y al niño que miraba, los ojos bien abiertos, con una sonrisa voluptuosa, inconteniblemente alegre, como si disfrutara del espectáculo.

-La vieja me lo ojeó -dijo Estévez.

Sin importarle el hueso astillado ni el chorro de sangre del brazo del enfermero, lo ató con las manos en la espalda.

Luego envolvió el cuerpo del diputado con una sábana y se sentó en una raíz del chopo.

Estévez meditó hasta que el sol estuvo bien alto en el cielo. Cuando el calor ahuyentó a los tábanos, cuando el enfermero dejó de gemir, entonces tomó una decisión. La venganza era incompatible con el juramento que una vez, con otros compañeros, había coreado en el patio central de la cárcel pública. Aquí -se dijo -no cabe otra cosa que el conducto regular.

Y lo siguió.

En la capital entregó al niño a su madre recomendándole que tomara hora con algún obstetra que no fuera Puga y en la cárcel, el cuerpo rígido de Guarello y al enfermero moribundo y todavía encadenado. Redactó un oficio relatando lo sucedido y devolvió el arma de servicio seguro de una suspensión. En la mañana del día siguiente recibió una nota de estímulo por parte de sus superiores

inmediatos, el arma con la carga completa y una planilla suplementaria de ciento cincuenta pesos.

Celebró su inesperada fortuna comprándole a María Pastora una docena de alezos de distintos colores y llevándola a una parrillada al centro de la capital. A esa misma hora el enfermero, con una generosa transfusión de sangre en el cuerpo, el brazo en cabestrillo y un ascenso en trámite regresaba a Coquimbo.

Diccionario Biográfico de la Represión.

Epoca: 1969 - 1979.

Episodio: Manifestación Paralela.

Categoría del Personaje: RpSCsrPm. (1)

Información obtenida en: P.D.A. II, by Apple y por Tp.(2)

Síntesis biográfica y notas de:

"...Escobar Piñera, José Luis.- Ex alcaide y funcionario del Servicio de Prisiones. Nació en Vicuña en Noviembre de 1910. Padres: Efraín e Isolina. Estudios primarios en la escuela pública No. 1 de Vicuña. No termina su educación básica e ingresa como oficial administrativo a la Ilustre Municipalidad de Coquimbo en 1924. Sirve, sucesivamente los cargos de: portero, ascensorista (en el primer ascensor hidráulico de la provincia) estafeta de la oficina de partes, estafeta de la oficina del secretario de la alcaldía, estafeta de la oficina del alcalde, ayudante de la secretaría del alcalde, ayudante del alcalde, secretario del alcalde. En diciembre de 1930 es trasladado por razones de buen servicio a la Intendencia regional donde se desempeña en los siguientes cargos: estafeta de la Intendencia, ayudante de la secretaría de la Intendencia, ayudante del Intendente, secretario del Intendente y alcaide de la cárcel de Coquimbo a partir de 1933. Es destituido en Enero de 1935 y se descubren en su gestión algunas irregularidades y cierta responsabilidad en la muerte de un diputado de la República. Acogido a jubilación en 1935. Según P.D.A. y otros Tp. puede encontrarse: Con el diagnóstico de 'Hemorragia cerebral masiva', muerto y enterrado en el cementerio local de Coquimbo.

"Notas a la síntesis biográfica de José Luis Escobar Piñera."

(De singular importancia para la comprensión de la historia de Mauricio Estévez Morales.)

"...Mauricio Estévez Morales, quien se hizo famoso como fundador del movimiento conocido como MAPA, le debe parte de su for-

(1) Rp: Represor. SCsr: Socio-culturalmente sin responsabilidad. Pm: con patología motivante.

(2) P.D.A.: Procesadora de Datos Autoprogramable. Tp.: Testimonios personales.

mación a Escobar Piñera y a su secuaz, el enfermero. En su retina de lactante quedó como marca indeleble esa garra en el cuello del diputado. Su sensibilidad inocente quedó torcida para siempre al ser testigo de un acto de violencia tan inesperado y brutal. Nada pudieron hacer por él ni por su sensibilidad sus padres ni los curas del colegio. La maldad le había impregnado el alma y la inteligencia de tal forma que no fue susceptible de corrección alguna.

Es posible que Escobar Piñera al dar la orden de exterminio contra el diputado no hubiera tenido la intención de danar al pequeño Mauricio. Pero sobre las intenciones del antiguo alcaide de la prisión de Coquimbo poco se puede decir. De ellas y de sus consecuencias sólo es responsable Antonio, el prefecto de la congregación que regentaba la escuela de Vicuña donde inició sus estudios Escobar Piñera.

Las primeras manifestaciones de perversidad aparecen en Mauricio Estévez cuando apenas cursaba preparatorias en la escuela del barrio de Conchalí. Un día cualquiera, mientras el resto de sus compañeros se preocupaba de destripar a una lagartija viva bajo la sombra del almendro del patio, el pequeño Mauricio jugaba con una pelota contra el frontón del gimnasio. Esa tarde todo el curso fue castigado bajo la acusación de cometer crueldad contra una criatura de Dios. La excepción fue Mauricio, que en la puerta del establecimiento fue despedido por el profesor jefe con una cariñosa palmada en el lomo y una estrella dorada en su libreta de comunicaciones.

-Porque nadie tiene derecho a privarle la vida a un ser vivo. Y menos de la manera en que lo hicieron -le explicó.

Con un dedo goteando saliva Mauricio había reforzado el engomado de la estrellita dorada y había mirado a su preceptor.

-Ellos son tontos -le dijo.

-Los hombres crueles no son necesariamente tontos.

-Son tontos -Mauricio guardó la libreta premiada en un bolsillo de su delantal.

-Es posible que ignoraran lo que hacían.

-Son tontos porque no saben que una lagartija no sufre, no grita y se retuerce sólo por instinto. Es un reptil y los reptiles no

sienten el dolor y es un animal y el animal no sabe que detrás de la mano que lo hace sufrir hay una voluntad que quiere hacerlo sufrir. Matar una lagartija o una paloma es como golpear una piedra. Ni la piedra sufre, ni goza quién la golpea.

En esos días Mauricio Estévez Morales tenía siete años. En cambio José Luis Escobar Piñera manifestó su enrarecida personalidad de manera menos siniestra, pero más evidente. Porque mientras cursaba preparatorias el encargado de la congregación a la que pertenecía la escuela le descubrió el defecto. Y como en el caso de Estévez Morales, en este también estuvo involucrada una lagartija; ya que con ese mezquino reptil confundió el cura el bulto desproporcionado que deformaba la pierna del mameluco de José Luis.

-Suelta a ese pobre animal -le había ordenado el cura.

José Luis había examinado resignado su entrepierna y luego dirigido una mirada culpable al sacerdote.

-No puedo -le había dicho.

-¿Cómo que no puedes? -lo agredió el cura dando algunos pasos hacia el niño.

-No puedo.

-Ya veremos si no puedes -y había estirado una mano.

Entonces José Luis no tuvo más remedio que desabotonarse el marrueco y mostrar la supuesta lagartija.

Vicuña era en 1917 una aldea atrapada entre los primeros cerros de la cordillera de los Andes. Mirando hacia el oriente desde el campanario, desnudo y amarillo como un hueso, se puede ver al valle penetrando en la sierra. Entre las elevadas cadenas montañosas se descubren monótonas planicies cubiertas de trébol y alelíes y más allá, cuando el valle ya no es más que una hondura ahilada aparecen los volcanes y los glaciares. Y después todo termina en forma brusca. Los ríos aminoran la velocidad y corren ahora rumbo al oriente cruzando campos ricos en gramíneas y ganado. La modesta escuela parroquial de Vicuña tenía su puerta principal siempre entornada y por el patio trasero, a través de un callejón abovedado por un jazmín colonial, se llegaba a la capilla. Por una portezuela lateral de ella y subiendo por una escalera de madera blanca se alcanzaba la torrecilla y a la única campana. Ahí solía ocultar su vergüenza José

Luis.

Cuando el padre Prefecto le vio el miembro, grueso y oscuro como una longaniza, creyó que estaba en presencia del demonio e inició, por instinto, los pases previos a todo exorcismo. Fue el momento en que el niño guardó su lagartija y se abrochó el pantalón y en el que el resto de los alumnos lo rodearon entusiasmados seguros de que el cura estaba organizando un juego aún desconocido.

Pasado el momento de ofuscación, el Prefecto decidió regresar a su oficina sin hacer mayor cuestión del fenómeno.

Por la noche pensó que era posible que José Luis le hubiera jugado una mala broma y que lo que realmente llevaba envuelto en los calzoncillos era una especie animal primitiva e ignorada, pero de ninguna manera pudo conciliar el sueño.

Temprano en la mañana, después de una ablución apresurada y de un sobrio café con leche, el Prefecto ensilló la mula de la congregación y tomó el camino del monte, dirigiéndose a la parcela donde vivía José Luis junto a sus padres.

Lo recibió el viejo Escobar, junto al umbral frío de la puerta, con el sombrero de paja girando entre sus manos.

-Ya sé la razón de su visita señor cura -dijo acercándose a sujetar las riendas de la mula -pero créame que si la cosa le ha crecido a este chiquillo de mierda, ha sido porque no le hemos podido quitar la costumbre de chupar semillas de guayacán.

-Así que era cierto -dijo el cura sin apearse.

-Así no más de cierto -el viejo Escobar tendió su mano derecha empuñada.

-Es monstruoso.

-Pero no le crecerá más -dijo y abrió el puño.

-¿Esas son? -preguntó el cura mirando la docena de vainas moradas sobre la palma extendida del viejo.

-Esta porquería.

-¿Del guayacán?

-Del guayacán hembra -dijo el viejo con un ademán.

-No las tire -lo detuvo el cura.

-Son peligrosas, ¿sabe Ud?

-Debo advertir a los feligreses, esta semilla del diablo

no debe ser plantada.

-La distribuye el viento.

-Hay que arrancar el guayacán.

-Tendría que desbrozar el monte.

-¿Qué haremos con tu hijo?

-...

-No podrá seguir ilustrándose.

-Tendrá que ser así no más.

-Como tú quieras.

De este modo José Luis Escobar Piñera completó su educación. Con la infancia interrumpida y la sexualidad exorbitada el adolescente redujo su vida a la recolección de leña y a la caza ocasional del conejo. Pero era de inteligencia despierta lo que lo hizo descubrir, sucesivamente, tres cosas. La primera, que la gran mayoría de los hombres de la región habían chupado, en la infancia, el germen del guayacán. Segunda, que el exceso de virilidad provocada se interrumpía al cabo de algunos años. Tercera, que la inexorable declinación podía retardarse usando una pomada a base de la hoja de un líquen picante y verdoso.

Porque a los veintidós años, después de una experiencia sexual con una cabrera vieja que le dijo que todos los coquimbanos terminaban igual y de tres intentos con una prima de hermosos cabellos negros y que culminaron en una erección fugaz y en un charco de esperma en las polleras, José Luis se dio cuenta de que estaba perdido.

Fue cuando decidió recurrir a la virgen de Andacollo. Ella no le solucionó el problema, pero una extraordinaria circunstancia le dio la pista. De regreso de la peregrinación y mientras calentaba una olla con agua para hacer el té, se sentó inadvertidamente en una piedra tapizada por el hermiron. Y cuando a media tarde sintió que de manera espontánea su lagartija despertaba del lamentado letargo, resolvió examinar sus pantalones sucios y la piel de sus nalgas urticariada por el líquen.

Puso a prueba su descubrimiento en un prostíbulo de Coquimbo esa misma noche y seguro de su eficacia, estuvo algunas semanas estudiando la forma de sacarle provecho.

Descubrió síntomas de guayacanismo en casi todos los funcionarios de la alcaldía del puerto, donde alcanzó los más altos empleos.

Y unos años más tarde se enteró que el Intendente de la provincia había sido un vicioso de la semilla.

Había perfeccionado la forma de prescribir el afrodisíaco y aunque mantenía el secreto de su fórmula, ahora lo ofrecía en una infusión con leche y agua. Ya no era necesario escararse el culo para lograr una erección.

Pero ni los concentrados más poderosos del hermirón lograron restablecer el daño irreparable causado por el guayacán. Y José Luis empezó a perder influencia con la misma rapidez que sus superiores perdían la virilidad.

Siendo ya alcaide de la cárcel de Coquimbo y estimulado por la progresiva impotencia del gobernador, decidió repetir su viaje de merced al santuario de Andacollo. No tuvo éxito su manda y a su regreso le fue exigida su renuncia.

Se dice que su deterioro fue rápido, que sufrió un ataque cerebral y que murió de una apoplejía de tanto tratar de resucitar a su miembro, que se había puesto tan lacio y amarillo como la lagartija muerta con la que se lo confundió el Prefecto.

II.-

Después de despedir a Gaspar aseguré las ventanas y la puerta vidriera de la editorial y salí. Estaba seguro que no iban a regresar a visitarnos esa noche. Por precaución, sin embargo, había enviado a Gustavo y a Loreto a la sucursal del banco en la esquina con el manuscrito de Chiriboga.

-Arrienden una caja de seguridad por una semana -les había pedido.

Atravesé la calle Lira buscando un taxi. La noche estaba fría y el aire cargado por el smog que descendía sobre Santiago. Tosí un par de veces y encendí un cigarrillo. Hice parar un auto destaralado y le pedí que me llevara a la esquina de Macul con Irarrázabal.

Catorce arrendaba un departamento de dos ambientes en un edificio de ladrillos rojos cerca del antiguo Instituto Pedagógico. Muchas veces le había pedido que se fuera a vivir conmigo. Nunca aceptó. Alegaba distintas razones, una de ellas la conciencia de su padre. Le costaba convencerme que no era por mi vejez ni mi neurosis.

-Para botarte -me decía -sólo tendría que abrir el tarro de la basura, no buscar explicaciones sofisticadas.

Le pedí al chofer que se detuviera frente a la heladería con la que se inicia la avenida Macul, pagué y caminé hacia el piso de Catorce. Quería meditar algunos segundos. Estaba un poco deprimido y no quería que ella empezara la noche con una especie de sicoterapia.

Sabía que había entrado en un juego peligroso con los escritos de B., o con la decisión de divulgarlos. El nuevo ministro del Interior era bastante aficionado al exilio ajeno. Y en México o en España no podría aspirar a otra cosa que a una imprenta de tarjetas de visita. No abunda la solidaridad entre los refugiados y tenía la certeza que nadie iba a tener conmigo una especial conducta de compromiso.

El aire helado suele despejarme y por eso, al tocar el timbre del departamento, me sentía mejor. Catorce había instalado el sillón delante del televisor y cuando me abrió la puerta la noté excitada pero contenta.

No era para menos. Acababan de descubrir lo que después se llamó El Complot de los Seis Mayores y aunque el general aseguraba mantener el control en el país entero, ella acostumbraba a derramar optimismo y mientras me abrazaba, lloraba de felicidad.

Yo no pude dejar, también de alegrarme. Las circunstancias podían hacerse favorables. Si el general caía, B. tendría sus publicaciones en todas las librerías de Santiago y yo no correría el riesgo de tener que vender tarjetas de visita en Cuernavaca. Bueno, nadie ignora como terminó el complot de los Mayores, pero nosotros disfrutamos de una cálida comida de invierno. (hasta que llegó Jorge.)

Terminábamos la ensalada de endibias cuando se apareció acompañado de Grete. No se vaya a pensar que aquella visita correspondía a una amabilidad de su parte. Nada. Sólo que el departamento de Catorce quedaba más cerca del taller de Grete que mi casa del cerro y tenía que devolverme el automóvil.

-Te traje el Visa -me dijo metiendo la mano en la fuente de endibias.

Llevaba a Grete enlazada por la cintura y los dos despedían un olor acre, a hierba fresca, recién fumada.

-Mejor -dije molesto -porque hasta donde llegan mis conocimientos, los autos no vuelan.

Jorge se volvió hacia Grete que, era indudable, batía sus alas en otra galaxia.

-No te lo dije -le comentó -que el que se cambiara a una mujer más joven no le iba a mejorar el contacto.

Tarde o temprano Jorge se tropezaba con Catorce. Y ella, aunque es mucho menor que yo, para ciertas cosas tiene un pensamiento muy próximo al Santo Oficio.

¿Algún conflicto con papá Freud?-le preguntó quitándole la fuente de endibias de las manos.

-También te contagió el viejo -se rió Jorge.

Yo tengo la manía de la conciliación.

-No pueden andar en ese estado por la calle -dije -les daré para el taxi.

Jorge no contestó y Grete se había marginado del diálogo.

Los empujé sin violencia hasta la escalera y bajé con ellos a la calle. No quedé tranquilo hasta que los metí dentro de un auto. Regresé al departamento y descubrí que Catorce había levantado la mesa sin darme postre. También se había llevado el vino.

-Eres un sobreprotector de lo más cretino -me dijo.

-El otro día me acusaste de autoritario.

-Dos variantes para la misma cosa.

-Es responsabilidad de la Grete.

-Claro, como ella le enseñó a mamar.

-A mamar no, pero antes de conocerla no fumaba marihuana.

-Oye -Catorce se asomó a la puerta de la cocina -no me irás a acusar de ser responsable por lo que tú tomas.

-No es lo mismo.

-Nunca es lo mismo cuando se trata de cagarle la existencia a un hijo.

-Con ese lenguaje va a ser muy raro que algún día tengas pacientes privados.

-Siempre me alcanzará para convidar a comer a un editor muerto de hambre.

Yo metí la mano al bolsillo y saqué la billetera.

-¿Cuánto te costó esta cenita de invierno?

Catorce cerró la puerta de la cocina de una patada. Por un rato se oyó el ruido del agua y de las ollas. Me derrumbé en un sillón y guardé la billetera vacía. Luego ya no se oyó nada y yo empecé a preocuparme. Me acerqué en puntillas y abrí la puerta con suavidad. Adentro Catorce terminaba de secar el último tenedor.

-No soy de las que se suicidan -dijo sin mirarme.

-Vine a buscar más cerveza, no a recoger tu cadáver -dije.

Entonces Catorce agarró un plato y sin hacer puntería me lo tiró por la cabeza.

Todo coincidió con un timbrazo en la puerta de calle.

Me apresuré a abrir por encima del plato hecho añicos. El ma-

mayordomo del edificio, embutido en un mameluco gris trataba de comprobar, por sobre mi hombro, si yo le estaba haciendo algún daño a su inquilina. Al verla viva se dignó a hablarme.

-Le aviso que desvalijaron un auto allá abajo, un Visa creo..., ¿no será suyo acaso?

El desgraciado estaba dichoso.

El Visa era mío.

Ese desgraciado estaba enamorado de Catorce. A mi me daba miedo que de repente se escondiera en el hueco del incinerador, una noche, y la atacara. Se traslucía que a mi me odiaba. Me demoré en enterarme que la repugnancia que él me provocaba era producto de la paranoia en la dirección correcta. (Como decía Catorce)

Por esos días algo andaba mal en el entrenamiento de los hombres de seguridad del general. En efecto, con un instrumento especial habían abierto el vidrio delantero izquierdo del Visa y lo habían desarmado por dentro. Le robaron la radio y otros instrumentos y a pesar de que rajaron el forro de los asientos no descubrieron los papeles de B. Simplemente no se les ocurrió levantar el respaldo trasero.

Yo me lamenté en voz alta e indignada de la violación, poniendo énfasis en la radio, que me había costado tanto como el auto, pero bajo la vigilante mirada del mayordomo preferí no cerciorarme de inmediato de la suerte corrida por la carpeta de B.

Me senté al volante, puse el motor en marcha y estacioné el Visa justo bajo el balcón del departamento de Catorce y lo cerré con llave. Cuando íbamos subiendo al segundo piso, el mayordomo le tocó el hombro a Catorce.

-¿Seguro que ya no estaba así cuando lo trajo el hijo del señor? -le preguntó.

-Olvídate -me dijo Catorce después de despedirlo -es un débil mental.

Me detuve junto a la mesa redonda del comedor.

-¿Quieres el postre? -Catorce me había sonreído.

Acepté. Eso me permitiría abrir la botella de Rhin que estaba en el refrigerador.

Yo tengo dos niveles de fantasía. El primero comprende a Catorce y en cierta medida lo que estoy viviendo en la actualidad. No se cuál es el motivo, pero en este primer nivel me es satisfactorio imaginar situaciones que puedo reproducir a la perfección en la realidad. En el segundo nivel todo es diferente. En él no soy el mismo hombre de carne y hueso que existe aquí y ahora. Soy un monstruo de imaginaria con muchos años menos y muchos pesos más y con un trabajo que me ha llevado al éxito y al ocio. Estos arrebatos secundarios de fantasía me atrapan en las circunstancias más disímiles y, afortunadamente son recurrentes en situaciones precisas y no duran más que unos minutos. Creo que son maniobras evasivas que permiten sobrellevar mejor la agresión aguda de la angustia y por eso no las rechazo.

Catorce desapareció después del postre y me dejó solo con la botella de vino. Era la hora del programa El Tango Inmortal en radio O'Higgins y yo caí en el sopor de la juventud nunca vivida.

No sé cuánto rato pasó. No debió ser un rato largo. Una noticia urgente que interrumpió a la orquesta de Armando Pontier y a Julio Sosa cantando Nada, el tango de Damés y Sanguinetti y la presencia de Catorce, que salía del baño con una toalla envolviéndole el cuerpo y el pelo mojado pegado a la cabeza, me despertaron.

Catorce no se dejó sacar la toalla hasta que se agotó la noticia. Confirmaban el alzamiento de seis mayores en seis guarniciones a lo largo del país. Habían acuartelado las tropas a su mando y exigían que el general se desprendiera del equipo económico libremercadista. Fue una noticia sin comentarios, después de la cual regresaron los tangos y con ellos los mayores y sus demandas fueron perdiendo nitidez en mi conciencia. A medida que me iba confundiendo con el cuerpo húmedo de ducha de Catorce iba retrocediendo también mi fantasía secundaria e impostora.

Esa noche estuve mejor, más a la altura de la juventud de Catorce y a una comida sin lasañas. La decisión, ya tomada, de publicar a B. había contribuido a rebajar mi ansiedad.

-Hoy le veo mejor pronóstico a la editorial -reconoció Catorce después de un tiempo.

No quise preguntarle si lo decía por el tambaleo político del general o por mi eficiencia encima del sillón.

Catorce se movió por primera vez cuando la luz difuminada del amanecer se colaba por las cortinas. La estufa eléctrica se había apagado y la radio tampoco funcionaba. Catorce se incorporó.

-Cayó el general -anunció.

-¿De dónde sacaste eso? -pregunté.

-Un apagón.

-Para un apagón no es indispensable la caída del general.

-Vamos a averiguar -dijo y se levantó hasta el teléfono.

-Hoy es sábado.

-No funciona -Catorce me señalaba el fono, sordo, en la mesa.

Estaba desnuda, con sus hermosos hombros asorochados por el frío, moviendo los pies encima de la alfombra, con el teléfono en la mano.

-Te vas a enfermar -le dije pidiéndole que se abrigara.

La luz volvió mientras tomábamos desayuno. Las diferentes emisoras entregaban sólo música clásica y recién a las siete y media de la mañana dieron la primera noticia. El gobierno, con el objeto de evitar la dispersión de rumores y especies atentatorias de la seguridad nacional había decidido, por un tiempo mínimo indispensable, conectar todas las radioemisoras a la red central de radio Nacional de Chile.

Las autoridades reconocían ante la ciudadanía que en cinco guarniciones del país los comandantes habían solicitado una rectificación de la política económica. Nada se decía de un alzamiento o un ultimatum al gobierno. Esta petición, continuaba la información, se había hecho llegar respetuosamente y, desde luego, había sido rechazada. Se advertía de lo poco oportuno de este tipo de conductas y se aconsejaba, con severidad, a esos mandos a que se abstuvieran de opinar en materias de política contingente. El país estaba en absoluta calma y se aseguraba que pronto se daría libertad informativa a los distintos medios de comunicación.

-Anoche escuché que los mayores eran seis, no cinco -Catorce estaba desilusionada.

-Uno más, uno menos.

-A veces uno más hace la diferencia.

Catorce, para variar, tenía razón. Pero del sexto mayor sólo se vino a saber un tiempo después, y por entonces ya se había di-

vulgado el secreto de MAPA.

Salimos antes de las ocho y el mayordomo, fingiendo regar los maceteros de cardenales inundados todavía por la lluvia de la víspera, no despegó sus ojos de Catorce.

La llevé hasta la estación Tobalaba del metro y en ese momento se me ocurrió una idea que no por lo tardía tenía que ser mala. Y enfilé con el Visa hacia el Arrayán, donde vivía B.

El Arrayán es un barrio precordillerano, quizás el más alto de Santiago, que bordea la cañada del río Maipo hasta los primeros contrafuertes. No son más de cincuenta casas encajonadas en los barrancos de piedra gris del río. Es un sitio anegado por el rocío de los rápidos e, igual como el cerro en el que vivo, malsano y poblado por alimañas de tamaño incómodo y vigor tropical.

La casa de B. está enclavada en el último recodo del Maipo, antes de la enorme piedra en que se apoya el único puente, justo encima de los cien metros de playa que regala el río. Es una cabaña de madera cepillada y planchas de volcanita en el medio de un bosque de pinos azules.

Dejé el auto en la grava del camino de entrada de la propiedad y caminé hasta el portón. Parecía estar abandonada. Ni humo por la chimenea ni ladridos de Héctor, el viejo labrador de B. Tiré del alambre de la campana y esperé. Repetí la llamada varias veces, sin obtener respuesta.

Era lógico.

Lo que no era lógico en absoluto era que yo, depositario de la causa de la clandestinización de B. estuviera parado frente a su casa sin pensar siquiera que podía ser vigilado.

Yo me consideraba una persona que actuaba guiada por la sabiduría del instinto.

Empujé el portón y entré.

Héctor había sido un perro bravo, pero no fue la teórica presencia de él lo que alertó mi ilimitada capacidad de sospecha. Fue más bien la evidente ausencia de Héctor.

Me acerqué a la casa caminando por el pasto. Así evitaba que crujiera el maicillo.

La casa y la parcela estaban desiertas. Ni Bautista, ni Héctor ni sus restos asesinados como pensé de repente. Todo estaba limpio,

el pasto recién cortado, las hojas secas recogidas en montones simétricos a lo largo del sendero. Adentro el piso estaba encerado, la biblioteca ordenada, sobre el escritorio de B. el volumen de 'Aproximaciones a una Guerra Civil' de Alba, el libro más prohibido por el general, la licorera completa. La casa no había recibido visitas anteriores a la mía. Los hombres del CNI suelen dejar huellas inconfundibles. Por lo menos así lo creí en esa oportunidad.

Volví al Visa y regresé a la editorial.

Atravesé Santiago acompañando a los cientos de autos que bajan desde el barrio alto a esa hora. Unos con mujeres apenas salidas de la cama, la cara llena de crema, aferradas al volante, acarreando niños somnolientos que se mueven detrás de las ventanas como pequeños peces azules, otros con apresurados oficinistas y ejecutivos preocupados por no perder un estacionamiento en el centro. Es un movimiento continuo, ordenado, es la imagen necesaria de un régimen autoritario que dicta normas de conducta y vela por que ellas se cumplan. Me desvié del flujo vehicular en Los Leones.

Me gustan más esas calles estrechas de Ñuñoa, que sin semáforos nos guían hacia Vicuña Mackenna y al poniente. Aquí donde todavía es posible descubrir carretelas cargadas de verduras, afiladores de cuchillos y estiradores de somieres.

Metí la nariz del Visa en el patio embaldosado de la editorial y me bajé con la copia de B. bajo el brazo.

Eran las nueve de la mañana cuando saludé a Loreto y a Gustavo.

-Llamaron de la imprenta Oasis -me dijo ella -preguntando por el original de Chiriboga.

Garub, el dueño de la imprenta sabía del valor de Chiriboga y de una generosa tirada.

Ordené a Gustavo que fuera a retirar a Chiriboga del banco en la esquina y a Loreto que llamara a Garub anunciándole mi visita. Después, con el manuscrito en mis manos, discutí un par de asuntos puntuales con Gustavo, le prometí estudiar un anticipo de sueldo a Loreto y me subí al Visa. Por supuesto no partió.

Le pedí plata a Gustavo y me comunicó que no tenía. Tuve que recordarle que el dueño del negocio era yo y le sugerí que abriera la caja chica y me pasara doscientos pesos. De otra manera era imposible que llegara hasta la imprenta de Garub.

Al final me los dio. Tiendo a comprender a Gustavo. Mal que mal es el contador de la empresa y sabe que yo con frecuencia despilfarro las exiguas ganancias.

La imprenta queda en Cerrillos, frente al aeropuerto y el ladrón del taxista me cobró ciento ochenta pesos. Para el regreso tenía dos alternativas: o pedirle un adelanto a Garub o aceptar un pesado almuerzo árabe.

José Joaquín Garub era un hombre más listo que yo. Con menos pretensiones, pero más ambicioso. Lo conocí y me hice amigo de él cuando compartíamos con nuestras librerías la misma cuadra de la calle Los Plátanos. Al cabo de un tiempo y cansados de bajar los precios para atraer a los estudiantes del barrio, estudiamos la posibilidad de montar una especie de monopolio. Sellamos nuestro pacto en un restorán de calle Recoleta y Garub se convenció, para siempre, que yo adoraba la comida árabe.

Desde ese día nos reuníamos una vez al mes para actualizar nuestras listas de precios de lápices, sacapuntas y gomas de borrar y sólo una vez nos peleamos. Fue al término de una de esas comidas, una a la que se nos ocurrió convidar a nuestras respectivas mujeres. Ya Garub se había ofendido pues la mía (que sólo come pollo cocido o bistec a la plancha) había rechazado las tripas de cordero rellenas y el kabab, cuando a mi se me ocurrió hablarle de mi futura editorial.

En realidad se enojó, según me explicó después, porque no toleraba la estupidez en los amigos. El, por entonces, ya tenía planificada su imprenta y me había considerado como un potencial socio. Fue una disputa corta, áspera que señaló el punto de partida de caminos divergentes, pero que confirmó nuestra amistad y el compromiso de no alejarnos ni en lo afectivo ni en lo profesional.

Yo había llegado a admirar y a querer a Garub.

Hasta ahora.

Los negocios de José Joaquín Garub marchan muy bien.

-Supe que rechazaste la impresión de calendarios de la financiera Exito -me dijo luego que su secretaria me hizo pasar.

-Yo edito, tu imprimes.

No quise decirle la verdad, que a no ser por Chiriboga los ca-

lendarios estarían imprimiéndose con mi propio pie editorial, pero mi orgullo no conoce claudicaciones. Pienso que Garub no lo ignoraba, pero que su lealtad no le permitía reprochármelo.

-Cuántos ejemplares de Marcelo Chiriboga tendrá la primera edición -me preguntó indicándome el sillón más cómodo de su oficina.

-Cinco mil.

-¿Quedan cinco mil lectores de Chiriboga en este país?

Garub es un árabe gordo, de grueso bigote y bolsas lechosas bajo los ojos y cuando duda del éxito de Chiriboga lo hace en la misma forma en que intentaría comer un Kentucky Fried Chicken. Es decir, completamente convencido. Convencido no sólo de lo inútil del empeño, sino también del mal gusto de quien estuviera detrás de ese empeño.

Pero al parecer no dudaba de la fuerza de venta de Chiriboga.

-Chiriboga es Chiriboga -dije yo con clara conciencia de no haber contestado su pregunta.

Garub no esperaba ninguna respuesta. Las preguntas que me lanzaba tenían el tono de la advertencia, no el de una interrogación. Y en lo que a mi respecta, Garub y Catorce se parecen en una cosa: con más frecuencia de lo recomendable tienen la razón.

-Es tu dinero -Garub se agitó dentro de su gran silla giratoria.

-¿Y el crédito?

-¿Distribuyes tú o distribuyo yo?

-Distribuye la editorial.

-¿Cuánto te demoras en vender la primera edición?

-Noventa días después de que salga de aquí.

Garub apretó un botón del aparato telefónico y pidió café.

-Almorzaremos en La Meca -dijo.

-Lo que digas -yo necesitaba un contrato favorable.

-Entonces -Garub tomó un papel -el primer cheque me lo fechas a noventa días.

-Eres la esperanza de la cultura nacional -le dije entusiasmado.

A Garub le gustaban los halagos.

-Aprovecharemos de celebrar eso también.

Yo había ganado un negocio y había perdido una tarde. El balance era positivo. Porque un almuerzo en La Meca no me lo iba a perdonar Catorce. Alguien me había contado que en piezas interiores del hacía poco inaugurado restorán existían lujosos fumadores y el guatón Garub no era árabe de prejuicios. Despreciaba a los beduínos del club Sirio y a sus paisanos avasallados por la cultura occidental.

El cañonazo de las doce (en Cerrillos también un confuso ale-tear de palomas) nos sorprendió redactando el convenio de impresión. Garub se notaba impaciente. Es muy posible que no fuera indispensable una obra de Chiriboga para conseguir un buen precio con él. Quizás si sólo bastaba con aceptar una invitación a almorzar.

Quince minutos más tarde la secretaria, impecable, eficiente, nos traía los documentos listos para la firma. Garub podía prescindir de contadores miserables y de secretarias descuidadas. Garub casi no me dejó leerlos.

-Hay una cosa más -le dije después de estar seguro que nada detendría su marcha hacia La Meca.

-Hombre, lo que quieras -dijo arreglándose la corbata.

-Quiero que junto a Chiriboga me imprimas una monografía.

Garub se detuvo en medio de la alfombra.

-¿Con pie de imprenta?

-Sin.

Garub levantó las cejas y se tocó la panza.

-Ya me están sonando las tripas -dijo.

Tenía fuerza de voluntad. Decirme que no, que se negaba a imprimir un papel sin pie de imprenta, que no podía hacer un trabajo clandestino y anónimo, le implicaba volver a sentarse y señalarme los desproporcionados riesgos de mi idealismo. El se consideraba un hombre de izquierda, pero no un pelotudo. Pero Garub conocía mi recia retórica y sabía que convencerme de cualquier cosa le tomaría una hora y le haría perder una buena mesa en La Meca.

-Está bien -dijo -¡vamos!

Separé las cartulinas de B. y de Chiriboga y le entregué el manuscrito del maestro venezolano a la secretaria.

-La monografía aún no está lista -dije.

-Preparan unos mazarines... -suspiró Garub aliviado.

Tan pronto subió a su auto ya no pensó en otra cosa que en comer.

Tiene uno grande, lujoso, de interior aterciopelado y de colores metálicos. Presionó el botón de una radio digital, con ecualizador, sintetizador y otros adelantos para que pudiéramos escuchar a Purcell u otro divulgador.

La Meca queda al otro lado de Santiago. Garub había elegido la localidad de Cerrillos pues pensó que la cercanía de un aeropuerto le otorgaba gran plusvalía. Se había equivocado. Hoy, Los Cerrillos no es más que una cinta de asfalto trizado, bordeado de edificios ruinosos, en la que a veces aterriza un monoplano tan parchado como la torre de control. El aeropuerto internacional de Pudahuel no lo hace mejor. Desde que al general le dio por comprar Mirages preparándose para la guerra con Argentina, la plata destinada a mejorar esas infraestructuras se agotó. Lo lamentable, desde su particular punto de vista, fue que Argentina no nos consideró dignos de una agresión y prefirió enredarse con Gran Bretaña.

Mirando el valle hacia el norte, desde la altura del paso a nivel que protege al ferrocarril que va a San Antonio, es posible observar Santiago. Era posible. A mediodía una burbuja de smog suspendida sobre la ciudad rompe la monotonía y anula la perspectiva que da, al fondo, la cordillera.

De un tiempo a esta parte esa visión me angustia. Yo vivo en un cerro, pero en el centro de Santiago, en el núcleo de esa burbuja malsana. De ahí que cuando hago consciente la presencia de esa madeja pestilente, me entra un ahogo que me invalida.

Cerré la ventanilla del auto y Garub, comprendiendo el gesto, hizo funcionar el aire acondicionado.

-Este aparatito filtra toda esa mierda -dijo orgulloso.

Lo que era cierto.

Pero al llegar a La Meca se me había arrancado el hambre. El lugar queda en el sector norte de Santiago. Al otro lado del río Mapocho, metido en una callejuela cerca del hospital psiquiátrico. El restorán está instalado en una gran casa, vieja y refaccionada,

la que sólo es visible parcialmente, envuelta en un conjunto de árboles antiguos y arbustos desordenados.

-Así debió ser el jardín de Mahoma -comentó Garub al detener el automóvil.

Garub era un cliente ocasional, pero rumboso. Uno de los dueños, en persona, lo recibió en la puerta y con un cuchicheo lo puso al día de las novedades de La Meca. Se palmotearon un par de veces en la espalda y se separaron sonriendo.

-Traigo un amigo amante -recalcó la palabra amante -de los verdaderos placeres islámicos.

El dueño me hizo una discreta reverencia. Se dio cuenta, más por mi aspecto que por las palabras de Garub, que yo era un simple invitado, que de ningún modo regresaría por mi cuenta, pero que era su desgraciado deber servirme.

Entramos a un comedor amplio, de decoración desconocida para mi. Habían tres mesas con tres sillas cada una, de ellas, sólo una ocupada. No se veían mujeres, ni huríes ni nada por el estilo. Confieso que por un instante me sentí desilusionado.

Comimos una comida liviana y fina y bebimos una cantidad moderada de un vino excepcional. Garub aprendía. Fuimos servidos con diligencia y discreción y a la hora de los postres Garub hizo una seña, desde luego convenida, a uno de los hombres que atendían. Yo miré el reloj. Lo avanzado de la hora me eximía de buscar una disculpa para Catorce. No me iba a creer de ninguna manera. Utilizaría con ella la táctica del predador: la agrediría de entrada, preguntándole por la forma en que ocupaba el tiempo libre en sus turnos en el hospital San Juan.

Garub se había puesto de pie y me invitaba a acompañarlo. Seguimos al mozo por un corredor que se introducía, descendiendo, al interior de la casona. La comida había despertado algunos elementos de sensualidad en mi subconciente y estaba agradecido de Garub. A mi edad, reflexionaba, no es fácil tener acceso a lo que, presentía, Garub me estaba conduciendo. Bajamos y subimos unas breves escalas alfombradas hasta que el hombre que nos precedía se detuvo junto a una puerta. Golpeó con suavidad y sin esperar respuesta la abrió. Adentro se escuchaba una música delicada, de

un cierto arcano instrumento de cuerdas y se percibía un aroma penetrante y agradable.

La nieza estaba en penumbras. Invasada por una oscuridad cuyo origen no estaba en la falta de luz. Pero no estoy programado para descifrar las señales de peligro que de súbito me envían los sentidos. Esa es una capacidad que se entrena y que se desarrolla con la experiencia. Por eso crucé el umbral detrás de Garub, aunque esa oscuridad incomprensible se me imponía con una presión ominosa e ingrata.

Fue una lástima. De pronto sentí un ruido en la parte posterior de la cabeza y no supe nada más.

Me desperté en una camilla, en la sala de examen de la Posta Central. Catorce me tenía una mano tomada y yo lo único que quería era vomitar. Después predominó el violento dolor de cabeza.

-¿Qué pasó? -pregunté recuperando en parte la continuidad de mi existencia.

-Te dije que alguna vez te iba a pasar -se lamentó Catorce.

-¿Qué hora es?

-Las nueve de la noche.

-¿Que me iba a pasar qué?

Se notaba que Catorce se había armado de paciencia.

-Que te ibas a sacar la cresta con ese turco degenerado, que no se puede manejar tan borracho, que...

Me incorporé en la camilla y me toqué la cabeza. Una venda de gasa daba vueltas alrededor de ella.

Me convencí de que estaba en algún hospital lo que me produjo un pánico espantoso. Y no tanto por lo que aún no recordaba sino que por la inexorable proximidad de los Médicos. Con mayúscula.

-Vámonos -le dije a Catorce soltándole la mano.

-No seas estúpido.

-Ningún médico me va a tocar ninguna cosa y menos mi preciosa cabeza.

-Estás demente -Catorce se había sonrojado.

-¿Estás enojada?

-No, siento vergüenza ajena.

En eso, por la puerta en la que colgaba una sábana inmundada a modo de cortina, apareció uno de ellos. Yo me arrinconé en un extremo de la camilla y Catorce miró al recién llegado buscando comprensión. Era un hombre alto, corpulento, de impecable delantal blanco y de manos largas y pálidas.

-¿Cómo se siente? -me preguntó.

-Bien, muy bien -contesté, aterrado.

-Tendrá que quedarse una hora más.

-Prefiero hacer el reposo en mi casa.

El médico se acercó.

-¿Tienes en que llevártelo? -tuteó a Catorce.

Había perdido interés en mí. Yo era una cosa sucia, ensangrentada, con la cabeza calada como una sandía, a la que había que atender gratis, era un obstáculo, en suma, para el intento de seducción al que se sentía obligado. Catorce era su futura colega.

-Tengo el auto afuera -dijo Catorce.

El me miró entre molesto y asqueado.

-Está de alta -le dijo.

Y también se desentendió de Catorce. Una mujer que se preocupaba de un marginal como yo, que no estaba asegurado en la Cruz Blanca, tampoco podía tener importancia para él.

Salí de la Posta apoyado en uno de los hermosos hombros de Catorce. Ella había conseguido reparar el motor de partida del Visa y me metió semiacostado en el asiento posterior.

-¡Ah! -me dijo mientras conducía camino a mi casa del cerro -Bautista dejó este sobre para tí en la editorial.

Ya en mi dormitorio me negué a que Catorce llamara a un neurocirujano amigo, le pedí que me cubriera con dos frazadas, que me preparara un café negro, que me buscara un frasco de aspirinas y que me dejara descansar.

Desperté a medianoche. No me dolía la cabeza y estaba despejado como si me hubiera tragado una pepa. Catorce, vestida, con las piernas tapadas por su abrigo de paño inglés, se había dormido a mi lado. El sobre de B. estaba, sellado, entre nosotros. Con calma, sorbiendo el resto de café frío, repasé los hechos. Defini-

tivamente, yo no había chocado junto al turco Garub.

Tomé la guía telefónica y busqué su número telefónico. Me enteré, por el mozo de servicio que contestó la llamada, que mi amigo también había sufrido un accidente automovilístico, pero que se recuperaba. Su esposa no manifestó curiosidad y se abstuvo de hablar conmigo. Supuse que era por lo avanzado de la hora.

Supuse mal.

Me bajé de la cama, acomodé a Catorce con los almohadones de plumas y me senté en el escritorio, bajo la lámpara de pie, a leer la segunda entrega de B. Se me hizo obvio, más tarde, que tendría que buscar otro impresor.

'Espero...- empezaba B. -no haberte causado molestias con el primer documento. Este es su continuación natural...'

Diccionario Biográfico de la Represión.

Epoca: 1969 - 1979.

Episodio: Manifestación Paralela.

Categoría del Personaje: TrAfm. (1)

Información obtenida en: P.D.A. II, by Apple, V.S. y R.M.N. (2)

Síntesis biográfica y notas de:

"...Lailhacar (después Lailacar) Sánchez, Alberto Mario.- Médico ...Cirujano. Nació en Santiago el 18 de Enero de 1944. Padres: Al- ...berto y Delia. Esposa; Lidia Cabrera. Estudios en el Liceo Ex- ...perimental Manuel de Salas y en la Facultad de Medicina de la ...Universidad de Chile. Médico contratado en la Clínica Siquiá- ...trica Universitaria en 1971. Médico siquiátra de Sanidad Mili- ...tar en 1972. Asesor médico de la Dirección de Inteligencia Mi- ...litar y de la Dirección de Inteligencia Nacional en 1973. Ayu- ...dante de la cátedra de siquiatria de la Clínica Siquiátrica Uni- ...versitaria del profesor Armando Roa en 1974. Médico especialis- ...ta de la Central Nacional de Informaciones en 1977. Profesor ...Auxiliar de Siquiatria en 1978. Jefe de Sanidad de la Central ...Nacional de Informaciones en 1979. Profesor Agregado de Siquia- ...tria en 1980. Siquiatra Coronel de Sanidad en 1981. Profesor ...Adjunto de Siquiatria en 1982.

...Según P.D.A. y los informes recogidos por la Vicaría de la Soli- ...daridad, Lailacar puede encontrarse actualmente: Fallecido como ...Alberto Lailacar, a raíz de una sobredosis accidental de fluota- ...no en una colecistectomía a la que fue sometido en el hospital ...militar de Santiago. Muerto por una peritonitis después de la

(1) Tr: Torturador. Afm: Ambiente familiar motivante.

(2) P.D.A.: Procesadora de Datos Autoprogramable. V.S.: Vicaría de la Solidaridad. R.M.N.: Registro Médico Nacional.

...operación mencionada. Como médico sicoterapeuta en la llamada ...'Colonia del Regreso Seguro' que se cree que existe en alguna ...parte del Chaco Paraguayo."

"Notas a la Síntesis Biográfica de Alberto Mario Lailacar Sánchez." (Necesarias para lograr un acercamiento empírico a la sicopatología del médico torturador.)

"...Al nacer, cuando Alberto Mario Lailhacar (en estas notas Lailacar) cayó en manos de la matrona, tenía la piel tan amarilla que nadie pensó que sobreviviría más de unas escasas horas. No fue así. Los análisis sanguíneos de su madre, de su cordón umbilical y de sus propios fluidos no demostraron más ictericia que la de un recién nacido normal. Y no hubo dermatólogo que no fue consultado y que no pudo atribuir el extraño color de la piel a ningún pigmento o enfermedad conocida.

De este modo Lailacar creció con dos complejos: el color pomelo de su piel y la sonoridad de su apellido, que a pesar del origen francés, era definitivamente árabe.

Quizás ambas circunstancias torcieron su destino y minimizaron su personalidad.

Durante todos sus estudios secundarios en el Liceo Experimental Manuel de Salas sufrió el apodo de Califa o de Canario Arabe, pero cuando al ingresar a la Universidad el empleado administrativo a cargo de las matrículas se comió la hache del apellido, cayó en la resignación final.

Nunca comentó nada a su padre, miembro de la Legión de Honor y héroe de la resistencia francesa durante la invasión nazi, pero desde ese día se dedicó a estudiar la cultura árabe, sus influencias y las luchas dadas por los descendientes de esos emigrantes en la independencia, en la colonia y en la revolución latinoamericana. Quiso así limpiarlos de la imagen de raza de comerciantes deshonestos, buhoneros y prestamistas.

Fue lo único honorable que hizo antes de aceptar una asesoría psiquiátrica en los servicios de seguridad del general y entre sus papeles se encontró, después, un esbozo histórico y de desagravio

de esos turcos. Lo había titulado: 'Sobre las infamias con que la descendencia ibérica española ha enlodado a los hijos de la media-luna en el continente americano'.

Escasas noticias se han recopilado en relación a la infancia y adolescencia del biografiado. Su padre, francés nacido en Argelia, un hombre convencido de la verosimilitud de las victorias con que sus compatriotas solían adornar sus arcos de triunfo, siempre prefirió a su otro hijo. Al que, además, había honrado con un nombre francés, Antoine. Antoine era rubio, con la piel asoleada de los campesinos del Mediodía, tenía una rara capacidad de seducción y un lugar seguro en los equipos titulares de los deportes más atractivos de la Alianza Francesa. Alberto creció, pues, sometido a la constante humillación de un segundo plano. Y aunque en una oportunidad fue suplente en el seleccionado de vóleibol y a pesar de que pasaba de curso con cierta facilidad, siempre se le hizo sentir que esa era su obligación. Que bastaba ya con lo feo y amarillo, que su presencia perturbadora era suficiente para que además la familia tuviera que preocuparse por su rendimiento o por su salud.

Lailacar conoció a Estévez Morales en 1966. Este era capitán de ejército a cargo de una guardia en el regimiento Buin y aquél, estudiante de cuarto año de medicina.

Lailacar había aceptado un cargo de auxiliar-estudiante en el instituto médico legal de Santiago y Estévez Morales llegó ahí, una noche, con el cadáver de un conscripto muerto supuestamente en un accidente.

Lailacar dormía en el cuarto al fondo del instituto, dispuesto para los ayudantes de turno. Esa noche tenía hambre y no había podido conciliar el sueño. Abandonó la cama con poco entusiasmo. Desde que su padre había decidido disminuirle la mesada en beneficio de Antoine, se había visto obligado a buscar trabajo. El nunca había ocasionado grandes gastos a sus padres. Pero los cigarrillos le eran imprescindibles y unos pocos pesos para la colación en el casino de la escuela.

-Un oficial del Buin solicita hablar con Ud. -le dijo el auxiliar señalando el pasillo con un dedo.

Y, sin embargo, Lailacar admiraba a su hermano. En su fuero interno no dudaba de que Antoine aprovechaba mejor el dinero de su padre que él mismo. Y más de una vez lo había comprobado.

Se puso los pantalones y el delantal y salió a la galería embaldosada. Era un largo camino hasta la puerta, pasando junto a las salas de autopsia y a los laboratorios. Cada diez metros, arriba, en el cielo de cemento sin revocar, parpadeaba un tubo fluorescente.

Lailacar caminaba tratando de no hacer ruido, como respetando el silencio con olor a cloro y formalina del instituto.

La oficina de admisión estaba en el entresuelo, era angosta y larga y tenía una ventana lineal que daba a avenida La Paz. Por ella no habría entrado ni el vuelo de una paloma.

El portero se hizo a un lado y dejó entrar a Lailacar. En el interior del despacho, de pie, mirando a través de la abertura de la ventana, un hombre de baja estatura y vestido con el uniforme de campaña del ejército, lo esperaba.

-Soy el ayudante de turno -se presentó Lailacar.

Las noches santiaguinas de 1966 eran tranquilas. Una explosión sospechosa no pasaba de ser un motor mal carburado, un grito desesperado apenas la indignación de una mujer engañada, una sirena, quizás el brasero volcado en una vivienda de madera.

-Soy el capitán Estévez Morales, de la dotación del regimiento Buin -dijo el oficial mostrando la cara -y siento tener que interrumpir su descanso, un lamentable accidente durante un ejercicio de tiro en maniobras nocturnas.

Tendrían que pasar algunos años para que los habitantes de la capital se acostumbraran y reconocieran el tableteo de una ametralladora, el ominoso escándalo de un allanamiento o el perturbador patrullaje de los servicios de seguridad.

Lailacar sabía poco o nada de trámites legales en asuntos de tal naturaleza. Sólo sabía que el legista debía efectuar una autopsia y evacuar un informe.

Y él estaba ahí para complementar la mesada.

-¡Pardo! -gritó hacia adentro, buscando al propio que esa noche debía acarrear los cuerpos hasta el elevador. X

-El cuerpo está en el jeep, afuera -dijo Estévez.

-Sube el cadáver -ordenó Lailacar a Pardo.

-Recibió un balazo en el mentón -dijo Estévez Morales en voz baja -una herida tipo suicida.

Había hablado como hoy día los militares ya no lo hacen, tratando de que su voz no presionara, como si lo que hubiera dicho no fuera más que una idea común y corriente, cazada al vuelo.

-A la sala número tres -completó la orden Lailacar al ver aparecer a Pardo en la puerta.

El empleado agitó su cabeza, deformada por un parto laborioso y asintió con un movimiento de sus labios.

Lailacar no hizo comentario alguno frente a las palabras de Estévez Morales. Se sentó a un escritorio adosado a la pared, extrajo del cajón un block de papel impreso, colocó entre las dos primeras hojas una de papel carbón y pidió al capitán los datos del Occiso.

Se trataba de un soldado de veinticinco años, de apellido Yáñez, a punto de ascender a cabo segundo, recién trasladado del regimiento Húsares de Angol, sano, que al limpiar el arma soltó, involuntariamente el percusor. Había recibido un disparo de calibre 7.65 bajo la mandíbula.

Lailacar sacó la declaración del rodillo de la máquina, la revisó y se la entregó a Estévez para la firma.

-Ahora veamos el cadáver -dijo tocando un timbre bajo el escritorio.

Hasta ese momento no había querido reconocer que una inquietud de carácter extraño lo tenía atrapado. Estévez ya había olfateado esa inquietud.

-Es Ud. un médico joven -dijo.

-Tengo seis meses de experiencia en este trabajo.

Pardo se interpuso en el vano de la puerta.

-¿No quiere dejar todo para mañana, mejor? -insinuó.

-Estoy de turno ahora -insistió Lailacar.

-No es un caso agradable, doctor -dijo Pardo recalcando la última palabra.

-No es el primer muerto que veo -dijo Lailacar, esta vez con tono severo.

- No de esta clase de muertos -Pardo salió.

Lailacar detestaba a Pardo. Le molestaba su cabeza asimétrica, descontrapesada, la cual llegaría un día a enriquecer el museo del quinto piso del instituto. Era el más antiguo de los tres maestros de sala y manejaba el cuchillo con una destreza que fascinaba y repugnaba a la vez.

Se afirmaba que le había practicado la autopsia al Chacal de Nahueltoro y que se había reservado el corazón, el que guardaba en un frasco en el salón de su casa. Otros aseguraban que Pardo era una especie de imbunche sin edad, del cual ya se hablaba en 'La historia de la medicina' de Vicuña Mackenna. Y otros, que había una razonable certeza de que había sido protegido de Andresito, el beato franciscano en la época de la Colonia.

Lailacar se sirvió un café.

-Crea Ud. doctor -Estévez utilizó un tono paternalista -que en circunstancias tan desgraciadas existe la obligación de ser discretos.

-¿Desgraciada?

-Y delicada a la vez.

-Se cuales son mis obligaciones respecto al secreto profesional.

Probó el café grumoso y dulce. Todavía estaba impregnado por ese sentido del deber burocrático que desconoce los resquicios. Esperó que regresara Pardo, depositó la taza en el alféizar de la ventana y se movió en dirección a la puerta.

-Está bien -dijo -vamos.

Pardo lo dejó salir y junto al oficial caminaron hasta el pequeño anfiteatro numerado con un tres.

El cadáver, sobre la única mesa de marmolina del recinto, estaba protegido por una sábana. Lo habían desnudado y la ropa, un montón de tela verde, escurría la sangre en un rincón. Lailacar no sabía que su destino pendía de esa sábana. Que el levantarla o no levantarla le iba a significar más que una simple náusea y una carrera al lavatorio.

Una paulatina pero entrañable amistad surgió entre Lailacar y Estévez Morales a partir de la noche de la sábana.

Lailacar jamás confesó que la visión del cuerpo del conscripto

Yáñez le había revuelto las tripas ni tampoco, por supuesto, que el balazo que el pobre hombre tenía en la barbilla no era más que un rasguño. Porque lo que lo había matado, sin duda, era el agujero que lo partía en dos a la altura del ombligo y que parecía un tiro de bazuka.

Después de un examen somero Lailacar hizo meter el cuerpo destrozado del soldado en un féretro y se lo entregó a Estévez Morales.

El sábado de esa misma semana Lailacar recibió la primera invitación a comer a la casa de Estévez. Acompañado de un grupo de amigos, Estévez sirvió una comida frugal, una copa de vino del año y le garantizó que la familia de Yáñez había sido indemnizada en forma generosa. La conversación fue trivial, pero cuando a medianoche se retiraron todos los comensales, Estévez le pidió que compartiera con él un buen pisco del Limarí.

Lailacar quedó conforme. Había visto sobriedad en los integrantes del ejército y si ella se complementaba con compañerismo, disciplina y verdadero patriotismo, el país no tenía nada que temer.

Durante dos o tres años los contactos de Lailacar con Estévez fueron esporádicos. Solían mantener reuniones sociales en las que Estévez no trataba temas institucionales y se reducía a manifestar su preocupación por hechos políticos puntuales. Ellos, aseguraba, comprometían la seguridad y la soberanía nacional. Las generalidades, **no obstante, no estimulaban a Lailacar** que en el intertanto se había recibido de médico y se había casado.

La relación de ambos, sin embargo, se intensificó en 1969.

Ese año un grupo de altos oficiales del ejército, en una maniobra catalogada como estrictamente gremial, se amotinó en el regimiento Tacna de la capital en demanda de mejores salarios.

El gobierno democratacristiano de esa época, con un masivo apoyo popular hizo abortar el golpe y aprovechó de descabezar el Estado Mayor. Ignoraban que con ello treparían hasta el generalato los golpistas de 1973 y permitirían la eclosión del germen de MAPA.

Con el correr del tiempo los expertos en militarología iban

a quedar perplejos. Porque aunque una idea como la de MAPA estaba ya alojada en el cerebro de hombres como Estévez y sus amigos, su evolución se vaticinaba laboriosa y prolongada y como alternativa histórica se vislumbraba remota y compleja.

Sin embargo, dos banquetes simultáneos efectuados en el Club Militar y que se relacionaban de manera muy ajustada con el episodio del regimiento Tacna aceleraron su maduración natural.

Lailacar asistió, con tarjeta de cortesía enviada por Estévez, a uno de esos banquetes.

Aquél que se desarrollaba en el salón principal del Club, al que asistía el recién ascendido Comandante en Jefe más el cuerno de generales y almirantes, tenía como objetivo homenajear a los jefes de la institución que habían sido atropellados en su antigüedad. El general en jefe leyó el discurso de desagravio, poniendo énfasis en el hecho que él había aceptado la comandancia del ejército en contra de su voluntad, por expresa petición del Presidente de la República y ateniéndose a las normas constitucionales vigentes.

La otra, más numerosa y que ocurría en un comedor secundario, tenía el mismo propósito. Y todo habría quedado sin consignación histórica si no hubiera intervenido a los postres un oscuro mayor de apellido Cornejo.(1)

-Señores oficiales -había dicho -nuestros superiores cenan en estos momentos en el gran comedor rojo..., propongo que nos presentemos en él para reiterarles nuestro apoyo. No podemos permitir que elementos malintencionados nos atribuyan intenciones de realizar una Manifestación Paralela.

Estévez Morales que había permanecido silencioso, bebiendo agua mineral, levantó la cabeza y codeó a Lailacar con energía.

-Ese es el nombre -dijo.

Porque si bien es cierto que fue Bernalles quien puso la consistencia ideológica a MAPA, la paternidad del nombre le pertenece a Estévez Morales.

(1) No incluido en el Diccionario Biográfico de la Represión. Catalogado en archivo como Shb. (Shb.: Sin interés histórico ni biográfico.)

Estévez era un hombre ambicioso y astuto. Fue el fundador de MAPA y para los oficiales, en servicio activo y retirados que participaron en el movimiento, el líder indiscutido. Sin embargo jamás impugnó el juicio de un jefe de grado superior, pero en forma sutil y firme siempre hizo sentir la incuestionabilidad de su palabra. Por lo demás y en una oportunidad lo reconoció, MAPA en sus comienzos tuvo una ideología atractiva pero amorfa y unos objetivos nobles pero inciertos. Ambas cosas lo tenían sin cuidado.

'La historia encauza los Movimientos -aseguraba -no los Movimientos a la historia'.

Y nadie, durante la vigencia de Estévez en MAPA iba a atreverse a contradecirlo. Nadie, ya que Estévez se había cuidado de divulgar, a través de la voz autorizada de Lailacar, que un infortunado soldado de apellido Yáñez, muerto durante unos ejercicios de rutina una noche de 1966, había tenido la osadía de hacerlo. Razones habían, pues, para que el emblema de MAPA fuera una bazuca negra sobre campo gualda.

MAPA, no obstante, no tuvo un crecimiento vertiginoso. Su número de militantes tenía un tope y los invitados a participar eran investigados con minuciosidad. En septiembre de 1970 y por las obvias circunstancias derivadas del triunfo de Salvador Allende, Estévez decidió multiplicar por dos. Intuía que el flujo de la historia le estaba dando una mano. Por esos años el entusiasmo en las fuerzas armadas era bárbaro. Y aunque en el seno de ellas surgían incontables movimientos clandestinos de nombres estrafalarios y claras tendencias fascistas, la preferencia que obtenía el de Estévez era abrumadora.

Los otros grupúsculos diseminados en los regimientos, en las guarniciones, en los retenes fronterizos y hasta en los barcos surtos en Valparaíso seducían con la aventura del golpe de Estado, el acceso inmediato al poder, la recuperación de los valores morales comprometidos y la vuelta gradual e inexorable a la democracia.

'El poder desgasta -decía Estévez -el poder detrás del po-

der no desgasta ni se desgasta.

Ni él lo tenía claro, pero los acontecimientos, en cierto modo, le darían la razón.

Lailacar fue un incondicional del mando de Estévez. Este exigía profesionalismo y especificidad en las funciones a desarrollar dentro de la organización. Lailacar no se ofendió ni lo defraudó. No aspiraba a cargos con responsabilidad administrativa y comprendía que su misión tenía un valor restringido. En todo caso era Consejero de MAPA y no se descartaba la posibilidad de que constituyera, bajo cuerda, la verdadera mano derecha del líder.

Y en una oportunidad fue su confidente. Lailacar había sorprendido al solitario capitán invitándolo a pasar un fin de semana en una cabaña en la playa con su mujer y su único hijo recién nacido. Ella había comprendido la importancia y trascendencia de las fuerzas armadas y estimulaba constantemente a Lailacar para mantener el vínculo y estrecharlo si era preciso, con elementos de la oficialidad. Estévez, y en eso se equivocaba, le parecía el factótum indicado.

'Mañana -le había dicho después de rechazar el viaje a la playa -se cumple otro aniversario de la muerte de mi padre.'

Y para él aquella fecha significaba no sólo una marca triste en el calendario, era, también, una jornada en la cual se recogía a perfeccionar su odio en contra de la Administración Pública. Consideraba que sus mecanismos, sus engranajes burocráticos estaban atorados por la podredumbre y eran responsables en gran parte de los males de la República y de la muerte de su padre.

El viejo, víctima de una tremenda injusticia, como le confidenció a Lailacar, se había refugiado hacía unos años en Buenos Aires y había muerto, poco después, aniquilado por la pena y la trombosis.

Efectivamente: había descubierto una falsificación de dinero llevada a cabo por conspicuos detenidos del pensionado de la penitenciaría metropolitana donde se desempeñaba como gendarme. Con ese dinero pretendían inundar el mercado capitalino y la cohechería de las próximas elecciones de parlamentarios.

Gustavo Segundo Estévez Lira descubrió el hecho delictual una mañana de marzo de 1965, al retirar su sueldo en la caja de la tesorería de prisiones. Como era costumbre, su mujer lo esperaba en la escalinata de acceso de esa repartición pública. Siempre los días de pago Estévez Lira y su familia almorzaban juntos. Hacía ya algunos años, sin embargo, que su hijo Mauricio no iba con ellos. Sus obligaciones en el ejército se lo impedían.

Ese luminoso día, con María Pastora tomada del brazo y vestido de civil, Estévez Lira atravesó la plaza de la Constitución y caminó hacia la calle Agustinas. Había separado dos billetes de cien escudos para los gastos que deseaba hacer esa semana. El resto, muy ordenados, los guardó dentro de la billetera. No era una fabulosa cantidad de dinero, pero su meticulosa obsesión permitía un holgado desarrollo de la economía doméstica.

Mauricio Estévez Morales podía dar fé de ello.

El entonces oficial de gendarmería había dispuesto, esa mañana, almorzar con su mujer en el restorán Miraflores, donde se desempeñaba como mozo un primo de ella. Llegaron a la calle Ahumada y por ella hasta Huérfanos y en la galería comercial del teatro España él descubrió el sacacorchos importado que tanto había buscado. Los años le habían mermado las fuerzas y una creciente debilidad le dificultaba abrir las dos botellas de vino que bebía al mes.

'Prefiero gastar la plata en un sacacorchos que en la consulta de un médico' -le había dicho a María Pastora la noche anterior cuando ella le señaló, una vez más, sus manos flacas, de músculos descarnados e inquietos, como habitados por lombrices.

Pagó treinta escudos por el abridor automático, regresó el vuelto al bolsillo y salió a la calle donde ella lo aguardaba.

En el Miraflores Estévez Lira pidió una albacora a la plancha y María Pastora un escabeche de conejo. Comieron en silencio y al terminar pagó con el otro billete de cien escudos dejando sobre el platillo una propina poco común.

Regresaron en un taxi, lujo permitido los días de pago y Estévez se acostó a dormir la siesta después de probar el sacacorchos en la primera botella del mes.

Lo despertó un frenético golpeteo sobre la puerta de calle. Estévez Lira dormía en el salón, encima de un confortable floreado. Apartó la frazada y se levantó a abrir. En el umbral, el primo del Miraflores, descompuesto, agitaba frente a sus narices el billete de cien escudos con el que había pagado el almuerzo.

-Me diste un billete falso -le dijo.

Adormecido aún, Estévez Lira estiró el brazo tratando de comprobar la autenticidad de la acusación.

Entonces Reinaldo Pino, que así se llamaba el pariente, (1) escondió el billete en la mano empuñada y modificó, de súbito, su profesional servilismo.

-No -dijo -esto te costará bastante más que una propina de mierda.

Estévez comprendió a medias, pero lo dejó entrar.

-No entiendo -dijo.

-Nunca me imaginé a un gendarme mezclado con falsificadores -insistió Pino sentándose en una silla.

Estévez Lira volvió a su sillón y se pasó las manos por la cara.

-¿Es una especie de chantaje? -aventuró.

Lejos del alcance de los brazos de Estévez, Pino entreabrió el puño.

-Este papelito vale ahora diez mil escudos -le dijo.

-Estás loco -dijo Estévez, convencido.

-Te he seguido la pista, primo, porque ya sé donde pasaste otro de estos.

Estévez recordó haberle mostrado, en el restorán, el nuevo sacacorchos y mencionado el lugar donde lo había adquirido.

-Ese dinero me fue pagado en la tesorería.

-No voy a regatear el precio -Reinaldo Pino se arrellanó en el asiento -diez mil por el billete y por mi silencio.

Estévez Lira sabía que no iba a tomar ninguna medida que torciera su conciencia y tenía el convencimiento de que su conciencia estaba perfectamente alineada con la legislación vigente

(1) No incluido en el Diccionario Biográfico de la Represión. Catalogado en archivo como Shb. (Shb.: Sin interés histórico ni biográfico.)

y con los reglamentos emanados de la jefatura administrativa de la cual dependía.

-Informaré a mis superiores -dijo.

-Eso es una gran huevada -Reinaldo Pino se puso de pie -nadie te va a creer.

-Es posible.

-¿Cinco mil escudos?

-Hombre -Estévez trataba de convencerlo -te has equivocado de persona.

Reinaldo Pino miró el billete arrugado, húmedo, sobre la palma transpirada. Suspiró. La proverbial testarudez de Estévez Morales no se había amortiguado ni con la pobreza ni con la vejez.

-Está bien -dijo y arrojó el papel sobre la bruñida superficie de la mesa del comedor.

Estévez Lira se acercó y recogió el billete. Lo examinó al trasluz y lo golpeó con un papirote. Al final movió la cabeza.

-Una excelente falsificación.

Gustavo Segundo Estévez Lira se puso su uniforme de reglamento, introdujo el billete en el bolsillo y salió de su casa rumbo a la penitenciaría. Reinaldo Pino no lo volvió a ver nunca más y su mujer sólo cuando lo despidió en el aeropuerto Los Cerrillos. Porque cuando María Pastora se asomó a ver lo que sucedía entre Estévez y el primo, su marido ya había abandonado la casa.

-Tu marido es un pelotudo -le dijo Reinaldo Pino -se fue a entregar por propia voluntad.

Corría el año 1966 y nadie le creyó a Estévez Lira: había intentado adquirir bienes con papel moneda falsificado. Y cuando se descubrió que la organización operaba desde dentro de la penitenciaría, cuando se supo que la fábrica de billetes espúreos estaba en un taller del sector siete, cuando se divulgó que ese sector alojaba a un grupo de diputados liberales conectados al tráfico de Neurinase y Desbutal, entonces el mal ya estaba hecho, Estévez exonerado y su prestigio incólume enmugrado por una mancha intolerable.

'No tengo valor para enfrentar a tu madre -le había dicho

a su hijo Mauricio al partir de la cárcel donde había quedado detenido a tomar el avión que lo llevaría a Buenos Aires -porque aunque no soy un sinvergüenza, soy un estúpido y a esta altura de la vida ambas cosas son igual de malas'.

Mauricio no pudo convencerlo en ese instante, como tampoco pudo hacerlo cuando se corrigió la iniquidad en su hoja de vida, que el exilio no contribuía a librarlo de culpa. Y a su vez el viejo no pudo meter en la cabeza del hijo que esas cosas pasan en la vida, que le pasan precisamente a gente como a él, pero que eso no implicaba censurar a todos los hombres y entre ellos incluía a los burócratas y a los políticos, únicos responsables según el hijo.

-Los voy a borrar con MAPA -le aseguró al abrazarlo en la losa del aeropuerto.

Y Gustavo Segundo Estévez Lira, con la misma inocencia con la que había comprado el sacacorchos y con el dedo índice apuntando el cielo y los ojos inundados, le dijo que sólo El tenía derecho a borrar del mapa a quien quisiera.

Estévez Morales le confesó a Lailacar que una maligna satisfacción lo invadió esa tarde. Que como los héroes de la Biblia, él se sentía bendecido y autorizado por su padre, que el viejo no tenía por qué ignorar la existencia de MAPA y que sus palabras de despedida habían constituido la más augural de las profesías.

Años más tarde, por allá por enero de 1973, Mauricio Estévez Morales fue transferido desde el batallón de Cadetes donde oficiaba como instructor desde su viaje a Fort Benning a la subsecretaría de guerra. El traslado coincidió con el período más conflictivo del gobierno del Presidente Allende. MAPA era ya una sólida organización pero su existencia no había trascendido. Los partidos de la izquierda vinculaban a oficiales de alta graduación con los rumores insistentes de sablazos y Estévez, al tener acceso a los documentos secretos del ministerio se dio cuenta que ni la Inteligencia del ejército ni la Seguridad de esos partidos sospechaban de su existencia.

Y en marzo, con Mauricio Estévez incrustado en la oficina

más estratégica de la Defensa Nacional, se llevaron a cabo las elecciones parlamentarias que le dieron mayoría relativa a los partidarios de la Unidad Popular.

Estévez Morales intuyó el desastre final. Con su olfato de complotador y con su expectante posición, pesquisó la aparición de serios brotes de inquietud golpista.

Y entonces, una mañana de abril de 1973, inició la búsqueda y acumulación de información que suponía le iba a ser indispensable.

III.-

Creo que me dormí poco después de terminar de leer la segunda entrega de B. En todo caso, al despertar, Catorce no estaba a mi lado y oí movimiento en la cocina.

Ahora sí que me dolía la cabeza.

Busqué dos aspirinas, me lavé la cara y bajé. Sobre el gas hervía el agua y sentada en el piso de madera, con el abrigo de paño encima de los hombros, Catorce leía el informe de B. No levantó la cabeza cuando yo entré y con la mano izquierda me señaló la tetera que ya resoplaba.

Puse el café en el filtro de papel y vertí sobre él el agua caliente.

-¿Dónde está la primera parte de esta historia? -me preguntó Catorce a modo de buenos días.

-A menos que quieras tener un accidente en auto, es mejor que no lo sepas.

-Cuéntamelo todo.

Se lo conté todo.

Catorce tomó tres tazas de café y se comió una marraqueta con queso y mantequilla. Yo sabía que estaba en un plan estricto para bajar de peso, pero no le dije nada. Por un lado yo la encontraba bastante flaca y por otro supuse que los papeles de B. iban a servir más para quitar el hambre que para estimularlo.

-Tengo la impresión -Catorce embadurnaba otra marraqueta con gruesas capas de mantequilla -que B. tiene muchas más cosas que decirnos.

Si por un momento creyó que la iba a tranquilizar, se equivocó. Yo pensaba de manera muy parecida.

-Si -dije -y creo que además estoy involucrado.

Catorce se había asustado.

-¿Qué podrá saber Garub?

-Es cosa de preguntárselo.

Catorce descolgó el teléfono mural y me lo acercó.

-Todavía crees en la humanidad -me dijo.

Marqué otra vez el número de mi amigo. El mozo de servicio me informó que Garub había salido camino a su negocio.

-Sólo heridas leves, entonces -comentó Catorce.

-Es una advertencia muy gentil.

-Ese turco se está corriendo.

No me gusta que maltraten a mis amigos.

-Nunca te gustó Garub...

-No me gustan los maricones.

La aspirina todavía no hacía su efecto y yo no tenía, tan temprano, ganas de pelear.

-En todo caso yo lo metí en esto.

-A mi también.

-Si quieres te vuelves a la casa de tu mamá.

Catorce se rió y terminó el último pedazo de la marraqueta.

-Tratemos de salir de este embrollo.

-¿Tienes alguna idea?

-¿Enviar los originales de B. a México?

Pregunté a Catorce si los agresores de la víspera habían dejado algún tipo de aviso, si habían dado a entender que querían los manuscritos de B. En el Visa no había nada, ningún anónimo, ausencia absoluta de identificación por parte de ellos.

-Quizás no sepan escribir.

-Ellos no, pero sus patronos sí.

Le pedí a Catorce que se vistiera, que se fuera a trabajar al hospital y que me dejara de ver por algunos días. Yo trataría de resolver el problema.

-¿Quién te va a alimentar? -preguntó.

-No faltará quien me convide a comer ravioles.

-Alguien tan encantadora como yo, difícil.

-Para comer ravioles no necesito una cara bonita al otro lado de la mesa.

-Eso está mejor.

Catorce se duchó y yo ordené la cocina. Salimos de la casa antes

de las ocho. Llevaba bajo el brazo la segunda parte de B. y había aceptado la sugerencia de Catorce. Mi amigo León Valse podía interesarse en México.

Catorce había reemplazado el aparatoso vendaje en la cabeza por un discreto anósite de gasa detrás de mi oreja izquierda. Pero mis estructuras subconscientes habían hecho su trabajo durante el sueño. Ya no me parecía tan valioso el trabajo de B. y empezaba a considerar que su conducta respecto a mi caía en el rubro de las carajadas. El sabía que recién me iniciaba con la editorial, que sufría el arrinconamiento de tipos como el poeta Bernales, que estaba sobregirado y endeudado y que apenas podía pagar el traductor de Biedermann. Mal que mal, yo a lo único que aspiraba era a mantener una honestidad y una consecuencia decente. Llegué a sospechar que todo era mentira, o una maquinación de la competencia en estos desgraciados días de la economía de libre mercado y recesión.

Con mi escaso coraje tambaleándose llegué a la editorial. Adentro todo parecía normal. Ningún estímulo para mi vigorosa paranoia. Loreto estaba librando una encarnizada batalla con la vieja Underwood y Gustavo, con sus mangas negras y sus anteojos como lunetas, revisaba las interminables cuentas.

-¿Qué le pasó jefe? -me preguntó Loreto al descubrir el parche detrás de mi oreja.

Los ojos de Gustavo se iluminaron.

-Un día de estos vamos a quedar todos cesantes -dijo, pensando, desde luego, que yo había participado en una riña de borrachos.

Ese hombre me odia y yo detesto, también, a los contadores. No sé que impulso bienhechor me hizo contratarlo un día. Ahora no me arrepiento. Con este asunto de B. y sin que lo sepa, corre tanto peligro como yo. Y a lo mejor lo matan.

Me encerré en la oficina, le pedí un café negro al negro Morales y me tragué otras dos aspirinas. Me disponía a relajarme para poder pensar cuales serían mis próximos pasos cuando Loreto me pasó una llamada. Era Gaspar.

-¿Que crestas pasa con Chiriboga? -no estaba enojado, pero su voz había perdido la medida.

Yo me había olvidado de Marcelo Chiriboga.

-¿Chiriboga?

-He recibido tres llamadas anónimas y una nota. Dicen, más o menos, que si lo publicamos terminaremos como los muertos de Calama.

-Es una amenaza -adiviné.

-No me digas.

-¿Nombran a Chiriboga?

-No creo que la amenaza sea por la impresión de los calendarios de la financiera Exito.

-¿Lo nombran o no lo nombran?

Se escuchó un papelear a través del teléfono.

-No, no lo nombran.

-Ah...-dije.

-Así que no es por Chiriboga -el fin de la incertidumbre había tranquilizado a Gaspar.

-Chiriboga es nuestro, seguro -dije.

-No seas imbécil.

-...

-Entonces es por el otro, por tu corresponsal, al que llamas B.

-Parece que sí.

-Me interesa.

-No entiendo..., puedo deshacerme, puedo mandarlos a México.

-Por ningún motivo -Gaspar se había entusiasmado -quiero leerlos.

-Es peligroso.

-Tu eras el idealista.

-Sabes la clase de tipos...

-Lo sé.

-No me has visto la cabeza.

-¿La cabeza?,...¿qué te pasó en la cabeza?

-Me la anduvieron aporreando.

-¿Cómo?

-No te puedo decir cómo, pero te puedo contar por qué.

-...

-Por idealista y por porfiado.

-¿Hiciste la denuncia?

-Además allanaron las oficinas de la editorial.

-...

-Y desvalijaron el Visa.

-...

-Así que es mejor la alternativa mexicana.

-Presentaré un recurso de amparo.

-No vale la pena.

-Lástima que no puedas preguntarle a Tucapel Jiménez si eso vale la pena.

-...

-¿Todavía estás con Catorce?

-Todavía.

-Lo presentaré por los dos.

-...

-¿De acuerdo?

-Está bien.

-Te avisaré para que pases a firmar a los tribunales.

El recurso de protección es de poca utilidad en el país. Todo el mundo lo sabe, pero por lo menos queda la constancia. La constancia de que uno no es tan estúpido y que ya sabe que puede desaparecer en cualquier momento.

Pedí otro café y abrí el envoltorio de celofán de otra aspirina. Me la iba a echar a la boca cuando Gustavo me hizo la peor jugada del día.

-Lo buscan, jefe -susurró malignamente entreabriendo la mampara que me comunica con su despacho apestoso.

Creo que habría soportado el mal genio de Biedermann reclamando por la calidad de las traducciones o hasta al mismo Chiriboga excluyéndome de su agenda editorial. Pero al poeta Bernales no, taxativamente no.

-El señor Bernales apenas tiene una hora disponible para conversar con Ud. -señaló Gustavo mostrándome su dentadura verde y agujereada.

Yo no alcancé ni a levantar la mano. Bernales se introdujo en la pieza y se sentó en el sillón, al otro extremo del escritorio. Se rascó la cabeza con esmero, abrió su maletín de plástico negro y

y me miró.

A mi me quedaba la aspirina y la taza de café sobre el secante. Estaba inerte frente a un Bernales agresivo, dispuesto a recitarme sus poemas a toda costa. Tomé la aspirina y el café. Era la señal que esperaba el poeta.

-Amigo -me dijo escogiendo unos papeles de su portafolios -escucharás trozos de mis Momentos, los más espontáneos y válidos.

Y se puso a leer.

Primer Momento:

'Una vez puedo ser yo el que busca, pero si no busco cuando corresponde buscar, nada encontraré.

Otra vez puedes ser tú el que busca, pero si no buscas cuando te corresponde buscar, nada encontrarás.

Otra vez puede ser él el que busca, pero si no busca cuando le corresponde buscar, nada encontrará.

Y pueden ser los plurales los que busquen, pero si buscan cuando no les corresponde buscar, nada encontrarán.

Para toda Búsqueda hay un Momento.'

-Bernales -protesté.

Bernales no se inmutó.

Segundo Momento, continuó.

Pero si a mi me buscan, aunque a quienes me buscan no les corresponde encontrarme, es posible que me encuentren.

Pero si a ti te buscan, aunque a quienes te buscan no les corresponde encontrarte, es posible que te encuentren.

Pero si a él lo buscan, aunque a quienes lo buscan no les corresponde encontrarlo, es posible que lo encuentren.

Y, si a los plurales buscan, aunque a quienes los buscan no les corresponde encontrarlos, es posible que los encuentren.

-Bernales, Bernales -lo interrumpí desesperado -te publico, te juro que te publico, pero no sigas adelante.

Bernales era un hombre de aspecto desagradable. Era un hombre joven, sin duda. Siempre entra a mi editorial con la ropa estilando. Es cierto que siempre llega cuando está lloviendo, ahora cae un agua esmogienta sobre Santiago, pero la humedad que trae Bernales no es natural.

Bernales juntó las puntas inmundas de su impermeable sobre sus rodillas.

-Te lo agradezco, sabes -me dijo.

Las galochas de goma del poeta, opacas por el musgo que criaban, habían dejado una huella sobre el piso. Huella difícil de limpiar. Y con una de ellas raspaba, como sin quererlo, el enchufe de encina de mi escritorio.

Llamé a Morales y le pedí un felpudo.

-Es regalo de mi madre -dijo insinuándole que se limpiara los zapatos.

-Pero no sé si será prudente entregarte estos magníficos versos -dijo restregando las suelas en el trazo que había traído el mozo.

-...

-Puede ser un riesgo publicar en tu editorial.

-¿Qué dices?

Bernales acomodó las hojas escritas en una carpeta.

-Es lo que recogí de fuentes habitualmente bien informadas.

Nunca tuve otra opinión sobre Bernales de que era un pobre infeliz. Un desgraciado que ocasionalmente publicara un poemario en una mala revista de la Universidad, que frecuentaba albergues y se alcoholizaba con vino litreado. Tenía muy claro que era un desagradable buscón de editoriales y que en su espíritu de poeta frustrado guardaba intenciones incalificables para agentes literarios como yo, pero jamás pensé que fuera un soplón.

No imaginaba de dónde podía haber obtenido la información acerca de B., si era a B. a quien se refería.

Le ofrecí un café.

-Supongamos que entiendo lo que dices -le dije -¿que quieres?

-Aún no he pedido nada -dijo moviendo sus manos de unas negras y prolongadas.

-Te puedo editar unos cien ejemplares de tus momentos, en buen papel Bond.

Me había sobrado una resma de ese papel de los calendarios.

-No me has interpretado en forma correcta -Bernales ocultó

sus manos en las mangas anchas y deshilachadas de su impermeable - la decisión que tomes debe ser espontánea, no quisiera que lo que yo te diga pueda ser considerado como una presión.

-Y el accidente en auto, ¿tampoco?

Bernales se secó el bigote, rociado por la llovizna. Después sacudió el pañuelo hacia el calor de la estufa.

-Hoy por hoy -dijo -uno puede perder la vida en cualquier esquina de Santiago.

Yo perdí la paciencia.

-Escúchame Bernales -le grité enrabiado, descompuesto al verlo tomar mi café de cuatrocientos ochenta pesos el kilo, de pie, agitando un puño delante de su nariz aporrillada -tus poemas me producen diarrea, son pretenciosos y mediocres, me abren la úlcera y si no estuviera en juego mi seguridad ya te habría sacado de aquí con dos patadas en el culo.

Bernales dejó la taza de café y se levantó.

-Ese es un exabrupto espontáneo.

-Y puedes decirle a tus amigos, habitualmente bien informados, -Gustavo y Loreto se habían asomado a la oficina estimulados por los gritos -que me cago en sus amenazas y en sus mensajeros de pacotilla.

Bernales puso la carpeta en el maletín de plástico y comprendió que la entrevista había terminado.

-Tú sabes donde encontrarme -dijo -y preferiría que publicaras mis Momentos en alguna antología de categoría, si eres capaz de recopilar una antología decente, preferiría, te digo, a que cayeras en la tentación de respaldar biografías groseras y calumniosas.

Bernales apartó a Gustavo y a Loreto y se fue.

Yo transferí mi furia hacia Gustavo.

-Y Ud. -lo agredí señalándolo con el dedo -puede empezar a buscar trabajo.

-¿Es una broma?

-No estoy para bromas.

Loreto se adelantó.

-Si Ud. despide al señor Guzmán -dijo -tendrá que prescindir también de mis servicios.

-Me será grato contribuir al 25 por ciento de cesantía.

Gustavo graznó con una carcajada seca, nerviosa, como la de algún pájaro atragantado.

-Para los sueldos que paga.

-Pueden intentar emplearse con Bernales -dije tomando el café de un trago.

-Tendríamos menos problemas con el señor Bernales.

El señor Bernales. Los habría despedido sin piedad si no suena el teléfono. En esos meses vivíamos la eternamente superada depresión económica, la guerra de las Malvinas-Flakland y las amenazas peruanas y bolivianas de seguir el ejemplo de Galtieri en Tarapacá y Antofagasta habían atizado el pánico de los pocos industriales que quedaban y de los dueños de supermercados y exportadoras y el desempleo había llegado a límites infames. Pero Gustavo tenía cinco hijos escolares (uno detenido en la cárcel de menores por aspirar, promover y comercializar Neoprén) y una mujer neurasténica e inútil y Loreto mantenía a su padre hemipléjico y al hijo huacho de una hermana y mi bondad de guionista de telenovela no podía con todo eso. Yo tengo una verdadera obsesión por los finales felices (provocada por mi infancia desgraciada) y en éste final en particular siempre aparecía mi editorial dando felicidad y dinero a estas pobres gentes. Catorce era más dura y cuando se las comentaba insistía en que debía ofrecer mis oficios para imprimir el Eco de Lourdes.

Pero ese día los salvó el teléfono.

Era Garub.

-Bonito choque tuvimos ayer -me dijo con descaro.

-Ignoraba que por los pasillos de La Meca pasaran autos -contesté.

-El golpe te afectó la memoria.

-Y a tí los cojones.

-Vamos...

-Supongo que no tengo intenciones de averiguar qué pasó en verdad -se lo dije en serio -pero no trates de contarme el cuento.

-¿Quieres ver cómo quedó mi auto?

-Viejo amigo -yo había recuperado la firmeza de la voz y lamentaba que Catorce hubiera tenido razón -estas cosas me dan tanto mie-

do como a tí.

-Por desgracia tengo otros compromisos...

-Y no podrás ocuparte de Chiriboga.

-Lo siento, tengo mujer y tres niños...

-Una mujer que no soporta cocinarte comida árabe.

-Otros impresores se pelearán a Chiriboga.

-Chiriboga es cuento aparte.

-La imprenta Lord Cochrane...

-Mandaré por las copias de Chiriboga.

-Te las enviaré...

-¿Qué te pasó, Garub?

-Amigo...

-...

-En el auto dejaste olvidados algunos papeles.

Una de las copias de B.

-¿Papeles?

-Te dejaron un recado, que destruyas otras copias, que te abstengas de divulgarlas y que entregues algún indicio para identificar al autor...,yo...

-¡Garub..!

-No quiero que te hagan daño.

-Los conoces, ¿los conoces acaso?

-Yo no a ellos, ellos a mí.

Me quedé con el fono en la mano, distante de la oreja herida.

Una suerte de asombro catatónico me había dominado. Garub aprovechó la crisis y cortó la comunicación.

Poco después, antes de que me recuperara totalmente y pudiera enviar a Morales en busca de los manuscritos de Chiriboga, Garub lo había hecho con uno de sus mensajeros.

Ellos, no podían ser otros que el MAPA, el Estévez o el Lailacar, si estaban vivos, ya tenían una copia de la primera parte de B. y andaban detrás de mí y de la continuación del cuento.

Comprendí que debía actuar. Metí en un portadocumentos de cartón las dos entregas de B. y salí de mi oficina. Afuera, Gustavo intentaba consolar a Loreto que me lanzó una mirada que era una mezcla mojada de arrepentimiento y sombra para los ojos. El tenía puesta una

mano sobre su hombro y me di cuenta, sin lugar a equívocos, que eran
 amigos.

-Les ruego que me disculpen -les dije -les juro que los proble-
 mas me tienen alterado.

Loreto esbozó una sonrisa agradecida y Gustavo se acomodó los
 anteojos sobre la nariz.

-Estimo -empezó con una falta de autocritica que irritaba -y lo
 digo sin ánimo de continuar la discusión, que Ud. ha sido injusto con
 la señorita Loreto...

Era el capítulo de la telenovela que todavía no escribía Brau-
 lio Arenas. La culminación del adulterio de Gustavo con la señorita
 Loreto. No, no lo dejé continuar.

-Lo he reconocido pidiendo disculpas -interrumpí -y ahora le
 ruego que revise el manuscrito de Chiriboga que acaba de devolver el
 impresor.

Y los dejé abandonados a su melodrama inédito.

No era mediodía cuando salí a la calle Lira. Caminé despacio,
 observando con cuidado a los automóviles que pasaban y a los hombres
 y mujeres con los que me cruzaba. Creía tener un rostro para cada
 perseguidor, uno para Estévez, otro para Lailacar y uno ^{también} para cada
 uno de los militantes de MAPA.

En la esquina con Diagonal Paraguay compré el diario. En un rin-
 cón del segundo cuerpo aparecía la noticia del complot de los seis
 mayores. Mencionaban el hecho disfrazándolo de petición intra-insti-
 tucional sin importancia y aclaraban que la cadena de radio era pro-
 ducto del descubrimiento de una interferencia extranjera en el dial.

Me metí en un centro comercial detrás de la Posta Central y
 compré cigarrillos. Caminando leí las pocas noticias y tiré El Mer-
 curio en un basurero.

Esperé una luz roja y seguí hasta la Alameda. El canonazo de
 las doce me destanó los tímpanos en el momento en que bajaba a la
 estación Santa Lucía del metro. En la galería descubrí una fotocopi-
 adora y obtuve copias de la segunda parte de B. No quise subir al
 subterráneo. Crucé la Alameda por el túnel y me dirigí hasta el co-
 rreo central. La burbuja de smog estaba más pesada que de costumbre.
 Sin embargo no había mucha gente. Con la más mínima sospecha de in-

quietud militar los chilenos prefieren salir más tarde de sus casas. Unos para no ver frustrados sus anhelos de cambio, otros sumidos en la ingrata tarea de elegir embajada. Faltaban todavía unos meses para el primero de Mayo, el del último helicóptero.

Al llegar a la plaza de Armas tenía los ojos irritados y los zapatos cubiertos de polvo. Entré al edificio de correos, puse las fotocopias en un sobre, agregué una nota a mi amigo y a pesar del interés de Gaspar, las envié por correo aéreo a México. Después abrí mi casilla postal, me aseguré que la primera copia de B. aún estuviera ahí y deposité en ella la segunda. Al salir sentí que el aire estaba más limpio y mi entusiasmo más liviano.

Me detuve un momento en el café Haití y saludé a los amigos de siempre. A Pepe, el de las manos flacas e inútiles y el largo cuello para acercarse al café, al Caracol Montero con su brillante cicatriz en la frente y a Jacinto, que, como de costumbre, trató de venderme un hermoso globo terráqueo. Les reproché de haberse olvidado de un pobre editor y los invité a conocer mis oficinas de la calle Lira.

Entré nuevamente al metro en la estación Universidad. Bajé a los andenes y me mezclé con la gente.

Nunca me ha gustado permanecer en el borde de la línea, es una precaución que tomo motivado por mi afición cinematográfica. A más de un cretino lo asesinaron empujándolo a la pasadía del tren. Por eso, cuando éste penetró ese día en la estación yo estaba en la última fila de los impacientes. Dejé que los pasajeros más apurados entraran al carro y recién cuando sonaba el timbre me acerqué a la plataforma. No me llamó la atención que dos personas, que en un momento no pude identificar, se colocaran detrás de mí y me cedieran el paso. Total jamás me he considerado el único tipo cortés que hay en el mundo. Tampoco me sorprendió el hecho de que no subieran conmigo. El que quiere se sube y él que no quiere, no se sube. Pero cuando estuve dentro del tren y sentí la corriente de aire que provoca la puerta al cerrarse y me di vuelta, la impresión fue diferente. Los dos hombre habían retrocedido algunos pasos del borde del andén y uno de ellos, de impermeable azul, me apuntaba directamente al corazón con una enorme pistola plateada. El carro iba atestado y por el diámetro del cañón no era difícil aventurar la masacre que iba a producir el disparo.

Al leer los apuntes de B. uno tiende a pensar que su contenido podría molestar al general o a los secuaces del general, legales o ilegales. También es posible llegar a intuir que quien se pusiera como tarea divulgar esos documentos merece una recriminación por parte de los manistas. O un remezón organizado por el CNI, unos veinte días de reclusión en los sótanos de la avenida Borgono, tal y como lo permite la Constitución, un par de golpes eléctricos, en fin, hasta una relegación en la provincia de Parinacota. Pero de ahí a recibir la bala de una cuarenta y cinco en un vagón del metro con otras trescientas personas por compañía me pareció una exageración. Y yo suelo reaccionar muy bien frente a situaciones desproporcionadas.

Porque en lo que medió entre el zumbido que señala el deslizamiento de las puertas y el instante en que el conductor se percató de que algo raro ocurría y cortó la energía, yo le salvé la vida a muchos de esos ciudadanos. Desde luego no me lo agradecieron, pero es posible que no lo hicieran al saber, después, que el objetivo de la agresión era únicamente yo.

Así, levanté los brazos y con mis manos detuve las puertas sujetándolas de los marcos de goma, estiré una pierna y golpeé al hombre armado debajo de las costillas, por donde queda el hígado. El que lo acompañaba era lento de reflejos. Sin embargo con el impulso perdí el equilibrio y caí sobre el embaldosado del andén. El agresor se había doblado como una bisagra y se quejaba con un gruñido pulmonar y desagradable. Alguien había hecho sonar la alarma interior del carro y las puertas se abrieron automáticamente. Empezaba a incorporarme y a percibir en forma confusa el inicio del pánico y la estampida de los pasajeros cuando recibí el golpe en la cabeza.

Desperté en la Posta Central, en el mismo cubículo del día anterior, con las mismas náuseas y con Catorce a mi lado.

-Vámonos de aquí -le dije.

Los ojos de ella ya no brillaban como bolitas de cristal.

-Esta vez no será tan fácil -me contestó.

Entonces yo me fijé en el gorilón que nos hacía compañía. Apoyado contra la pared, tenía la mirada asentada en las piernas de Catorce.

-Quién sabe -comenté.

Catorce observó al hombre.

-Ni te lo sueñes -me dijo en voz baja.

Le habían golpeado sobre la herida anterior. Me toqué la cabeza.

Estaba tratando de ablandar la almohada de hule cuando entró al lugar el médico que me atendiera después del supuesto accidente con Garub.

-Miren, miren -dijo acercándose a Catorce y estirando sus manos de dedos delicados e inevitables -te va a servir poco la medicina con este paciente.

Me dejé examinar la herida porque soy una persona educada. El hombre era prolijo y me suturó con una aguja fina e indolora. Estoy seguro que se citó con Catorce y que Catorce, aunque después no acudió a la cita, la aceptó para salvar su orgullo y su prestigio. En la posta podría divulgarse su relación con un hombre como yo. Y eso habría sido lapidario para su futura práctica privada.

Al darme de alta una hora después el policía de civil me entregó una citación para el juzgado de policía local.

-¿Policía local? -protesté -pero si fue un intento de asesinato.

El tipo se encogió de hombros. Eso siempre sucede en situaciones similares.

Me hicieron subir a una silla de ruedas con poca amabilidad y me abrieron la puerta de salida con el mismo interés con que se le abre a un cirrótico perdido. La presencia de Catorce no contribuyó en nada. Nada iba a modificar la pobre opinión que estaba teniendo de mi persona el personal de la asistencia pública.

El maltratado Visa esperaba fielmente. Pero no fue posible hacerlo andar.

-¿Tienes plata para taxi? -me preguntó Catorce.

Yo estaba bastante sensible, el golpe me imaginó, y creo que le dije, con brusquedad, que no era el momento adecuado para tirarme a la cara la realidad de mi pobreza.

-Te estás volviendo loco de verdad -me dijo deteniendo un auto.

No hablamos hasta llegar a la casa. Yo hice un intento de buscar la billetera.

-No te molestes -se adelantó Catorce pasándole un billete de quinientos pesos al chofer.

Tomándome por el brazo me ayudó a llegar a la puerta de mi casa y una vez adentro esperó que me sentara en el salón. No se había quitado el abrigo y se había acomodado la cartera debajo del brazo.

-Supongo que quieres irte -le dije.

-¿Quieres que antes llame a un especialista?

-Son muy caros.

-Algún día vas a tener que tratarte tu enfermedad.

-¿Cuál enfermedad?

-La estupidez.

-¿Tú ya te la trataste?

Habría preferido un botellazo en la cabeza, una bataleta femenina, una violenta y masiva manifestación de inmadurez. No fue así. Catorce se dio vuelta, abrió la puerta, salió y la cerró con suavidad.

Quince minutos después me levanté, saqué hielo del refrigerador y llené un vaso con vodka. Sólo me había tomado un vaso cuando sonó el timbre.

Pensé que de verdad era irresistible, que Catorce había regresado. En su lugar, en el umbral de la puerta, me encontré con un hombrecito de bigote cuadrado y pelo teñido, que usaba un uniforme verde.

-Hay una entrega para Ud. -me anunció estirándome con su brazo un sobre.

En la dirección manuscrita reconocí de inmediato la letra de B. El dolor en la herida suturada se agudizó.

-No recibo ninguna cosa -me defendí.

El enano mensajero me miró sin comprender y se ajustó un aparato acústico que le llenaba una oreja.

-¿Qué le pasa señor? -me preguntó.

-¿Cómo que qué me pasa?

-Tiene los ojos vidriosos.

Yo todavía sujetaba la botella de vodka en mi mano.

-Es que lo tomo con el envase -le dije mostrándosela.

El hombrecillo retrocedió un paso, depositó el sobre en el suelo, me presentó un cuaderno y un lápiz para que firmara el conforme y se alejó sin atreverse a darme la espalda.

Yo me quedé un rato mirando hacia Santiago. Tenía la razonable

certeza de que MAPA podría tener éxito en su próxima actuación en mi contra.

De regreso al sillón abrí el sobre. Esta vez B. no había incluido ninguna nota de presentación, naturalmente habría estado de más.

Diccionario Biográfico de la Represión.

Epoca: 1969 - 1979.

Episodio: Manifestación Paralela.

Categoría del Personaje: Col. (1)

Información obtenida en: P.D.A. II, by Apple y en V.S. (2)

Síntesis biográfica y notas de :

"...Gelbs Hrubesh, Herman.- Contador auditor. Nació en Quillota el ...23 de Enero de 1940. Padres: Manuel y Beatriz. Esposa: Cornelia ...Bahamondes. Hijos: Manuel, Herman y Patricia. Estudios: Semina- ...rio de San Benito en Valparaíso. Instituto Nacional de Santiago ...y en la Facultad de Comercio de la Universidad de Chile. En 1960 ...ingresa como empleado en la Caja de Previsión de la Marina Mer- ...cante. Entre 1967 y 1972 fue ayudante, sucesivamente, del actua- ...rio de Control, de la Sección Inventarios, de la Sección de ne- ...conocimientos de Deudas, de la Sección de Inspectoría de Naufrá- ...gios y de la Sección de Acrecentamiento de Intereses. En 1972 ...se retira para ejercer su profesión en forma libre. Desarrolla ...sus actividades en la oficina de Gelbs & Vásquez, Contadores ...Asociados, de la cual es socio hasta 1975. Ese año es nombrado ...en la Contraloría General de la República como Fiscal en el De- ...partamento de Presupuestos Reservados, sección creada en 1973. ...En 1978 retorna a la práctica privada, combinando su profesión ...de contador con la de corredor de propiedades.

...Según P.D.A. y V.S., Gelbs puede encontrarse actualmente: su ...identidad corresponder al cadáver encontrado en los escombros ...del incendio del Club Militar ocurrido inmediatamente después ...del desmembramiento de MAPA. Entre los restos calcinados del ...cuarto helicóptero caído a tierra en el primer trimestre del ...noveno año del general. Sus parámetros antropológicos son com-

(1) Col.: Colaborador.

(2) P.D.A.: Procesadora de Datos Autoprogramable. V.S.: Vicaría de la Solidaridad.

...compatibles con los de los restos humanos encontrados en el amazón
...del esnantanájáros que le dio nombre al divulgado pero misterio-
...so crimen del chirimoyal de Quillota.
...No hay evidencias que permitan suponer que Gelbs Hrubesh se en-
...cuentre vivo aún.

"Notas a la Síntesis Biográfica de Herman Gelbs Hrubesh." (En la que resaltarán argumentos en favor del determinismo de ciertas conductas fanáticas.)

"...Herman Gelbs nació un día caluroso del verano de 1940. Su madre, hija de inmigrantes alemanes, sufrió la rotura de su bolsa de aguas cuando dormitaba la siesta bajo la sombra de un chirimoyo en una parcela cercana a la ciudad de Quillota. Manuel Gelbs, el padre, un embutidor cesante que se hacía pasar por técnico agrícola, tuvo que abandonar su trabajo de desinfección de frutales para llevar a Beatriz al hospital.

En la maternidad dio a luz a un varón colorado y delgaducho al que decidieron llamar Herman, en recuerdo del abuelo Herman que se había quedado para siempre en Berlín.

Pero esa misma noche, sufriendo aún la mujer el dolor espasmódico de los entuertos, Manuel decidió trasladarla a otro lugar. A Manuel Gelbs lo andaban persiguiendo. Algunos parceleros de la zona le atribuyeron un extraño fenómeno sufrido por sus valiosos chirimoyos: en una sola tarde habían perdido no únicamente sus hojas y sus brotes, sino que sus ramas tomaron un color gris, como el pelaje de los burros, se tornaron quebradizas, como la corteza de los huevos y al final perdieron su singular y erecta naturaleza. A la luz de esa luna que acompañó la huída de los Gelbs, los hacendados quillotanos comprobaron aterrados que las magníficas plantaciones de chirimoyos ya no era otra cosa que un extenso campo de desperdicios vegetales.

Es esta una de las razones por la cual jamás se podrá saber con razonable certeza por qué murió Herman. Aun cuando los indicadores señalan a MAPA como fuente principal de sus conflictos y riesgos, nadie ha podido descartar la posibilidad de una especie de venganza transgeneracional. (Episodio del Espantapájaros de Quillota.)

Manuel Gelbs no regresó a Quillota. En esos años era posible cambiar de domicilio y era complicado seguir todas las huellas. Manuel Gelbs también cambió de ocupación. Se convenció que desin-

fectar chirimoyos entrañaba un peligro incalculable.

Herman Gelbs, pues, creció en un suburbio de la capital y recién cumplió los cinco años su familia se trasladó a Valparaíso. Manuel Gelbs ya era un discreto pero próspero salchichero, quizá triste porque Alemania perdía la guerra, pero sin duda contento por no estar en ella.

El primer contacto con los números que tuvo el pequeño Herman no fue en clase de aritmética. Fue en los recreos, en los que practicaba leves estafas cambiando boletos de tranvía por autos a cuerda. El aprendió, no obstante, a no hacerse demasiadas ilusiones en relación a este ventajoso trueque. La experiencia le había señalado que al día siguiente y de manera inexorable, el padre de la niña o del niño engañado llegaría a la escuela con el montón de boletos y la queja pertinente. Pero él gozaba con intensidad esos momentos furtivos jugando con el auto Schuco o con el submarino que se sumergía de verdad en la tina descascarada. Y Herman empezaba ya a odiar sus volantines y el trompo, porque nada más que para eso alcanzaban las poco estimadas salchichas de su padre.

Hasta que un día el profesor de gramática (Herman iba a odiar siempre la gramática) manifestó su inquietud por las costumbres del niño, reflexionó acerca de ellas y llegó a la triste e inoportuna conclusión de que no eran buenas costumbres. Triste porque la amonestación se transformó en un estímulo en favor de esas conductas e inoportuna porque cuando Herman llegó a su casa con la comunicación del castigo su padre, Manuel, acababa de vender setecientos kilos de embutidos que se podrían en la bodega.

-De acuerdo -le dijo -vendí las salchichas para carnada, pero así y todo te iba a llevar a la juguetería.

De nada valieron las palabras de Beatriz. El viejo no cambió de opinión y Herman siempre sospechó que su inflexibilidad más se debía al desagrado que le provocaba gastar cien pesos en un juguete que a una severidad vernacular.

Todos se olvidaron de aquél incidente. Todos, claro, menos Herman. Es cierto que no volvió a las prácticas catalogadas como deshonestas en el libro de clases del liceo. Sin embargo nunca nu-

no ceder a la fantasía de la intención y sin quererlo, sin siquiera pensar, se vio marcado por ese episodio. Alguna vez, poco antes de morir, Herman diría que en ese instante fugaz, en el que sus sueños lúdicos se truncaron por la avaricia desproporcionada de su madre, vio atropellados para siempre sus buenos propósitos.

Herman fue un niño solitario. Más que un niño solitario, Herman fue un niño abandonado.

Su madre alimentó su frustración agrícola fabricando salchichas para consumo animal (nunca nadie pudo soportar el olor de ellas) y Beatriz, que jamás volvió a embarazarse por miedo a reproducir la circunstancia del nacimiento de Herman, y como una manera de atenuar el olor de la molienda de vísceras de la trastienda, se dedicó a preparar kuchen y galletas con forma de monitos.

Herman terminó los años del liceo casi sin amigos y después de estudiar, sin mucha dedicación, tres años de comercio en la Universidad de Chile, se empleó en la Caja de Previsión de la Marina Mercante. Aquí comprobó, desencantado, que había abogados navales, ingenieros navales y hasta médicos navales, pero que nadie había considerado la navalización de los contadores. Sin embargo tenía conciencia de que tenía que ganarse la vida y trabajó con corrección sin pedir una asignación o un ingreso a la planta de uniformados. No ignoraba que sus torcidas motivaciones lo iban a llevar, algún día, a dar el gran golpe.

Y, como se sabe, lo dio.

Herman Gelbs conoció a Mauricio Estévez Morales por allá por el año 1967, en un viaje turístico por Buenos Aires. El viejo Gelbs había muerto hacía poco, Beatriz se había recluso en un asilo de ancianas a cocinar queques y galletas de monitos y él había vendido en una suma interesante la odiada salchichería. Con ese dinero y antes de casarse, decidió viajar.

Una tarde en Buenos Aires, paseando por Caballito, distraído en la belleza de las calles de la ciudad, le robaron la billetera. No tuvo otra opción que recurrir al consulado. Los empleados civiles de la repartición diplomática estaban almorzando cuando Gelbs tocó el timbre y fue recibido por el entonces ayudante del agregado militar.

Mauricio Estévez Morales tuvo una óptima impresión del infor-

bunado turista. Más aún, reconoció en él elementos que lo harían un valioso colaborador. Y lo ayudó en la comprometida situación en que se encontraba. Le reemplazó los documentos extraviados, hizo la denuncia del robo, le prestó de su propio bolsillo doscientos dólares, le renovó el pasaje en la línea aérea y le hizo saber que no dejaría de pedirle una retribución por la gentileza, que para ello el tiempo no iba a ser un obstáculo.

Herman Gelbs no recuperó la billetera robada, pero en su conciencia siempre descubrió indicios de la presencia de Estévez en la desaparición de ella. Años después, muy tarde para su historia, se dio cuenta que el oficial pudo perfectamente pagar a un lanza en Cabullito.

En todo caso en ese instante quedó atrapado por Estévez Morales. Llegando a Santiago metió la deuda en un sobre y se la envió al benefactor acompañada de una conceptuosa nota con su dirección.

No supo de él en dos años.

En 1969, cuando MAPA ya era una realidad tangible, Estévez Morales descubrió la necesidad de contar con un técnico en materias de financiamiento. Se acordó de aquél contador, buscó su dirección entre sus bien ordenados papeles y concertó una entrevista.

Gelbs se mostró sorprendido al ver a Estévez, vestido de paisano, sentado en una mesa de un restorán de Valparaíso, lugar de la cita.

El Delmónico es un lugar cerca del muelle Prat. Ahí se come en un ambiente bohemio, grato, informal, donde hasta 1971 o 1972 se podía encontrar al Decano de Filosofía de la Universidad de Valparaíso o a Armando Cassígoli o a Pablo Neruda. Hoy los decanos hay que buscarlos en otra parte.

Estévez Morales le habló con claridad, omitiendo sólo aquello que consideraba como extremadamente confidencial. Pero no evitó el tema de la clandestinidad ni el de la responsabilidad que ella implicaba. No por la obligada discreción, sino por el manejo de fondos cuantiosos sobre los que sólo él tendría control.

Gelbs aceptó.

Fijaron un sueldo decoroso y Gelbs se propuso como primera tarea la normalización en la recepción de las cuotas de los que Estévez llamaba asociados y amigos.

Gelbs trabajó bien.

Un cuidadoso estudio del mercado de capitales, informaciones que recibía en relación al destino de ciertas acciones, la compra y venta de divisas y metales y ocasionalmente un buen dato en el hipódromo permitieron que el balance del primer año registrara utilidades poco comunes para una sociedad de ese tipo.

Entonces Estévez fue más explícito. Quería ver las inversiones materializadas en algunas propiedades, rurales y urbanas y solicitó a Gelbs contactos con ciertas compañías que se ocupaban de comerciar armas modernas.

-Sé que los cañones no dan sus dividendos en la bolsa de comercio -le dijo a modo de explicación -pero eso no importa.

Estévez era el patrón, Gelbs el empleado.

Durante uno o dos años Estévez no exigió de Gelbs otra cosa que una rentabilidad apropiada. Hasta el primer año de la Unidad Popular, en no el oficial se da cuenta que al crear a MAPA sí tuvo una buena idea y decide darle una estructura administrativa más coherente y segura. Por esas fechas la organización contaba, a firme, con dos generales en actividad y tres en retiro. Siete coroneles en servicio y nueve en retiro (uno de ellos, de apellido Moraga creyó, hasta el final que se trataba de un club para jugar Estrategia) y un número similar de mayores y capitanes. Este interesante número de uniformados se debía al especial empeño que Estévez había puesto en el reclutamiento después del triunfo de Salvador Allende.

Sin embargo, aunque ellos no sabían con exactitud que pretendía MAPA, no estaban tan desorientados como el colega Moraga.

Estévez Morales tampoco lo tenía muy claro. Apenas intuía que MAPA no era una alternativa de poder y de ahí que su trabajo de información e infiltración se dirigió con mayor acuciosidad a los servicios de inteligencia.

Herman Gelbs se retira de la caja de la marina mercante en 1971 y utilizando dineros de MAPA y autorizado por Estévez, abre una oficina de contabilidad en el centro de Santiago. Para ello busca un socio. Revisando el directorio del colegio de contadores, pronto encuentra al hombre. El es Juan Heriberto Vásquez Navarro, 62 años,

contador subalterno del ministerio de obras públicas y transportes, pronto a jubilar.

Juan Heriberto quedó impresionado con el ofrecimiento inicial de Gelbs. Y aunque hasta su mujer, Silvia, magnífico producto de los pasteles de la confitería Goyescas le oíó que procediera con cautela, él atribuyó el acercamiento de Gelbs a su impecable trayectoria funcionaria y a su reciente nombramiento como secretario de actas del círculo de ajedrez del club de contadores.

Mal que mal -recordó a su familia -he sido el único capaz de repetir de memoria una partida de Karpov.

Y Silvia Venegas estaba convencida que el tiempo de las discusiones había terminado. Consideraba que sus obligaciones como esposa habían cesado al nacer el primer nieto y pensaba que Juan Heriberto no tenía derecho de tener una idea diferente. El viejo, que por lo demás nunca había tenido un apetito sexual muy exigente, no se molestó cuando su mujer se llevó la cama del dormitorio. Pero como era lógico, al cabo de un tiempo ya no pudo que hacer con sus esporádicas erecciones. Reacio frente a la masturbación, Juan Heriberto fue derivando, en forma lenta pero inexorable, por el camino de las nugas.

Y Herman Gelbs estaba informado de ello.

Por eso, en el segundo encuentro de ambos, después de departir en una agradable comida en los subterráneos de El Candil, lo subió a su automóvil y lo llevó a un elegante prostíbulo de la calle Infante.

Convencido de las buenas intenciones de su colega y utilizando un par de influencias menores, Juan Heriberto apresuró su retiro, jubiló en dos meses y se instaló con Gelbs en la tercera cuadra de la calle Agustinas.

Debido a la proximidad de la oficina de su marido con la confitería de sus preferencias, Silvia no insistió en sus advertencias. Sólo que cuando, algunos años después, con la cartera vacía y el hombre afilada, pasaba frente al Goyescas camino a la cárcel en días de visita, la acosaban unas náuseas que la obligaban a acudir a algún baño público.

En todo caso y al principio, la sociedad Vázquez & Gelbs dio

excelentes beneficios.

Con una caligrafía desesperante y unos números simétricos e idénticos, Juan Heriberto pasaba las contabilidades esperando los días miércoles en los que Gelbs lo invitaba a la casa de la calle Infante.

Los fondos de MAPA, así, fueron acrecentándose de manera escrupulosa y sólida. Los ingresos se recaudaban fundamentalmente de las cuotas obligatorias de los miembros de la organización, de los réditos que de ellas obtenía Gelbs y de una que otra donación. Pero una tarde, en la que observaba aburrido la diminuta labor de Vásquez, Gelbs tuvo un ocurrimiento. Y se lo propuso a Estévez Morales. Se trataba de conseguir el traspaso a MAPA de un porcentaje de las jubilaciones de cada miembro de las fuerzas armadas.

Estévez Morales consideró el planteamiento y lo aceptó.

-El problema es cómo -preguntó.

Herman Gelbs nunca enunciaba un problema si no había pensado ya en una solución.

Se había informado que casi un catorce por ciento de los dineros que recibían los militares del sector pasivo les eran retenidos para distintos ítems. Un uno por ciento para el comedor de viudas y huérfanos de suboficiales tuberculosos. Un cuarto por ciento para uniformes de paño grueso para los veteranos de la guerra del ^{Siglo pasaba} Pacífico, un medio por ciento para el asilo de ancianos de la institución, un octavo por ciento para el monumento ecuestre del general Orozimbo Barbosa. Los afectados o los beneficiarios, cuando existían, argumentaba Gelbs, ignoraban para donde iban o de donde venían esas platas. Más aún porque en las liquidaciones los porcentajes y las sumas sólo eran precedidas por una sigla o una abreviatura:

Cvhsup.tub.	1%	
UPV.Pacif.	0.25%	Pacif = 50.
A.anc.	0.5%	
Mon.ec.G.O.Bar.	0.125%	

Agregar otro mínimo porcentaje no ofrecería, aseguraba Gelbs, mayores dificultades.

Había que introducirse en las oficinas de contabilidad del ejército. Juan Heriberto era pieza fundamental en el plan esbozado por Gelbs.

Porque se había enterado que una secretaria de bajo rango que trabajaba en la tesorería del Ministerio de Defensa, se ganaba unos pesos suplementarios en la casa de putas de José Manuel Infante. Exigió que fuera ella quien atendiera y tratara de estimular a su socio y desde entonces le pagó tres veces el precio que pedía.

Gelbs, en el pasillo del segundo piso de Infante y tomando una Coca-Cola tras otra esperó con paciencia.

Y una tarde de miércoles, en la que Juan Heriberto logró provocarle un orgasmo y después que ambos se durmieron, exhausto el viejo por la prolongada erección y peroleja ella por el inesperado desenlace, Gelbs se introdujo en el cuarto. Obtener una copia del pase de seguridad y de las llaves de la machacha fue cosa de minutos.

Dos noches después tuvo acceso a la oficina que le interesaba. En menos de tres horas elaboró un clave, diseñó una fórmula de descuento escalonado, programó la computadora con una abreviatura y le adjuntó el número de una cuenta bancaria del Banco Zegers. Abandonó el lugar con el mayor sigilo. Al día siguiente, en ese mismo banco, pidió abrir una cuenta corriente, eligió el número de ella alegando una especie de cábala y advirtió al agente de ingresos por planilla derivados de reparticiones públicas.

Treinta días más tarde la cuenta de MAPA en el banco Zegers empezó a abultarse. El flujo de dinero fue tan grande que obligó a Gelbs a abrir una nueva cuenta en el banco Urquijo.

Durante los primeros años del gobierno popular, entonces, Gelbs no necesitó hacer buenos negocios. Estévez Morales había viajado a Estados Unidos desde donde regresó en 1972. Ese año Gelbs se empieza a interesar en el mercado negro. Y utilizando las pingües ganancias que le reportaba la venta fraudulenta del azúcar, el aceite y el papel higiénico, reinicia la compra de propiedades.

En marzo de 1973 el Presidente Allende logra más del cuarenta.

por efecto de los votos en las elecciones parlamentarias. El día siguiente parece del mercado y los especuladores empiezan a vender. Gelber introduce moneda extranjera al país y compra. Se siente respaldado por Estévez Morales.

-Si fracasamos, no tendrá valor para gastarme la plata afuera -le había dicho.

En mayo de ese año MAPA era propietario de más de treinta valiosas propiedades y fue en ese mes cuando Estévez supo que el golpe venía, que Allende estaba perdido. Entonces se retira una semana a la casa de seguridad de Quintero. Cuando vuelve el itinerario de la organización ya está trazado de manera definitiva.

-No participaremos -le anunció a Gelber.

Y envió una nota confidencial a los oficiales que le eran profundamente incondicionales. En veinte líneas, la última de las cuales exigía la devolución de la nota, les explicaba la estrategia de MAPA. MAPA, desde luego, no se oponía a ningún pronunciamiento militar en contra del gobierno marxista, pero ninguno de sus miembros podía participar en la cúpula de un teórico y posible gobierno militar. La continuidad de la doctrina marxista exigía renunciar a ambiciones de poder personal, exigía anteponer la Patria a cualquier otra consideración y advertía sobre la fugacidad histórica de los movimientos militares. MAPA lucharía por él, pero como una poderosa columna invisible que lo vigilaría y lo sostendría como los cimientos sostienen a un edificio.

También Estévez Morales descubre que MAPA, como toda instancia clandestina, es vulnerable. Mediante un procedimiento que aprendiera en Fort Benning, se percata que dos de las treinta y cinco comunicaciones enviadas habían sido fotoconiadadas. Memoriza el nombre de los dos jefes, los cataloga como traidores potenciales, pero su falta de experiencia y su escaso talento para adentrarse en el alma humana lo hacen desistir de aplicar una solución final. Fue la primera gran equivocación de Estévez Morales. Porque uno de esos hombres, que cargaba el grado de coronel, se transformó con el tiempo en uno de sus más peligrosos enemigos.

En los días que siguen al golpe de Estado en el que fue asesi-

nado Allende, Estévez Morales continúa como director de la sección confidencial de la Subsecretaría de Guerra. No le gusta la personalidad de los generales golpistas y ve en ellos el riesgo de entregas de entrega a grupos políticos indeseables. Pero se declara incondicional de ellos. El golpe pasa encima de MAPA. Estévez colabora en silencio.

-El golpe -gustaba de decirle a Gelbs -es como una ola, MAPA como una roca. Las mareas suben y bajan, las rocas permanecen.

Y aunque, a pesar de sus instrucciones, hay hombres suyos en cargos importantes del nuevo gobierno, Estévez no los desafilia. Pronto intuirá que eso es necesario.

Y en diciembre de ese año, 1973, y antes de viajar a Brasil al curso sobre el trato merecido por los 'factores neutralizados', detenidos en distintos campos de concentración, decide entrevistarse con los dos oficiales fotocopiadore. Les miente para proteger la organización y les asegura que MAPA ha sido disuelto. Uno de ellos ya era el mandamás de los nuevos sistemas de inteligencia.

En marzo de 1974, con el título de especialista en su poder, es designado jefe del campo de prisioneros políticos de Puchuncaví. Ahí, mientras lleva a la práctica los conocimientos adquiridos en Sao Pablo, llega a la conclusión que la DINA es ineficaz, que Contreras no es más que un buen carnicero, que a pesar de la brutal represión la subversión está viva. Eso lo convence, con fuerza, de la vigencia de la filosofía de MAPA.

Gelbs, por su parte, tampoco ha estado ocioso. Una reorganización del departamento de gastos del ejército ha puesto fin al ingreso de dinero a través de pensiones y jubilaciones. Pero él ha hecho desaparecer la cuenta en el banco Zegers y ha borrado toda huella que permita una investigación. El juego del mercado de capitales organizado por los nuevos economistas le permite crear una institución de lucro inserta en las normas legales.

Nace así la Financiera Exito.

Disponiendo, pues, de generoso financiamiento y de una rigurosa verticalidad MAPA se fortalece en su relativa clandestinidad. Estévez Morales desconfía de la perpetuidad del régimen y no duda

de la escuálida solvencia moral ni de la liviana inteligencia de los gobernantes militares.

De este modo y gracias a la suspicacia visceral que prevalecía en las conductas de Estévez, MAPA sobrevive. Sobrevive a la caída de helicópteros, cambios de gabinete, asesinatos de generales, a la alza del dólar y al suicidio de los ministros de Hacienda. También, al final, al derrumbe estrepitoso del régimen del general.

IV.-

La mezcla de vodka y B. es intolerable. Cuando desperté, temprano y vi a Catorce sentada frente a mí, seria, reconcentrada, no se me ocurrió ni ofrecerle una sonrisa por haber regresado. No. Simplemente le pedí un par de aspirinas. Catorce no es una mujer corriente, ya lo sé, así que sabía perfectamente que yo le iba a pedir algo para el dolor de cabeza. Y lo tenía listo.

-Hay algo que no entiendo -me dijo dándome un vaso de agua, dos píldoras y su maravillosa capacidad de reconciliación.

-Hoy amanecemos con la sensibilidad pareja -no quise ser irónico y ella se dio cuenta.

Tenía los documentos de B. en la mano.

-Según estos papeles -dijo -el tal Estévez, el tal Lailacar y muchos otros estarían, por lo menos, muertos.

-¿Dónde dormiste anoche?

-Y..., anoche no parecía importarte.

Me acerqué a Catorce y le metí las manos en el pelo.

-¿En tu casa?

-En mi casa.

-¿Y el mayordomo?

-No seas huevón, creo que podría conseguir algo mejor que ese cretino.

Me senté y tragué las aspirinas.

-¿Quién me persigue, entonces?

-Los que mantienen vivo a MAPA.

-Eso significa que insistirán.

-Parece lógico. Ellos no te quieren con la información de B.

-B. es un maricón.

-El no puede divulgarlo, el editor eres tú.

-Yo no soy comunista.

-No se necesita ser comunista para tener cojones.

La jaqueca no se me había pasado.

-Hay que encontrar a B., sería conveniente hacerle algunas preguntas.

-Y buscar a Estévez Morales, a Lailacar...

-Difícil.

-Veamos -Catorce tenía una libreta de apuntes -según B. Estévez Morales se retira del ejército en 1978 y trabaja un año en la industria Panal. Es decir desaparece en 1979. Lailacar era médico en la clínica psiquiátrica en 1982, después nada. Y Gelbs cierra su oficina con Juan Heriberto Vásquez después de 1978.

-Los tres hombres de MAPA que conocemos hasta el momento.

-Hasta este momento.

-No podrían ser los responsables directos de mis, digamos, accidentes. Si no están muertos, no se expondrían a tal extremo.

-Tus amigos son profesionales. Pero hay cosas claras, MAPA existe o existió y sus hombres, sean quienes sean no tienen ningún interés que su organización salga a la luz.

-¿Y el general?

-No te concentras cuando lees...-Catorce a veces se alteraba -MAPA quiere decir Manifestación Paralela.

-No sólo los médicos son tan inteligentes.

-Ya te dio con los médicos.

Otra demostración más de mi inmadurez. Decidí volver al tema.

-Cae el general, se termina MAPA.

-Cae el general, lo reemplaza MAPA.

-Hemos leído, si no lo pasaste por alto, que MAPA no se considera alternativa de poder.

-Cuando Estévez lo fundó...,ahora, ¿quién sabe?

-Me va a pasar lo de las novelas por entrega, ya casi estoy esperando la continuación.

-Necesitamos ayuda.

- ¿Meterías en esto a alguien más? ¿estás demente?

No lo dije en serio.

-Para mi demencia siempre habrá un buen psiquiatra.

-Joven, amable, divertido y bueno para la cama.

-¿Cómo lo sabes?

-Es el macho común para doctorcitas pelotudas.

-Estás resblandecido.

Me toqué la cabeza y Catorce se acercó.

-Han estado a punto de matarte dos veces.

-Ya me di cuenta.

Catorce se sentó, junto a la ventana. Santiago estaba cubierto por nubes apelotonadas y bajas.

-Mira -las bolitas de cristal de sus ojos se habían puesto a brillar -es bastante fácil que los de MAPA también se acuerden de mí.

-¿Tienes miedo?

-No tengo ningún interés en compartir tu bomba.

-Te subiste a una mala onda.

Catorce se llevó las manos a la cara. Estaba llorando de verdad. Tiritaba y yo no era capaz de aprender a tratar a las mujeres.

-No llores en voz alta -le dije -que por ahí se aparece el portero y el riesgo aumenta.

Me arrepentí al tiro. El llanto de Catorce se fue apagando, sus manos resbalaron hasta la cintura y se quedó mirándome con una mirada de desconsuelo tan auténtica que no entendí como había podido dudar de ella.

La abracé y le hablé despacio.

-Está bien -le dije -pediremos ayuda.

Catorce levantó la cabeza.

-Llamaremos a Simón -dijo limpiándose la cara.

-¿A Simón...?

-Estoy pensando...

-Simón no podrá ayudarnos, se acaba de enamorar, anda volado.

Catorce se separó de mí y arrimó una silla a la mesa del comedor. Yo tomé el teléfono y marqué el número de Simón. Era sábado, pero yo sabía que Simón era un hombre de madrugadas. Pero es cierto que en ocasiones la gente cambia. Simón había cambiado.

Porque me ladró por el teléfono. Me dijo que yo había perdido el sentido de las proporciones y el respeto por el prójimo, que ya no me quedaba ni una pizca de consideración hacia los amigos, que

la campanilla le había despertado a Jorgelina -dijo eso, que le había despertado a Jorgelina -y que me estaba pareciendo al desgraciado de Bautista, que le había arrebatado un insomnio maravilloso con ella a las tres de la mañana.

-¿Te llamó Bautista? -le pregunté estupefacto, no tanto por la impertinencia de Bautista como por el insomnio maravilloso.

Le expliqué en pocas palabras lo que sucedía y para qué lo necesitábamos.

-Vendrá a las once -le dije a Catorce colgando el fono -y con esa chiquilla.

-Mejor -Catorce se levantó -así seremos cuatro.

-Ella no nos servirá de nada y Simón tampoco. Lo único que ven delante de ellos es una cama.

-No seas envidioso.

-Esa Jorgelina le sorbió los sesos.

-Simón tiene sesos de sobra.

En general tengo poca tolerancia a las alabanzas de la inteligencia de otro cristiano. Yo respeto y aprecio a Simón, que además es un buen y viejo amigo mío, pero que Catorce lo diga en mi cara, eso ya es un asunto distinto.

-No puede tener tanto si se enamoró de una que todavía anda con olor a pañales.

Catorce se rió por primera vez en la mañana.

-Bueno -insistí -a mi también se me debe haber pegado el olor de los tuyos.

-Sabes, huevón -Catorce abrió la puerta de la cocina -tú tienes olor a naftalina.

-Es fácil disimular ese olor -dije.

Y me acerqué al refrigerador y saqué un tarro de cerveza que se estaba enfriando hacía bastantes días.

-MAPA no va a tener problemas contigo -comentó Catorce poniendo café en un filtro de papel.

Yo destapé la lata.

-Te van a meter preso por borracho y en la cárcel vas a estar bien protegido.

-Nuestras relaciones se deterioran.

-A la misma velocidad que tu hígado.

-Te manejas al día en la medicina.

-Hasta el portero del hospital psiquiátrico te haría el diagnóstico.

Dejé la cerveza a medio terminar en el estante.

-Dime la verdad, Catorce, a tí siempre te gusto Simón, ¿no?

Catorce se volvió a tapar la cara. Pero ahora se puso a reír.

-Ah -dijo -ya sé por qué mi amiga Eddie se dedicó a la rehabilitación de imbéciles.

-No me digas -Catorce había traspasado el umbral de la agresividad.

-La deben poner de buen humor -dijo y siguió riéndose.

Decidí acabar con la cerveza y me metí en el baño. Salí bastante repuesto de la ducha. Catorce estaba leyendo el diario.

-Saliste aquí -dijo, señalando la segunda página.

Leí el episodio que había vivido en el metro. En un espacio pequeño, perdido entre otras noticias de El Mercurio. Señalaba que yo, el conocido editor, había sufrido un síncope cuando me apresaba a abordar un carro en la estación Santa Lucía. Me había golpeado la cabeza y había recibido la atención requerida en la posta central. Después había sido enviado a mi domicilio con diagnóstico de heridas leves.

-En ese instante sonó el teléfono.

Era Garub. Ni siquiera tuvo la gentileza de saludarme.

-Tengo otro recado para tí -me anunció -te recomiendan un viaje al extranjero por unos tres meses. Corre también para tu amigo Bautista, búscalos y transmíteselos.

-Turco maricón -le contesté con calma asombrosa y le colgué.

-¿Quién era? -me preguntó Catorce.

-Garub -dije -y tenemos, ya, la punta de la madeja.

Simón es un hombre de barba estacional, afecto intempestivo y de una ternura simiesca. Llegó a las once en punto acompañado de una niña rubia, como de veinte años, alta, de ojos morenos, sonrisa adolescente y, como lo supe más adelante, una enorme intuición.

Simón pidió la información y durante el tiempo en el que Catorce y yo hablamos, se tragó mis cuatro últimas botellas de cerveza.

-Mañana no trabajo -dijo como disculpa vaciando la cuarta en un vaso.

A mediodía Simón pidió los documentos de B. y Catorce se ofreció para acompañar a Jorgelina a comprar a la esquina. Ya en la puerta se dio vuelta.

-Simón -le preguntó con voz suave -¿te sigue gustando el Chianti?

-Fresco y embotellado.

Catorce cerró la puerta y yo regresé al refrigerador. Reaparecí en la sala con media botella de vino blanco.

-¿Qué pasa entre Catorce y tú? -preguntó Simón que continuaba enfrascado en la lectura de B.

-Distintos puntos de vista acerca de hechos circunstanciales.

-Brillante respuesta.

-Gracias.

-Te sigue penando Ortega.

-Ya sé que has leído a Ortega.

Simón sorbió las últimas gotas de cerveza de su vaso.

-No cabe duda -dijo.

-¿Qué no cabe duda?

-Que Bautista ha sido engañado o mal informado, que tus amigos -Simón agitó en su mano derecha el manuscrito de B. -Bailacar y compañía están completamente vivos, con otros nombres o identidades, qué sé yo, pero vivos y en la huella de B. y ahora en la tuya y con seguridad en la mía.

Yo me senté a su lado, con la botella helada adherida a mi mano. Simón se movía con entusiasmo al hablar. Su barba golpeaba contra el pecho y con la mano izquierda se acariciaba el pelo con violencia.

-Hay que neutralizarlos, ojalá encontrar a Bautista para pedirle sus fuentes de información, no tenemos mucho tiempo, los dos intentos contra tí han sido en serio y este aceleramiento, este salir a la calle a matar, esto de arriesgarse a ser involucrados

en hechos públicos -Simón se descontrolaba -¿por qué lanzan sobre tí asesinos profesionales, matones?..., algo debe estar ocurriendo en MAPA amigo mío y algo le debe estar pasando, también, al general...

Catorce empujó la puerta de calle. Llevaba una botella de Chianti entre los brazos. Jorgelina, detrás, cargaba un gran cartucho de papel.

-Pondré el vino a enfriar -dijo Catorce mirando a Simón.

Jorgelina abrió el envoltorio que había dejado sobre la mesa y sacó una cerveza alemana.

-¿También te gustan heladas? -me preguntó.

A mí no me gusta este tipo de juegos.

-Por supuesto -le contesté.

Simón se fumaba un cigarrillo con dos o tres aspiradas. Tenía un tronco amplio, vigoroso y respiraba haciendo vibrar el aire que lo rodeaba, como un cetáceo moribundo, varado en alguna playa. Simón derrochaba seguridad.

-Habrá que empezar -me dijo.

-¿Por qué lado?

-Por Garub.

-Está aterrado.

-Mejor.

Catorce trajo una bandeja con el Chianti y un plato lleno con salame y queso.

-Tu cervecita está tibia todavía -me dijo sirviendo un buen vaso de vino a Simón.

-Le puedo echar un poco de hielo -me propuso Jorgelina desde la cocina.

-Perfecto -acepté.

A Catorce casi se le cae la botella de vino. Yo siempre he detestado el hielo, aun cuando venga flotando en whisky.

Simón sonrió.

-Almorzaremos primero -dijo -y saldremos a movernos después. Total, yo le debo una visita a Garub.

-¿Lo conoces? -preguntó Catorce, admirada.

-¿Quién no me conoce a mí? -afirmó Simón.

Yo quedé con la mente en blanco, mientras Jorgelina me pasaba un vaso lleno de hielo y de espuma de cerveza que se derramó por mi mano como una cascada de agua tibia y negajosa.

El almuerzo no ofreció ninguna particularidad, excepto el regocijo de Catorce al comprobar que Jorgelina me traía otro gran vaso de cerveza tibia, esta vez con hielo fina y cuidadosamente triturado.

Me la tomé con una sonrisa en la boca.

Simón se bajó la botella de Chianti completa y junto con el café decidió asignarnos tareas para el fin de semana. Pretendía tener una gran capacidad de organizador. Me dí cuenta cuando dijo, y su decir era ya un mandato, que Catorce lo acompañaría a él y Jorgelina a mí. El buscaría a Garub y a través de Garub algún indicio de MAPA. Nosotros en cambio deberíamos tratar de encontrar a B. y fuere cual fuere el resultado de nuestra investigación, continuaríamos con Lailacar. La próxima reunión del comité, como llamó al grupo, iba a tener lugar al día siguiente, a las doce, en el departamento de Catorce.

Simón nada dijo de cómo ocuparíamos las horas de la noche, pero como Catorce y Jorgelina se quedaron mudas, opté por imitarlas. Las mujeres, me ha enseñado mi paso por el mundo, tienen una maravillosa imaginación. Pero mientras Simón se rascaba su cabezota peluda no pude dejar de tener mis propias fantasías, fantasías que me hacían ver su barba crespa y enorme acariciando los extraordinarios hombros de Catorce.

-De seguro lo encuentras en La Meca -le dije.

Simón miró su reloj.

-Es posible -dijo -allá lo deben alimentar gratis.

Y agarrando a Catorce por la mano se encaminó hacia la puerta. Desde el umbral Catorce me echó un último vistazo.

-Hasta mañana -se despidió -y sospecho que harlo contenta.

Jorgelina había desaparecido en la cocina y al rato volvió con un café endulzado y frío.

-¿No tienes miedo? -le pregunté.

-Miedo..., ¿por qué?..., ¿por MAPA?

Moví la cabeza. Yo más bien me refería a un miedo a descomponerme el estómago con su manera de preparar las cosas. No quise moles-

tarla.

-Bueno Jorgelina Martínez -dije y también le tomé la mano -vamos.

El Visa, sucio y decaído, fue generoso y no puso dificultades. En menos de media hora llegamos al Arrayán y pasamos de largo junto a la casa de B. Detuve el automóvil en la pequeña plaza al final del camino.

Entonces la miré a los ojos. Jorgelina no pestañeó.

-¿Jorge es hijo tuyo? -me preguntó con brusquedad.

-Sí.

-No lo parece -Jorgelina desvió la mirada.

Imposible saber si su comparación me favorecía. Eso me tiene sin cuidado. Pienso que es mejor que yo, que sus voladuras son ^{propias} ~~pro-~~ ~~piadas~~ de su neurosis y que tiene un compromiso con la realidad muy vigente y que yo jamás tuve.

-¿Lo conoces?

-Algo.

Pero no era el momento ni el lugar para efectuar comentarios acerca de las conductas sociales, amorosas o políticas de mi hijo. Que es muy mío y así lo asumo, aunque sea de la edad de Jorgelina.

-Ya estuve por aquí hace un par de días y no encontré nada - dije para cambiar de tema.

-¿Por qué no se lo dijiste a Simón?

-Me habría dicho que no sabía buscar.

-A lo mejor es cierto.

-Gracias.

Nos bajamos del Visa y caminamos hasta el cauce del río. Al final del camino, doblando hacia el poniente, más allá de la plazuela, baja en suave pendiente un sendero de hierba seca. El jardín trasero de las casas se cortan en un abrupto acantilado antes de llegar al río. Hacia éste sólo se puede bajar utilizando escalas articuladas o ascensores manuales o movidos por un pequeño motor eléctrico. Aquí veranea o vive gente ~~acudalada~~ ^{acudalada}. En el fondo del cañón, la orilla, pedregosa, forma remansos que son utilizados para bañarse o pescar.

El camino por el que descendíamos se detiene, de pronto, a la misma altura en que empieza la caída hacia el río. Pero en este punto no hay ascensores ni escalas. Avanzamos con lentitud, apoyándonos en las piedras y en las enredaderas de doca y cubresuelo. Cuando llegamos a la orilla estábamos enterrados y a Jorgelina se le había desgarrado el pantalón. Las playas estaban vacías y todos los ascensores y escalas se hallaban anclados en la altura. En esa estación nadie baja los quince metros que separan la chimenea del río.

Jorgelina dejó caer los brazos. El agua le salpicaba la cara

-No podremos subir.

-No te hice llegar hasta acá para bañarnos en el río.

Me miró esperanzada.

-El ascensor de Bautista funciona con poleas -le dije.

Sorteamos las barandas de madera que separaban las distintas playas hasta la que correspondía a la propiedad de B.

Una cuerda de cáñamo, trenzada y gorda colgaba desde la cajuela del ascensor. Tiré de ella con las dos manos y después, con la ayuda de Jorgelina, logramos bajarlo hasta la arenilla de la playa. El elevador es un cajón de madera laminada, liviano y estrecho, con un cilindro de doble manivela donde se enrolla el cordel y un peso de concreto que sube cuando aquél baja.

Lo hicimos subir.

El artefacto se detuvo, al fin, frente a una plataforma de baldosas coloradas desde donde culebreaba, hacia la casa, una escalera de troncos. Adelante se extendía el extenso jardín de B.

Hacía frío y corría un penetro cortante desde la cordillera enhielada. El día estaba despejado y silencioso.

Al dejar pasar a Jorgelina, tan joven, no pude evitar tocarle las costillas. Ella no pareció darse cuenta. Yo soy un enamorado de los huesos femeninos. Por ejemplo de las caderas de Luz María, de los pómulos de la Lola, de las clavículas de Catorce y de las costillas, ahora, de Jorgelina.

-Aquí no hay nadie -anticipé.

Nos fuimos orillando, ocultos detrás del ramaje de unos arrañanes viejos hasta alcanzar la puerta de servicio, junto a la co-

cina.

Había una ventana entreabierta y por ella se colaba el viento moviendo los visillos.

Igual como en la ocasión anterior no se descubrían rastros de Héctor ni de Bautista.

-B. tenía un perro que hablaba -le soplé al oído a Jorgelina. No pareció impresionarse.

Me agazapé detrás del tronco espeso de la buganvilia morada que se abrazaba a la casa reptando hasta el segundo piso y con la punta del zapato traté de mover la puerta de la cocina.

No se abrió.

-Prueba con la manilla -Jorgelina me lo sugería en serio. La hice girar y la puerta cedió con facilidad.

-Se te nota tan inteligente como el perro ese -me dijo.

No contesté, pero Jorgelina, así, me estaba haciendo el peso. Y si le sumaba a esto sus huesos provocadores entonces era correcto temer por mis relaciones con Catorce.

Estaba claro que la cocina de B. no era utilizada hacía algunos días. No habían restos de comida, ni platos sucios ni vasos a medio llenar. En el interior del refrigerador encontré tres botellas de cerveza y ya tenía sed. Abrí una y se la ofrecí a Jorgelina.

-No tomo, soy menor de edad.

Era cierto. Lo de la edad.

Terminé la cerveza, estaba fresca y estimulante y dejé el envase vacío bajo el lavaplatos. Pasamos al comedor a través de la puerta de batientes. La casa estaba oscurecida. Circulamos en puntillas, sin hablarnos, buscando con el pie los bordes de las alfombras y después de recorrer la planta inferior nos sentamos, en el suelo, en la biblioteca de B.

-Sabía que perderíamos el tiempo -me quejé.

Jorgelina se incorporó. Descubrí que detestaba las críticas infundadas contra Simón, el Perfecto.

-Todavía no hemos buscado en los estantes -dijo.

-Es lo primero que habrían hecho los de MAPA.

Jorgelina se había recogido el pelo con las dos manos. Ellas

eran un cintillo inquieto y excitante encima de su cabeza.

-MAPA no se ha aparecido por estos lados.

-Creo que sí ha venido -la corregí -sólo que no podemos encontrar sus huellas.

-Eso es lo obvio.

-Eso.

-MAPA no se guía por lo obvio, lo cual se desprende de los manuscritos de B. Están completamente rayados.

Jorgelina se soltó el pelo y con un método casi profesional empezó a revisar los libros y archivos de B.

Yo no me moví del suelo y encendí un cigarrillo. Cuando me levantaba a buscar un cenicero, Jorgelina dio un grito.

-Mira -dijo entusiasmada, alcanzándome un cuaderno de tapas de cartulina negra.

-Debe ser su libro de contabilidad -dije tomándolo.

Jorgelina me quitó el cigarrillo, aspiró una última bocanada y lo tiró a la chimenea.

-Apenas fumo en estas ocasiones -dijo.

-Pero de qué nos sirve saber cuanto gana Bautista -pregunté.

-¿Cómo me dijiste que se llama el perro?

-¿El perro?

-Sí, el perro -Jorgelina había cerrado los ojos -quizás con él pueda tener un intercambio más útil.

Abrió sus ojos castaños, que se inundaron de ternura ante la evidencia de mi estupidez.

-Abre la contratapa -me sugirió.

Lo hice.

-Juan Heriberto Vásquez -exclamé.

Ahí estaba, en la última página: 'Juan Heriberto Vásquez Morales, Contador, Registro Colegio de Contadores 4373-K. Los Molles 1541, Santiago Centro, Rol Unico Tributario No. 1.659.007-5' y una florecida rúbrica con tinta morada sobre un timbre ovalado.

-Fíjate en la fecha -me pidió Jorgelina.

-De hace cinco meses.

Me senté en el sillón de cuero de B.

-No entiendo -reconocí.

-Yo tampoco -Jorgelina se acercó y sacó un cigarrillo del bolsillo de mi chaqueta. Otra vez me rozó con sus costillas. Estuve a punto de abrazarla.

-Jorgelina -le pedí -¿no tienes otro nombre?

-El que uso es bueno para Simón.

-Ahora estás trabajando conmigo.

-Jorgelina Milena.

-Oye Milena, ¿por qué Bautista haría que Vásquez le llevara la contabilidad?

-Tengo una respuesta -Milena sopló la punta encendida de su cigarrillo -así lo podría investigar sin levantar mayor sospecha.

-Razonable -asentí.

Salimos con tranquilidad por la puerta principal. Caminamos hasta el Visa que, por supuesto, no quiso arrancar. Lo empujé con Milena al volante y después de treinta metros, unos estertores, un humo negro y pesado y una molestia difusa en mi brazo izquierdo, se dignó a partir.

-Tengo un libro guía de las calles de Santiago -señalé a Milena abriendo la guantera.

Milena lo tomó y se enfrascó en su estudio.

Al hacerlo, inclinó la cabeza y el pelo se le desparramó hacia adelante dejando en descubierto su cuello delgado. Simón, sin duda, había hecho una magnífica adquisición. Pero como eso me sonaba definitivamente posesivo, decidí no repetírmelo de nuevo.

-Los Molles -Milena me mostró con su dedo de huesos adorables un punto en el mapa metropolitano -tienes que tomar avenida Matta, por el sur. Se había puesto unos anteojos de carey.

Cruzamos la ciudad con rapidez. La desproporcionada importación de autos japoneses no invadía la ciudad a esa hora. Sus cuernos, adheridos al televisor, gozaban con los Sábados Gigantes.

-¿Qué le diremos a Juan Heriberto?

-¿Estará vivo todavía? -Milena guardó el libro.

-Que somos comerciantes, que estamos atrasados en el pago del impuesto global complementario, nos cayeron encima unos inspectores de impuestos internos y que queremos una solución contable.

-No se lo va a creer.

-¿Se te ocurre algo mejor?

-No, a mí no.

-¿Echas de menos a Simón?

Milena me robó otro cigarrillo y hundió, con rabia, el encendedor del auto.

Yo comprendí el mensaje.

-Sin ánimo de joder -expliqué.

-No me jodes, me das risa.

Y Milena no era médico, estaba redactando su memoria para recibirse de socióloga. Pero no quise sacar conclusiones comunes, como que todas las mujeres son y piensan iguales o que este régimen universitario las ha contaminado con los mismos prejuicios.

La calle Los Molles es un pasaje sin veredas, encajado en el barrio próximo al matadero. Unos acacios escuálidos, de hojas amarillas y troncos cortaplumados de corazones e iniciales, salpicaban el callejón.

Era una calle ciega, corta, donde jugaba una patota de chiquillos. Sus casas son todas iguales, con una puerta central y dos ventanas, pintadas de diferentes colores. Los golpeadores y las chapas, de bronce, es lo único excesivo de ellas.

El motor del Visa se puso, sin avisar nada, a toser y se detuvo justo en el medio del arco de fútbol hecho con dos piedras, sobre el pavimento.

El niño que hacía de arquero me miró indignado.

-Lo siento -le dije -pero no parte.

El contacto se había muerto.

El muchacho agitó la cabeza y llamó a sus compañeros.

-A ver -gritó -ayúdenme a empujar esta porquería fuera de la cancha.

Milena se veía contenta. Los niños nos empujaron hasta el fondo del callejón y continuaron, sin preocuparse más, con el juego.

-Es aquí mismo -Milena indicó un número pegado a una casa de reboque sucio y desconchado.

Golpeamos la puerta. Al cabo de un rato y después de oír unos ruidos vacilantes, se asomó, entreabriéndola, una mujer joven. Usaba un delantal rosado y se estaba secando las manos en un paño de hilo.

-¿Don Juan Heriberto Vásquez? -le pregunté.

Me quedó mirando con la boca abierta.

-¿Don Heriberto? -repitió.

-El contador -insistió Milena pegada a la madera de la puerta.

-¿El contador?

-¿Quién es Micha? -se oyó una voz gangosa desde el interior.

La mujer cerró la puerta precipitadamente y se escuchó como corría hacia el interior.

-¿Que pasó? -le pregunté a Milena.

Milena me devolvió la pregunta mirándome por sobre el marco de sus anteojos. No nos movimos.

La puerta se abrió otra vez y la mujer con un gesto nos invitó a seguirla. La casa estaba construída a lo largo de un sitio prolongado y profundo. Tenía un patio adoquinado detrás de una galería de vidrios cuadrados, emplomados, opacados por el óxido que derramaba una canaleta que goteaba desde el techo. A través de ellos, sin embargo, era posible ver una camelia deshojada y un grupo de maceteros con crespones verdes. En una gruta, en un rincón del patio, Fray Escoba se ahogaba en una marea de hiedra azulada y diminuta. La galería se abría a un primer salón de muebles enfundados y fotografías retocadas. Más adelante otro salón de piso encerado. Al final desembocamos en un dormitorio con paredes empapeladas y olor añejo.

Milena me apretó el brazo.

Al centro de la pieza, en una cama de dos plazas y cubierta por un plumón, reposaba una mujer descomunal. En el velador había una lámpara con pantalla de raso y una bandeja de pasteles cremosos.

La mujer trató de incorporarse con un movimiento cartilaginoso y habló con la voz que habíamos escuchado desde la puerta.

-Por qué preguntan por mi Heriberto -dijo.

-Nos lo han recomendado -se adelantó Milena.

La vieja estiró una mano y recogió uno de los dulces. Lo observó un rato y después se lo devoró con una voluptuosidad repugnante.

Yo estuve tentado de mencionar el nombre de Gelbs, pero Milena lo advirtió a tiempo y me dio un codazo.

Claro que si Milena me sigue tentando con sus huesos voy a ter-

minar disgustado con Simón. Y no únicamente por los huesos estimulantes de Milena sino porque había quedado, también, con la impresión de que Catorce y Simón iban a terminar en la cama esa noche.

-¿Se los recomendó el Alemán?

La mujer movió un brazo y la empleada joven se abalanzó sobre ella y empezó a golpearle la espalda. Se cansó de hacerlo cuando dejó de toser y pudo escupir una burbuja de crema atragantada.

-Heriberto ya no está en condiciones de hablar con nadie -dijo una vez recuperada.

-Es importante -Milena se acercó al borde de la cama.

La mujer se arregló el pelo.

-Todavía es un buen contador -dijo -a pesar de que yo se lo advertí tanto.

-¿Le advirtió qué? -interrumpí.

Milena me tiró un golpe con la rodilla izquierda. No quise esquivarlo. Y ahora había exagerado la prudencia.

-Que lo iban a utilizar, que se aprovecharían de él, de su talento y de su honradez. Mi pobre Juan Heriberto, mi pobre Heriberto.

Sollozaba espasmodicamente, diseminando restos de merengue y manjar blanco por toda la pieza.

Milena movió las manos como se mueven cuando uno mata polillas.

-No me gusta la crema -me dijo en voz baja.

-Pero no está aquí.

-Tal vez podría Ud. orientarnos.

-¿Es un trabajo pagado?

-Desde luego -Milena se había quedado quieta -un trabajo es siempre un trabajo.

Tomé en cuenta la excelente definición de Milena.

-Mi Juan Heriberto era modesto para cobrar por sus asesorías.

-No pretendemos...-empezó a decir Milena.

-Micha -ordenó la mujer -trae las facturas de Heriberto y la tarjeta con la dirección de la clínica.

Cuando la otra regresó con lo pedido, la vieja con una agilidad desproporcionada sacó un lapiz del cajón del velador, garrapa-

teó una cifra y una firma en el talonario, desprendió la hoja y me la alargó. En la otra mano guardó la información que buscábamos.

-Cinco mil pesos -leí la boleta mirando a Milena.

-Págaselos -me dijo.

-No debo tener más de tres mil.

-Ya me lo había dicho Simón.

Que mierda puede saber Simón acerca de mi situación económica. Aunque era más o menos evidente. De todas maneras Milena había abierto su cartera y arrebatando la tarjeta a la mujer le depositó sobre el plomón un billete nuevo.

Se acomodó los anteojos y estudió los datos. Estaba satisfecha Guardó la tarjeta y me dio la mano.

-Vamos -me dijo.

La vieja, entre tanto, y con una voracidad ginecológica, había empezado a engullir un empolvado.

-Hay que darle el dato de esta vieja a José Donoso -me dijo al subirse al Visa.

Yo estaba algo irritado. Por lo de la plata y Simón. La batería del auto había cargado y yo cargué contra las piedras del arco de fútbol de los niños.

-Eso fue una mariconada -me dijo Milena cuando salíamos del callejón.

-¿Qué te había dicho Simón?

Milena sonrió. La curva de su mandíbula era espectacular.

-Me dijo que no existe, todavía en este país, el editor decente que no se muera de hambre.

-¿Dónde vamos? -pregunté reconciliado.

Milena leyó la tarjeta.

-Hospicio San Lucas, calle Agustín Lara, sin número, ^{Trancolí} Conchalí. Eso queda al otro lado de Santiago, casi sobre la carretera panamericana norte. Atardecía y me empezaba a bajar el hambre.

-¿Comemos algo antes?

-Después.

Enfilé el Visa hacia el norte, por San Diego. El tráfico estaba liviano. Cruzamos la Alameda por el paso bajo nivel y pasada la

estación Mapocho tomamos Independencia. Es un barrio que me gusta poco. Por aquí vienen los cortejos hacia el cementerio o los furgones rumbo al instituto médico legal. Por encima de los techos de zinc de las casas se ven las palmeras de avenida La Paz. Palmeras de hojas escasas, grises, envueltas en maceteros de cemento revenido.

-No me gusta este sitio -comenté.

-¿No queda por aquí el hospital donde trabaja Catorce?

-¿Conoces Conchalí?

-¿Cómo te llevas con Catorce?

-En septiembre organizan la fiesta de Cuasimodo.

Milena sacó un cigarrillo de su cartera.

-Apenas sé que Agustín Lara era un cantante mexicano.

Estaba enojada.

-Un músico -corregí.

No volvimos a hablar.

Encontramos la calle Agustín Lara gracias a mi buen instinto de orientación. Si quebraba mi editorial tenía la posibilidad de ganarme la vida como taxista. El hospicio San Lucas era una construcción de dos pisos, pintada a la cal, limpia, con rejas de fierro forjado en las ventanas. Nos atendió, en la puerta, un enfermero vestido con una pechera blanca abotonada a un costado. Todos los enfermeros son iguales. Me dolió la herida en la cabeza. 'Estas somatizando', me habría dicho Catorce.

-Soy Milena Vásquez, sobrina de mi tío Heriberto -dijo Milena mostrando la tarjeta -mi tía manda conmigo algunas cosas.

El enfermero era un hombre macizo, de pelo negro y crespo, los labios gruesos y una sonrisa cariada. En sus ojos brillaba una escasa inteligencia.

Nos hizo pasar a una sala de espera en la que habían tres sillas de mimbre. Oscureció mientras esperábamos y sin mediar mano humana alguna se encendió una ampolleta en el cielo. Quince minutos demoró en reaparecer el guardián, quince minutos en los que no quise reconocer la audacia de Milena.

-¿Qué le traen al enfermo?

Milena es una mujer de recursos ilimitados. De su cartera extrajo un tubo de pasta de dientes, un jabón, un frasco de agua de colonia y dos cajetillas de Marlboro.

-El señor Vásquez no fuma -dijo.

-Mi tía lo tiene sin fumar -Milena ni se achunchó -pero un cigarrillo de vez en cuando no le hará mal y menos en el estado en que está ahora.

El hombre pareció convencido.

-Te faltó sacar un conejo -le dije aceptando su superioridad.

Milena se apretó a mí. Nos condujo por un pasadizo sombrío, repleto de moscas que nos golpeaban la cara. Desembocamos en una pared en la que estaba clavada una imagen de la virgen del Carmen. Por la derecha se desprendía un corredor hacia la que daban un sinnúmero de puertas cerradas.

Milena me demostró, con hechos, que un editor muerto de hambre tampoco sirve para investigador privado. Porque con otro billete de mil pesos en el bolsillo del enfermero logró que nos dejara solos con Juan Heriberto.

-Cinco minutos -condicionó el soborno.

-Sabes -me dijo Milena -ni a la vieja comedora de pasteles ni a este imbécil hemos engañado..., pero para ellos este pobre anciano puede ser una mina de oro.

El pobre viejo, delante de nosotros, se balanceaba en una mecedora. De la cintura para abajo lo cubría una manta apestada por hongos pálidos e insuficiente para el frío.

-¿En serio conoces a José Donoso? -me preguntó Milena.

-Te voy a prestar El Obseno Pájaro.

Junto a la silla de balanza había una cama y detrás de ella, en el muro, San Lucas, tallado en madera. Un globo de vidrio, iluminado y empotrado en el techo nos permitió ver su cara. Tenía los ojos sumidos y una barba de varios días. Los brazos encogidos contra el pecho, sus dedos se movían con un temblor inútil y continuo. La nariz afilada se insinuaba sobre sus labios y una pompa de saliva turbia le crecía en la boca.

-No nos dirá mucho -adivinó Milena.

-¿Señor Vásquez? -intenté.

-Con los dementes hay que ir al grano -aconsejó Milena.

Y se aproximó al viejo y le gritó al oído.

-Gelbs, Gelbs nos manda...

El temblor del viejo se aceleró y su cabeza se inclinó.

-Gelbs... -musitó.

-¿Dónde?, ¿Cuándo?

El contador intentó una sonrisa, pero entre sus labios apenas se reventó la burbuja. De pronto levantó la cabeza y clavó en Milena su mirada ennublada.

-¿María? -preguntó con claridad.

-Necesito saber de Gelbs -Milena no tenía miedo.

-Gelbs no es Gelbs, Estévez no es Estévez, Juan Heriberto Vásquez no es Juan Heriberto Vásquez. El viejo había cesado de tiritar.

Milena se retiró un metro y el viejo siguió con su monólogo.

-...Gelbs es Gilles, Estévez es Stuvén, Heriberto Vásquez es Lamberto Vargas -la voz se le fue apagando -Gelbs es Gilles, Estévez es Stuvén...

Cuando no se le escuchó más, ya habían pasado los cinco minutos. Milena amontonó la pasta de dientes, la colonia y los cigarrillos en la falda de Juan Heriberto y salimos retrocediendo. En la puerta vigilaba el enfermero. Nos acompañó hasta la salida y abrió la puerta sin hacer comentarios.

Una vez en el Visa le dí un beso en la mejilla a Milena.

-Te adoro -le dije.

-Son de la misma generación, por supuesto -dijo sin quitar la cara.

-Simón es un año menor que yo -me defendí.

-Te equivocas.

-Estoy seguro.

-En lo que se refiere a mi relación con Simón.

Me sentí idiota.

-No te sientas idiota.

-Además eres bruja.

-Soy mujer.

Dí el contacto. El Visa respondió bien. Con lentitud abandonamos la calle de Agustín Lara.

-Se merecía un lugar mejor -dije.

-¿El viejo?

-Agustín Lara.

Milena me tocó la mano con un dedo, con un dedo recorrió mi mano.

Yo estaba cansado, Milena tenía frío.

-¿Qué te parecería una carne a la parrilla? -propuse.

-Con una buena cerveza helada, sin hielo.

-¿Sin hielo?

-¿Acaso no te carga el hielo?

Entonces un humo espeso, eléctrico, empezó a salir del tocacintas. En pocos segundos había saturado la cabina del Visa.

-Salta -grité deteniéndolo, abriendo la puerta de Milena con la mano derecha y empujándola hacia afuera. Con la otra trataba de destrabar el seguro de la mía. Cuando comprobé que Milena había salido, salté. Caímos en el asfalto mojado, en la misma esquina de Agustín Lara y Pedro Vargas.

-Corre, va a explotar -me ordenó Milena incorporándose.

Nos alejamos. El Visa rodó un trecho, se enveredó y una llamarada azulina lo envolvió con callada violencia. El fuego consumió el plástico y el metal del automóvil en diez segundos. El aire de los neumáticos avivó brevemente las cenizas hasta que la estructura chamuscada se desmoronó como el cuerpo de un buey decapitado.

Me apoyé en un buzón de correos.

-Todavía me queda una letra que pagar.

Milena me abrazó.

Caminamos bajo una llovizna pertinaz y detuvimos un taxi en los márgenes de la comuna. Estábamos empapados. Milena dio la dirección de su casa. Vivía en una parcela en La Reina, en los faldeos de la cordillera. Mil pesos nos cobró el desgraciado. Los padres de Milena constituyen una pareja de ausencia permanente. Su hermano menor estudia en Valparaíso y su casa está siempre sola.

Milena llevaba puesto un impermeable color bolco que dejó caer en el suelo de cerámica de la entrada.

-Tenemos que cambiarnos ropa -me dijo mirándome con la mirada -mi hermano es como de tu porte.

El problema se suscitó de inmediato, porque el hermano se había llevado toda la ropa a Valparaíso. Quedaba una bata hindú y unas pantuflas moradas. El hermano debía ser un excéntrico, pero mi vida ha sido un paseo por un museo de excentricidades. Me puse la bata y las zapatillas y Milena, desde su dormitorio me gritó que me tomara un buen trago.

Ella pronto apareció en el salón. Se había vestido con unos pantalones rosados, una camisa de su padre que le llegaba a las rodillas y un chaleco de lana sin mangas. Estaba preciosa.

-Soy especialista en tortilla de papas -me aseguró.

-Con poca cebolla -pedí.

Con esa Milena, en ese lugar y optimista porque mi existencia se estaba volviendo entretenida, me importaba un carajo privarme de una carne a la parrilla.

Después, ya dentro de la cama con Milena, besándola enredado en las sábanas floreadas, tuve la seguridad que mis inhibiciones con Catorce tenían una causa más compleja que un plato de ravioles con salsa italiana.

Nos despertó el teléfono a las siete de la mañana.

Era Simón.

-Me has despertado a Jorgelina Milena -le dije mirando sus ojos llenos de sueño.

-Encontramos a Garub -habló Catorce y yo escuché el crujido inevitable de su cama.

-Lo estamos pasando bien -le contenté.

-Y completamente muerto -dijo Simón.

Milena tenía un Fiat Ritmo.

Cuando llegamos al departamento de Catorce, ella y Simón ya estaban vestidos.

-¿Dormiste vestido? -me preguntó mi amigo observando mi ropa arrugada.

No hice comentarios. Ni por lo que dijo Simón ni por el exce-

lente café de grano que había preparado Catorce. Simón la estaba llevando a un buen cambio de costumbres. Tratándose de mí, el desayuno consistía en un chorro de agua hirviendo encima de una cucharada de Nescafé.

-¿Se suicidó? -preguntó Milena.

-No -Simón se pasó la mano por el cuello -a no ser que haya tenido cojones como para degollarse.

Dos minutos más tarde sonó el timbre. Cuando Catorce regresó de abrir la puerta, yo sabía lo que traía entre las manos. Era otro cuaderno de B. y aunque sabía que no nos iba a levantar el ánimo, decidí leerlo en voz alta de inmediato.

Diccionario Biográfico de la Represión.

Época: 1969 - 1979.

Episodio: Manifestación Paralela.

Categoría del Personaje: Col.Tr.AcE. (1)

Información obtenida en: P.D.A. II, by Apple, en A.I. y en el R. M.T. (2)

Síntesis biográfica y notas de :

"...Klebschko Hornig, Arno.- Actor y Profesor de Arte Dramático y ...accesorios. Nació en Galati, Rumania el 18 de Abril de 1910. Pa- ...dres: Carol y Katharina. Soltero. Estudios: Liceo Brückental de ...Galati y en la Academia de Arte Dramático de Brăila. En 1923 re- ...cibe el título de Actor de Dramas e ingresa como ayudante en la ...cátedra de Maquillaje y Transformaciones Histriónicas de la mis- ...ma Academia. En 1935 es nombrado Canciller del Vestuario del real ...Teatro de Bucarest. En ese intervalo de tiempo actúa en numero- ...sas representaciones de obras clásicas y folclóricas. En 1938 es ...invitado por el grupo L'Hirondelle de Paris y se traslada a esa ...ciudad. No regresa a Brăila. A fines de 1942 se retira del elen- ...co francés y crea e integra una sociedad mixta de actores fran- ...ceses y extranjeros. Se sabe que en esa época era uno de los di- ...rigentes de la organización que después se dio en llamar de los ...Pacientes Rumanos. Nombre obtenido de su propia y fugaz historia. ...Solicitaron mil doscientas cuarenta y cuatro audiencias a los lí- ...deres aliados y cuando la sospecha de las intenciones soviéticas ...sobre Rumania se concretó, los tres directores de los Pacien- ...tes, entre los cuales habría estado Klebschko, se encadenaron ...en la antesala de la oficina de Charles De Gaulle. No fueron re-

(1)Col.: Colaborador. Tr.: Torturador. AcE.: Anticomunista errante.

(2)P.D.A.: Procesadora de Datos Autoprogramable. A.I.: Amnesty In-
ternational. R.M.T.: Registro Mundial de Torturadores. (Cuyos ar-
chivos centrales se encuentran en Vevey, Suiza.)

...cibidos en cinco meses. En 1946 dirige una gira por España y ...acepta un contrato prolongado en Barcelona. La culminación ...del proceso revolucionario rumano lo sorprende con un vodeville ...en Palencia. En 1947 emigra a Miami y después de obtener resi- ...dencia americana es contratado por el conocido circo Circus. ...Se ha comprobado su presencia, en años sucesivos en: Paris, ...República Dominicana, Camerún, Atenas y Manila. En 1972 se le ...encuentra integrando el cuerpo asesor de la dirección técnica ...del Teatro Experimental de la Universidad Estatal de Michigan ...y en 1974 es invitado por el teatro Municipal de Santiago. El ...alcalde, entonces, le ofrece un cargo permanente. ...Según P.D.A. y los datos entregados por el R.M.T., Arno Klebst- ...chko puede encontrarse en cualquier parte. No es identificable ...por ICOSYS ni por SUSI (1) ni reconocible por ojo humano algu- ...no.

(1) ICOSYS: International Computer Systems. SUSI: Satelized Univer-
sal System of Information.

"Notas a la Síntesis Biográfica de Arno Klebtschko Hornig" (En la cual se intentará demostrar que conocer al prójimo no es más que otra común quimera.)

"...Arno Kleb tschko era en su temprana adolescencia un mocetón de piernas gruesas, hombros anchos, cabezota de pelo negro y enrulado y una precoz inclinación por pasar ^{inadvertido} desapercibido.

Su abuelo, el viejo Arno Klebtschko, un porfiado campesino de la región lacustre de Dunarea, en la Rumania Septentrional y que se había aficionado a los clásicos griegos en los helados e interminables inviernos rumanos, solía aconsejar a su hijo.

-Me preocupa el pequeño Arno -le señalaba -habría, creo, que estimularle el narcisismo.

Lo que ignoraban los dos labradores era que el muchacho alimentaba su autoestima justamente con eso. Con su talento singular para disfrazarse, transformarse, mimetizarse exasperaba a su familia. Tanto en su casa como en la escuela era difícil saber si era a él a quien se le amonestaba o premiaba. En un momento Arno podía cambiar sus facciones, reducir su tamaño y mudar de color. Tenía un esqueleto versátil y elástico y podía, como ciertos lagartos antediluvianos de la Besarabia, acomodar la forma de sus músculos y de las visceras a voluntad. De tal modo que el robusto Arno, era en un instante, el espigado Antonescu o la gentil Manja. Le bastaban algunos movimientos bizarros de sus extremidades, una rápida modelación de sus formas o un reordenamiento de sus huesos.

Arno, sin embargo, hasta su pubertad, jamás utilizó su extraña fantasía en forma deshonesta. Se interesó desde pequeño por el teatro y, desde luego, representaba los papeles más disímiles. Una vez podía ser el asno de 'Sueño de una Noche de Verano' y otra el ladrón de una obra de Manecescu. No rechazaba ni ser el Eco de Calderón ni el siniestro Gusano de una de las obras de Mancini.

Cuando egresó de la escuela Brücckental sufre la primera y última decepción amorosa; ella le tuerce el afecto para siempre. Porque esa tarde de verano, en la que el crepúsculo caía tibio sobre el cañizal del lago que lindaba con la granja de su abuelo y enredó sus dedos en el encaje de la blusa de Antonia, ella lo rechazó:

-¿Cómo voy a saber si eres o no eres Arno? -le preguntó con razonable incertidumbre.

Arno no tuvo otra alternativa que convencerse que había dejado de ser él. No quiso perseguir a la hermosa niña que se escabulló corriendo, protegiendo su virtud de quien hoy podía ser el rey Lear y mañana un dragón pestífero.

Arno pasó un tiempo reconcentrado en si mismo y unas semanas después, en una ocasión que él consideró ceremoniosa en la casa del abuelo, informó a la familia que había decidido postular como estudiante en la Academia de Artes Dramáticas de la Universidad de Bráile.

No hubo oposición. El padre no lo quería en el campo ni el abuelo en su taller artesanal de taxidermia. Alegaba el primero que el hijo era flojo, que se tumbaba en los cultivos de calabazas y que en más de una oportunidad algún bracero estuvo a punto de cosecharlo con el honcejo. Se lamentaba el viejo que sus compradores huían cuando Arno les preguntaba por el color que querían en los ojos de los ejemplares para embalsamar y les mostraba las distintas variedades en los propios. Además, el antiguo Consejo de Protección contra Brujas y Brujerías, ya bastante desfinanciado y desprestigiado y que funcionaba en un cantón Vecino estaba reactivando y reabriendo procesos envejecidos.

Su carrera en la Academia fue, desde un comienzo, brillante. Era un estudiante serio, dedicado y estudioso. Retraído, pero amable y cortés, siempre fue el mejor y el más motivado de los alumnos. Sin embargo y sólo de manera parcial y ocasional develaba su asombrosa peculiaridad.

Se recibió de Actor de Dramas y ganó una ayudantía de la Cátedra de Maquillaje y Transformaciones Histriónicas en un concurso de oposición que hasta hoy es parte del anecdotario escrito de la Academia.

La guerra estaba cerca y Arno creyó que ésta, como la Gran Guerra, tampoco iba a ser otra cosa que una matanza de trincheras en la que era poco probable que involucraran a un artista.

Kleb tschko se equivocó. Y la evidencia de su error la tuvo un domingo en la tarde, cuando se supo en Bráile el episodio de

la llamada noche de los cristales rotos. Porque Arno se acordó que su abuela materna era judía.

Arno, que en esos años había ascendido a Canciller de Vestuarios del Real Teatro de Bucarest, le escribió a su equivalente de la Opera de Paris, Achille Dubaux. Este, además del cargo municipal que desempeñaba, era el director de un grupo de teatro experimental llamado L'Hirondelle. Se habían conocido en un festival internacional en Berlín y ambos habían sido felicitados por las autoridades del Reich. La noche en que celebraban el trofeo otorgado, Klebtschko y Dubaux decidieron asistir al café Ariane de la Beethovenstrasse. Allí, achispado por la cerveza y el donkart, el rumano le hizo una demostración. Redujo el tamaño de sus huesos, movilizó las adiposidades de la cara, endureció la barbilla, afiló el puente de su nariz y aceleró el crecimiento de un pequeño bigote. En quince minutos Dubaux se vio bebiendo frente al Führer. Hubo un pequeño escándalo en el Ariane. Los parroquianos huyeron des-pavoridos, otros se le acercaron admirados y pronto llegó la Gestapo y tropas especiales de la Cancillería. En este punto Dubaux había conseguido llevar a Klebtschko a los baños y lo convenció que retomara su aspecto original. Arno también se había asustado.

Dubaux jamás olvidó el incidente y ya desde ese momento le pidió que se le uniera en Francia. Por eso le contestó de inmediato y con una invitación oficial del gobierno.

Arno se traslada a Paris con un permiso temporal de salida de un mes, pero no regresa jamás a Rumania. Pero dos hechos, no obstante, pusieron fin, en 1944, a su permanencia en ese país.

El primero fue la guerra que por fin lo alcanza el día en que la Wehrmacht penetra en Paris. Arno sabía que si los alemanes lo descubrían a él y a sus extraordinarias propiedades apenas tendría dos alternativas. Algún campo de concentración para judíos y hechiceros o bien el Servicio Secreto. Y él no tenía intenciones de infiltrarse en el campo Aliado transformado en lagartija o en conejo.

Esos días de incertidumbre le sirvieron para volver a su infancia y al recuerdo de las palabras del longevo gitano, aquél que guiaba las ruinosas carretas con toldos remendados y ruedas ratoneadas por la carcoma.

Ellas se habían estacionado en los páramos que cercaban a Galati y los hombres habían levantado las carpas alrededor de dos grandes fogatas.

Arno, como todos los niños que vivían en las proximidades, se amontonaron en el bosque a examinar a esos trashumantes que venían huyendo desde el oriente. Y aunque nunca daban función la primera noche, era fascinante ver como sacaban encadenadas de sus jaulas móviles a las fieras y como se ventilaban a la luz de la luna los más fantásticos endriagos. Porque ahí, a la observación gratuita de los muchachos de Galati se paseaba el Hombre Elefante, el Muditto, la Barbuda, el Tragasables, el General y otros fenómenos de la especie.

El circo se venía empobreciendo a medida que viajaba desde las estepas siberianas. Pero todavía ahí, en Rumania, podían extraer de grandes cajas llenas de sal y de hielo trozos de carne cruda de venado y jabalí y ponerlos a asar en el fuego de leña que calentaba el centro del campamento.

El jefe del grupo, un gitano flaco y talludo que vestía pantalones rayados, botas de piel de boa, chaleco con botones de laca y sombrero de copa fue el primero en sorprender a los niños.

Sacudiendo su cabeza y engomando unos largos bigotes con su saliva se acercó a ellos y los invitó a presenciar un anticipo de la fiesta que emprenderían al día siguiente en la plaza de Galati. El viejo sabía que esos niños, con las monedas de sus padres eran los que, en último término, permitían el peregrinar y la sobrevivencia.

Rapidamente se dio cuenta que esos niños se aburrían con las gracias de sus malabaristas o los artificios de sus monstruos. Ellos sólo aplaudían por cortesía.

-Es que Arno ya nos ha mostrado todos esos trucos -explicó el pequeño Carol señalando a su compañero acurrucado junto a un matorral.

Y lo comprendió al ver, atónito, la espectacular y espontánea demostración del niño. Porque Arno se transformó en forma sucesiva en el Hombre Elefante, el Muditto, la Barbuda, el General, culminan-

do su fugaz y espectacular actuación remedando el imposible movimiento del cuerpo del engendro conocido como la Ostra de Kastonia, una de las más valiosas y lucrativas adquisiciones del circo. Aquél pobre hombre, que había nacido a las orillas del lago que le dio el nombre en la vecina república de Albania, sufría de una descoyuntura congénita de la espina dorsal que le permitía cerrar su pecho, ancho y elástico en un movimiento envolvente sobre si mismo. El gitano, que se llamaba Bazur, ofrecía hasta treinta monedas al forzado capaz de abrir al kastonés.

Bazur fracasó en todos los intentos para convencer al pequeño Arno de que abandonara el hogar y lo siguiera en el circo. Era aún muy inmaduro y su vocación no le había, todavía, penetrado el alma.

Pero cuando el gigantón de pantalones a rayas dio orden a su grupo de retirarse a sus carromatos a descansar y a los niños de Galati de regresar a cucharear la sopa a sus hogares, Arno se sintió cogido de un codo y arrastrado hasta la carreta que hacía de cocinería de la caravana.

El guisero era un cojo de manos grasudas y barba oscura. No tenía edad y arrinconó al niño contra las marmitas en las que hervían los huesos para las fieras.

-He viajado por toda esta parte del mundo -le dijo con una mirada suave y una lengua desconocida que Arno, sin embargo, pudo entender -y jamás había visto algo semejante a lo que tú puedes hacer.

Arno aún no había elaborado la importancia de sus cualidades.

-Cuidate -le advirtió el cocinero -los amantes de la violencia te buscarán, serás indispensable para los ambiciosos del poder y no habrá pago que no te ofrezcan por tus servicios.

Para Arno todo aquello era sólo un juego, un juego entretenido y a veces provechoso. Por eso no entendía las palabras del hombre.

-Mira este hueso -le dijo metiendo la mano en la marmita hirviendo -algún día querrás tener la suerte del oso enjaulado que se lo comerá.

Y Arno Klebtschko quiso tener la suerte de ese oso en dos

oportunidades en su vida.

Cuando tomó el lugar de Naut Kagunde Ké el bondadoso y asesinado gobernante del Jibón y cuando fue contratado por Mauricio Estévez Morales.

El segundo hecho fue la pasión vesánica que provocaban, en la amante del Oberführer de la Gestapo del París ocupado, los personajes que encarnaban a Ricardo III. Aquello provocó, además, el fin del grupo L'Hirondelle, el paso definitivo de Dubaux a la Resistencia y el retorno a Berlín, degradado por la escandalera, del Oberführer Maierwald.

Arno descubrió, entonces, que la alemana de la primera fila asistía a las representaciones con una asiduidad impropia de la época, que aplaudía con exageración y que le clavaba la mirada a él, desencajado en el esfuerzo final del Ricardo III, con una intensidad poco común del alma germana.

Sospechó lo que ella perseguía cuando encontró en su camerín un enorme ramo de claveles y uno de los racionados jamones de Westphalia.

Quiso rechazar el homenaje floreal y el de repostería., pero el mismo Dubaux lo hizo desistir del desaire.

La primera noche que la amante de Maierwald lo invitó a cenar a su casa lo hizo convencido de que era la única posibilidad de supervivencia de L'Hirondelle.

La mujer, obesa, de miembros flojos, pechos tripudos y un perfil excesivo lo esperaba con champán y ostras.

-Maierwald está en misión especial en Cherburgo -le dijo -y no regresará hasta el domingo.

Arno ya era un hombre incapaz de sentir repugnancia por nada. Ella, sin embargo, le impidió vaciar el plato de ostras. Estimulado por la lealtad que sentía hacia Dubaux fingió agrado y sumisión y al final de la cena, tomado de la mano, se dejó guiar hasta el dormitorio del oficial alemán.

Pero ya en la cama, desnudos, en el momento en que la mujer con los ojos cerrados esperaba su aproximación final, Arno se transformó en el batracio azulino del cuento de Alain Bantay.

Cuando el capitán Maierwald volvió a París su amante, a quien

él había rescatado de un prostíbulo de Saint Germain, estaba internada en el manicomio de la Salpêtrière. Tenía la razón extraviada y ya estaba desahuciada. Monsieur Willie Steil, catedrático de Siquiatría le informó del grave síndrome que sufría, sólo comparable con el delirio anfibio de los rescatados de Dunquerque.

Maierwald aprovechó de vengarse con la población civil. No resistió la idea de perder para siempre el amor húmedo que había encontrado en ella. No soportaba a esas mujeres de cavidades exprimidas y de sexos contaminados por la sequía. Su amante de Saint Germain le permitía retirar su miembro aún erecto y lubricado que no tenía que lavar en los alejados baños de los hoteles de Paris.

Antes de ser devuelto a Berlín, sospechó que el origen del drama estaba en L'Hirondelle, aquel teatro de mala muerte al que ella era tan aficionada.

Hizo que sus hombres de uniforme negro cayeran sobre la sala y la destruyeran como si fuera una sinagoga clandestina. Con eso decidió el destino final de Dubaux y la cesantía francesa de Arno.

La mujer, no obstante los esfuerzos terapéuticos del profesor Steil, no recuperó la lucidez ni el siquiatra permitió el acceso del torturador al pabellón de las asiladas.

Arno intentó vender castañas asadas, reproducir acuarelas del Pont Neuf y hasta recoger algunos francos simulando ser un mendigo senegalés en el metro. No lo consiguió. Rescató de cesantías similares a sus antiguos compañeros de L'Hirondelle y logró pasar a la España franquista a través de Irún.

Un día antes, en su última noche en Paris, lleva a cabo la acción más sublime de su vida, aquella que hace menos severo el juicio biográfico de su historia. Porque mientras se bebía una cerveza en la Ile se encuentra con el ya clandestinizado Dubaux. Este, con un burdo profesionalismo, ha intentado modificar su aspecto. Pero es fácilmente reconocible. Su retrato está en manos de la Gestapo y de los colaboracionistas. Arno, en un extremo de la barra, con una lata de Heineken en la mano, descubre a dos agentes de la Gestapo que han identificado al francés y se le acercan.

Entonces con movimientos veloces e inadvertidos, se deforma. «edis-tribuye sus adiposidades, cambia el color del pelo y de la piel y en pocos segundos toma el aspecto de un rabino de barba rizada y colorina.

Los dos funcionarios se desconciertan. No ignoran la importancia de Dubaux, pero la descarada presencia del judío en la mayor ciudad ocupada por el Reich los hace vacilar. Al final se deciden por Arno. Lo sacan a empujones, retorciéndole los brazos en la espalda y olvidándose del hombre de la resistencia. Poco después, en el furgón celular que lo traslada a los cuarteles de la Gestapo, Arno recupera su forma normal y deben dejarlo libre. Jamás pudieron convencer al oficial de la guardia que quien se había subido al vehículo era un judío desenfadado y no un inmigrante rumano.

Klebitschko llegó a España en pleno terror franquista. La cultura apenas daba para verbenas o zarzuelas, pero no tiene dificultad para encontrar trabajo. Había educado la voz y como tenor de segunda clase no tuvo necesidad de demostrar sus poderes y así llamar la atención.

Y aunque la liberación de París no lo emociona y el fin de la guerra lo deja indiferente, en España crece un paulatino y firme sentimiento nacionalista. Arno se desplaza de teatro en teatro y de vodeville en vodeville para quedar, pronto, cesante. Es el momento en que decide emigrar a Estados Unidos.

Llega a Miami en el paquebote Trinidad en el invierno de 1947. Son los albores de la guerra fría y Arno tiene en el bolsillo treinta y cinco dólares y un pasaporte con una visa para un año. Diez días después cumplirá treinta y siete años. Es un cumpleaños triste. Está solo, apenas puede comer una hamburguesa y tomar una cerveza y el dueño del hotel en que se aloja ya sospecha de su insolencia. Ya no puede regresar a Rumania y teme que Dubaux se haya olvidado de él en la fiesta parisina. *parisiense*

Con los últimos centavos compra un pasaje en tren para Nueva York y ocupa un asiento en el último carro. En el viajan, también, los tramoyistas menores del circo 'Circus' que se prepara para la temporada de primavera en Manhattan.

Arno se da cuenta, a poco de iniciado el viaje, que no tiene

posibilidad de elección.

El patrón del 'Circus', un texano espaldado y gritón, le recuerda con nitidez a Bazur el gitano, pero no le era desconocido el hecho de que en todos los circos se repiten los mismos hombres y las mismas normas. El vigente talento de Arno deja impresionado al empresario quien lo contrata de inmediato.

Quince días más tarde, al término de una de las representaciones vespertinas en el Bronx y exhausto después de repetir cuatro veces su número denominado 'Morfeo, Aquí, Frente a sus Ojos', oye que golpean la puerta de su habitación.

Arno ya esperaba la visita, la esperaba desde esa noche, en las afueras de Galati cuando el viejo aquél le mostrara el enorme hueso sancochado por la ebullición.

-El Departamento de Estado -le dijo uno de los hombres que se había introducido a su vestidor -requiere de sus servicios.

Arno los miró desde la cama donde estaba recostado. Ya no podía seguir huyendo.

-Podrá tener la nacionalidad Americana -dijo el otro empaquetado en un terno oscuro y que movía el nudo de la corbata cuando hablaba.

-Tengo un contrato con el señor Burke -dijo Arno.

El primer hombre sacó de su chaqueta el contrato que había firmado algunos días atrás.

-Con nosotros ganará el doble y su trabajo será menos monótono -dijo rompiendo el documento en mil pedazos y tirándolos sobre el piso.

Arno no se movió.

-Luego sabrá de nosotros -se despidió el segundo hombre cerrando la puerta tras él.

El texano reconoció que nada podía hacer y despidió a Arno con el salario de quince días y una manifiesta cara de lástima.

El contacto definitivo se hizo efectivo en un hotelucho de la Novena Avenida y el rastro de Arno Klebtschko se hace más difícil de seguir.

Sin embargo es posible reconstruir parte de su trayectoria como empleado de esa repartición estadounidense. Se cree que estuvo involucrado en el asalto al cuartel Moncada, pero que no logró desviar las intenciones de Fidel. Hay una razonable probabilidad de que Arno provocara el alzamiento húngaro contra la invasión soviética volviendo a la vida al líder Kunst. Pero de lo que no cabe duda alguna fue su participación en el Jibón en 1961.

Gobernaba ese país africano el general Naut Kagunde Ké, nacido sobre el piso de barro de una choza de su tribu que nomadeaba por las sabanas centrales del continente. Con una inteligencia deslumbrante, una bondad prehistórica y un carisma inexpugnable había estudiado Filosofía y Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Gobernaba su patria desde 1958 cuando a Don Colin Jr., entonces jefe de la C.I.A. se le vino a la cabeza la idea de derrocarlo.

Kennedy habría estado de acuerdo después que Colin le mostró unas fotografías tomadas, supuestamente, por aviones espías en las que se apreciaba el emplazamiento de misiles rusos en territorio jibonés. Jibón está bastante más lejos de las costas de Miami que Cuba, pero se asegura que al presidente de los Estados Unidos el entredicho con Castro le había provocado un doloroso recrudecimiento de su enfermedad suprarrenal.

Kagunde Ké, desde luego, tenía problemas. El pertenecía a una tribu menor, la Keú, e inevitablemente su primer ministro había sido elegido de ella. La tribu Gamuzi, mayoritaria en el territorio, transformada en un cuasi partido político por mercenarios sudafricanos, cuestionaban el derecho de Kagunde de gobernar. Pero el había sido elegido en elecciones libres e informadas y con ello había liberado al país de la dominación luxemburguesa, que con el Jibón perdía la única colonia de su historia.

Los Gamuzi tenían la piel algo más clara que los Keú y hay antecedentes que ello fue una de las motivaciones que estimularon a Don Colin Jr.

-No entiendo -se sabe que dijo -que en un país donde hay un poco de sangre blanca, gobiernen los de sangre negra.

Aprovechando la estación lluviosa del Jibón, Colin Jr. organizó la operación que llamó 'Uno por el Otro'. Desde un Boeing experimental soltaron un planeador sobre la capital del Jibón. En él iban siete comandos y Arno Klebtschko. Descendieron en un campo especialmente preparado por hombres de la tribu rival y con la ayuda de algunos Kué renegados lograron introducirse en la casa de gobierno.

Para Arno era indispensable conocer, vivo, a Kagunde Ké.

El Presidente estaba en su estudio, como todas las noches, junto a su secretario particular, estudiando materias de gobierno. Sólo pudo verle la cara al rumano. Los comandos, los Gamuzi y los traidores llevaban la cara oculta por pasamontañas oscuros.

Kagunde Ké supo que iba a morir. Era un negro corpulento, tenía ya el pelo gris, una gran nariz nubia y un labio leporino suturado al nacer con la raíz del Hermirón. Arno pensó que la tarea iba a ser complicada.

Kagunde Ké lo miró a los ojos.

-Conozco a los hombres como tú -le dijo -mi padre me habló de uno de ellos. Se transformaba en leopardo para cautelar los rebaños, en águila para proteger las cosechas o en hiena para despejar de buitres las tumbas de sus guerreros.

Arno, de pie sobre la alfombra del despacho, bajó los brazos. A sus espaldas seis hombres con fusiles SK.98 apuntaban al pecho del Presidente.

-Lo siento -dijo.

-Podrás tomar mi cuerpo -continuó Kagunde -pero no el espíritu de mi pueblo.

El primer disparo le dio en la mandíbula y lo volteó en el sillón. Cuando el secretario corrió a socorrerlo, ya había muerto y él murió a continuación con el segundo y último balazo.

Los hombres limpiaron la sangre salpicada sobre la madera del escritorio y en el tapiz del asiento y vieron como un nuevo Kagunde Ké, su propia piel, la cicatriz deformándole el labio, su voz y sus gestos ocupaba el lugar del Presidente.

-Ahora sus ropas -ordenó Klebtschko.

Klebtschko gobernó el Jibón durante seis meses, seis meses durante los cuales tuvo que satisfacer a las concubinas de Kagunde Ké, deshacerse de los comunistas infiltrados en los cargos públicos y masacrar a la tribu Keú con napalm el día de la fiesta nacional. Por último entregó el gobierno y el poder a Carlos O. Gnowe, uno de los caciques gamuzi sobornado por la Agencia.

Arno Klebtschko permaneció seis semanas hospitalizado en la clínica militar de Arlington. Por un momento creyó que jamás recuperaría su aspecto normal, ni que nunca su piel perdería el color africano. Al cabo de un tiempo, auxiliado por intensas sesiones de kinesiología y rehabilitación y prolongadas exposiciones a los más variados tipos de luces y rayos, Arno fue, otra vez, Arno.

Es seguro que el rumano fue jubilado después por la C.I.A. y que a partir de su éxito en Africa sólo se le ocupara en misiones breves y de poca importancia.

A requerimiento de Instancias superiores y bajo otro nombre Arno reaparece en el teatro en 1972. Fue contratado por la Universidad del Estado de Michigan como asesor de la dirección técnica de su elenco teatral.

Ya tiene sesenta y cuatro años y cree haber encontrado la paz. Vivía solo en una casa de dos pisos, de ladrillos rojos y piso encerado en uno de los suburbios de la ciudad. En la sala ni en su dormitorio hay ni diplomas ni trofeos. No le interesa su pasado y en ocasiones percibe que a su memoria se le han extraviado algunos jirones de su biografía.

Arno se incorporaba a su trabajo temprano en la mañana y después, ya oscurecido, se le veía regresar a su casa con una bolsa de papel desde la que sobresalía una botella de vino o de cerveza.

Sus labores se desarrollaron sin interrupciones hasta 1974. En el otoño de ese año, Harold Preist, un inteligente estudiante de Arte Dramático y Secretario del movimiento progresista 'Bertolt Brecht', se entera que John Smith-Carey, el ocurrente asesor técnico del teatro universitario, no es John Smith-Carey, porque John Smith-Carey era el abuelo de su novia, muerto durante el desembarco de los hombres de Patton en Sicilia con el grado de sargento del ejército norteamericano.

Arno informa a las oficinas centrales de la Agencia que ha sido descubierto. Sospecha que recibirá, cualquier noche, una bala en la espalda. Recibe, sin embargo, un sobre con pasaporte con otro nombre, cinco mil dólares y un contrato como maquillador del teatro Municipal de Santiago de Chile.

Cuando se subió al avión que lo llevaría hacia el sur tuvo la certeza de que no volverían a utilizarlo. Era el exilio y el fin de sus conexiones con ellos.

Arno Klebtschko disfrutó su trabajo en el hermoso teatro de la calle Agustinas. Era delicioso enseñar a maquillarse a esas pequeñas y delicadas santiaguinas y en la extensión de su trabajo, hacerlo con generales vanidosos que pretendían una imagen imposible en la televisión.

Pero ya se había aficionado bastante al alcohol y solía frecuentar la Bierstube, una cervecería aledaña a la Plaza Italia y donde se había encontrado con otros hombres, residuos de las mismas guerras y de los mismos dramas.

En esas ocasiones, poco antes de la medianoche, con la reja a medio abatir, Arno intenta más de una vez, mostrar sus atributos. Pero sus articulaciones ya estaban endurecidas y sus músculos agarrrotados; entonces apenas puede inventarse una joroba o averrugarse la nariz. Pero hace maravillas con la cara y el cuerpo ajeno. Con la espuma de una cerveza negra y una gota de saliva amulata al sa-jón más amarillo de la cervecería. Con una pizca de miga de pan levanta pómulos y engorda narices y con unos granos de pimienta molida pone un sombrero que envejece hasta los ojos de una adolescente.

Ahí lo conoce Gelbs y le anuncia su descubrimiento a Estévez Morales.

-Tienes razón -le confirmó la ocurrencia a Gelbs -debe ser más discreto que algún cirujano plástico, menos doloroso y más barato.

Arno continúa en el Teatro Municipal, pero hay documentos que lo vinculan a MAPA desde sus veladas en la Bierstube. Renuncia a su cargo municipal en 1977 y su desaparición coincide con el ini-

cio de las desapariciones de los otros socios de MAPA.

Las identidades, ahora, empiezan a confundirse. Ya no es posible saber cual general se mató en este o aquél helicóptero, ni si el subsecretario acribillado en la esquina de Providencia con Holanda es el mismo cuya foto aparece al otro día en El Mercurio.

Arno Klebtschko Hornig ha introducido un ominoso elemento de incertidumbre en nuestra historia política y policial y una tremenda obstrucción para quienes buscan destruir a MAPA.

V.-

Después de terminar, yo tuve una revelación. MAPA estaba consiguiendo cambiar mi vida. Ya había cambiado mi pareja, le estaba tomando cierto apego a la existencia y había estado a punto de ir a parar al cementerio. Y no tenía muy claro donde estaba lo malo de MAPA. Porque considerando de que se definía como una organización cuyo objetivo primordial era servir de columna de sostén al régimen del general, yo no visualizaba otra innovación en el desarrollo habitual de los movimientos fachos.

Se lo dije a Simón. Pero Simón había tenido una agitada noche con Catorce y me miró con los ojos de quien es mirado y considerado idiota a la vez.

No dijo nada. Yo sí.

-¿Comieron raviolos anoche? -pregunté a Catorce.

Catorce levantó la cafetera.

-Dos platos cada uno y a Simón no le cayeron mal.

-¿Y mi tortilla de papas...?, liviana como una pluma, ¿no es así?-me preguntó Milena.

-Y estimulante como el agua del Quilimarí.

Simón estaba nervioso.

-¿Hace cuánto tiempo que no te encuentras con un muerto?

A Simón se le estaba complicando el panorama, la solución se le escapaba. Yo tenía, acaso, un compromiso moral como editor de desenmascarar a MAPA, compromiso incrementado por la noche con Milena. Pero Simón tenía un compromiso y un deber político. Por eso lo había llamado Catorce.

Que se angustiaran juntos y solos.

Milena no me dejó abandonarlos. Ella tenía su parte en el juego. Una hermosa parte, pero lo supe después.

Catorce y Simón nos contaron su historia.

Habían dado aburridas vueltas por Santiago hasta llegar a la imprenta de Garub. Preguntaron por él en su casa, lo buscaron en La Meca, en el club Palestino y se dieron cuenta que a quienes interrogaban nada sabían del árabe.

Respiraron aliviados cuando vieron su automóvil estacionado al lado de las oficinas de la gerencia del negocio en Cerrillos. El vehículo estaba acunetado y hermeticamente cerrado. Garub estaba sentado en el asiento delantero, los brazos rígidos apuntando el piso y la cabeza encajada entre los hombros miraba hacia adelante. Por la transparencia del parabrisas descubrieron el agujero rojo, del porte de una moneda de cincuenta pesos, bajo el ojo izquierdo y sobre sus rodillas, extendido bajo el volante, un mapa de Santiago.

-MAPA -dijo Milena.

Milena a veces era demasiado obvia.

Días después nos enteramos por el periódico que la brigada de homicidios había dictaminado que la causa de su muerte había sido un derrame cerebral. Pero en esa ocasión mi amigo Simón pecó de grave negligencia, se opuso a la idea de Catorce de abrir el auto y revisarlo y con ello retrasó un descubrimiento que habría acelerado la destrucción de MAPA. Porque independiente de la causa de la muerte del infortunado Garub, ella no fue tan rápida y alcanzó, en su agonía, a señalar con un dedo un punto en el mapa, en el mapa que sus propios asesinos depositaron en sus rodillas.

Fue el ológrafo postrero que nos habría llevado directamente donde el jefe de Estévez Morales. Pero quizás eso hubiera llevado a Simón al Comité Central del Partido Socialista y Milena podría haber descartado a un pobre editor.

Pasamos el día malhumorados y sin saber que hacer. Esa noche dormimos desparramados en el departamento de Catorce.

El Domingo amaneció frío pero despejado, la llovizna de la tarde anterior se había transformado en un aguacero durante la noche y el asfalto estaba chubascoso y opaco. Me levanté, me envolví en una frazada, corrí la cortina y abrí la ventana. El aire estaba limpio y fresco y las calles estaban cubiertas por las hojas. Un

penetrante y extraño olor a azufre se levantaba del suelo. Me sentía bien. Me quedé un rato con la vista clavada en los techos de Santiago hasta que el aroma de un buen café alentó mi existencia.

Era Milena.

-¿Esperabas un buen café? -me preguntó.

-¿Hay alguien que lo prepare mejor que tú?

Milena se había detenido junto a la mesa del comedor, el pelo húmedo, recién lavado, un vestido de lana con redondelas multicolores y unos brazos desnudos, de huesos delicados bajo la piel rubia.

-No es un simple chorro de agua hirviendo sobre el Nescafé.

Dejó la cafetera que llevaba entre las manos encima de la mesa y se acercó. Abrió la otra hoja de la ventana. El olor del azufre se mezcló con el de su agua de colonia.

-Anoche te eché de menos -me dijo.

Estoy seguro que ni a Clark Gable le dijeron alguna vez algo parecido. Catorce estaba perdida.

La besé en el cuello. Sus ojos tenían el color inestable de las mareas, pero cuando mi mano bajaba por su hombro derecho oímos despertarse a Simón. Parecía venir emergiendo del abismo de un océano, revolviendo sus brazos peludos sobre el sillón, bostezando como un búfalo, rociando saliva, tratando de sacarse de encima a Catorce que todavía dormía a su lado.

Cuando al fin estuvo despierto nos miró con sus ojos amarillos, reclamando atención, tratando de incorporarse, entusiasmado por el futuro café con aguardiente.

-Ayer le faltó sueño -dijo intentando disculpar a Catorce.

Milena le sirvió un tazón de café amargo. Ese era el gran defecto de Catorce. Nada la despertaba. Ni la luz, ni el ruidoso regreso a la vigilia de Simón, ni nuestra conversación, ni siquiera mis antiguas ganas de hacer el amor antes del desayuno.

Catorce estaba perdida.

Dormía con la mitad del cuerpo en el sillón y la otra mitad en la alfombra, en una actitud lúdica, provocativa que, era evidente, molestó a Milena.

-¿Cómo te acostumbraste? -me dijo.

De repente uno se acostumbra a algo que no le gusta y ni se da cuenta. Pero preferí no hablar. Porque ya me estaba acostumbrando a la locura de B.

Simón recuperaba energías y se notaba con ganas de señalar caminos. Despertó a Catorce remeciéndola. Por un momento yo me alarmé. Ella abrió sus ojos anegados por el sueño y pensé que hasta ahí llegaba la armonía del grupo de los cuatro. No fue así. Catorce estiró una mano hacia Simón y con simpatía le acarició la barba.

-Dame un café, por favor -le pidió.

Yo nunca me las he dado de conocedor de mujeres, pero con Catorce me pasé. La única vez que la desperté una mañana, para anunciarle que recién habían asesinado al ministro de Hacienda, me arrojó una trifulca tan grande que tuve que tomarme un Valium del 10. Y ahora le pedía un cafecito a Simón, después que la había despertado descoyuntándole un brazo.

No le dí importancia al hecho. Estaba eligiendo a Milena, al fin y al cabo.

Simón sugirió volver a visitar a Heriberto Vásquez. No dudaba que con Catorce lograrían una información más completa sobre Gelbs, Estévez Morales y Lailacar. Más ahora a la luz del último manuscrito de B.

Yo observé a Milena y sospeché, contento, que estaba pensando lo mismo que yo. Que tendríamos todo el Domingo para nosotros. Por supuesto me equivoqué. Me equivoqué porque a Simón le dio hambre, porque Catorce nunca tenía más de un par de huevos en la despensa y porque a Simón le dio con salir a comprar una pizza a la esquina, a esa hora, para encarar con suficientes energías el día.

Mi amigo se abotonó la camisa, se revisó los bolsillos buscando un poco de plata y abrió la puerta del departamento.

-¿Quieren cerveza también? -preguntó.

Y casi antes de que nos diéramos cuenta de que había salido, escuchamos los disparos. Hacía tiempo que no reconocía un ruido de esa naturaleza. En el país todos nos habíamos ido ensordeciendo voluntariamente. Porque balazos esporádicos se sentían todos los días. Pero ahí en Macul, en ese edificio que pensé que compar-

tiría con Catorce durante muchos años, ese tableteo único, evidente, obscuro en la tranquila mañana de otoño, me trasladó con violencia a la violenta realidad del país.

-Simón -dijo con voz ronca.

Y junto con Milena y Catorce nos precipitamos escaleras abajo. Simón estaba en el suelo, de espaldas, los brazos abiertos en cruz sobre las baldosas de la vereda llenas de hojas. El mayordomo se nos había adelantado, le tenía la camisa abierta y le daba aire con la Revista del Domingo de El Mercurio.

Simón no había perdido el conocimiento.

-Sácame ese diario de mierda de la cara -le dijo al mayordomo.

-Sólo quiere ayudar -dijo Catorce inclinándose, buscando la herida.

Yo escuché el acelerar repentino de un auto en la esquina y la huida de un Renault gris con la patente embarrada.

-¿Dónde sientes dolor? -insistía Catorce.

-Voy a buscar tu auto -dijo.

Simón movió una mano y buscó en el pantalón. Sacó un manojito de llaves.

-En la espalda -dijo mirando a Catorce.

El automóvil de Simón es un Ford coludo, de cuatro puertas. Era nuevo y no daba problemas. Lo moví despacio, lo subí a la cuneta y lo acerqué hacia Simón.

-¿No será mejor una ambulancia? -sugirió Milena.

-No, por favor -bramó Simón -en mi auto y a la Clínica Las Condes.

-Se puso idiota -dijo Catorce -vamos rápido a la Posta Central

Me bajé, abrí las puertas traseras y con la ayuda del mayordomo lo subimos. No parecía sangrar de ninguna parte, pero tenía el cuerpo pesado.

Simón no volvió a reclamar.

Lo que me encontré en la Posta lo consideré obvio. Estaba de turno, para variar, mi amigo, el suturador de cráneos. Me vio entrar empujando la camilla en la que habían encaramado a Simón. Se aproximó, hizo como si le tomara el pulso, le midió las pupilas y

y se dirigió a mi levantando las cejas.

-¿Venían en el mismo disco volador? -me preguntó.

Catorce se dio cuenta que yo no estaba para bromas, me hizo a un lado, tiró la camilla hacia el box de atención y tomó al médico del delantal.

-Lo balearon -oí que le decía.

Me quedé en la sala de espera con Milena. Nunca me ha sido grato ver triste a las mujeres, básicamente porque no creo mucho en su capacidad de entristecimiento. Pero me conmovió verla llorar. La abracé y dejé que se desahogara. Si me hubiera visto Gustavo o Loreto me habrían pedido aumento de sueldo. A lo mejor me enamoré de Milena, la otra opción es que esté resblandeciéndome.

Al cabo de unos minutos el médico abrió la cortina. Milena saltó como un resorte. No se había puesto zapatos, pero su pelo castaño despeinado y sus ojeras la hacían terriblemente atractiva. Pienso que el postero estaba bastante confuso en relación a toda la situación y prefirió hablarme a mí.

-Tuvo suerte -me dijo -la bala le trizó la escápula y se pulverizó.

-¿Qué se pulverizó?

El hombre pensó que tendría que tratar con un idiota. Pero estoy habituado a tratar con gente que se siente más inteligente que yo.

-La bala -dijo.

-¿Quedará hospitalizado? -preguntó Milena.

El postero le contestó como un médico distinguido le contesta a una mujercuela descalzada, a medio vestir y con alta probabilidad de estar drogada.

-Claro, si no quieren llevárselo.

Lo salvó Catorce. Mi paciencia editorial se había terminado con ese mequetrefe cuando apareció ella, sonriendo.

-Está de alta -nos comunicó.

Simón venía en mi silla de ruedas con un hombro y un brazo empaquetados por un vendaje gris. Me sorprendió la falta de vigilancia policial.

-Están todos acuartelados -me dijo el médico extendiéndome

una boleta con el diagnóstico, adivinando mi inquietud -todos en sus unidades desde la madrugada.

El pajarraco ese no quería, tampoco, problemas, no mostraba intenciones de prolongar su jornada de trabajo elaborando ningún informe de ningún baleo. Por lo demás la imagen radiográfica que entregó la escápula de Simón, como nos explicó Catorce, no era característica de herida a bala porque el plomo se había fraccionado en partículas microscópicas.

Simón tenía los huesos propios de un fósil.

La razón del acuartelamiento la supimos por la radio del automóvil. Los seis Mayores volvían a la carga. Las guarniciones militares de Calama, Juan Soldado, Quillota, Rengo, Panguipulli y Ancud habían cesado sus transmisiones radiales a la red central del Ministerio de Defensa y se comunicaban entre ellas a través de frecuencias variables y claves desconocidas. El gobierno, decía la información, no quería entregar detalles, pero su silencio sólo debía indicar a la ciudadanía que el general no consideraba importante el hecho y que únicamente se daba a conocer para evitar tergiversaciones o utilización política de él.

Y aunque ya se sabe cual fue el destino del séxtuple levantamiento y que el general cayó después, ese fantástico dos de mayo, el motín de los Seis Mayores tiene importancia para la comprensión de la doctrina de MAPA.

Los Mayores estaban mejor organizados, sin embargo, de lo que el general quiso creer. Se nos hizo evidente cuando llegamos de regreso al departamento de Catorce. La guarnición sublevada de Panguipulli, al mando del mayor Caucamán, había logrado colgar su radiotransmisor del dial comercial y transmitía en la banda de onda larga.

El asunto había ido más allá del simple petitorio original. Se habían alzado de verdad y la situación era confusa.

Se decía que el general era un experto en geopolítica y que, como todo conocedor de la materia, era capaz de preveer ciertos acontecimientos militares. Sus publicistas aseguraban que él intuyó y frustró el presunto desembarco de elementos subversivos en Lota en 1982, cuando la cesantía en el carbón subía del cincuenta por

ciento y también el atentado con un globo aeroestático en contra de su fortaleza en Lo Curro, esa semana en la que también se colgó en el baño de su despacho el Director de la Oficina de Estadísticas y Censos.

Sin embargo los seis Mayores lo descompaginaron. Eran enemigos que individualmente eran poco significativos, pero que tenían la inevitable fuerza de la coincidencia.

Cuentan que el general se asustó al escuchar la intimación de Caucamán. El ejercicio del poder le había demostrado que cuando se abusa de él, siempre se compromete la existencia. Stroessner ya no contestaba el teléfono amarillo y su piel tenía una teñidura olivácea que no agradaba a los sudafricanos.

Pero el general era hombre de recursos y los utilizó como las circunstancias lo requirieron.

Llegando al departamento de Catorce, arrojamos sobre la cama ancha que ella tiene en su dormitorio a Simón. Encendimos una estufa de parafina y nos sentamos a su lado. El vendaje le abultaba la camisa, lo que unido a su actitud de aparente letargo, le estaba provocando un parecido con un ballenato que se hacía inexcusable.

-Tendrán que seguir Uds. -nos dijo a Milena y a mí mascando un pedazo de la pizza que habíamos comprado al pasar.

-¿No quieres salirte de todo esto? -le pregunté esperanzado.

-¿Salirme..., y dejártelo todo a tí? -Simón se atragantó.

No imaginaba cómo iba a contribuir él a la investigación, pero tuve la aterradora sospecha que su intención era dirigirnos desde su varadero, ahí, en la calle Macul.

Almorzamos temprano. Simón se tragó otra botella de Chianti que Catorce graciosamente compró en la esquina y cuando Milena preparaba el café, el mayordomo golpeó la puerta para anunciarnos que el gobierno había dispuesto una cadena de radio y televisión. Por el gesto que hizo se diría que estaba satisfecho con el general y con el destino que habría que dar a un nido comunista como el nuestro. Pienso que apenas excluiría de su soplónaje a Catorce, siempre y cuando ella estuviera dispuesta a ofrecerle una recompensa de tipo sexual.

Conecté el televisor.

"...el Supremo Gobierno -decía el locutor, conocido relator oficial del general -no acepta ni aceptará que grupos de oficiales, oscurecidas sus patrióticas conciencias con ideologías foráneas e intenciones incalificables, asuman conductas facciosas. El Presidente de la República asegura a la ciudadanía y al país todo que no se dejará amedrentar por quienes pretenden retornar, a través de caminos inaceptables y conocidos, al caos y a la violencia. El gobierno no permitirá que a nombre de una minoría obsecuente con el Marxismo internacional, portadora de mezquinos intereses políticos, se cuestione la autoridad que el pueblo por un informado y libre plebiscito le ha otorgado..."

"...No cabe duda a la autoridad que detrás del acto de insubordinación de algunas pequeñas guarniciones del interior, están las doctrinas y los hombres de siempre y es este el momento para reiterar que el gobierno advierte que precederá con máxima energía en contra de quienes, con ingenuidad algunas veces y mala intención otras, ven en estas manifestaciones aisladas, la posibilidad de la desestabilización..."

"...Erran quienes creen que las fuerzas armadas no están ferreamente engarzadas unas con otras y con sus mandos institucionales, erran quienes creen que ellas vacilarán en imponer, de la manera que las circunstancias lo exijan, la autoridad que deviene de la jerarquía..."

El locutor hizo una pausa. Quise ajustar el color de la imagen.

-Pierdes el tiempo -me dijo Catorce -no es el aparato, lo que pasa que el tipo está verde de susto.

Así era.

"...Sin embargo el Supremo Gobierno y sin que eso signifique por ningún motivo, cuestionar su derecho a usar la fuerza, está dispuesto a llevar a cabo un diálogo con los oficiales deliberantes..."

"...Lo que no incluye, de modo alguno, un compromiso. Guía al Presidente de la República el ánimo que surge de sus profundas convicciones libertarias y el convencimiento de que un derramamiento de sangre sólo favorece a los enemigos de la Patria.

"...Es por este motivo que ha accedido a enviar a Panguipulli, donde se hayan reunidos los oficiales, a un delegado personal quien les hará ver lo ocioso de sus demandas y lo estéril de sus propósitos..."

-Si MAPA tiene que ver con este asunto -Simón se incorporó en la cama -les saco el sombrero, porque esto es inédito.

Simón tenía razón. Era evidente que el general tambaleaba. Jamás había parlamentado con sus enemigos, siempre había arrojado sobre ellos el peso represivo del aparato de seguridad, confinándolos en las mazmorras del CNI o depositándolos con poca suavidad en un avión con rumbo al extranjero. El general, en los últimos meses, se había civilizado. Pero era raro que accediera a conversar con nadie. La fórmula que lo mantenía aún en el poder excluía, desde luego, el diálogo.

-Heriberto Vásquez será más accesible, no tendrá vigilancia -insistió Simón.

-El auto de Milena vale bastante más que mi ex Visa.

-Creo que es el momento de arrancarle más información.

-Ya dijo todo lo que podía decir -protestó Milena.

-El dijo que su nombre había sido cambiado, que ya no se llamaba Heriberto Vásquez, sino que Lamberto Vargas.

Yo me levanté y apagué el televisor. El Chapulín Colorado había reemplazado al locutor.

Se me ocurrió que había que empezar con la guía de teléfonos. Y dio buenos resultados. Aparecía un Lamberto Vargas. También había un Gilles, varios Stuyen y lo más notable de todo, había, también, un Klebtschko, que se llamaba Arno.

-¿Quién sabe como es Gelbs de aspecto? -preguntó Catorce.

-No servirá -contestó Simón -el rumano puede haberlo transformado en sapo o en minotauro.

Catorce se acercó a la ventana. Oscurecía.

-Podemos hacerle una visita -dije -cántame la dirección.

-Es por aquí -Catorce acercó la guía de teléfonos -en la calle Los Plátanos.

Revisé los documentos de B. Aunque era imperfecta, la descripción de Gelbs podría servir.

-Dice Bautista que Gelbs es chico, rucio y colorado, una especie de nazi subdesarrollado.

-No habían nazis subdesarrollados -dijo Catorce.

Bueno, yo sabía que la madre de Catorce era alemana. Lo que no podía saber era que Catorce tenía inclinaciones descomulgadas. No es, sin embargo una buena disculpa, pero en la cama sólo se llega a conocer las desviaciones sexuales, nunca las políticas.

Aunque hay excepciones. Yo supe de una.

-Por lo que hemos podido averiguar de Klebtschko, habría que buscar un gordo, moreno y curiche -dije.

-Simón -Milena lo señaló con un dedo -no serás tú el tal mentado Gelbs.

Simón era un hombre de buen humor y de baja tolerancia. Escuché el ruido que hace la gasa enyesada cuando cruje y ví el movimiento dislocado de su escápula.

Simón cambió de color, se hizo más humano y hasta perdió ese olor marino que ayudaba a confundirlo con una especie sumergida y extinguida.

-Esa es una mala broma -reclamó.

Catorce retrocedió.

-Ya ni sé lo que digo.

Yo me sentí, otra vez, un imbécil.

Milena me ayudó.

-Atiende al señor Gelbs -me dijo -mirando a Simón -no vaya a ser cosa que nos muestre un mapa.

Simón recuperó su desparramo cetáceo en la cama y se rió.

Catorce se había puesto seria.

-¿Quién me acompaña a la calle Los Plátanos? -preguntó.

La respuesta era a prueba de idiotas.

Ella tenía que quedarse cuidando al descompesado Simón. Miré a Milena resignado y ella me devolvió sus ojos, contenta.

-Vamos -me dijo.

Empecé a creer que la vida sí tenía algún sentido y que las sábanas floreadas de Milena tenían un sentido que trascendía el simple simbolismo elaborado por un menesteroso editor.

Salimos del edificio de Catorce tomados de la mano. Yo me acordaba de la última vez que una mujer me había tomado la mano. Eran los años del pedagógico y ella, Susana se llamaba, estudiaba para matrona. Fuimos al cine Cervantes y sorprendió mi mano derecha cuando empezaba Chile Films. Fue tal mi espanto que apenas recuerdo a Gary Cooper y a la Ingrid Bergman -un tiempo después supe quien había escrito esa novela de guerra -y recién tomé conciencia de su mano en mi mano en la esquina de Ahumada y Huérfanos. No la ví nunca más. Supe que un médico del hospital San Borja había comprendido mejor el contacto. Yo me di cuenta que estaba enamorado una semana después, cuando recordándola, se me esfumaba la música de las canciones de Rafael y me metía en la letra de ellas.

Milena me daba miedo, pero más miedo me daba MAPA. Y la mano de Milena era una mano de huesos tibios, firmes, de uñas rosadas como las camelias que se dan en el patio de la casa de mi abuela.

Caminamos por la calle Macul. Por esa calle, la del Instituto Pedagógico había caminado tantas veces al lado de Paco Soler, muerto, de Rubén González, vivo, de Joaquín Barceló, ¿vivo?, de Armando Cassícoli, todavía vivo, de Patricia Acharán, llorando al perdido Humberto, de Bolívar Aparicio, el viejo socialista de botas tejanas, de tantos traidores que suplantaron a tantos profesores en un mes de Septiembre, olvidándose del maravilloso ejemplo de los discípulos de Unamuno.

También tuve que acordarme de René, con el cual paseábamos por los patios apauloniados, él con sus filacterias anudadas en el brazo izquierdo y el kipah bailándole en la cabeza, tratando de convencerme que no era un agente del Mossad.

A dos cuadras de Los Plátanos percibimos un despliegue policial poco común. Varios furgones llenos de carabineros, un par de guanacos bibliográficos y los ominosos vehículos del CNI.

Milena me apretó la mano y a mi me dieron ganas de llevármela a la cama. Era un impulso bastante frívolo, pero desastrosamente lúcido. Ella comprendió. Pero era más analítica que lo que se podía intuir.

-Después -me dijo -después y feliz.

Decidí hacerme cargo de Gelbs. No sólo el poder es afrodisí-

co, también lo es el afán de terminar con él.

Cruzamos la avenida y caminamos por la vereda opuesta. La calle los plátanos estaba bloqueada por motoristas que hacían titilar las luces rojas de sus sirenas. Dos Mercedes Benz de la presidencia estaban detenidos junto a la acera, en la esquina.

-¿Qué pasa? -pregunté a un anciano que usaba gruesos anteojos ópticos y traía el pelo largo y blanco hasta los hombros.

Me examinó con los ojos agigantados por el vidrio, ojos de vacuno que le saturaban la expresión y me contestó haciendo castañear su dentadura de plástico.

-¿Acaso no ha escuchado las noticias?

-¿Quién no se ha enterado de las noticias?

-¿Qué se puede esperar hoy en día de este país?

-¿Qué cree Ud?

-¿Piensa que soy un brujo?

Me cansó el diálogo. Conocía de los diálogos entre sordos, pero este era un diálogo entre preguntones, que empobrece mucho más el intercambio.

El viejo se sacó los lentes y los limpió con un pañuelo de papel. Después los montó de nuevo sobre la nariz y me dirigió una mirada más transparente.

-Ahí vive Gilles -dijo.

-¿Quién es Gilles? -pregunté.

-No conoce a Gilles -el anciano se había resignado a mi estupidez y ya no preguntó más.

La editorial me había tenido bastante ocupado los últimos meses. La tornadiza personalidad de Marcelo Chiriboga, el insoportable biculturalismo de Biedermann y la brutal mediocridad de algunos poetas irreverentes me había impedido, incluso, leer los diarios. Si a esto le agregamos la impresión de los calendarios que estuve tentado a hacer a la financiera Exito y las huevadas de mi hijo se comprenderá el por qué no tenía idea de la existencia del tal Gilles.

Milena lo sabía .

-¿Tendría que conocerlo? -me dirigí al viejo.

-Es la mano derecha del ministro de Hacienda.

-Ahí va saliendo -anunció Milena.

Gilles era un hombre que bordeaba la obesidad, de abundante cabello negro y crespo y con una piel roja, exuberante, germana, incompatible con sus otros colores.

-Ahora entiendo -me dijo Milena al oído.

-¿Qué?

-Por qué MAPA está tan agresiva.

Regresamos al departamento de Catorce. Simón estaba frente al televisor.

-Ese era Gelbs -me dijo.

-Lo vimos en vivo y en directo -añadió Milena.

-Van a Panguipulli -dijo Catorce -Gilles-Gelbs y el ministro de Defensa.

-¿Qué hace Gelbs?

-Ese Gilles es asesor de la presidencia desde hace unos meses.

-MAPA logró infiltrarse.

-Y los de Panguipulli deben ser mapistas también -Simón probó del vino que tenía en el velador -el general es un imbécil.

-A Lailacar y a Estévez hay que buscarlos adentro del gobierno -yo estaba confundido.

-Hay que cambiar las prioridades -Simón dejó el vaso.

-Mañana es día de trabajo.

-Hay que encontrar a B, yo informaré a los niveles que correspondan.

-El general va a caer -dijo Milena.

-Y no puede caer en manos de MAPA.

-Ya es muy tarde -dijo Catorce.

-Sí -agregó Simón -tengo sueño, continuaremos mañana.

Ese es el punto esquivo de los activistas. Era tarde, cierto, pero a mí, con mi muy reducida conciencia política, me parecía que no había tiempo que perder. Pero el técnico era Simón, que se encerró con Catorce en el dormitorio sin dar las buenas noches. Milena había desaparecido en el baño. Busqué un par de frazadas, arrimé la estufa, acomodé la cabeza en el almohadón de butapichones de Catorce y me anduve quedando dormido. Desperté unos minutos después cuando Milena, con sus huesos desnudos y el pelo mojado, se arrimó a mí después de la ducha nocturna.

Lo primero que vi al abrir los ojos en la mañana fue el sobre blanco que se escurría por debajo de la puerta del departamento. Era muy temprano y el piso estaba tibio. Me levanté de un salto arrastrando a Milena, pero cuando abrí la puerta no encontré a nadie. Bajé las escaleras y la calle estaba, también, vacía. El movimiento del sobre había sido una ilusión. B. debió haberlo depositado durante las horas de toque de queda. Milena seguía durmiendo. Me senté junto a ella, doblé las rodillas y abrí el sobre. Era, como temía, otra entrega de Bautista. Miré la hora. Tendría tiempo de estudiarla antes de abrir la editorial.

Diccionario Biográfico de la Represión.

Epoca: 1969 - 1979.

Episodio: Manifestación Paralela.

Categoría del Personaje: Id.Si. (1)

Información obtenida en: P.D.A. II, by Apple, en SECh y en S.N.S.
(2)

Síntesis biográfica y notas de:

"...Bernales Infante, Reinaldo. Poeta. Nació en Santiago, Chile el ...12 de Octubre de 1938. Madre: Augusta, soltero. Estudios de pre- ...paratoria en la escuela pública No. 134 de Conchalí. En 1948 y ...por sus buenas calificaciones es becado en el Internado Nacional ...Barros Arana. Ingresó a la Universidad de Chile en 1955 e ini- ...cia estudios de pedagogía en Castellano. En forma simultánea ...lo hace en la carrera de Canteros en la Escuela de Artes y Ofi- ...cios de la misma Universidad. Publica sus primeros poemas en ...la 'Lira del Orfebre' de dicha escuela el año de su ingreso y ...recibe una mención honrosa en los juegos florales de Septiembre ...en el Instituto Pedagógico. En 1960 ya es ayudante de la Cáte- ...dra de Análisis Literario del profesor Joaquín Bendjerodt y par- ...ticipa en el concurso 'Un poemario para las Fuerzas Armadas' ...que organiza el Regimiento Simbólico Literato Alférez Arenas. ...Obtiene el segundo lugar con un obituario lírico al capitán ...Ignacio Carrera Pinto. Además de ser publicado por la editorial ...de la escuela militar, este hecho lo vincula definitivamente al ...ámbito cultural castrense. En 1961 es elegido para leer poemas

(1)Id.: Ideólogo. Si.: Simulador.

(2)P.D.A.: Procesadora de Datos Autoprogramable. SECh.:Sociedad de Escritores de Chile. S.N.S.: Servicio Nacional de Salud.

...de Violeta Parra con ocasión de la visita que ella hiciera a la ...Facultad de Letras. En 1962 es aceptado como miembro de la So- ...ciudad de Escritores de Chile presentando un trabajo que tituló ...'Endriagos y Gnomos en la Literatura Babilónica'. Nadie leyó el ...estudio, que por lo demás no era un ensayo, sino una aproxima- ...ción poética a la cultura de los tiempos de Asurbanipal. En 1963 ...recibe el título de profesor de Estado en Castellano y también ...expone sus piezas de alfarería en el salón Cuatro de la Escuela ...de Artes y Oficios. En 1964 inaugura su carrera docente como ...profesor del tercer año de humanidades del liceo comunal de Ñu- ...ñoa. En este establecimiento publica sus 'Poemas de un Profesor' ...y edita la revista 'Protectum' que llega a tener un tiraje de ...tres mil ejemplares y pasa a ser texto de consulta en las escue- ...las matrices de las fuerzas armadas. En ella destaca un epígra- ...fe atribuido a un estudioso de Cervantes: 'Siempre la Pluma y ...la Espada'. En 1965 acepta el cargo de rector del liceo de Cau- ...quenes y asume a fines de año. Allí desarrolla una vasta y fruc- ...tífera labor que le vale la condecoración 'Llave de Plata' que ...otorga la municipalidad y 'Pluma Armada' que le entrega el re- ...gimiento local por la difusión de los valores patrios entre el ...personal y los hijos del personal subalterno. Regresa a la capi- ...tal en 1968 como subdirector e inspector del liceo Lastarria en ...la comuna de Providencia. De esta época es su extenso poema 'El ...Exilio Provinciano'. Ese mismo año es designado profesor mayor ...de la escuela de suboficiales y en tres meses escribe su cono- ...cida 'Gramática para Soldados'. Publica al año siguiente su ...enigmático tríptico 'Poesías y Uniformes' y en 1969 renuncia a ...la práctica de la educación anunciando que se dedicará por com- ...pleto a escribir. Entonces se le pierde la pista. ...Actualmente puede encontrarse: en algún lugar de Santiago espe- ...rando el advenimiento de MAPA, al que contribuyó a crear.

"Notas a la Síntesis Biográfica de Reinaldo Bernaldes Infante". (Que no será otra cosa que la demostración empírica de la conocida teoría de Bernaldes, no el poeta, sino el magnífico siquiatra, de que no hay otro hijo de puta que aquél que lo parece a primera vista.)

En apariencia, Reinaldo Bernaldes Infante jamás tuvo conciencia de la falta del padre. O, en todo caso, no pareció amusgarle la infancia ni sosegar su despierta personalidad. (El mentado siquiatra así lo consigna en la historia clínica obtenida después del estallido de la Guerra Civil) Y su madre, tampoco.

Desde las preparatorias hizo saber su deseo de internarse en un liceo de prestigio como el Barros Arana y para ello no utilizó excusas estúpidas. 'Concentrado en ese lugar -diría -rendirá más mi estudio y mi esfuerzo'. Fue recompensado con una beca y desde que inició las humanidades se negaba a salir los fines de semana y aceptaba un ínfimo pago por el trabajo de vacaciones. Era un alumno aplicado.

Nadie dudó que en su momento optaría a un instituto militar. Bernaldes los desencantó a todos con su primera poesía. Lírica, delicada, poblada de mariposas y gladiolos hizo mover a muchos de sus maestros la cabeza. Fue, desde luego, una maniobra del poeta. Es lícito suponer que ya entonces había trazado su camino. Pronto su poesía se transformó, se hizo viril, meticulosa, métrica, paralela al ordenamiento moral vigente en el mundo. Los profesores no volvieron a reprocharlo y Bernaldes se graduó con honores en el área humanista.

Al egresar, Bernaldes era un muchacho de buena estatura, cuello grueso y una barba pelusienta y descolorida. Tenía las manos grandes y la derecha invadida por un lunar cobrizo y brillante como un crepúsculo. Con el transcurso del tiempo el aspecto de Bernaldes no se modificó. Sólo la mancha de su mano se fue enturbiando, dejando en la mano que saludaba, una escama ténue e inaparente como la ceniza. Por este motivo y porque ese polvo provocaba ronchas y urticarias, es que el poeta Bernaldes siempre usará guantes de cabritilla blanca y sobada.

Es evidente que su mano tatuada contribuyó a su misantropía y él mismo solía bromear sobre el adefesio congratulándose de que su voca-

ción hubiere sido la poesía y no la dentística. Era hábil con las manos y eso lo motivó a ingresar a la escuela de canteros donde sobresalió en el uso del escoplo y del martillo y en el modelaje de la greda. Como se sabe de su Síntesis Biográfica en esa escuela publica sus primeros poemas en la revista 'Lira del Orfebre'. Obra artesanal de papel vasto y letra de tinta percedera, ella sin embargo, no sólo contenía sus poemas primerizos uno de los cuales tituló 'La Fuente Herida', sino que, examinándola con cuidado, se reconoce un esbozo de lo que llegaría a ser su pensamiento doctrinario. Aún es posible encontrar ejemplares de ese primer folletín y leer ese poema si se tiene la precaución de no tocar las letras con los dedos:

'Fuente herida por el martillo,
piedra herida dos veces
por el minero y por el orfebre,
al fin, ¿quien te da el brillo?'

Y junto a estos versos un conjunto de máximas pretensiosas atribuídas por él a pensadores conocidos y que contenían su pensamiento contenido:

'La fuerza debe ser sustentada por la fuerza. La fuerza que sustenta a la fuerza debe ser como los ríos subterráneos, clandestina, silenciosa y avasalladora.' Pascal.

Pascal jamás escribió algo semejante.

O bien:

'La Fuerza en la que se apoya la fuerza debe dominarla. Más que una potencia aquella debe ser un acto.' Andrésico el Exégeta.

Nunca existió ningún Andrésico.

El poeta Bernales, no obstante, se ganó una buena fama como un intelectual culto y serio.

Pero Bernales era un solitario y su humor melancólico dominó, en última instancia, su comportamiento. Durante sus años de estudios universitarios vivió aislado y no cultivó la amistad ni trató de seducir a nadie. Porque si bien se sabe que no era homosexual nunca se le vio intentar un acercamiento a ninguna muchacha. Según Froilán Santos, uno de sus compañeros, la misma sombra roja de la

mano le contaminaba el miembro volviéndolo un instrumento agresivo y repugnante.

Hasta recibir el título de profesor de Estado, se mantuvo bastante activo en literatura, ganando algunas menciones y participando en encuentros y juegos poéticos. También su trabajo sobre engendros en la literatura babilónica le valió el ingreso a la Sociedad de Escritores. Como los cuentos de Borges, sin embargo, se ignora si realmente en su trabajo de incorporación investigó en las propias fuentes o no es otra cosa que el mejor producto de su imaginación. No faltaron, desde luego, algunos miembros de esta sociedad que llegaron a poner en duda la existencia de la literatura babilónica. Pero envidiosos siempre han existido.

Durante todo este tiempo fue ajeno al enriquecedor quehacer político de la Universidad y se le consideraba un indiferente, chiflado e inofensivo. Pero desde la ayudantía docente en el liceo comunal de Ñuñoa y utilizando la tribuna que se había fabricado en la revista 'Protectum', ya la intención de divulgar ciertos pensamientos contingentes no es sólo aparente.

De este modo, en el número 3 de la mencionada publicación, del 10 de Agosto de 1964 en un artículo destacado, escribe:

"...aquél que por formación se ha acostumbrado a no ejercer el Acto, pues este Acto ha sido condenado moralmente por la historia, entonces integra su frustración a su espíritu y paulatinamente la proyecta hacia su biografía...y luego comentaba el fragmento atribuído al ignoto Andrésico: "...esto puede aplicarse -afirmaba -a los hombres que hacen de las armas una vocación y de la Guerra el destino obvio de sus potencialidades. ¿Qué conducta debe seguir la sociedad civil en relación a este grupo humano? -preguntaba. Creemos que la defensa de la soberanía y la vigilancia del orden interno son argumentos de suyo evidentes para que sean útiles...Creemos que es necesario asignarles un propósito que coincida con el bien común y que vaya más allá del desempeño profesional, que equivale a su potencia. Deben acceder al Acto, a niveles más trascendentes de conducción y la más alta naturaleza de la conducción es la conducción Política..."

Estas inserciones algo oscuras y complejas, tangentes con la

incoherencia, no interesaron a sus contemporáneos. En una democracia tan arraigada, en una Universidad tan solidamente politizada, en los jóvenes no existía interés por las ideas peregrinas de Bernales. No obstante su balbucear ideológico no pasó desapercibido. No para un joven oficial de ejército que se llamaba Mauricio Estévez Morales y que tenía raras inquietudes hacia la llamada literatura marginal.

Dice Adrián Leonardo, el destacado historiador guatemalteco, que en la historia no existen los hechos, sino que las coincidencias. Si el trópico no lo hubiera hecho ser tan categórico, Leonardo habría tenido casi la razón. Y en lo que respecta a la historia de MAPA, el casi habría estado demás.

Porque siendo capitán del regimiento Chacabuco, Estévez solicitó su admisión en la Academia de Guerra. La estricta comisión que decidía en estas materias consideró que aún le faltaba Campaña. Y el capitán fue asignado, por un año, a los Cazadores de Cauquenes. La historia señala que el maestro y el militar se encontraron en esa pequeña ciudad en la primavera de 1965. Hay quienes van más allá de las opiniones locales y aseguran que Cauquenes fue apenas la fachada y que Bernales y Estévez, contradiciendo las teorías de Adrián Leonardo, se conocían desde antes.

En todo caso Reinaldo Bernales, cuando llegó a hacerse cargo del liceo comunal, era apenas un profesor recién llegado de la capital y usaba un terno rayado, invadido por las arrugas y el olor del lavaseco. Estévez, en cambio, era un oficial elegante que se paseaba ufano de su uniforme, sus ideas y su grado.

Pero el encuentro inicial se produjo en el terreno del primero. Por astucia o por azar, Estévez Morales se topó por primera vez con Bernales en el liceo. Lo buscó, se ha rumoreado, en los prostíbulos a los que concurría los fines de semana, durante las efemérides que se celebraban en el patio del regimiento y en la biblioteca municipal. Bernales no se dejó encontrar. Ya por esa época era fiel a los aforismos de Andrésico: "...la Fuerza detrás de la fuerza, el Poder detrás del poder".

La amistad entre los dos servidores públicos se desarrolló de

manera normal. No podía llamar la atención que dos hombres, figuras destacadas del lugar, no se relacionaran. Y aunque no compartían las mismas diversiones, era sabido que se juntaban dos veces en la semana a tomar unas copas de aguardiente y jugar ajedrez. Sin duda en esas largas veladas en el club social de Cauquenes el poeta Bernales fue desmalezando el nacionalismo nativo de Estévez.

El nacionalismo que impregna a todo oficial de ejército sudamericano tiene evidentes elementos de golpismo; ellos varían según la época, el país o la presión del imperialismo. Pero siempre, de manera latente, existe en la discutida sensibilidad del soldado. Este golpismo-nacionalista adquiere virulencia cuando se cumplen ciertos requisitos. El halago, la descalificación del poder civil, la exaltación de la vida militar la divulgación de las granjerías del poder son algunos elementos que individualmente favorecen el terreno. En estos tópicos, Bernales se fue haciendo un experto y experto en el condicionamiento de instintos vulnerables.

Pero de súbito Bernales y Estévez se separan. Ya no se les ve más juntos. La última vez, según se atrevió a informar el portero del club, fue para las navidades de 1967. Aquél se encerró en el liceo fiscal y éste en el cuartel. Poco después, cuando Bernales se apresta a regresar a Santiago y le es otorgada la condecoración 'Pluma Armada', Estévez ya ha abandonado Cauquenes al haber sido aceptado en la Academia de Guerra.

Por eso no es él quien prende del pecho de Bernales la bazuka y la pluma de bronce, sino el oficial que lo reemplaza. Los testigos nunca se pusieron de acuerdo acerca del significado del breve discurso con el que agradeció el poeta. Quienes han estudiado sus textos quieren ver en sus palabras la primera alusión (quizás la única) pública a lo que sería la doctrina de MAPA. El llamado Manifiesto de Cauquenes es una apología a Bolívar, como hombre de armas y de letras y a su doctrina encarnada... 'en la sabia sucesión de los regímenes que gobiernan a sus gentilicios...' (sic)

Queda claro que el ponerse de acuerdo sobre el pensamiento de Bernales no era cosa de intelectuales provincianos y que la confusión de sus exégetas es consecuencia razonable de sus propios escritos.

Al hacerse cargo de la subdirección del liceo José Victorino Lastarria, Bernales inicia una última etapa en su vida pública. En este sitio se educan los hijos de modestos empleados que han adquirido un departamento en las remodelaciones democratacristianas, pero también los hijos de los ricos de la comuna, los rebeldes expulsados de colegios particulares y que, más adelante, sólo tendrán como ingrata opción la disciplina de la escuela militar.

El liceo es un edificio chato, de dos pisos, siempre pintado de verde, rodeado de sitios vacíos donde fumaban o arreglaban cuentas a puñetazos los alumnos de entonces y al lado de la décimocuarta comisaría de carabineros donde terminaban, enviados por Bernales, los capeadores y los falsificadores de certificados y libretas de notas.

Pero Bernales no iba a ser recordado por la severidad de sus castigos, ni siquiera por su poesía (ya floja y apática), lo iba a ser por el olor rancio que despedía, por su indiferencia por el rendimiento de los muchachos y por el desprecio hacia la jerarquía docente del establecimiento.

Sin embargo, por las mismas fechas, es nombrado profesor Mayor de la escuela de suboficiales, donde practica el magisterio con responsabilidad y dedicación. Sus últimas obras publicadas por la imprenta del ejército y que tienen bastante resonancia son la 'Gramática para Soldados' y 'Poesías y Uniformes'.

En el verano de 1970 anuncia su retiro como maestro y su intención de volcarse por entero a la producción poética.

En Agosto de ese año el poeta vive en un cuarto de la calle Riquelme y ha abandonado las normas más elementales de higiene y convivencia. Día por medio sube las escalas de la editorial estatal Quimantú a afreecer su poesía y su prosa. Bernales se hace odioso y hasta en las imprentas de barrio, donde el papel se usa para ronear circulares de juntas de vecinos, es conocido y rechazado.

En 1972 Bernales es otro de los innumerables lumpen que recorren Santiago y es motivo de crónicas dominicales del Clarín y del Puro Chile de Pepe Gómez. Y a pesar de que en ellos se suele recordar sus escritos y sus antecedentes académicos, él ya es un personaje de historieta. Lo ha conseguido.

Ya nadie podrá imaginar que ese vago tiene algo que ver con alguna organización clandestina de vasta ambición política. Lo único, sin embargo, que se echa de menos en él es su afición por el vino. Pero de esta carencia sospechosa ni aun Estévez pudo disuadirlo.

-Seré un vagabundo original, pero seré un vagabundo abstemio - le habría declarado en forma definitiva.

En MAPA sólo Estévez Morales lo conoce y lo trata. En las reuniones con otros conjurados se le conoce como el Poeta y se respetan sus indicaciones y se acatan sus consejos. La fantasía de los miembros de la organización los lleva a identificarlo con las más variadas personalidades del momento.

Es importante la influencia que el poeta tiene sobre las decisiones políticas y orgánicas que toma Estévez. Es él quien lo convence de abstenerse de actuar durante y después del golpe militar de Septiembre de 1973.

-Nuestra oportunidad -habría afirmado -está con el Poder detrás del poder.

Por indicaciones de Estévez, Gelbs compra un conventillo de catorce casas en la calle Santa Rosa y Bernales se traslada a vivir en una de ellas. Los hombres de MAPA que se reúnen en el lugar lo confunden con un inquilino más. Nadie puede suponer que ese pobre hombre sea el cerebro de nada. Nadie, hasta que el poeta Bernales sufrió la inflamación de la vesícula y Estévez, desesperado, llamó a Lailacar. Afortunadamente para Bernales Lailacar era siquiatra y tuvo que recomendar la presencia de un cirujano. Bernales fue operado en la clínica Las Condes, la Organización no podía jugar con la salud de su conductor ideológico, pero Estévez comprendió el riesgo. No todos los días un indigente es hospitalizado en pieza exclusiva, ni le saca la vesícula Pedro Uribe. *(Peter Jackson)*

Mientras espera el resultado de la operación Estévez piensa en la necesidad de contar con un pequeño y discreto hospital para casos de emergencia. Con Bernales de alta se pone manos a la obra y aconsejado por Lailacar y por Gelbs decide comprar la clínica Chicago, quebrada y en liquidación. Había que remozarla y dotarla de una infraestructura técnica adecuada. Contrata, pues, los servicios de una firma de arquitectos y a una consultoría médica. Por esa época Bau-

tista B. era asesor de 'Javier Prieto, Arquitectos Asociados' y aceptó el encargo.

Sin pretender ponderar con exceso las cualidades de B., es necesario aclarar que él se asustó de inmediato. Supo de MAPA de manera instantánea y del pensamiento del poeta Bernales. Era obvio que su teoría introducía un elemento de incertidumbre en el inexorable destino que sufrirían los regímenes militares de América Latina.

Bautista se dio cuenta que Bernales era un pensador coherente un militante fanático y que tenía un apoyo económico y militar incondicional y poderoso.

Se dedicó con extremo cuidado a proyectar la arquitectura de la clínica Chicago buscando los mayores antecedentes y el tiempo necesario para su estudio.

Y descubrió el 'Opúsculo' de Bernales el día en que habilitó la biblioteca y sugirió a Estévez y a Lailacar de dotarla de las revistas más modernas y de los libros más conocidos. Porque entre los volúmenes que donó Estévez venía ese escrito, encuadernado con hilo y numerado. Estaba impreso en papel ordinario, letra cursiva y en él el poeta develaba la existencia, la doctrina, los objetivos y la trayectoria de una organización llamada Manifestación Paralela.

Más tarde se supo que ese era uno de los quince ejemplares editados, de los cuales sólo se conservan dos en el archivo de documentos para el estudio de la Guerra Civil.

Bautista no era un analista político, era un disidente y nunca se interesó por las contingencias ciudadanas más que lo que le exigía su conciencia civil. Desorientado, cuando tuvo acceso al opúsculo, se confundió. Disueltos los partidos políticos después del golpe del general, no podía acercarse a los líderes opositores sin arriesgarse a una burla destemplada. No tenía, tampoco, contacto con otros hombres que abrían espacios en organizaciones de fachada ni se atrevió a buscar a los que luchaban en la clandestinidad. Bautista B. no se descorazonó. Con la fotocopia del Opúsculo (que había devuelto al interior del voluminoso 'Tratado

de Trincheras y Gases Penetrantes' donde Estévez lo había ocultado) intentó dialogar con dirigentes gremiales y jefes políticos centristas.

El general tambaleaba. El sistema económico elegido había fracasado y las posibles soluciones estaban saturadas. Bautista sabía que a medida que las alternativas se agotaban, la viabilidad de MAPA se acrecentaba. Y cuando ya había logrado una entrevista con el Presidente del Colegio Médico y con el Secretario de la Asociación de Empleados Fiscales, lo descubrieron.

De nuevo el apotegma de Adrián Leonardo. Porque qué otra cosa que una coincidencia el hecho de que Estévez Morales haya sido elegido, en esos días, para dictar un curso sobre el asalto a las trincheras por las tropas francesas en el invierno de 1915. Y la bibliografía obligada era el mencionado 'Tratado...' del venezolano Eslabón Monardes. (Eslabón Monardes no era un militar, era un biólogo nacido en Caracas a fines del siglo pasado. Su pasión fue el estudio de una especie de hormigas que existe en la vertiente oriental de los Andes venezolanos. El 'formicus trincheratogenum' es un insecto que excava trincheras para defenderse de sus depredadores naturales, una voraz langosta, y secreta una hormona visible y hedionda que inunda las diminutas fortificaciones con las que desbroza miles de ricas hectáreas de cafetales. Monardes no logró exterminar la plaga, pero escribió el estudio más acabado sobre trincherismo disponible durante la primera guerra mundial. Es cierto aquello de que el general Bastionne ocupó las primeras posiciones alemanas en la línea del Rin valiéndose de las enseñanzas del científico venezolano.) Al tomar entre sus manos el 'Opúsculo', Estévez se dio cuenta que había sido reproducido. Tenía experiencia en traiciones y soplones. No desconfió de Bernales, de Gelbs ni de Lailacar y su instinto lo hizo dirigir sus sospechas hacia Bautista.

Javier Prieto salvó la vida de B.

-Ese oficial -le dijo una mañana -Estévez creo que se llama, ha estado preguntando por tí desde ayer.

Estévez nunca se había preocupado demasiado por la marcha de los trabajos de la clínica Chicago y Bautista ya estaba suficientemente sensibilizado por el miedo.

Sin quererlo Bautista, en su huída de MAPA, empezó a buscar a quien tuviera valor de dar a conocer la existencia de esa organización. Y siguió, con iguales resultados, el camino editorial del poeta Bernales. Eso lo obligó a dejar rastros que no pasaron inadvertidos a los agentes de Estévez.

Sin embargo no quiso reconocer la peligrosidad de sus perseguidores y siguió viviendo en su casa en el Arrayán.

Una noche, en la que regresaba después de participar como jurado en la bienal de escultura convocada por el colegio de arquitectos, notó en los ojos de su perro, Héctor, el desamparo que precede a la muerte. Bautista corrió hacia el interior de la casa y revisó el plato donde comía el animal. Descubrió las espinas de pescado y se inclinó a acariciar la cabeza del perro.

Bautista, entonces, hizo dos reflexiones, una verdadera y otra falsa. La primera, que MAPA conocía hasta los menores detalles de su vida y que, como advertencia, habían dado de comer pescado a Héctor, el cual (y eso era una excentricidad de Héctor) era fatalmente alérgico a ellos. Y la segunda, que los responsables de la seguridad en MAPA habían decidido, con el envenenamiento, otorgarle el beneficio de una oportunidad.

Preparó un litro de leche con bicarbonato y trató de hacer vomitar a Héctor. Lo consiguió a medias. Después lo hizo tragar un vermífugo y lo mandó echarse, arropado, encima del sillón del escritorio. Llamó a un veterinario y fue a la cocina a tomar la cerveza de siempre. Abrió el refrigerador y sacó un tarro frío y pesado. (Bautista reconocería, más tarde, que el peso del tarro le había llamado la atención, pero que lo había atribuido a la eventual congelación de la cerveza en su interior.) Levantó la argolla de la tapa y en el instante en que iba a tirar de ella sintió un dolor penetrante en el talón. Miró su pie y perplejo descubrió a Héctor, moribundo, con sus colmillos hundidos en el zapato. Pensó que había enloquecido y que los mapistas le habían inoculado un virus violento y apresurado y que él sería víctima de la misma rabia.

Todas sus inquietudes se interrumpieron al dejar el tarro sobre el aparador porque explotó casi de inmediato. Bautista se había alcanzado a agachar tratando de desencajar los dientes de Héctor.

tor y la detonación le pasó por encima, quebró el reloj de cuarzo de la pared contraria, rebotó en el anaquel e hizo añicos la porcelana de Bohemia, se coló por la campana de la cocina y desmigajó los azulejos y finalmente impactó al hombre y a su perro arrojándolos encima de la puerta de alambre del patio de la cocina. Héctor ya estaba muerto, su mandíbula floja atrapada en el calcetín de Bautista, que obnubilado trataba de tomar conciencia de lo que había pasado.

Bautista no tardó en recuperarse. Se dio tiempo para enterrar a Héctor y mientras lo hacía se convenció que su vida era incompatible con la presencia de MAPA.

Entonces se acordó de su amigo editor y lo buscó durante tres días y tres noches. Lo encontró comiendo ravioles en un restorán italiano acompañado por una hermosa muchacha. No dejó de sentir culpa por su acción, pero percibía lo estéril de su soledad.

VI.-

Después de terminar de leer me sucedió lo que con mucha frecuencia me estaba sucediendo. Me dio sed. Y era lunes y en las mañanas de los lunes solía practicar la abstinencia Milena había despertado y estaba hojeando la breve entrega de B. Me fui a la cocina y saqué una cerveza.

-No me gusta andar repitiendo roles -Milena levantó la cabeza -pero a esta hora es más saludable tomar jugo de naranja.

A mi tampoco me gusta repetir roles. No le contesté. A Catorce, por supuesto, la habría mandado a la mierda.

Tomé directamente del tarro y pronto recuperé el bienestar propio de los viernes en la tarde. Primera señal de alcoholismo, me imagino.

-Tenemos que despertarlos -dijo Milena señalando el dormitorio y dejando a B. en el suelo.

-¿Alguna conclusión importante?

-Estoy perdiendo interés en ser personaje en la historia de Bautista.

-Comunicaselo a Simón -dije.

Milena se levantó y se acercó a la puerta.

-No quiero despertarlos.

-Hay razones suficientes.

Abrió la puerta.

Estaban durmiendo. Simón con su desnudez monumental y Catorce atravesada en la cama con su pelo desparramado en los muslos del cachalote. Debo decir que no me importó. Catorce no me convenía, eso saltaba a la vista, a la vista de quien como yo creyó, alguna vez, que su entrega era signo de fidelidad. Nadie podría pintar un cuadro más impresionista y con un dedo le hice un gesto a Milena.

-Que no te baje la onda pornográfica -me dijo.

-¿Habías visto en vivo y en directo un cuadro de Bruno Carnevali? Sólo él era capaz de pintar un fauno gordo y borracho como es

-¿Estarán vivos?

Más adelante me enteré que Milena, bajo ciertas circunstancias, ve la desgracia por todas partes. Me acerqué a Simón. Respiraba tranquilo, con el ritmo monótono del sueño matinal. Catorce debió intuir mi mirada, porque con un movimiento instintivo se tapó con la sábana.

Por fortuna sonó el timbre. La escena era bastante surrealista. Simón y Catorce despertaron, no hicieron cuestión de su falta de ropa, que por lo demás era bastante lógica, ni de nuestra presencia. Nos dieron los buenos días con mucha soltura y ella se sentó en la cama y estiró los brazos. Sus pequeños pezones se irguieron y se tiñeron de un un color rosado y saludable. Milena se dio vuelta.

-Mejor voy a abrir la puerta -dijo.

Yo salí con ella y cerré la puerta.

-Por lo menos vístanse -dije despidiéndome.

Era el mayordomo. Quedó paralojizado, Milena estaba apenas envuelta en una toalla y lo miraba como quien mira al perro que viene con el diario en el hocico.

-Hay toque de queda -murmuró -no se puede salir a la calle.

El hombre se quedó de pie, dando la espalda al patio de los arcos del edificio, sus ojos desplegados como globos de plástico, trataba de abarcar y contener para siempre el desconocido e inalcanzable cuerpo de Milena. Y no perdió la inmovilidad hasta que apareció Simón. Lanoso, con la radio portátil en una mano y un vaso de vino en la otra, el sexo balanceándose entre las piernas y con Catorce colgada de un brazo.

Fue más de lo que el pobre hombre podía soportar. Sus pupilas se abrieron como la seda negra de un paraguas y se desplomó sobre las baldosas españolas del corredor.

-Yo sabía que era un romántico -dije.

Catorce se enojó. Se inclinó sobre el mayordomo y puso su oreja en su pecho.

-Llévemolo para adentro -ordenó.

Lo recostamos en el sillón y Simón le acercó el vaso de vino a las narices.

-Esto parece una casa de putas -dije -mejor se visten antes de que nos allanen

-¿De cuándo acá las putas andan en pelotas?-protestó Milena.

-Es un sentir popular -contesté.

-A lo mejor cayó el general -dijo Simón mostrando la radio.

Pero no me hicieron caso. Yo tengo el sentido de autocrítica bastante desarrollado y aunque mi ropa estaba arrugada, seguía siendo el único que estaba vestido. Sin preocuparse más del mayordomo los tres se sentaron frente al televisor. Daban noticias y ellas eran espectaculares. El general había ordenado movilización y toque de queda en todo el país. El locutor pedía tranquilidad y confianza, siempre lo hacía, y aseguraba, también siempre aseguraba, que todo estaba bajo control, anticipando que diez minutos después se iba a dirigir al país el Secretario General de Gobierno.

-Mientras -dijo Milena -prepararé café.

Y los nudistas aprovecharon la pausa, con música clásica, para disimular un poco la piel. Simón encontró, a la pasada, una botella de aguardiente de Puchuncoaví y cuando en las pantallas apareció el general Galleguillos (1) todos teníamos una taza de café en las manos. La de Simón y la mía llenas del aguardiente.

-Preocúpate cuando se pase a la anfetamina -le dijo Catorce a Milena mirando mi taza.

-Y tu relájate -le contestó Milena -que a Simón no le queda tanto hígado como para eso.

Se iban a poner a pelear. Y por mí. En tiempos distintos me habría dado mucha risa, pero ahora me daba pena. Galleguillos ya iniciaba su discurso.

"El Supremo Gobierno -decía -lamenta los luctuosos acontecimientos de esta madrugada. El Supremo Gobierno no puede claudicar ni claudicará en la aplicación de los principios doctrinarios que motivaron el glorioso pronunciamiento del Once de Setiembre. No obstante lo anterior y con el propósito de evitar el enfrentamiento con una minoría obcecada, aceptó un parlamento sin condiciones. A las 21.30 horas de ayer y con instrucciones precisas de S.E. el Presidente de la República, el señor Ministro de Hacienda y el edecán Naval acudieron al Regimiento de Panguipulli. Su misión específica, convencer a los oficiales responsables de la insania de su
(1)Consultar: Diccionario Biográfico de la Represión.

proceder, de la responsabilidad que provoca la traición y recordarles el inviolable juramento a la patria y a sus jefes...

...Los señores oficiales de las guarniciones de Calama, Juan Soldado, Quillota, Rengo, Panguipulli y Ancud ahí presentes resignaron, al fin, la insubordinación y reiteraron su fe incommovible en el destino de Chile y en la unidad inquebrantable del ejército y de las fuerzas armadas. Los señores oficiales, junto con reconocer el frustrado intento se han comprometido a desenmascarar a los elementos que los impulsaran a tan temeraria como inútil acción. El Supremo Gobierno fiel a la tradición de obediencia y jerarquía ha debido aceptar la renuncia a los cargos y grados militares de los señores ex oficiales de las guarniciones mencionadas. Ellos, convencidos del espíritu de reconciliación que anima al Presidente de la República, han hecho entrega de sus sables, armas de servicio, pendones y presillas y se han puesto a disposición del oficial superior encargado de llevar adelante el sumario correspondiente...

...El ejército de Chile, su jefe máximo el Presidente de la República y el pueblo todo está hoy, no obstante, de duelo...

...A las 05.30 horas de hoy y en circunstancias en que el helicóptero Skyguard, matrícula KOL - 213 de registros del Ala de Vuelo del regimiento Guardia Vieja de Los Andes, transportaba a la capital al señor Ministro de Hacienda y a los señores ex comandantes de las guarniciones de Calama, Juan Soldado, Quillota, Rengo y Ancud, se produjo, por causas que ya se investigan, un doloroso accidente...

...Es un triste deber comunicar a la ciudadanía que el aparato se precipitó a tierra sobre los potreros del fundo Laupán de Paine incendiándose posteriormente. Las patrullas que fueron despachadas de inmediato al sitio del siniestro no han informado de sobrevivientes...

...Rubricando el espíritu del Supremo Gobierno en el sentido de fortalecer la paz interna, indispensable en estos aciagos días, es que Su Excelencia el Presidente de la República ha hecho llegar a los familiares de las víctimas su pésame personal y ha solicitado, al fiscal general del ejército, el sobreseimiento póstumo de los señores oficiales que presuntamente vulneraron normas disciplinarias de

la Institución...

Cuando Galleguillos terminó, televisión Nacional lo reemplazó con rapidez por un aviso de café en polvo. Yo detesto los sucedáneos, pero después de Galleguillos soy capaz de comerlo a cucharadas.

-Brillante -comentó Simón.

-Me falta uno -dijo Milena.

-¿Qué falta? -preguntó Catorce.

-Dijo que en el helicóptero iban sólo cinco ex comandantes, no nombró al de Panguipulli.

-Es astuto el general -dije -se deshizo de cinco golpistas y del ministro de Hacienda.

-¿El general?, y por qué, si ya los tenía atrapado.

-Elimina culpables, culpables de subversión y del desastre económico.

Simón dejó la taza con aguardiente en el suelo y junto las manos.

-Ese helicóptero pesaba mucho -dijo.

-Así se le van a agotar los culpables demasiado pronto -dijo Milena.

-Antes se le terminan los helicópteros -Simón recuperó la taza.

-Y para que no pierdas el hilo de la historia -dije alcanzándole el último manuscrito de B. -entretente con esto.

Mientras Simón y Catorce se enfrascaban en su lectura, el mayor domo recuperó los sentidos, se frotó la cara en un extraño movimiento felino, comprobó que la desnudez de sus inquilinos no había sido más que un sueño erótico, dio unas gracias ténues y avergonzadas y se fue.

Al cabo de un rato Simón arrojó los papeles y se rascó la coronilla.

-Bautista se ha puesto un tanto excéntrico -dijo -ahora se metió dentro de su propio cuento.

-Me imagino que el amigo editor y la hermosa muchacha somos nosotros -adivinó Catorce.

-Si no fuera porque a tí te han atacado dos veces, pensaría que todo esto es una mentira o una broma -me dijo Milena.

-Quisiera conocer el contenido de ese Opúsculo de Bernales -Si Simón llenó la taza con aguardiente.

-Hay una cosa inédita en este asunto de MAPA -dijo -porque siempre se ha acusado a los civiles de infiltrar a las fuerzas armadas y ahora sucede que son las fuerzas armadas las que se infiltran a si mismas.

-Eso encierra un contrasentido -Simón se estaba enjuagando la boca con el aguardiente -si alegan ser quienes sustentan al gobierno militar, la Fuerza detrás de la fuerza y si ellos han participado del intento de los seis Mayores, a quién se supone que van a apoyar si cae el general...

-No hay contradicción -reaccioné -pienso que la clave está en el Opúsculo..., si leemos con cuidado a B. veremos que Estévez Morales es majadero en una cosa, que MAPA no es alternativa de poder..., ¿podremos creerle?...a lo mejor así lo fue al principio, pero ya han cambiado, no los creo tan originales.

-Es razonable -dijo Simón.

-Y hay otra cosa -continué -y se trata del levantamiento de Panguipulli, los cinco mayores accidentados estaban infiltrados por el sexto...

-Que de alguna manera no se subió al helicóptero -dijo Catorce.

-Sabes contar -le dijo Milena.

Catorce se puso de pie y sus intenciones no eran sanas.

Simón la apaciguó.

-Yo tampoco era bueno para las matemáticas -dijo.

-Eso me queda claro -Milena empezaba a comprender -si el complot triunfaba, MAPA estaba adentro, si fracasaba iba a conocer los mecanismos de defensa del general.

-Lo que no me queda claro es lo que vamos a hacer -Catorce miraba Milena.

-Mientras B. persista en creernos los redentores de la democracia, no tenemos alternativa...,MAPA seguirá encima de nosotros.

-Yo creo que hay que avisarle al general -dijo Milena.

Simón escupió el aguardiente que tenía en la boca. Milena, sin embargo, podía tener razón.

-Quiero comer algo -pidió Simón.

-Hay que esperar que se levante el toque de queda -Catorce miró el reloj -ya no queda nada en la cocina.

-¿Fideos? - Simón había perdido la vergüenza.

-No disocies -dijo Milena -al general también le gustaría dar un toque final a MAPA.

-Si es que sabe que existe.

-¿Qué prefieren...? -insistió Milena -¿...al general o a Bernales o Estévez o Lailacar...?

-No es cuestión de preferencias, ahora -dijo Catorce.

Aún no decidíamos nuestra conducta próxima cuando sonó el teléfono. Era para mí. Llamaba Loreto. Debía velar por el bienestar de mis empleados así que hablé con ella.

-Estamos encerrados, hay patrullas en todas partes.

-¿Con Gustavo?

-Si, con él.

-¿Qué hacen en la editorial?

-Como todos los lunes vinimos a trabajar..., el toque de queda...

-No pago horas extraordinarias.

-Pero..., estamos en horario de trabajo...

-Ya no, les doy el día libre..., pueden regresar a sus casas.

-¿Cómo?..., nos llevarán presos.

-¿Hay alguien más con Uds.?

-Nosotros dos.

-Que rico...

-...

-¿Tienen café?

-Si, si hay.

-No se lo tomen todo.

-...

-Iré en cuanto se levante el toque.

-Recibimos un sobre para Ud.

-¿Un sobre?

-Hace un rato, pasó un motociclista, creímos que era de carabinieri y lo tiró por una ventana.

-¿Quebró algún vidrio?

-Uno chico, pensamos que era una bomba..., Ud. sabe...

-¿Qué cosa?

-Bueno, todo lo que le ha pasado...

-A mí no me ha pasado nada.

-...

-¿Está cerrado?

-...

-El sobre, ¿está cerrado?

-El sobre..., si con tela adhesiva.

-Con scotch.

-No, con esa que venden en las farmacias.

-¿Lo abrieron?

-¿Abrirlo...?, pero si viene dirigido a Ud.

-Por eso mismo.

Se produjo un silencio largo y luego la voz de Gustavo.

-Ha ofendido a Loreto...

-Vamos Gustavo, siempre...

-Me confunde Ud., hemos sido leales y...

-¿Dónde está el sobre?

-En el suelo, en el mismo lugar donde cayó.

-No lo toquen, puede ser peligroso.

-Pero...

-En cualquier momento llego por allá.

-Quisiera...

Corté.

-Bautista hizo otra entrega -anuncié.

-¿En la editorial? -preguntó Simón.

-Hay que ir a buscarla -dijo Catorce.

-Ya lo sé -dije.

Y no permití discusiones. Era el que mejor conocía Santiago. No desconocía ningún recoveco ni calle ciega. Además me gustan las ciudades vacías. También las llenas. Nunca he sufrido con las aglomeraciones, ni por los tacos de automóviles, ni siquiera con el smog. Me atraen los edificios altos, grises, que chorrean humedad y hollín. Respiro bien en los pasajes llenos por el comercio. Los gritos de los comerciantes ambulantes son música para mí. Soy hombre urbano que conozco todos los ruidos y las sombras de la ciudad. No me extraviaría en Buenos Aires ni en Nueva York. No le tengo mie-

do a los ciegos que venden barbitas en los subterráneos ni a los voceadores del diario oficial. Me divierten los locos que saltan en las esquinas con la biblia en la mano y estímulo la paciencia de los mendigos lanzándoles una moneda. En el campo, en cambio, estoy perdido. Detesto el movimiento inútil del mar y me aburre el murmullo de las hojas y el aroma de las flores. Me afirmo bien en el asfalto y en los adoquines y me tropiezo en la hierba o en la gravilla. Me seduce el olor picante de las fritangerías y reconozco la presencia de un bar clandestino por la luz que destilan sus ventanas cerradas. Evito el amanecer y el atardecer en la montaña o en la playa. Me cansan los colores apastelados, repetidos e ingenuos del crepúsculo. Prefiero la fantasía de un letrero de neón o los contrastes luminosos de un tarro de Coca Cola en un montón de basura. Prefiero, también, el silencio falso de una gran ciudad dormida al rumor inespecífico y primitivo del campo. No soporto, tampoco, los términos medios de pequeños pueblos y balnearios:

Santiago es, sin duda, una buena ciudad.

Me puse una camisa de lana gruesa y un impermeable.

-Por qué no esperas que oscurezca -pidió Milena.

No era una mala idea.

Comimos fideos, Simón se tomó el vino y nos quedamos, casi sin hablar, frente al televisor. A las cinco de la tarde yo me moví de nuevo.

A las seis hay cambio de guardia y los soldados encargados de vigilar el cumplimiento del toque de queda están preocupados del relevo y del rancho. Hubo bastante simpatía en mi despedida y hasta Simón, que estaba bastante borracho se emocionó.

-Que te vaya bien -dijo abrazándome.

Yo iba decidido a no darle en el gusto y llegar vivo a la editorial.

-Los llamaré en cuanto llegue -dije cerrando la puerta.

No hay nada más excitante para mí que una ciudad desierta. Si además se está llenando de sombras y el silencio permite oír el vaivén de persianas o el chirriar de los cables eléctricos, entonces el estímulo crece. Me imagino que a los soldaditos todo esto debe

provocarles algún miedo. Y un hombre solo en la calle bien les sirve para conjurarlo. Un balazo por la espalda, la confluencia de varias patrullas, el levantamiento del cadáver del extremista, esto les llena el vacío, les ahuyenta el pánico inducido por la ciudad desierta.

Caminé por la avenida Macul hasta Grecia. Amparado por la sombra que proyectaban los acacios, no ví ningún grupo policial. Grecia es una calle abierta que corre de oriente a poniente. A medio camino da una curva amplia y desemboca en la avenida Matta. Es un barrio de clase media y de árabes enriquecidos. Sus casas están llenas de perros y de cardenales. Es uno de los lugares más terribles de Santiago. A ella dan el Estadio Nacional que fue la cárcel más grande que ha existido en el mundo y por ella bajé sabiendo que hasta los oficiales del ejército le hacen el quite. Una hora demoré hasta la entrada de Matta. Me detuve a treinta metros de una patrulla de carabineros. Se aprestaban al cambio horario. Había oscurecido por completo y las ampolletas del alumbrado público daban un luz insignificante. Me escabullí pegado a los muros del laboratorio Recalcine y preferí la avenida Vicuña Mackenna. Había empezado a llover y los carabineros se intercambiaban fusiles y contraseñas. Caminé hacia el norte y en Rancagua doblé hacia el poniente. Era un toque de queda más bien flexible. Poca vigilancia. Evité la Posta Central, por razones obvias y el hospital de la Universidad Católica. A las siete y media estaba junto a la puerta de la editorial.

Tuve el cuidado de golpear la puerta. Aunque había avisado mi llegada no quería sorprender a Gustavo y a Loreto en juegos inconvenientes. Reconozco que las oficinas no ofrecen muchas comodidades como para que Loreto se tendiera y abriera las piernas y también es posible que Gustavo, por una especie de deformación profesional, padeciera de cierta impotencia en ese sitio. Sin embargo uno nunca puede estar seguro.

Como no abrían la puerta, introduje la llave en la cerradura. La puerta se abrió sola y mi fantasía floreció. No quería más muertos, además no tenía para pagar funerales a mis empleados ni tenía sus imposiciones al día lo que, indefectiblemente me acarrearía pro-

blemas con el ministerio del Trabajo.

Pero estaban vivos, uno frente al otro, mirándose a los ojos.

Loreto se dio cuenta primero que yo había entrado.

-¿Cómo ha llegado? -preguntó perpleja, sin moverse.

-Caminando.

Gustavo se ajustó sus anteojos en la nariz. Tenía la corbata correctamente anudada. Siempre era así. Gustavo y la perfección de su corbata eran la misma cosa, como el caballo y el conquistador. Por un instante me pareció ver a Gustavo con sus pantalones negros ciñéndole las rodillas, encaramado sobre Loreto, que con el vestido de lana abierto y los muslos flojos gozaba más con la cosquilla de la corbata en el ombligo que con su penetración.

Me reí.

-¿Hay algo gracioso? -preguntó Gustavo.

Yo tolero bien, después de todo, las insolencias.

-Quiero ver el sobre.

Gustavo estiró un brazo.

-Cayó en el patio del estacionamiento -dijo.

El sobre estaba intacto. Lo abrí y me senté de espaldas a Gustavo y Loreto y me olvidé de su existencia hasta que ella me sirvió un café caliente. Aproveché la pausa para llamar al departamento de Catorce.

-Mejor te quedas ahí hasta mañana -me aconsejó Milena.

-Si, puede ser peligroso salir a la calle.

-Te tengo una noticia.

-Ya la sé, esta noche la van a pasar en la cama los tres.

-Hay una botella de pisco en el cuarto cajón del archivo, detrás de la letra R, imbécil.

Y cortó. Como se habrá comprobado yo soy una persona con una rara cualidad: soy capaz de arruinar la relación afectiva más maravillosa. Dejo que hombres como Simón me cambien la mercadería y no digo nada y cuando me pongo nervioso insulto por teléfono a quien estoy empezando a querer. Ha sido una constante en mi vida. Cuando tenía siete años empujé a Julita, que fue mi primer amor, contra la pileta de agua y le partí sus dos hermosas paletas. A los nueve, yo pololeaba con Maritza, considerada una de las chiquillas más bo-

nititas del liceo, me convencieron para que le metiera un sapo en el bolsón de sus libros. A los catorce, ya estaba a punto de declararme a María Cecilia, me echaron del liceo y su padre me prohibió verla. A los dieciocho tuve un amor estupendo; estupendo hasta que el maldito cojo Belisario, que se decía amigo mío, me sugirió experimentar con Paulina (que así se llamaba) un par de perversiones. Paulina, como era de esperar, salió corriendo despavorida y nunca más la volví a ver. Paulina, tenía diecisiete y era fresca y liviana como el viento que juega en las plazas de Santiago en la primavera. Belisario, hijo de puta. Con mi mujer debo haberlo echado a pique yo. Con Catorce, bueno, Milena es una compensación, pero Catorce...

Llamé de vuelta y de inmediato respondió el teléfono Catorce.

-Que héroe tan desagradable -dijo y también colgó.

Llamé de nuevo y pude hablar con Simón.

-Están ofendidas -dijo.

-¿Cómo está tu escápula -pregunté.

-Duele -su voz estaba sobria -¿qué dice B?

-Estamos hablando por teléfono.

-Aparécete por aquí.

-Cuida a las mujeres.

-Nada les pasará conmigo.

Cortamos. Yo quedé con una apreciación distinta acerca de ese 'nada', pero preferí no insistir. Me levanté del cojín desde donde había hablado y abrí la gaveta del archivo. Efectivamente había una botella de un buen pisco de treinta y cinco grados. Gustavo y Loreto no dejaban de mirarme. Desenrosqué la tapa y empiné la botella en un trago largo.

-Con esto ya no tendrán dudas sobre el estado de mi hígado -le dije alcanzándole la botella a Gustavo.

-No bebo en horas de oficina.

Yo miré el reloj de la pared.

-Ya no es hora de trabajo y creo haber dicho, muchas veces, que esta editorial no paga horas extras.

Gustavo aceptó la botella y bebió con timidez. Loreto dio vuelta la cabeza, amurrada.

-Un par de tragos no le hacen mal a nadie.

-El es padre de familia -dijo Loreto.

Elegí interrumpir el melodrama. Bautista estaba más interesante. Gasté la noche en estudiar los documentos acumulados y a tomarme la botella con sorbos pequeños. Gustavo y Loreto se durmieron acurrucados en el único sillón. Consideraban a mi alcoholismo una defensa contra la divulgación de su adulterio. No dejaban de tener razón.

El toque de queda fue levantado a las ocho de la mañana. Loreto se ofreció para comprar pan y preparar desayuno. Les di el día libre. Yo tenía náuseas.

Después de leer a B. me sentía igual que el perro que trata de morderse la cola. Tenía la impresión de que mi cordura estaba próxima a una catástrofe. O que mi amigo el escultor estaba loco.

Diccionario Biográfico de la Represión.

Epoca: 1969 - 1979.

Episodio: Manifestación Paralela.

Categoría del Personaje: Ut. (1)

Información obtenida en: P.D.A. II, by Apple y en la C.Ch.P., A.G. (2)

Síntesis biográfica y notas de:

"...Bellavista, Bruno. Nació en Valparaíso el 16 de Noviembre de 1940. Hijo póstumo de Bruno Bellavista, Artillero Mayor de la Armada y de Carmen Rosa, florista de la pérgola de las flores de la plaza Victoria. Estudios primarios y secundarios en el liceo Rivas Walker de Cerro Alegre. En 1959 ingresa al Instituto Heisemberg de Análisis de Sistemas y Computación en Viña del Mar. En dos años recibe el título de digitador y programador y recibe una beca del mismo Instituto para estudiar Análisis de Sistemas en la Universidad Técnica de Valparaíso. Egresó en 1966 recibiendo el premio Andrónico Capelius instituido en honor del bizantino descubridor del ábaco llamado camaldulense. En 1967 es aceptado en la administración pública. En 1968 es jefe de sección en el Servicio de Impuestos Internos. Ese año presenta su primer trabajo a la revista 'Computation Review', editada en Stanford acerca de las máquinas autoalimentadas. Es publicado siete meses después en la separata reservada a títulos de ciencia ficción. Se sabe que ese año consulta a un psicoanalista. En febrero de 1969 es transferido al ministerio del Interior y de ahí al Registro Nacional de Identificación que acaba de adquirir un moderno computador. Ese año envía una segunda monografía a

(1) Ut.: Utilizado.

(2) P.D.A.: Procesadora de Datos Autoprogramable. C.Ch.P., A.G.: Confederación Chilena de Programadores de Computación, Asociación Gremial.

...Stanford conteniendo un diseño original y lógico para el diseño
...de una computadora autoprogramable. No recibe respuesta ni es pu-
...blicado su artículo. En 1970 es encargado por el Gobierno Popular
...de organizar una estructura viable a una empresa nacional de com-
...putación, la cual sería el gérmen de ECOM. En 1972 es involucra-
...do en un escándalo con homosexuales de la oposición debiendo re-
...nunciar a su cargo público. La última vez que se lo ve, es asis-
...tente de matemáticas en una academia de recuperación de cursos de
...humanidades.

...Actualmente puede encontrarse: Podría haberse suicidado al enterar
...se que David Herbert Jocylanski había obtenido el premio Fermi de
...Computación al plagiarle su monografía. (Jocylanski era el editor
...de 'Computation Review' en Stanford y el premio consistía en casi
...150.000 dólares) Víctima de Arno Klebschko transformado en el
...suplementero del quiosco de Curacaví. Como digitador de alguna em-
...presa de computación en España.

"Notas a la Síntesis Biográfica de Bruno Bellavista". (De las que no será difícil deducir que la Inteligencia no aleja a la Mala Suerte.)

Bruno Bellavista jamás se sacó un premio en una rifa. Ya desde niño odiaba participar en concursos, rifas o kermeses. Había nacido un día 16, pero ese 16 correspondía a un 13 en los calendarios chino, hindú, árabe y a un martes 13 en los antiguos calendarios anubios y en el de Maese Elberg (el renombrado médico renacentista alemán) ese 16 de noviembre aparecía como propicio para tomar el eneldo carminativo. Además esa fecha correspondía a día de gran penitencia según creencias de la baja mesopotamia y, aún peor, según afirmaban los machis araucanos de la rivera sur del Bio Bio, ese era el día del Gran Hueco, en el que nadie debía nacer pues era el día previo al día en que todo había sido creado.

Por eso Bruno aceptaba los boletos con los números para los sorteos sin ninguna convicción.

Y no quiso seguir investigando sobre las ominosas señales de ese 16 de noviembre. Le bastaba saber que ya estaba marcado y que nada evitaría que la mala suerte se ensañara con él en el curso de su vida.

Y en cierto modo Bellavista tenía razón.

Tampoco podía ignorar que todo aquello tenía alguna impregnación hereditaria. A su padre también le había sido esquiva la fortuna. Cuando recién había terminado el curso de artillería en la escuela de suboficiales de la armada, fue transferido, aun con el título de Artillero, a las cocinas de la barcaza Puelche. El, que había soñado desde pequeño con ser pirata, pero que bien plantado en la realidad señalada por su padre, obrero gráfico, sabía imposible eligió esperanzado los cañones de la Armada, terminaba deshueizando duraznos y rayando zanahorias en la panza de un buque de desembarco.

Los estudios hechos por Bruno acerca de los astros de su padre habían sido, de la misma manera, desfavorables. El había nacido un 7 de Agosto, el único día en que no había salido el sol du-

rante la prolongada dinastía Ahoa (aquella de las islas meridionales del archipiélago Han) la más dilatada conocida en la historia. Además el mismo siete de Agosto había ocurrido el único fusilamiento cuádruple reconocido por la justicia chilena.

E investigando más atrás, aprovechando los terminales de computación a los que tenía acceso, Bruno Bellavista había descubierto, aterrorizado, que su bisabuelo, que también se llamaba Bruno, había muerto el mismo día y a la misma hora en que había nacido: un veintisiete de Junio y es bien sabido, desde los tiempos de la historia del Califa Cautivo, que quienes descienden de hombres que mueren el mismo día en que han nacido, son portadores del Destino Anular. (Se conoce con el nombre de Califa Cautivo a Abu Nasdr El Un, jefe del califato de Bunata en los albores del siglo II de la Era. Nasdr El Un nació un festivo día 4 de Abril según el calendario cristiano y le fue revelada la fecha de su muerte por un nigromante andaluz el día de su décimo cumpleaños. Se lo dijo a través de sus barbas rizadas mientras le mostraba la jaula con la maravilla conocida como el Pequeño Hombre de Larga Cola y mientras le daba de probar el maravilloso dulce eterno hecho con la secreción del tronco de un árbol remoto. El niño, sin embargo, tuvo que crecer cinco años para comprender el mensaje que, entonces, le entregara el jorguín. Fue en esa fecha, cuando el regente le entregó la ajaraca de jerife y la bolsa con los diez mil meticales. Porque recién sonaron en sus oídos de adolescente jubiloso las palabras agoreras: 'vivirás hasta el mismo día en que naciste cuando llegues a los cincuenta'. Poco después, en la víspera de su matrimonio, El Un quiso desentrañar el significado real de esas palabras. Congregó a los sabios más sabios y más viejos del mundo, pero ninguno pudo decirle más que lo que las palabras decían. Se encerró, entonces, en la torre próxima a la mezquita y envió jinetes en la dirección de los siete vientos. Les ordenó que no regresaran sin el nigromante andaluz o por lo menos sin una señal de él. Al acercarse su vigésimo quinto cumpleaños volvió el primero y único de los jinetes. En la grupa de su viejo caballo no venía, sin embargo, el brujo, sino una cruz hecha con madera de olivo.

-Sólo encontré su tumba -le informó el enviado -y sobre su tu

ba esta cruz y este puñado de huesos.

El Un reunió, otra vez, a los sabios de su tiempo y les mandó que descifrarán los signos escritos en el travesaño de la cruz. Por esos días murió su primogénito y hubo grandes manifestaciones de duelo pero el califa impidió que los sabios interrumpieran su labor. Durante el cuarto Límite de su califato, cuando las ratas invadieron las nagüelas y los hombres y las mujeres enfermaban de fiebres y bubones, murió su segundo hijo. Y aunque el cuarto de los sabios ya estaba repleto de códices y pergaminos no los dejó participar en los festines de las exequias. El Un bajaba todas las mañanas desde su encierro y atormentaba con amenazas a los exégetas que aún no habían podido traducir los signos de la madera. Tiempo después, cuando el califa conjurara la amenaza de los hugones sobre su territorio dictando órdenes militares sumido en sus cojines, empezó a enflaquecer su tercer hijo el que murió, finalmente, en medio de un delirio indescifrable. Una semana después uno de los sabios pidió hablar con El Un y le dijo que los trazos labrados en la cruz no contenían el secreto del nigromante, pero que él, sin duda, lo había descubierto. Y le explicó que las palabras escritas no eran palabras sino los arañazos del animal que acompañaba al andaluz, probablemente un hapárido y que lo que él había querido decirle al adelantarle su muerte era señalarle su destino anular. Y que haciendo los cálculos del nacimiento y la muerte de sus hijos, de sus padres y de los padres de sus padres había llegado a la conclusión que todos ellos morían en la misma fecha en la que habían nacido. Y que la progresión con la que la muerte los acechaba se hacía más rápida con cada heredad y que los nietos de sus nietos, si alcanzaba a tenerlos, morirían antes que él y así hasta el fin de la estirpe. Sabiendo ya inútil mayores consideraciones sobre su futuro Nasdr El Un se encerró en su torre a tejer alfombras con el suave vellón de los corderos Kork y esperó con resignación el arribo de su año número cincuenta. Desde entonces se le ha llamado el Califa Cautivo.)

Utilizando un Data General de quinta generación Bruno Bellavista supo que moriría entre los cuarenta y siete y cincuenta y tres años, un 16 de Noviembre naturalmente. No pudo alimentar a la computadora con información suficiente para lograr una exactitud mayor.

Pero con eso le bastó para calmar la angustia y tratar de organizar su existencia. No contaba con los imponderables y entre ellos con uno que se llamaba Estévez Morales, con quien se topó un infausto, también, 16 de Noviembre.

Por esos días Bellavista ya había teorizado gran parte de su idea acerca de las computadoras autoprogramables y ya trabajaba en el Registro Nacional de Identificación. Era un hombre alto, músculos fuertes, bien vestido. Soltero, había considerado más razonable anticiparse al destino circular de su linaje, vivía solo en un departamento en un octavo piso de la avenida Bulnes. Su piel oscura, sus pómulos levantados y sus ojos amarillos y moteados denunciaban un poco de sangre indígena.

En los días de su cumpleaños Bruno Bellavista pedía un permiso administrativo, corría las cortinas opacas de su piso y se encerraba a estudiar y a jugar con una minicomputadora que el mismo había construido. El 16 de Noviembre de 1969 Bruno Bellavista cometió un error. Vulnerando la norma seguida en los siete años anteriores, y a mediodía, salió a comprar una botella de leche y en la esquina de Bulnes y Tarapacá lo atropellaron. Eran tres hombres en un Dodge azul que con rapidez lo recogieron y lo trasladaron a un centro asistencial. Bruno Bellavista recibió, apenas, rasguños y un hematoma en una rodilla, pero también un ofrecimiento para ocupar su tiempo libre en un trabajo de su especialidad.

-La casualidad lo ha puesto en mi camino -le dijo Estévez Morales al devolverlo a su casa después de ofrecerle todo tipo de compensaciones por el accidente.

Si Bruno Bellavista hubiera conocido la doctrina histórica que hablaba de la causalidad de las coincidencias, habría arrancado a perderse. Pero su dedicación a las ciencias de la computación no le dejaban tiempo para la lectura de humanistas guatemaltecos.

Y aceptó.

Al principio fue un trabajo rutinario y bien pagado. Bruno Bellavista pudo comprarse un Fiat 600 sólo con diseñar un sistema contable para el Club que dirigía ese oficial. No se le pedía más. Las operaciones, es cierto, se fueron haciendo más complejas a medida que aumentaba el número de socios y más aún después que el con-

tador, un alemán de apellido Gelbs, tuviera la ocurrencia de los descuentos por planilla.

Su ingenuidad no lo llevó a sospechar cuando le dijo a Estévez que el gobierno de Allende lo había puesto a la cabeza de lo que sería la Empresa Nacional de Computación y cuando Estévez lo felicitó, estimulándolo.

MAPA, por lo demás, acrecentados sus ingresos, había aceptado una sugerencia suya y había adquirido un computador Daya 90, prototipo de los autoprocesadores fijos. Con él pudo concluir su monografía, aquella que posteriormente plagiaría Jocylanski.

Y su vida fluyó sin alternativas hasta el día en que cumplió 32 años. Como de costumbre no salió a trabajar ni a comprar leche. Descansó en la cama hasta tarde en la mañana y recién se dio cuenta de que no le pasaba nada malo desde hacía mucho tiempo cuando sintió el estruendo en la puerta de entrada del departamento. Salió de la ducha con una toalla envuelta en la cintura y se vio rodeado de cinco o seis agentes de seguridad fuertemente armados. Eran tiempos duros para el gobierno popular, el país había afrontado la huelga más despiadada y extendida de su historia y la inquietud militar se palpaba hasta en el carabinero que dirigía el tráfico.

Bruno Bellavista sólo pidió que lo dejaran vestirse. Lo golpearon en el ascensor y en el vehículo del Servicio de Investigaciones y aunque pidió razones a gritos, sus captores permanecieron callados hasta llegar al cuartel. Ahí lo arrojaron en una celda arratonada y lo dejaron abandonado hasta muy entrada la tarde. Bruno Bellavista rogaba para que pronto pasaran las horas. Estaba seguro que fuera de la influencia maligna de su fecha, todo se transformaría en un tremendo error. No fue así. A medianoche empezaron a interrogarlo sobre hechos y situaciones que ignoraba. Lo acusaron de maricón, huelguista y complotador y lo carearon con personajes extraños, salidos de mundos subterráneos y sórdidos. No lograron sacarle una palabra, él nada sabía. Al amanecer pusieron entre sus manos una escudilla con media marraqueta y un arroz grumoso. Ya se había decidido a cucharearlo cuando se abrió la puerta de su celda y apareció Estévez Morales.

-No va a ser fácil -le dijo.

-¿Qué no va a ser fácil? -preguntó Bruno dejando el plato con la mazamorra en el suelo.

-Desinvolucrarlo de todo esto.

-¿De qué?

-Del escándalo.

-¿Escándalo?

-Con seguridad ya estará en todos los diarios.

-¿En qué fecha estamos?

-Diecisiete de noviembre.

-Entonces ya pasó todo.

-Todo comienza.

-...

-Necesito colaboración.

-...

-Para sacarlo de aquí.

-¿Qué ha pasado?

-Cálmese, señor Bellavista, vamos a ayudarlo.

Bellavista no alcanzó a arrepentirse de su poca dedicación a la historia. Dos horas después que Estévez Morales saliera del lugar lo sacaron a él. Los faroles estaban encendidos y un crepúsculo cremoso y desagradable caía sobre Santiago. Lo llevaron rápido por calle Teatinos hasta la Alameda y por ahí hasta Bulnes y su casa. Le pidieron con brusquedad que hiciera una maleta con los efectos más indispensables y se lo llevaron por San Diego hacia el sur. Era otro automóvil, otros hombres un trato más deferente. A la altura de Angostura, Bruno Bellavista se durmió.

Nadie extrañó al técnico. Ni Pepe Gómez en su diario Puro Chile le dio mayor importancia al asunto de los homosexuales. Un par de columnas al lado del Huevo de Oro otorgado al Presidente del Colegio Médico informaba de la existencia de una red de maricones y traficantes de marihuana en algunas reparticiones públicas. Se dice que Estévez Morales también se había infiltrado en la prensa oficialista.

Ni tampoco nunca más se supo de él.

Por eso, cuando Bautista B., en el escondite elegido después

de que MAPA se le echara encima, lo vio, no pudo relacionarlo con el brillante analista de sistemas desaparecido tantos años antes. Además había cambiado.

De pie, en el pasillo del hotel para vendedores viajeros de calle San Pablo, balanceándose en el linóleo agujereado por la ceniza de los cigarrillos, Bautista descubrió a quien había tocado a su puerta. Era un jorobadito de ropas anchas y zurcidas, de dentadura empobrecida y cráneo brillante como un cuerno. Llevaba un atado de diarios bajo el brazo y sus ojos, amarillos y salpicados apenas se movían.

-Tengo algo para Ud. -le dijo.

Bautista lo hizo pasar.

El hombre se sentó en el único piso del cuarto, pidió a Bautista que encendiera el globo de vidrio adherido al cielo y desnudó el cordel con el que aseguraba el paquete de diarios. De entre ellos cayó un cuaderno de tapas de cartulina y papel delgado.

-Aquí está la clave de MAPA -dijo recogéndolo.

-¿Por qué a mí? -preguntó Bautista.

-El sentido común de un traidor y yo lo soy, es entregar información al enemigo. Información que haga vulnerable a quien o a que se traicione. Yo traiciono a MAPA, hace años que quiero hacerlo, sólo esperé que estuvieran cerca del triunfo final y ya lo están.

Bautista tomó el cuaderno y lo abrió. Cifras, sólo cifras ordenadas, irrelacionables unas con otras y letras encolumnadas al lado de las cifras.

-Soy incapaz de leer esto -dijo.

-Ud. es incapaz, cualquier computadora monolítica puede hacerlo; necesita un buen programador y una máquina de la serie IBM 3742.

-¿Dónde hay algo así?

-Debe informarle al programador que los datos fueron proporcionados por una autoprogramable con chips de hasta 35.000 bytes.

-Tendré que anotar todo eso.

-Y que no contiene unicamente nombres y fechas, también la viabilidad cronológica de una teoría política.

-¿MAPA?

-El Departamento de Sicología de la Universidad Católica tiene un IBM 3742.

Bautista cerró el cuaderno y se recostó en la cama. Alargó el brazo y abrió el velador. Sacó una botella de ron de Caldas y tomó desde el gollete.

-No he podido salir a comprar otra cosa -se disculpó ofreciéndole al jorobado.

-Cuando traiciono, no tomo.

-Es Ud. un hombre serio.

-No le viene la ironía.

-...

-Tampoco la clandestinidad.

-¿Qué puedo hacer?

-Eso es negocio suyo.

-Ud. puede ayudarme.'

-Ya hice mi parte.

Bellavista se puso de pie.

-Le he entregado información suficiente para hundir a MAPA.

-La pura información no basta.

-Ud. es una persona de gran imaginación.

-Ud. no entra en mi fantasía.

Bellavista se pasó la mano por la calva y luego la examinó desilusionado.

-¿Lo dice por esto...o por mi joroba?

Bautista no se movió.

-Toque -le dijo acercándose -no hay nada artificial. Klebtschko era eficiente y conocía su oficio, lo había practicado hasta el virtuosismo en él. Una ampolla de Fabantol, una fractura vertebral sin compromiso de estructuras nerviosas era un pasatiempo para él. Una pomada abrasiva en la cabeza y una mascara de silicona deshidratante y ya tiene un cráneo pelado y una cara arrugada como globo terráqueo.

-Fue un trabajo perfecto -dijo Bautista retirando la mano del espinazo.

-¿Por qué tanto interés? -Bruno Bellavista olisqueó el ron.

-Es extraño -Bautista se estiró sobre la cama -que lo hayan dejado vivo.

-¿No confía en mi?

-He investigado a MAPA y su sobrevida no calza.

-¿Cuál es su interés?

-Mi abuelo fue boliviano y mi bisabuelo.

-Mi destino anular me salvó.

-Y Ud., ¿cree en eso?

Bellavista dejó la botella sin probar el licor.

-Estoy vivo...¿no...?

Bautista se sentó en la cama.

-¿No habrá perdido el interés? -el jorobado se dirigió a la puerta.

-Estoy pensando en el próximo paso.

-En esos papeles está el último capítulo -Bruno Bellavista la abrió.

-Espero que con un final feliz.

-Si me necesita -cruzó el umbral y salió al pasillo -búsqueme en la plaza de Curacaví..., Klebtschko me transformó en su diarero, el cuento del príncipe y del sapo, pero al revés.

Bautista se quedó solo.

Esperó unos minutos, se levantó y abrió el armario de madera de pino, en un rincón del cuarto. Descolgó un maletín de cuero y en él guardó el cuaderno. Se lavó la cara en el lavatorio adosado bajo la única ventana, echó por el vertedero la mitad del ron de Caldas y salió. Pagó al nochero los dos días adeudados y se metió en la noche. Tenía una curiosidad avasalladora. Quería saber en que se transformaba la teoría de Bernales digerida por un computador. Tomó un taxi y le pidió al chofer que lo llevara hacia el oriente. Lo hizo virar por calles estrechas y desconocidas y cuando estuvo seguro que no la habían seguido le ordenó detenerse. Estaba en la plaza Ñuñoa. Desde ahí caminó las siete cuadras que lo separaban del campo oriente de la Universidad Católica. Eran las once de la noche. El recinto está abierto hacia adelante hacia un patio de piedra y pasto. De él se desprenden las galerías acarpaneladas y

los jardines encuadrados en las salas de clase.

Bautista se ocultó detrás de un árbol y esperó. Los vigilantes privados eran numerosos. Pero ellos estaban preparados para atrapar ladrones, para amedrentar estudiantes y repeler extremistas. El que a alguien se le ocurriera ir a manipular un computador en el medio de la noche no entraba en sus materias de entrenamiento. Y la escuela de Sicología no estaba más custodiada que el decanato, la subversiva Filosofía o la despreciada de Economía. Bautista se coló por las sombras y apenas tuvo que empujar una puerta para encontrarse en la secretaría. Descubrió las luces titilantes del minúsculo pero eficiente IBM 3742 a través de los vidrios esmerilados de la puerta interior.

Se quedó inmóvil. No le iba a ser difícil entregar a la máquina los datos que llevaba. Durante su última estadía en Roma, en el Taller Universitario de Escultura de la Universidad de Roma se había revelado como un experto digitador y programador. A él se le ocurrió, mientras daba clases, meter en una Burroughs las formas abovedadas de aquellas figuras reclinadas que la Sociedad de Seguros Industriales había mandado a esculpir a Henry Moore y emplazar en Turín. Reventó una caja de disquetes antes de que la computadora reconociera que no le iba a ser posible acumular tanta información.

Penetró al recinto después de sacarse los zapatos y se sentó frente a la máquina. Encendió la luz de la consola, abrió el malecón, extendió el documento en la mesa móvil y apretó el primer botón.

Entonces se dio cuenta de que no estaba solo.

VII.-

Era definitivo. O Bautista nos estaba tomando el pelo o se había vuelto loco. Aseguré con pestillos puertas y ventanas de la editorial y busqué un auto. En el departamento de Catorce me esperaban con desayuno. Nos sentamos a la mesa y yo les leí los papeles de B.

-Esto parece un delirio de Bautista -comentó, al final Catorce.

-Y faltan los fragmentos del Opúsculo de Bernaldes -dije y puse sobre el mantel las disgregaciones anexadas a la última entrega.

Simón las leyó:

'Opúsculo'

'Simples Disquisiciones a los Fragmentos de Mariano Melgarejo'

I.- Fragmento que trata de las Fuerzas Naturales.

II.- Fragmento que trata de las Fuerzas Históricas.

III.- Fragmento que trata de las Fuerzas dentro de la fuerza.

-No tiene mucho sentido -dijo Milena.

-Déjalo que termine -protestó.

-¿Quién es Mariano Melgarejo? -pregunté.

-Me suena como boliviano -dijo Simón.

Continuó:

I.- Fragmento que trata de las Fuerzas Naturales o Perennes.

Dice Zenón de Elea: 'Si las cosas son muchas, deben ser necesariamente infinitas en número, porque siempre deben existir otras cosas entre ellas y otras, otra vez, entre estas.'

'Y si a la naturaleza del hombre se le han otorgado atributos, estos atributos como las cosas serán, también, infinitas pues entre ellos infinitos atributos deben existir.'

Y si entre los atributos de la naturaleza humana está la fuerza, infinitas fuerzas deben existir, pues infinitas fuerzas hay entre las fuerzas.'

'Y es necesario que para que una cosa sea, que no sea única.'

'Y el Ser de una cosa no le otorga a esa cosa más que el Ser y no la necesidad de ser una.'

'Por eso, si no hay una cosa, sino infinitas, todas tienen el Ser y son, ante él, tan válidas y tienen tanta existencia unas como las otras.'

'Si hay una naturaleza humana y hay un atributo, como hay múltiples atributos y múltiples naturalezas, cualquiera de ellos es como el otro.'

'De ahí, una fuerza es, tal como es la que está entre ella y otra y ambas existen.'

'Una fuerza que exista entre otras fuerzas lleva en si tanto Ser como aquellas y su validez no puede ser cuestionada.'

Simón detuvo la lectura.

-Esto viene a ser como la metafísica de MAPA.

-Según Bautista un computador nos puede traducir todas estas leseras -Milena bostezó.

Simón hojeó el Opúsculo.

-Me gustaría saber que diría una computadora con la Crítica de la Razón Pura adentro.

-Una indigestión.

-Este Opúsculo no tiene sentido -dije -de nada nos sirve.

-La información útil la tiene Bautista y no la ha entregado.

Catorce se incorporó.

-Todo MAPA está codificado en el IBM.

-¿IBM? -preguntó Milena.

-Bautista descubrió que había alguien con él en la oficina de la escuela de Sicología, pero entregó estos documentos..., de eso se deduce que no lo atraparon, que quizás logró alimentar a la computadora y que con todo esto nos está indicando un camino.

-Eres brillante Catorce -dije

-Siempre llegas tarde -su entusiasmo se había enfriado.

-José Alfredo Jiménez dice que no importa cómo ni cuando se llegue, que lo importante es llegar.

-¿Otro historiador? -Simón se arregló el vendaje.

-Un cantante de boleros.

-No llega muy lejos tu cultura -dijo Simón.

-¿Y la tuya? A ver si te alcanza para conocer la dirección de las botillerías de Santiago.

Catorce me estaba defendiendo. Sus orgasmos con Simón eran,

seguro, deslucidos.

-No agredan a Simón -Milena Jorgelina le tomó un hombro -no ven que está herido.

Recordé las palabras de mi amigo Bernales, el siquiatra, cuando decía que nada hay más reversible que las calenturas.

-Iremos con Catorce a dar una vuelta a ese computador
Simón miró a Jorgelina.

-Me tomaría una cerveza -dijo.

Yo tomé de la mano a Catorce. Sus huesos me produjeron una amable sensación. Recuperaba la seguridad en mi mismo. Milena Jorgelina era muy chica y se había aficionado a atender demasiado a Simón. Vi que le traía una lata abierta y se la pasaba. Y yo tiendo a mistificar mis relaciones. Odio las sábanas floreadas y las tortillas de papas.

-Está bien -dijo Simón, la barba salpicada de espuma -con la nómina de MAPA podremos seguir avanzando.

El edificio de la calle Macul queda cerca del campo de la Universidad.

-¿Sabes usar una IBM? -me preguntó Catorce mientras caminábam
-No.

-Yo he aprendido a preguntarle.

-¿Y los códigos?

-Bautista no habrá sido tan imbécil.

El IBM estaba desocupado entre las doce y las doce diez. Le otorgaron el espacio a Catorce. Le bastó mostrar su credencial de ex estudiante de medicina de la Universidad Católica y dijo que su averiguación era corta, que buscaba el número y la ubicación por regiones de los casos de enfermedad de Chagas de los últimos cinco años. No era información reservada. Ella pagó los mil quinientos pesos que costaban los diez minutos y me miró sonriente. Otra vez sus ojos como bolitas de cristal y sus dientes, blancos, finos, diáfanos como sus clavículas.

-También me alcanza para un plato de ravioles -me dijo.

Y me apretó la mano.

-¿Qué te pasó con Simón? -le pregunté.

Me aflojó los dedos.

-Córtala.

Nos sentamos a esperar el espacio del IBM en el patio que rodeaba la escuela. Era mejor que me olvidara del episodio con Simón si quería retener a Catorce. No quise recordarle que había sido idea suya el llamarlo y que los resultados de esa idea saltaban a la vista. No se trataba de desconocer el balazo que le había roto la escápula, pero eso no podía elevarlo a categoría de héroe indispensable. Y aunque habían pasado apenas dos días, a mí se me habían enredado los acontecimientos y las personas y las relaciones con las personas y los personajes. No era optimista por naturaleza, pero con todo gusto habría vuelto a los raviolos de hace dos noches: habría, también, salido volando por la puerta de la cocina con sólo ver aparecer a Bautista.

La secretaria nos llamó con una seña y entramos a la sala del computador. Estábamos solos, el zumbido del aire acondicionado se escuchaba lejano y la máquina nos parpadeaba con sus luces anaranjadas esperando ansiosa las preguntas. Catorce se sentó en el piso y apretó un par de teclas. En la pantalla fueron apareciendo letras verdes y luego palabras, que se iban amontonando en un extremo como pequeños insectos de patas veloces.

-Nos pregunta si queremos nuestras respuestas impresas en papel -me dijo Catorce leyendo.

-¿Hay censura a la salida?

-No creo.

-Dile que nos imprima todo lo que quiera.

-Nos quedaremos sin raviolos, el papel hay que pagarlo aparte.

-Debe quedar un pastel de choclos congelado en el refrigerador de mi casa.

Catorce pulsó un par de botones de un panel auxiliar y se oyó de inmediato el teclear de la impresora.

-Estoy lista -indicó Catorce.

Me incliné encima de su hombro y escribí MAPA.

-Nunca dudé de tu inteligencia -Catorce se dio vuelta y me dio un beso.

No quise considerar su conducta como de tipo irónico. De todas maneras la IBM, de pronto, enloqueció.

Se llenó de luces y sonidos electrónicos, los escarabajos verdes de la pantalla se agrupaban y separaban enloquecidos y la impresora empezó a desenrollar su testimonio en un papel brillante y cuadriculado. No fue necesario preguntarle nada más. Al cabo de unos cinco minutos la computadora empezó a silenciarse y luego se paralizó. En el piso, junto a la consola, y cuidadosamente dobladas estaban las hojas con la información con la que Bruno Bellavista había escapado.

Las recogimos y Catorce, después de desconectar la IBM, se las entregó a la secretaria. Ella contó el papel, extendió un recibo, recibió el dinero que le pasamos y nos dejó ir sin verificar lo que habíamos obtenido.

-Así de fácil -Catorce me pasó el informe MAPA.

-Y ahora..., ¿qué?

Estábamos en la esquina de Diagonal Oriente.

-Vamos a estudiarlo a un lugar tranquilo.

-Si en estos días no te has vuelto muy exigente y te contentas con el pastel de choclos.

Catorce pasó su brazo alrededor de mi cintura.

-Me contento.

Hicimos detenerse un auto y le dimos la dirección de mi casa. Catorce miraba por la ventana pensativa y yo hojeaba la impresión de la computadora. Yo no podía saber lo que pensaba Catorce ni tampoco la causa de su lividez cuando se dio vuelta y me apretó el codo.

-A tu casa no -dijo.

Ya íbamos por Américo Vespucio.

-Déjenos en el Metro -pidió al chofer.

El taxi se detuvo, Catorce pagó con unas monedas y arrastrándome me metió a la estación de la Escuela Militar.

-Este no es un buen lugar para mí -protesté.

-¿Quién estaba con Bautista cuando lo sorprendieron en el computador?

-¿Cómo puedo saberlo?

-No era MAPA.

-¿No?

-Los de MAPA no lo hubieran dejado vivo.

Catorce compró dos boletos. Yo había criado una especie de fobia. Estaba acalorado, sudoroso. El olor eléctrico del Metro me estaba dañando la úlcera.

-Tienen que ser los hombres del general.

Me hizo pasar por la barrera automática.

Sentí dolor en la cabeza. Me imaginé con un agujero en el pecho, un agujero rojo y húmedo como la boca de un copihue.

-Estás temblando -me dijo Catorce.

-Es un problema tipo Pavlov.

-Su imaginación no es tan escasa, no tratarán de matarte otra vez en el Metro.

Habíamos llegado al andén. La muchedumbre estaba inquieta, movidiza. Los santiaguinos volvían a sus casas o se apresuraban a sus trabajos después del inesperado toque de queda. Yo no había tenido la precaución de fijarme si nos habían seguido. La razonable paranoia que debía envolvernos se había esfumado. Se veían hombres con impermeables, con bigotes simétricos y las manos en los bolsillos.

-Cálmate -Catorce llevaba los impresos bajo el brazo.

El tren se acercaba, la nube de aire caliente que lo anunciaba entró a la estación. Yo miré a una pareja de gigantones a mi lado derecho. Estaban de lado, uno junto al otro. Di un paso atrás y empujé a Catorce por los hombros. Apareció el carro del conductor y uno de ellos abrió su mano derecha. Alcancé a descubrir el objeto metálico a tiempo. Decidido a no dejarme sorprender reaccioné rápido. Levanté la rodilla y apoyándome en Catorce le di un golpe violento entre las piernas. El hombre se dobló en dos, lanzó un gemido y se desplomó.

-Está loco -gritó el que lo acompañaba.

Entonces vi que el golpeado, en el suelo, aflojaba la mano y de ella caía una radio a pilas.

La gente se amontonó, el tren se detuvo pero no abrió las puertas y a Catorce y a mí nos cercaron tres agentes del Metro.

Catorce iba moviendo la cabeza mientras nos llevaban a la oficina del jefe de la estación.

-Viene saliendo del hospital -le dijo al funcionario a modo de

disculpa.

-¿Estaba de alta?

El tipo no parecía empleado público y desde luego que no lo era. El hecho circunstancial de encontrarse en el despacho del jefe de la estación no lo transformaba en ese individuo despreciable y mediocre que constituye el funcionario de repartición. Y él se cuidaba de que no lo confundieran.

-De alta -dijo Catorce.

Tenía las manos bien cuidadas, limpias, cruzadas encima del escritorio. Usaba un terno azul impecable con un pañuelo de seda del mismo color asomándole con descuido del bolsillo superior. A su derecha, cerrado, pero con un marcador de libros de metal laminado en la página cien, el ya famoso 'En el Bosque de los Hombres' de Marcial Díaz del Muro.

-¿De la Clínica o del Hospital?

Yo los conocía bien., Perteneían al movimiento llamado Apoyo Civil y su líder espiritual, una cierta clase de gurú alimentado por Hayeck, era un incondicional del general. Ya he dicho que no tengo una postura política muy enmarcada, pero esa especie de humanos me aterroriza. Hacían trabajos voluntarios y catequizaban a la población. Una vez al mes, en la boscosa villa de del Muro, en la costa central, se reunían para juramentar su apoyo al gobierno militar.

-No entiendo -dijo Catorce.

Se dice que hasta el general los hacía un lado, pero aceptaba su colaboración y en su familia le soplaban al oído que ellos eran el germen de la mancomunidad ciudadana que le hacía falta. Yo había tenido el desagrado de conocer a del Muro.

-¿De la Clínica o del Hospital Siquiátrico?

Había acudido a mi editorial con su ladrillo. Yo estaba empezando y del Muro me cayó mal desde un principio. Además yo tenía la costumbre de leer lo que iba a publicar y eso no le gustó al ideólogo. Me dijo que eso le hacía pensar en una censura editorial, lo que era inaceptable. Yo, recuerdo, le contesté que más inaceptable era tener la desvergüenza de intentar publicar una lesera como esa. 'En el Bosque de los Hombres', terminó diciéndome in-

dignado, será el único libro en el bolsón de los estudiantes, en la lonchera de los obreros, en la montura de los campesinos.

-De la Posta Central, recibió un golpe en la cabeza.

Seis meses después, comiendo en el Venecia, me encontré con Sebastián Barberi, conocido librero y editor. Cuando me informó que el libro de del Muro llevaba siete ediciones con ochenta y cinco mil ejemplares, comprendí que en este negocio se debe estar dispuesto a perder la dignidad día por medio.

-Tendré que ordenar su detención.

Yo miré a Catorce. Miré los papeles de la IBM. Me acordé de del Muro. Me dije que nadie podía impedir a nadie tratar de salvar su vida. Lo contrario era para películas de Humphrey Bogart.

-Las radios a pilas están prohibidas en el Metro -dije.

El hombre acarició con su mano el manual de del Muro y Catorce dio vuelta la cabeza.

-Está en la ordenanza -insistí.

-¿Y por eso lo golpeó?

-Quien vulnera normas establecidas, debe ser castigado.

Juntó otra vez las manos y miró a los tres vigilantes que nos guardaban las espaldas.

-Es cierto -dijo uno de ellos.

Su mano derecha volvió al libro. Tengo la sospecha que del Muro debía interpretarme, de alguna manera.

-Y el accidentado..., ¿cómo está?

-Recuperado y no quiere estampar ninguna denuncia.

El hombre era joven, de pelo rubio y nariz fina. Quería hacer bien su trabajo, no defraudar a del Muro ni al Apoyo Civil. No podía ignorar que a los locos es mejor hacerles el quite.

-Nos vamos porque nos da la gana, no porque Ud. lo diga -Catorce estaba muy tiesa.

Yo le tomé un hombro y el tipo interrogó con las cejas a sus perros. Ellos se hicieron a un lado y Catorce y yo salimos.

-Prefiero una micro -le dije guiándola a las escalas.

-No era mala la pregunta esa -Catorce iba pálida.

Yo había buscado la reconciliación y ella ahora me agredía. Se refería a la pregunta sobre el hospital de donde yo venía saliendo.

Pero de pronto se detuvo en medio de las escaleras, se colgó de mi cuello y pegó su boca a mi oreja.

-Eres fantástico, viejo -me dijo.

Eso nunca estaba de más. La abracé fuerte.

-Vamos a terminar con esto, llevémoslo todo a la Vicaría y al Cardenal.

-Tu tienes las otras entregas de B.

-En mi casa.

Era un buen día de invierno. Todo el mundo había elegido esconderse en sus casas. Ya no circulaban muchos autos y los buses y colectivos estaban desapareciendo. Nadie creía nada y el episodio de los seis Mayores alzados podía desatar la violencia total. Las mujeres del barrio alto contaban los kilos de leche y de harina, los sacos de papas y las cajas de papel higiénico. Sus maridos las botellas de whisky y los cartones de cigarrillos. Otros contaban los dólares de sus cuentas extranjeras, algunos las balas de sus cartucheras y los más esperanzados, los que vivían más abajo, las horas que faltaban para que el general se derrumbara para siempre.

Catorce y yo contábamos las cuadras que faltaban para llegar a mi casa. El comercio tenía sus cortinas bajas y las puertas de las casas apenas se abrían para dejar entrar a un oficinista retrasado o a un estudiante desobediente.

Lo primero que hice después de entrar fue abrir el refrigerador. Ahí estaba, con fecha vigente, el pastel de choclos. Catorce lo calentó en el horno y yo le pedí una cerveza a mi generoso vecino. Estábamos terminando de comer cuando le comenté a Catorce de lo curiosa que me había parecido la pregunta del vecino.

-¿Qué te preguntó?

-Si me había comprado un perro.

-A tí no te gustan los perros.

El pastel de choclos había estado liviano y dulce y la Bavaria compartida con Catorce no había alcanzado a darme sueño. Me levanté de la mesa y me acerqué a ella por detrás. El ángulo de sus vértebras en el cuello eran una preciosidad. Las besé una por una hasta perderse por debajo de su camisa de algodón. Catorce se encogía y con sus manos me tomó la cabeza. Me pasó a llevar la herida, pero

no me dolió.

Empezaba ya a oscurecer y yo había alcanzado a liberar a Catorce del cinturón de su pantalón cuando sonó, despacio, el timbre. Era el almacenero de la esquina. Era un hombre fuerte, de brazos velludos que siempre tenía desnudos. Entre ellos sujetaba una caja de cartón, grande.

-Es el pedido que me encargó a la hora de almuerzo -dijo.

-No he hecho ningún pedido.

El almacenero sonrió.

-Le cobro a fin de mes -hizo un gesto de resignación.

Yo siempre le pago a fin de mes.

-Está bien -le dije tomando la caja.

-Ah..., -dijo retirándose -y su amigo dejó una carpeta, la puse debajo de los tarros de cerveza.

Cerré la puerta. Catorce, con los pantalones abiertos y las manos en la cadera me observaba desde el centro del comedor.

-Esta vez Bautista nos quiso hacer un regalo.

-¿Bautista? -Catorce se arregló la ropa, abrió la puerta y salió corriendo.

Vi, por la ventana, como alcanzaba al almacenero y le hablaba. Regresó caminando con pasos cortos y la cabeza gacha. Con lentitud, también, revisó la caja. Sacó la cerveza, el jugo de naranja, la bandeja de ravioles, las endiñas, la jalea y el quesillo. Al fondo, dentro de un portafolios de cartulina amarilla, el último manuscrito de B. Catorce lo abrió y lo hojeó. Después me miró.

-Bautista..., -preguntó-¿es alto, rubio, de pelo largo y ojos celestes? ¿Tiene Bautista la cara peluda?

-No.

-El que entregó esto no era Bautista.

Yo la abracé y Catorce dejó caer los malditos papeles.

Mientras hacíamos el amor, me pareció oír un ladrido, un ladrido de perro furtivo, que venía del segundo piso.

Estábamos sobre la alfombra, Catorce dormitaba. Yo estiré mi mano y acerqué el manuscrito. Cuando empecé a leer, volví a escuchar el ruido. Era semejante a la uñaradas de los ratones en las tablas del entretecho de la casa de mi abuela. Y a Bautista, en efecto, no

lo habían cazado los de MAPA.

Diccionario Biográfico de la Represión

Epoca: 1969 - 1979.

Episodio: Manifestación Paralela.

Categoría del Personaje: Tr., Inf.,. (1)

Información Obtenida en: P.D.A. II, by Apple y en R.M.T. (2)

Síntesis Biográfica y Notas de:

Carvajal Lüder , Segundo Helmut. Nació el 26 de Octubre de 1941 en ...Santiago. Padres: Primitivo y Thusnelda. Estudios: Escuela Fis- ...cal No. 35 de Maipú. Instituto Nacional de Santiago. En 1955 in- ...gresa a la Escuela Militar del General Bernardo O'Higgins. Egre- ...sa como alférez en 1958. En 1961 Subteniente. Ascendido a Capi- ...tán en 1963. En 1967 recibe la condecoración Minerva, siendo el ...oficial más joven que haya recibido dicha medalla en la historia ...de la institución. Primera Antigüedad en el curso de monitores ...en la Academia de Guerra. Mayor de ejército en 1970. Ayudante ...del agregado militar en Pakistán hasta 1972. En marzo de ese año ...Edecán ejecutivo del Comandante del cuerpo de fuerzas especiales ...de Peldehue. Completa 150 saltos en paracaídas durante su período ...de entrenamiento por lo que le fue otorgada la presilla 'Ocho ...Riendas', llamada 'La Araña' por su aspecto. Siendo segundo Co- ...mandante de Boinas Negras es acreedor de la insignia 'Skenazi', ...con la cual se recuerda al jefe Nazi. Acompaña al general el on- ...de Septiembre. En Octubre de 1973 y a petición de los altos man- ...dos de Inteligencia, es transferido a la DINA. Cumple funciones ...próximo al general encargado de ese organismo y es quien super- ...vigila las acciones contra la subversión. Participa en la captu- ...de Corvalán y encabeza el cerco en el que murió Henríquez. Es

(1)Tr.: Torturador. Inf.: Infiltrado.

(2)P.D.A.: Procesadora de Datos Autoprogramable. R.M.T.: Registro Mundial de Torturadores.

...llamado a retiro cuando el servicio cambia de nombre y supuesta-
...mente de funciones. No le acomoda el CNI. Ingresó a MAPA cuando
...ya había organizado el V.A.C.,(1) disuelve su recién nacida or-
...ganización y se pone incondicionalmente a las órdenes de Estévez
...Morales.

...Actualmente puede encontrarse: Destino final desconocido.

(1)V.A.C.: Voluntariado Anticomunista.

"Notas a la Síntesis Biográfica de Segundo Helmut Carvajal Lüder". (Que permitirá iniciar un bestiario en la historia de la tortura en Chile.)

A Helmut Carvajal Lüder le apodaban 'El Príncipe'. Su padre había aportado escasos genes a su aspecto y personalidad y eso lo llenaba de satisfacción. Era el príncipe no sólo por su aspecto limpio y germano sino también por su indesmentible capacidad de seducción. De hombres y de mujeres. De eso me di cuenta de inmediato, anoche, en la estrecha sala del computador en la escuela de Sicología.

-He sido un gran admirador suyo -me dijo.

Yo ya había finalizado mi trabajo frente al IBM. Toda la información había sido incorporada y la clave era tan simple, ya lo habrán Uds. descubierto, que no dudaba, MAPA no podría reproducirla.

-Sus esculturas -continuó El Príncipe -son una obra maestra, sólo comparables con la de los grandes de este siglo.

El era un hombre refinado y después me confidenció haber participado en un remate de trabajos míos. En esa oportunidad sus ingresos como oficial de ejército no estaban a la altura de mi arte.

-Pero no pasará mucho tiempo antes de que adquiriera una de ellas.

Yo giré en el piso de plástico y lo miré a los ojos. Vestía un impecable abrigo de piel de camello azul, guantes de cuero negro y zapatos acharolados.

-Creo que no estamos en el lugar apropiado -El Príncipe extrajo desde el bolsillo una pequeña Luger, de colección es evidente, y la volvió a guardar.

A mi me daba lo mismo morir en cualquier parte, pero sabía que ganar tiempo era importante. Acepté acompañarlo. Iba solo y aparentaba no preocuparse por un probable intento de fuga por parte mía. No me sujetaba por el brazo, ni apretaba en su mano la pistola. Me abrió la puerta del Mercedes que manejaba y él se subió sin siquiera mirarme. Yo era vulnerable y lo sabía.

-Espero que no sea necesario hacerle daño -lo dijo sin tono de amenaza al poner en marcha el automóvil.

-Lo precede una fama distinta a sus intenciones -le dije.

El Príncipe se rió.

-La fama, si es justa, siempre excede a su dueño.

El Príncipe me llevó hacia el oriente. Había recogido los papeles de Bellavista y los llevaba desaprensiblemente a su lado, al lado mío.

-Buen profesional este Bellavista -comentó.

Guiaba por calles de faroles ensombrecidos por las hojas de los árboles, remontando hacia Nuñoa, bordeando casas de un piso de cortinas bajas y luces apagadas. Supe que me llevaba a Villa Grimaldi.

-Vamos cerca -adivinó.

Detuvo el automóvil junto a un portón de madera. Descendió, dejó su puerta abierta y abrió el portón. Rodamos por un camino de grava hasta una casa de un piso, de piedra de río y tejas de arcilla, rodeada de sauces de ramas negras y prolongadas.

-Pero se quiso pasar de vivo -continuó mientras entrábamos -quiso vender todo esto a agentes extranjeros.

En una sala amplia, de sillones de cuero y techo envigado y humoso, nos esperaba una chimenea encendida.

-No podíamos dejarlo vivo -El Príncipe se sentó y me invitó a imitarlo.

-No podía morir todavía -recordé el relato del califa y del destino anular.

-Ya una vez quiso jugarnos una mala pasada y lo perdonamos. -El Príncipe se inclinó y acercó una botella que se entibiaba al lado del fuego -En esa oportunidad le ofrecimos, pues, un cambio de forma, identidad y profesión.

-Diarero en Curacaví.

-Un trabajo decoroso. Pero persistió con su afán desleal..., la visita que le hiciera a Ud. fue el colmo de la pertinacia y de la estupidez.

-Y el colmo de la mía.

El Príncipe me ofreció un vaso de aguardiente.

-Es italiano -dijo mirando el líquido amarillo y espeso -sólo tolero el aguardiente italiano.

-¿Por qué se ha complicado conmigo? -el aguardiente era fuerte y oloroso -pudo dejar mi cadáver acompañando a la IBM.

El Príncipe se echó un trago en la boca y lo guardó con deleite.

-Las telenovelas no van con Ud. -dijo, paladeando.

-Debo ser muy necesario para Uds.

-En efecto, requerimos de su colaboración.

-¿Requerimos?

-El general y las Fuerzas Armadas.

-No comprendo.

El Príncipe se puso de pie.

-MAPA -dijo -debe ser destruído. Bernales está loco y Estévez Morales es el instrumento de su locura. Han logrado convencer a ciertos mandos medios del ejército de la factibilidad de sus proyectos y uno de ellos, el mayor Manuel Pillafán, es el más peligroso. A pesar del cerco hurdido hace unas horas en Panguipulli, ha logrado escapar. Nos elude con facilidad y no hemos podido atraparlo. Viene a Santiago con intenciones de asesinar al general. Pero creemos que cumplirá otra misión antes y es en ella en la que pensamos sorprenderlo.

-¿Donde entro yo?

-Pillafán busca a su amigo, el editor. De alguna manera se ha enterado que mantiene en su poder información confidencial de MAPA y quiere divulgarla; está programado para eliminar todo obstáculo y hacer pública la existencia de MAPA es algo más que un vulgar obstáculo

-¿Quiéren salvar la vida del editor?

-Sinceramente eso no nos interesa.

-Ya saben donde vive.

-No sabemos si estará dispuesto a ayudarnos, sospechamos de su filiación política.

-La disyuntiva, MAPA o el general.

-No es tan simple, más bien se trata de el general o el Sucesivismo.

- ¿Sucesivismo?

-La Fuerza detrás de la fuerza.

-Creí que Ud. estaba con MAPA.

-Estaba, por orden del general. La Fuerza dentro de la fuerza, le caerá mal a Bernales cuando se entere. Pienso que confiaba en mí.

-¿Confiar en el patrón de Villa Grimaldi?..., Bernales estará delirando, pero no es un imbécil.

-Villa Grimaldi quedó atrás.

-No en mi memoria.

-Las computadoras tienen memoria, los hombres tienen recuerdos y los recuerdos se borran o se desvanecen.

Tomé la botella, llené mi vaso y la devolví a su lugar, entre los ladrillos, junto al fuego. Era una botella fuerte, de vidrio compacto y grueso y tenía la forma de una maza. Como escultor estaba acostumbrado a golpear la piedra con el martillo y el escoplo. No tenía, a veces, fuerzas para descorchar una botella, pero podía partir por la mitad y de un golpe una piedradura de las que se dan en Constantinopla.

-Conocemos MAPA desde antes del golpe del once de Septiembre -dijo El Príncipe -y hasta hace un año creíamos que estaba constituido por un puñado de hombres desquiciados pero inofensivos. Cuando desciframos el Opúsculo y conocimos las ambiciones de Estévez y las proyecciones del Sucesivismo, nos asustamos, yo ofrecí mis servicios y pude infiltrarme.

El aguardiente estimulaba mi agresividad.

-El Sucesivismo postulado por MAPA -continuó -es una doctrina política bosquejada por Mariano Melgarejo, dictador boliviano de mediados del siglo pasado.

Concordaba, ahora, con El Príncipe. Bernales y sus secuaces estaban, por decir algo, dementes. Pero El Príncipe tampoco lo hacía mal y yo era su prisionero. O intentaba convencer al editor o mis probabilidades de sobrevivir se reducían.

-¿Qué puedo hacer? -acepté -hablaré con el editor.

El Príncipe dejó el vaso en el brazo del sillón.

-Pero no lo haré solo -dijo, se incorporó y apretó un botón en la pared.

Las cosas se complicaban, aunque el hombre que entró, a través de un arco disimulado por cortinas, no era más que un anciano.

-Prefiero ir solo -dije.

-Creo que lo conoce -El Príncipe no estaba dispuesto a hacer concesiones -por lo menos por referencias históricas.

Miré al viejo con recelo. Tenía las facciones desparramadas y una cara con la piel sucia, andrajosa, como tela de gurbión. De brazos cortos, sus manos eran amplias y los dedos los tenía distantes, como las zancas de una avestruz. Se quedó pisando los flecos de la alfombra, con

la mirada intermedia entre la botella y yo.

-Es Arno Klebtschko -presentó El Príncipe.

Traté de no sobresaltarme. El recién llegado me habló con una voz profunda y ajena.

-No lo molestaré -dijo -pero quisiera hacerle una pregunta.

-Hágala.

-¿De dónde obtuvo Ud. la información sobre mi persona y sobre MAPA?

-Eso se lo diré cuando regresemos.

-Ahora -insistió.

-Es importante -El Príncipe tomó su vaso.

Guardar secretos no tenía sentido.

-Jugando con una computadora en el Colegio de Arquitectos. Quería saber cuántas curvas elípticas tenía la catedral de Gaudí y me equivoqué con una tecla. Después fue pura curiosidad, porque no han de ignorar que todas las computadoras de este país están conectadas a la memoria central de ECOM...,son cosas del CNI. Y utilizando una terminal pública cualquiera se puede obtener el contenido de todas y cada una de las computadoras particulares, entre ellas la P.D.A. Apple de MAPA.

-Imposible -El Príncipe terminó el aguardiente de su vaso -el P.D.A. de MAPA estaba equipado con un Rehusador.

-Y nuestro Rehusador era de la última generación -Arno no se había movido.

-¿Nuestro?..., acaso Ud. también era una Fuerza dentro de una fuerza...

-A Arno lo compramos -interrumpió El Príncipe.

Me arrodillé en el suelo y agarré la botella. Tenía el peso de mi más querido martillo. Llené otra vez mi vaso y comprobé que ni El Príncipe ni Arno se inquietaron.

-Muy simple -dije sentándome -anulé el Rehusador de Duplicación.

-Si se anula el Rehusador el P.D.A. se autodestruye -Arno hablaba sin mover sus labios de lagarto.

-Neutralizar temporalmente un Rehusador es cosa de niños -dije -basta con introducir en su circuito alimentador otro Rehusador con mayor impedancia específica..., eso se puede hacer en la misma consola que hace las preguntas.

-Los rehusadores no se compran en los supermercados.

-Lo compré en Beast & Sons, en Nueva York.

-Tampoco se los venden a particulares.

-Wilbur Beast es admirador de Rodin, de Moore y mío.

-¿Por qué le interesaba MAPA? -el Príncipe tenía los ojos muy abiertos.

-No me interesaba MAPA, pero siempre quise saber quién fue el responsable del asesinato de dos amigos después del once de Septiembre.

-¿Lo supo?

-No. De MAPA, en cambio, todo. Sólo me faltaba el Opúsculo.

-¿Colaborará?

-Iré solo.

-Ni se darán cuenta que va acompañado.

-¿Cómo?..., ¿se transformará en perro?

-Es posible.

Yo tenía la mirada clavada en el fuego que se agitaba delante, en los ladrillos naranja de la chimenea. En la periferia de mi visión la silueta de Arno se desplazaba. Y su sombra, contra la pared, permanecía inmóvil.

Un escalofrío me manoseó la nuca.

Entonces me acordé de Jorge Klein, de Victor Serega, de Villa Grimaldi y de las atrocidades de El Príncipe. Y aunque no tengo cristales de memoria dentro de la cabeza, hay recuerdos que todavía me arrebatan el pulso y me malignizan el insomnio. Apoyé firme los zapatos en las baldosas del piso, me arrojé al suelo girando sobre mi mismo, tomé la botella como agarro el escoplo y casi sin impulso la descargué en la cabeza de El Príncipe. Tuve la impresión, por un segundo, que tenía los huesos más duros que el cristal italiano, porque la botella se hizo añicos y explotó con un borbotello acuático, desperdigando vidrio y aguardiente por todas partes.

El Príncipe se desmadejó sobre el sillón, con la cabeza hundida como un globo relleno con gelatina y yo alcancé, al incorporarme, que Arno desaparecía por detrás de la cortina.

Recién un momento más tarde, al examinar la cabeza agónica de El Príncipe, descubrí que corría en cuatro patas. Perdía el tiempo per-

siguiéndolo. Revisé las ropas del muerto y saqué su pistola y un manojo de llaves.

La casa era pequeña, tenía dos cuartos y una bodega además del salón. La bodega y hasta el techo, estaba repleta de aguardiente italiano envasado en buenas botellas. Pero en uno de los cuartos interiores y ordenados en dos archiveros de aluminio, encontré la documentación más completa y más buscada acerca de la guerra sucia en Chile. Muchos sabían que ella existía, pocos lo reconocían, pero nadie pensaba que alguna vez iba a ser hallada.

Perdí el interés en MAPA. MAPA venía a transformarse en una pizca histórica frente a esa aglomeración de atrocidades. Tenía en mis manos un tratado de la Represión y de la Tortura. El Príncipe fue un hombre metódico y sistemático. En uno de los archiveros, por orden alfabético, por edad, por sexo, por causa de muerte o tipo de ajusticiamiento, por clase de tortura, por lugar donde ella se llevó a cabo tenía clasificados más de tres mil quinientos casos. En el otro, una completa ficha identificatoria de los responsables directos o indirectos de esos casos. En carpetas anexas se consignaban los nombres de los desaparecidos con los mismos datos que figuraban en el primer archivero.

El volumen era considerable, pero no podía exponerlos buscando ayuda. Arno aún rondaba. El Príncipe había dejado las llaves en el contacto del Mercedes. Demoré más de una hora en trasladar los papeles y las cartulinas hasta la maleta del auto. Arno se había esfumado.

Miré por última vez el cuerpo del asesino, encrespada de moscas por el dulce del aguardiente o por la pudrición precoz, bajé al sótano, descorché otra botella italiana y vertí su contenido en la alfombra y en los sillones. Todo ardió con el primer fósforo.

En el trayecto de regreso pensé en el socio de mi amigo editor, en Gaspar. El asunto MAPA no podía distraerme. No podía volver a los mismos caminos, MAPA acechaba. Gaspar me recibió a pesar de que la madrugada se venía encima.

Ya había redactado estas notas y le pedí que las entregara en la casa del cerro. Preparó café y se sentó en su escritorio a leerlas. Al terminar se le veían los ojos luminosos, se mordía la barba que le crecía en el labio y se acentuaba su acento altiplánico.

-¿Qué hará con lo otro? -me preguntó.

-Pronto y por los canales adecuados será divulgado.

-Hace años que ando tras ellos.

-¿De MAPA?

-De MAPA..., mi nombre no es Gaspar, mi nombre es Isidoro, Isidoro Belzú... ¿Le dice algo mi nombre?

VIII.-

Ya he dicho que Catorce despierta como un gato. Se estira y ronronea. Es difícil no tratar de hacerle el amor. Pero a ella no le gusta de madrugada. Dice que a esa hora tiene el subconciente muy en la superficie.

De todas maneras ya se había despertado.

Leí.

-¿Te dice algo el nombre?

-¿No es tu socio?

-No sabía que tenía otro nombre.

-¿Tienes alguna enciclopedia?

-Arriba, en el segundo piso.

-Voy.

Catorce miró la hora. Recién había pasado la medianoche. Se levantó y entró en la cocina. Regresó con dos vasos de jugo de naranja.

-¿En tu escritorio? -preguntó subiendo la escalera.

-Debajo del Guérnica.

Me senté con la espalda contra la pared. Los ladrillos encalados estaban frescos. Me estaba llevando el vaso a la boca cuando sentí el grito. Salté hacia la escala y subí los dieciocho espacios de un suspiro. Mi escritorio está detrás del descanso y comunica, a través de una puerta de batientes, con el corredor. Me imaginé una alimaña del cerro una ventana abierta por descuido. Un bicho escamoso y alado o una culebra cabezona y hedionda, mi fantasía apenas tenía el vuelo del zángano.

Catorce estaba acuclillada en un rincón, el pelo revuelto y las manos en la cara, igual que cuando pelea conmigo.

-¿Dónde está? -pregunté.

Fue cuando lo ví. Se había agazapado bajo el librero y sus patas

traseras estaban encogidas, tensas, congestionadas de reflejos. Embistió contra mí con el hocico abierto, pero su salto era de fuga, no de agresión. Me rozó un hombro, pasó por mi lado y cayó más allá del umbral, sobre el primer escalón. Apenas le ví el rabo mientras se escabullía hacia abajo. Por fin oímos una quebrazón de ventanas y un lamento zoológico que se perdía en el cerro.

-Un perro -Catorce temblaba.

-No lo viste bien -dije -era otra cosa.

Acosté a Catorce en mi dormitorio, la hice tragar un vaso de pisco y un hipnol. Al poco rato ronroneaba. Durmió hasta que salió el sol. Yo nunca he necesitado mucho sueño. La verdad es que ando medio dormido todo el día, siempre he transcurrido entre la vigilia y la modorra y si me tomo una píldora lo hago para burlar las indicaciones de mi ex terapeuta. Por respeto a la reconciliación con Catorce no quise seguir con la botella de pisco y me limité a dos litros de café.

-Entonces todo era cierto -dijo Catorce al salir del baño.

Estaba desnuda, goteando ducha sobre la alfombra.

-Todo, incluso lo de Arno.

-Bautista no volverá a aparecer.

-Los archivos de El Príncipe pueden terminar con la dictadura.

-Y los escritos de B. con MAPA.

-Eso entre en nuestras obligaciones.

-Iremos a la Vicaría.

-Tú te vas al hospital, eso es lo que te corresponde..., el último capítulo es de mi exclusividad.

-Así podré conservar el sueldo.

Salimos temprano. Santiago había recuperado su normalidad. Los chilenos volvían a la búsqueda de un trabajo y las chilenas a la espera de quienes regresarían, casi con seguridad, con La Tercera arrugada y el ánimo empuetecido. Habían otros chilenos y chilenas, claro, pero esos no compraban La Tercera, ni leían las ofertas de ocupaciones. Ellos escogían embajadas o trazaban itinerarios.

-Milena tenía un Fiat -dije cuando caminábamos al paradero.

-No me alcanza para alimentarte y comprarme un auto.

Dejé que Catorce me siguiera agrediendo pero hice parar a un

autobús.

-No quiero que malgastes tus ahorros en un taxi -me defendí.

Pagué con una moneda de cincuenta pesos y el chofer se largó a reir.

-Ya está mayorcito para pagar pasaje escolar -me dijo.

Hacía más de dos años que no me subía a una micro.

Catorce abrió su cartera y le pasó un billete de quinientos pesos.

-De los raviolos pasaremos a los huevos duros -comentó.

Yo ignoraba hasta que punto se había deteriorado nuestra economía, pero no quise ahondar en comentarios. Nos sentamos en el asiento del fondo y nos tomamos de la mano. Nuestras agresiones no carecían de buen humor y ambos estábamos asustados. Meses después, en una de mis crisis depresivas, quise interpretar esa ternura de Catorce como un aviso de despedida.

Me bajé del autobús en la Plaza de Armas. Saludé a Catorce agitando la mano y traté de cruzar la calle Monjitas. Al otro lado, pasando por la horrible estatua del Cardenal Caro están las oficinas de la Vicaría de la Solidaridad y del Arzobispado. Catorce pasó con la cara pegada al vidrio de la ventanilla y me respondió el saludo con un beso. Meses después también quise interpretar esa señal. El siquiatra, exasperado, me dijo que yo no era un simple neurótico, que también era un imbécil. No alcancé a llegar a la Plaza y no supe, hasta más tarde, si Catorce había presenciado el rapto.

Era un auto negro, japonés, ordinario pero veloz, silencioso. Se abrió la puerta trasera y antes que se detuviera un par de brazos poderosos me metieron adentro. Ya sobre el piso afelpado del Datsun una multitud de zapatos cayó encima mío. Una capucha impenetrable completó la experiencia.

Estos hombres estaban en antecedentes acerca de mi acabado conocimiento de la ciudad y mi perfecta ubicación en el tiempo, porque dieron vueltas y vueltas en forma exagerada. Mi neurosis pudo más que ellos. Tantas noches de insomnio me habían hecho un experto en calcular el paso de las horas y de los minutos, tantas vueltas por Santiago calmando mis angustias habían despojado a la city de rincones inexplorados.

Me hicieron bajar a empujones exactamente a las once y dieciséis minutos, ellos estaban más mareados que yo y yo sabía, al tropezar en la vereda, que estábamos en la calle Sierra Bella, entre las calles Maule y Victoria.

Es un barrio de casas simétricas, pareadas, de un piso y cielo encumbrado. Doble puerta, patio de baldosas fiscales, con maceteros florecidos de violetas africanas y, a veces, en el único cornijal enterrado, el tronco deshilachado de una buganvila o de una flor de la pluma.

Me alzaron por los codos y me introdujeron al interior de una de esas casas. Me llevaron a un cuarto en el trasfondo y no sin cierto cuidado me sentaron en una silla enmimbada. Me dejaron solo. Tenía las manos libres, pero no desconocía el peligro de ser testigo de rostros prohibidos y preferí mantener la capucha en su sitio.

Pasaron cuarenta minutos y se abrió la puerta.

-Puede mirar -me dijo una voz conocida..., cuando salga de aquí no habrá nadie a quien denunciar.

-Si es que salgo -dije sin tocarme la cabeza.

-Tendrá que poner algo de su parte.

-Plata no tengo.

Conservaba mi gracia no obstante lo dramático de mi situación y eso, por lo general, desconcierta al enemigo. Es la razón de la risa, según cuenta Catorce, de la bandurria atrapada en las fauces de la zorra.

No me dio estadísticas en relación al número de veces que la zorra deja caer la presa.

Sentí un movimiento junto a mí, una mano que desataba un cordel y otra que tiraba del paño. Dos hombres me observaban.

-Bernales -exclamé mirando a uno de ellos.

-Y Estévez -dijo Bernales señalándolo con el dedo.

Arno no había trabajado en ellos. Estévez era la viva imagen de la descripción dada por Bautista y Bernales era el desgraciado de toda la vida.

-Llegó tarde al corazón de MAPA -dijo Estévez.

-Yo no he llegado a ninguna parte -corregí -me trajeron.

-Su amigo Bautista es el responsable -dijo Bernales.

-Es hora que se entere de ciertas cosas, pero en la fuente misma, no a través de terceros -dijo Estévez.

-Es el día de MAPA -Bernales se sentó en una silla gemela a la mía -el general terminará su período hoy en la noche y se iniciará en nuestra patria el Sucesivismo.

Esa palabra no terminará nunca de sorprenderme.

-¿Sucesivismo?

Estévez, en actitud militar, había cruzado los brazos delante del pecho.

Bernales se acomodó. Me iba a explicar eso.

-Doctrina elaborada e inaugurada en este continente por don Mariano Melgarejo, dictador boliviano y maestro de América. El éxito de su política sucesivista queda demostrada con el hecho de que ella, en Bolivia, ha sido interrumpida sólo dos veces y por fugaces gobiernos elegidos.

-Ciento doce golpes de estado en cien años..., ¿es esa una política exitosa?

-Si eso es lo que se busca, lo es.

-¿Quién puede desear la inestabilidad como utopía política?

-Melgarejo la aplicó.

-Bolivia es el país con el menor índice de penetración marxista de latinoamérica -intervino Estévez.

-Y el más pobre, también.

-¿Más pobre que el nuestro?

-Uds. si que detestan al general.

-Hemos vivido bajo una dictadura prolongada, ella ha frenado el desarrollo.

-La higiene política reside en la democracia -yo no claudicaré jamás; soy demócrata de vocación.

-Y la higiene de la democracia -Bernales era elocuente -reside en el reemplazo permanente de sus gobernantes.

-Exacto -dije.

-El Sucesivismo es así de sano. El se basa en una ideología que postula la existencia de una fuerza dentro de otra fuerza, una manifestación paralela de poder que se autogenera y cuya función primordial consiste en el reemplazo de aquella a la cual infiltra; en la

democracia tradicional sucede algo similar, pero los dueños del poder, los partidos políticos, se infiltran unos a otros y generan un juego eleccionario que es caro e inútil.

-El conocido aforismo aquél de la fugacidad en la propiedad del poder -Estévez retrocedió un paso.

-La azarosidad de la sucesión democrática se mantiene vigente en nuestro esquema.

-El dinero que genera la coca es como un brasero en el culo para los generales bolivianos.

-En este país no hay coca -dijo Bernales.

-¿Brasero? -Estévez se acercó.

-Traven -dije.

-Gobierno, de B. Traven -completó Bernales.

-Olvidaba que Ud. era profesor de literatura.

Por la puerta entreabierta penetró a la pieza un hombre joven. Vestía un mameluco azul y traía una bandeja con tres vasos de leche y cigarrillos. Encendí uno de inmediato.

-Buscamos un Sucesivismo que no sea corrupto ni corruptible, que su fluir no esté influenciado por la coca, por el cobre ni por la riqueza, sino por el saludable afán de acceder al poder y satisfacer al pueblo.

-Mejor preguntarle al pueblo -pensé que no se les había ocurrido.

-Es el error de la democracia, que nos hace desembocar en regímenes como el del general -Bernales hacía rebotar la uña sucia de su índice izquierdo en el borde del vaso lleno de leche -queremos un Sucesivismo cuyos jefes sean impredecibles, permisivos, anónimos y honrados.

-¿Y Cuba y Nicaragua? -pregunté.

-Es un punto interesante, que se ha discutido -Bernales se entusiasmaba -Cuba antes de Castro y Nicaragua antes de Somoza, ellas cargaron de un Melgarejo y empollaron tiranos perpétuos, de ideas recargadas, intrascendentes y venales.

-Como nuestro general.

-Sí, como él. El no tiene los atributos de un sucesivista y debe ser reemplazado.

-Melgarejo -informé -era un alcohólico disipado y con toda probabilidad un deteriorado.

Estévez se puso rígido, Bernales sonrió.

-Si así hubiera sido, su testamento político no habría trascendido.

-Para mí es nuevo.

-Bolivia es su obra. Bolivia no ha sido invadida por país ni por ideología foránea desde la guerra del Pacífico, la que no fue otra cosa que un vano intento de abortar el germen del Sucesivismo. Los sucesivos golpes de Estado han fortalecido la nacionalidad y el verdadero sentido de una patria libre.

-Melgarejo fue asesinado -yo buscaba cualquier argumento.

-Es conocedor de la historia -Bernales se mojó los labios con un sorbo de leche -fue asesinado por su cuñado, que era un agente del belzuísmo.

-¿Belzuísmo?

-Isidoro Belzú, último presidente boliviano antes de Melgarejo.

-El belzuísmo está vivo -dije.

-Es cierto y es peligroso. Se alió con el Ché y con Juan José Torres y hoy apoya a Siles. Y no está solamente vivo en Bolivia.

-Hemos combatido con él -dijo Estévez.

-Melgarejo -continuó Bernales -fiel a su pensamiento, se dejó derrocar. Estaba convencido y así ocurrió, que al desaparecer él del área de influencia política, sus enseñanzas serían observadas. Sin embargo su asesino, José Aurelio Sánchez, hermano de la que había sido su mujer y hombre de Antenor Belzú, hijo de Isidoro, le dio muerte de dos balazos en Lima el 23 de Noviembre de 1871.

-Belzú, claro -dije recurriendo a las páginas de mis cuadernos escolares -él fue asesinado a su vez por Melgarejo cuando era Presidente de Bolivia.

-Su cultura me deja atónito -reconoció Bernales.

-Es deber de un editor, de otro modo publicaría mediocridades. -me refería, desde luego a sus poemas, pero no se dio por aludido.

-La muerte de Belzú es el episodio más sobrecogedor en la historia del Sucesivismo, debiera leer Ud. las 'Crónicas Sucesivas' de Honorio Vega, el más completo tratado sobre la materia.

-Tanto golpe y tanto cuartelazo terminaría por aburrirme.

-¿Y no lo aburren las elecciones? -Estévez Morales se había sentado en la única mesa del cuarto.

-Melgarejo -dijo Bernales -que había sido derrotado por las tropas de Belzú y por mercenarios ingleses, peruanos y chilenos, se hizo hacer prisionero. Belzú había ocupado el palacio de gobierno después que arribara desde Corocoro, punto de resistencia postrera de las fuerzas decembristas y sucesivistas de Melgarejo y su orgullo, exultante y desmedido, alcanzó el clímax cuando el general vencido le hizo un saludo inclinando la cabeza. Belzú estaba en los balcones, recibiendo el respeto de la cholada. Melgarejo, rodeado de fusileros, ingresó al palacio y fue conducido a los calabozos. En un momento de descuido y obedeciendo los impulsos que le dictaba su audacia arrebató la carabina de chispa al jefe del pelotón y grita: 'Paso libre, soy Melgarejo'. Sube las escalas, mata de un balazo a un coronel que le era fiel a Belzú y se enfrenta a éste con el arma descargada. Belzú se vuelve, interrumpe la mirada del desfile, descubre a Melgarejo y saca su revólver, regalo del embajador alemán. Melgarejo se abalanza sobre su enemigo, le disputa el arma, la gana y dispara. Una bala atraviesa el cuello de Belzú y su cadáver queda doblado sobre el sillón de felpa dorada. Entonces Melgarejo, con el revólver caliente en su mano, se presenta en el balcón ante la muchedumbre: 'Belzú ha muerto -exclama -¿quién vive ahora?' El pueblo, delirante, responde: 'Melgarejo, Melgarejo...'

Bernales estaba emocionado.

-Buenas intenciones comenté -pero no me convence.

-Hemos perdido tiempo -dijo Estévez.

Bernales terminó con su vaso de leche.

-Es cierto -dijo -no lo hemos traído para convencerlo de nada.

-Queremos saber el lugar donde se esconden sus amigos y todas las copias de los informes de Bautista -pidió Estévez.

Yo había distribuído los papeles de B. en la editorial, en mi casa, en la casa de Catorce y en mi casilla de correos.

-Será engorroso.

-O bien -Estévez se llevó la mano al bolsillo -tendremos su silencio definitivo.

-Hoy morirá el general -Bernaes había recuperado su tranquilidad -el alzamiento de Panguipulli terminó en una masacre, pero nuestro hombre se ha salvado.

-Pero no conocemos, con exactitud, cuáles serán sus próximos pasos. Quizás decida eliminar al general, pero es posible que quiera empezar con sus amigos..., es un hombre muy leal y muy obsesivo -Estévez, por el contrario, estaba preocupado.

-Debemos llegar a ellos antes de que lo haga el mayor Pillafán, el general puede haber montado una trampa -Bernaes movió la cabeza y Estévez se puso de pie y abandonó la sala.

Empezaba la sesión de amedrentamiento. Ignoraba lo corta que pueden ser esas sesiones.

Al poco rato regresó Estévez. Lo acompañaba un hombre vestido con un delantal celeste. En su mano llevaba un riñón de fierro enlozado.

-Puede ahorrarse la presentación -me adelanté -el doctor Lailacar es inconfundible.

No le había cambiado la piel amarilla por la que lo despreciara su padre, tenía el mismo gesto en la boca por el cual lo reconocían los torturados.

-Cinco gramos de pentotal endovenoso -dijo mostrándome una jeringa a la que se le transparentaba un líquido ambarino.

Supe que los condenados por MAPA estaban a la altura de los asesinos ejecutados en las prisiones yankis.

-Prefiero la silla eléctrica -dije.

Me arrepentí de inmediato. No era ni el lugar ni la hora para esa clase de chistes. Porque Estévez Morales se acercó, hizo que me pusiera de pie, me obligó a sacarme la chaqueta y me levantó la manga de la camisa.

-No entendió lo que era el Sucesivismo -dijo -entenderá por qué tendremos que deshacernos de Ud.

-Esto es una venganza personal -protesté -y porque no le publiqué sus poemas.

También me arrepentí. Bernales perdió la calma.

-No los hubiera publicado en su editorial callampa... -dijo y pasó a llevar a Lailacar que trastabilló.

-Es una broma -creo que dije.

-La ligadura -ordenó Bernalles.

Cuando ví la tira de goma en la mano de Lailacar me asusté de verdad. Catorce era muy joven para que yo muriera. No era justo.

-Uds. ganan -dije -conversemos.

Lailacar se retiró a su rincón y guardó la goma. Estévez tomó asiento y Bernalles desprendió un intercomunicador portátil de su cinturón.

-Dirección y teléfono -pidió.

Recién entonces tuve la satisfacción de convencerme de que podía ser un cobarde, pero no un traidor.

-No puedo -dije y estiré el brazo desnudo.

Bernalles devolvió el aparato al cinturón y Lailacar se desprendió de su rincón.

Y en ese justo momento sonó el teléfono.

Las siguientes notas del Diccionario Biográfico de la Represión no fueron entregadas a tiempo por Bautista. Las redactó después, después que terminara de entregar la información obtenida en la casa de El Príncipe. En un sentido estricto, el orden de aparición de estas síntesis biográficas no alteran el relato. Estas, sin embargo, tienen una buena ubicación en este lugar de la secuencia.

Diccionario Biográfico de la Represión.

Epoca: 1969 - 1979.

Episodio: Manifestación Paralela.

Categoría del Personaje: Ut. (1)

Información obtenida en: P.D.A. II, by Apple. (2) y en el Directorio de Oficiales del Ejército de Chile.

Síntesis biográfica y notas de:

"...Pillafán Antileo, Manuel. Nació en la isla Huapi, Lago Budi, el ...13 de Abril de 1940. Hijo de Pascual y Eliodora. Escuela primaria ...en Puerto Saavedra y secundaria en el Liceo para Vernáculos de Te- ...muco. Medalla de oro al mejor egresado de Licencia Secundaria de ...la provincia. Segundo mejor puntaje en el Bachillerato en Humani- ...dades. Acepta una beca y un cupo especial en la Escuela Militar ...de la capital. Ingresas a ella como aspirante a alférez en 1958 y ...recibe el espadín y la borla en 1960. Con el grado de subteniente ...egresa de ese instituto militar y como tal es asignado al regi- ...miento Zapadores de Baquedano. En 1964 es nombrado ayudante del ...adicto militar en Bogotá. En 1965 participa en la expedición an- ...tártica y demuestra su heroísmo al rescatar a un compañero desde ...una grieta de hielo. El comandante de la base lo premia con la ...distinguida orden del Gran Pingüino. En 1969 encargado de seguri- ...dad en el hospital militar de Santiago. En 1973 es ascendido a ...capitán y con el mismo grado es enviado a la Jefatura de la Zona ...de Emergencia de Temuco. En 1974 oficial a cargo del fuerte Beau- ...chef y jefe del campo de prisioneros políticos anexo. Esta misión ...sólo es interrumpida por su asistencia, en Santiago, a los cursos ...'Explosivos e Implosivos' y 'Manejo de Detonantes' dictados por ...el conocido explosiólogo Pierre Tristán. Recibe en 1974 la Estre- ...lla Rutilante por méritos profesionales. Ascendido a mayor en

(1) Ut.: Utilizado.

(2) P.D.A.: Procesadora de Datos Autoprogramable.

...1975, perfecciona materias acerca de explosivos en distintos seminarios y mesas redondas. En 1976 es nombrado Profesor Auxiliar de la Cátedra Materiales de Guerra No Disparables en la Academia de Guerra. En 1977 delegado de gobierno en ECOM. En 1978 abandona la capital para hacerse cargo de la comandancia del regimiento Lima de Cauquenes. En 1980 transferido a la comandancia en Pangipulli.

...Actualmente puede encontrarse: Fugitivo de la justicia militar por apropiación indebida de material de guerra no disparable.

"Notas a la Síntesis Biográfica de Manuel Pillafán Antileo."

(En la que quedará demostrado que una explosión no siempre explota en el momento oportuno.)

Manuel Pillafán Antileo nació en una amplia ruca en Huapi, isla diminuta aledaña a la ribera oriental del lago Budi, seiscientos kilómetros al sur de Santiago. Pascual Pillafán, su padre, era un indio mapuche bastante rico y dedicado al cultivo de la papa, el trigo y la memoria de sus invencibles antepasados. Se le reventó el corazón cuando vio, por primera vez, a su hijo vistiendo el uniforme del ejército chileno.

-Tú, hijo, vestido como un perro huinca -exclamó y cayó fulminado encima de la trilla en la que estaba trillando.

Pillafán, con sus botones de bronce bruñido, sus botas acharoladas y el quepis con vicera de carey no tuvo valor para quedarse al entierro.

-Ese mismo uniforme usaba el hombre que le desparramó los intestinos a tu abuelo -le dijo su madre extendiendo su mano derecha, rechazándolo para siempre.

-Nunca progresaremos los mapuches si no vestimos este uniforme -se defendió Manuel retrocediendo.

No regresó al lago Budi ni a Huapi. Apenas los miró desde la altura del helicóptero en el que perseguía a sus hermanos después del golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende.

Manuel Pillafán había vivido orgulloso de su sangre hasta los veinte años. Prefería jugar a la chueca que al fútbol y nunca abofeteó a algún compañero por tratarlo de indio de mierda. Su conducta mapuche, responsable descendiente de los guerreros más valientes del planeta no permitía molestarse ante el desprecio de un mestizo. Consideraba a los blancos una especie híbrida, frívola, usurpadora. Hasta el día en que se enamoró.

Pillafán es de mediana estatura, hombros cuadrados y brazos gruesos y cortos. Sus manos son pochás y sus uñas son grises y curvas como el cristal de un reloj. El pelo es negro y quiscudo y su piel lampiña y suave.

Los sábados y domingos salía del Internado Vernáculo vestido con su único terno, color café con leche y rayas blancas, brillante por

el uso. Tenía zapatos negros con suela de oruga y cuando llovía no necesitaba protegerse del agua. Su pelo, tieso y engomado como el plumaje de los gansos, le impermeabilizaba la cabeza.

Con los pocos pesos que le enviara su padre desde Huabi más los que se ganaba barriendo el dormitorio de sus profesores, Manuel se metía en el cine. Le gustaban todas las películas, las que veía una y otra vez comiendo piñones confitados.

Conoció a Marcela uno de esos días de frío en los rotativos de Temuco. Era una chiquilla flacuchenta que usaba un abrigo de lana amarillenta y un sombrero redondo con una pluma de gorrión. Manuel estaba todavía en el liceo, pero había decidido seguir la carrera militar y optar a la beca que para esos efectos ofrecía la municipalidad. Se sentía un triunfador.

Marcela Freiwald era hija adoptiva de uno de los hombres más influyentes de la frontera. Klaus Freiwald había llegado de Baviera en 1945. Hombre de vasta cultura y profundas raíces germanas huía, entonces, de las represalias' americano-soviéticas. Sanguíneo, enorme, simpático, se había hecho dueño de un fundo lechero y de un nombre respetable. Salió de su patria solo, triste y arruinado y aceptó la oportunidad que unos conocidos le ofrecieran en Chile. Con su trabajo, su tesón y su ingenio pronto consiguió un lugar importante. Cinco años después de llegar a Temuco se casó con la hija solterona de un comerciante italiano. Era una mujer estéril, bondadosa y melancólica que aceptó, con eterna gratitud, la sugerencia de Klaus en el sentido de adoptar una hija.

Marcela era hija de un primo carnal de la italiana, huérfana de madre al nacer y a quien él prefirió dejar en manos del matrimonio y regresar a Nápoles.

Ella sabía de su verdadera paternidad, tenía tres años a la fecha de su adopción, pero no tuvo inconvenientes de traspasar su ternura y sus necesidades a sus nuevos padres.

Pero su sensibilidad estaba contaminada por el abandono y esa tarde de garúa y viento, en la puerta del cine Palace, se enamoró con violencia de ese estudiante. De ese estudiante que se había quedado mirándola boquiabierto, con un piñón azucarado en la mano.

Klaus y su mujer aceptaron a Manuel sin condiciones. Al alemán

le gustaba la contextura robusta del muchacho, su vocación militar y la pureza de su sangre. A la italiana su piel mediterránea, su ascendencia campesina y la escasez de sus palabras.

Se ennoviaron un par de años después, cuando él ya era subteniente y se había alejado de sus padres. Con un grado más y una destinación en el ejército Klaus fijaría la fecha definitiva.

Nada parecía alterar el venturoso futuro. El viajaba a Temuco desde Santiago cada vez que se lo permitían sus obligaciones castrenses y ella, flamante estudiante de Educación lo esperaba, fresca y hermosa, en la estación.

Una tarde de otoño Marcela se retrasó en la universidad. Ya era una mujer. Y como mujer la atacaron al tomar el atajo rumbo a la estación.

El Prefecto de Investigaciones de Temuco, en persona, aprehendió a los delincuentes. Fueron tres muchachones que la violaron sobre una pila de durmientes y dos de ellos era mapuches de la región de Guapi, rica en reservaciones indígenas.

Marcela, sin embargo, se restableció de sus heridas en forma rápida, pero cuando supo que había quedado embarazada no quiso saber una palabra de un aborto.

-Es mi hijo -afirmó -no el de ellos.

Manuel Pillafán, en cambio, sufrió una crisis de identidad. Se le manifestó después del crepúsculo que le provocó la noticia, en plena campaña de adiestramiento en el campo militar de Peldehue. Se tranquilizó días después, al convencerse de que era inútil intentar que una mujer italiana rehusara la maternidad.

Y la repudió.

-Si quieres conservar un hijo que no sabes si es hijo de un mestizo o de un indio, entonces no me interesas.

Dicen que Klaus Freiwald dio un beso sonoro en la frente de su hija adoptiva, cruzó los brazos y le dijo con una sonrisa de complicidad:

-A los hijos los hacen los abuelos, no los padres.

Desde esos días Manuel Pillafán se volvió un indio amargo y eficiente. No ocultaba su desprecio por las mujeres y más de una vez reconoció que prefería la masturbación al trato con putas. Na-

die le discutió su mal entendida virilidad. Quizás la mayoría de sus compañeros de armas pensaban como él. Preferían ver a sus novias o esposas muertas que violadas.

Y también execró de su raza.

-Con un general mapuche basta y sobra -alardeaba con unas copas de aguardiente en las venas.

Y cuando otros oficiales lo estimulaban, gritaba:

-El indio que llevaba en mi sangre ha muerto.

Aun así era la mayor antigüedad de su curso y nadie pudo detener su carrera. Recibió del Comandante en Jefe el fajín con la distinción y haciendo uso de sus prerrogativas eligió el exclusivo regimiento de Zapadores en Baquedano para iniciar su vida profesional. Esa noche no salió de juerga. Esa noche Manuel Pillafán se cortó una vena de su muñeca derecha y escupió tres veces sobre la sangre derramada. Exorcizó así su ascendencia india. Más tarde y con un galón de pisco circulándole por el cuerpo cerró una casa de putas de la calle Ricantén y se montó a las asiladas una por una.

Nunca más tomó una gota de alcohol y sólo se acercó a una mujer para torturarla o asesinarla.

Su carrera no tiene altibajos destacables hasta 1965, año en el que es sorteado entre los voluntarios que deben integrar la dotación antártica.

Manuel Pillafán era un hombre sano y robusto, pero tenía los pulmones encogidos. Un golpe recibido cuando era niño le había provocado una lesión invisible en el espinazo y le había abreviado las costillas. Suplía su escasa resistencia con una enorme voluntad, pero el clima austral pudo más que eso.

Dos horas después de llegar a la base Aguirre Cerda el oficial Pillafán empezó a toser y quince días después, en medio del delirio que le producía la fiebre, tuvo el primer vómito de sangre. No lo pudieron evacuar hasta una semana después, al aterrizar el Gruman con las provisiones.

Ingresó a la sala de tratamiento intensivo del hospital militar con pronóstico reservado, pero se recuperó en un mes. Su hoja de servicio, impecable, derrotó la connotación que tenía la tuberculosis y también se salvó de la baja. Pero no tuvo otra alternativa que

aceptar un cargo militar en el hospital. Los controles médicos así lo exigían.

En un encuentro de la Sociedad de Siquiatría en la que Sanidad militar hace de anfitrión, conoció a Lailacar y a Estévez Morales. Fue un adherente incondicional de MAPA desde un comienzo. El Sucesivismo lo interpretaba.

Permanece adscrito a seguridad militar en el hospital hasta 1973. A fines de ese año y gracias a las influencias de Estévez Morales y al alta de Lailacar, es trasladado a Temuco y nombrado comandante del fuerte Beauchef.

El fuerte Beauchef, así llamado para honrar la memoria del ilustre general no es más que la sede de la guarnición militar de la provincia de Temuco. No ignoraba Pillafán que el nuevo cargo tenía más obligaciones administrativas que militares, las cuales eran responsabilidad de un coronel de artillería, pero no objetó el cambio. Su enfisema residual que lo había atado al hospital militar lo molestaba ocasionalmente y ya se había aburrido del trato afectado de los médicos, servil después del golpe, del olor a mierda de los enfermos y de la seducción permanente de las enfermeras. Su trabajo se había hecho interesante recién en los últimos meses, cuando había presenciado la autopsia del Presidente Allende o había tenido que decidir sobre el destino final de los prisioneros moribundos del estadio nacional, de Villa Grimaldi o de Tres Alamos.

Ya en el sur, se reveló su verdadera y torcida personalidad. Es el desconocido protagonista del episodio de los hermanos Pillafán.

Claudio y Pascual Pillafán, hermanos de padre de Manuel, habían sido los caudillos de la reforma agraria de la zona. Habían aceptado a duras penas la propuesta por Frei y cuando asumió Allende fueron de los primeros que se hicieron propietarios por la vía de las tomas ilegales.

Muchas veces sus propiedades fueron fumigadas desde el aire con altas concentraciones de pesticidas que inutilizaron sus cosechas. A ellos y a quienes con ellos luchaban le fueron negadas las mercedes de agua y anegados sus papales. Pero no cesaron. Tenían el respaldo de las autoridades durante el gobierno popular y nunca temieron la

revancha de los latifundistas.

Pero intuían que el golpe de Estado haría diferente los modos de lucha. Vendría la guerra sucia.

Ambos eran casados y tenían hijos y el 20 de Septiembre de 1973 abandonaron sus tierras y huyeron hacia la cordillera.

Andrés Chicao, un indio analfabeto y resentido fue nombrado alcalde de la comuna de los Pillafán por la autoridad militar. El no quiso que el nombre de los hermanos se transformara en leyenda y en motivo de resistencia del pueblo mapuche. Así se lo dijo al gobernador.

-¿Y qué sugieres Chicao? -le había preguntado el coronel Urbubia dudando de la capacidad revolucionaria de dos indios fugitivos.

-Atraparlos, su Excelencia, que si no nos pueden revolver el monte.

-¿Atrapar a dos indios cabrones?

-Son los Pillafán, Excelencia.

-Todos Uds. son como los bueyes, sirven para caparlos y ponerles el yugo.

-Si, Excelencia.

-¿Quieres que los liquidemos?

-Si, Excelencia.

-Hay un oficial que es de los tuyos.

-El capitán Pillafán, Excelencia.

-Todos suenan igual.

-El sabe, Excelencia.

-Hazlo llamar.

-Gracias, Excelencia.

El capitán Pillafán pidió quince hombres, un helicóptero y el mejor equipo de transmisión. El sitio era boscoso y desconocido. La búsqueda demoró seis días. Los hermanos Pillafán descubrieron que eran perseguidos al segundo. Entregaron a sus mujeres y sus hijos en una reserva perdida en la sierra y se internaron en la cordillera.

Al quinto día Claudio Pillafán encendió una fogata con leña de peumo humedecida. Una hilacha de humo azul se elevó de las copas de

bosque.

-Así nos verán hermano -dijo Pascual mascando una bola de charqui.

-¿Ud. quiere seguir huyendo, hermano? -preguntó Claudio.

-Yo, si Ud. lo prefiere, estoy a su lado, hermano.

-Por eso encendí el peumo.

Manuel Pillafán entendió la maniobra.

-Nos quieren hacer creer que los hemos descubierto -le dijo al piloto del helicóptero.

-¿Y no es así?

-Nos están esperando.

Hizo descender al aparato en la ladera despejada de una colina y ordenó formarse a la tropa. Sus quince hombres iban equipados con ropa de montaña y armados con subametralladoras La Froigh.

Se estuvieron acechando un día y una noche y en la madrugada de un Domingo, los Pillafán atacaron. La balacera duró toda la mañana y al mediodía, con siete soldados muertos y las turbinas del helicóptero agujereadas, Manuel Pillafán cercó a sus hermanos. No se rindieron, Claudio Pillafán murió con una bala en la cabeza y Pascual fue capturado vivo, con tres balas en las piernas y el Karl Gustav agarrado por el cañon.

Manuel reagrupó a sus sobrevivientes, examinó sus heridas y envolvió a los muertos en sus propias mantas de agua. Después hizo aserrar dos ramas gruesas de avellano y amarró en ellas a Pascual.

-Echale parafina -ordenó a uno de los soldados.

Pascual clavó sus ojos en los de su hermano.

-¿Me va a quemar vivo, hermano?

-¿Qué otra cosa podría hacer?

Pascual Pillafán chasqueó la lengua.

-En mi bolsillo tengo mecha y pedernal.

-No es necesario -Manuel Pillafán extrajo su pistola de reglamento y le disparó apuntándole encima del ombligo. La parafina se inflamó con un fucilazo repentino.

No se oyó ningún lamento, apenas el crepitar del fuego y el aleteo de los pájaros que huían.

El coronel Urtubia lo felicitó y puso una nota en su hoja de vida.

No hay antecedentes sobre otras acciones heroicas o distinguidas de Manuel Pillafán.

Es rescatable en la biografía de este hombre la acuciosidad con la que siguió cursos sobre explosivos y el entusiasmo con el que sigue a MAPA.

Cuando es trasladado a Santiago, a la Academia de Guerra, sus contactos con Estévez Morales se hacen frecuentes y los lazos más estrechos. Sus conocimientos teóricos en voladuras y sabotajes son su mejor antecedente. Bernalles y Estévez ya le han asignado un lugar en lo que llaman el Momento Decisivo.

IX.-

Catorce alcanzó a ver mi detención. Aleteó contra el vidrio, lo golpeó, tocó el timbre de bajada, gritó pero no pudo conmover la indiferencia de los atribulados santiaguinos. Mi secuestro había sido consumado sin testigos. Era la norma.

Y Catorce tuvo una de sus corazonadas grandiosas. Llamó a Gaspar.

-Simón estaba inutilizado por el yeso -me argumentó más tarde.

Gaspar la recogió de la esquina de donde lo había llamado en menos de diez minutos. Y le dijo que su nombre auténtico era Isidoro Belzú, bisnieto del presidente boliviano del mismo nombre asesinado por Mariano Melgarejo. Asesinado por la espalda, en el que después se llamaría Palacio Quemado, mientras saludaba al pueblo que lo aclamaba. Que era un agente del belzuísmo en Chile donde, aunque contradictorio, complotaban los sucesivistas más poderosos del continente. Que la doctrina de Melgarejo, modernizada por Bernaldes se aplicaba en Argentina y en Uruguay, que amenazaba a Siles, que estaba a punto de exterminar al general y que contaba con el apoyo del Departamento de Estado y de Curbuelo.

-¿Quién sucederá al general?

-Los sucesivistas ignoran, siempre, el nombre del Sucesor.

Y coincidió con la idea de Catorce. Había que encontrar a Pillafán.

-Nos buscará en la casa del cerro.

Fue la segunda enorme corazonada de Catorce, la que me salvó la vida. Gaspar tenía un auto francés, deportivo y veloz. Llegaron al borde del cerro donde queda mi casa antes de las dos de la tarde. Gaspar-Isidoro se estacionó en una esquina alejada y subieron a pie. A medio camino tropezaron con mi vecino. Iba borracho, como de costumbre y ello no es, estoy seguro, una mala salida para alguien que viva en ese lugar tan esporádico.

-Qué idea -les dijo aludiéndome -esa de comprarse un perro tan crecido.

Una vez dentro de mi casa Gaspar recomendó a Catorce aparentar la calma más absoluta. Llamaron a Simón para asegurarse que no había habido movimiento en el departamento de Macul y consideraron prudente no esperar más de dos horas. Al cabo de ellas iniciarían mi búsqueda. Los hechos se precipitaron.

Pillafán apareció a las tres en punto. Y tocando la campanilla de la puerta.

-Es un bruto programado -dijo Gaspar en voz baja examinándolo por la ventana -no lo detendremos más que con un bazucazo.

Al abrir, Catorce se encontró con una Malachnikow punto cuarenta y dos apuntándole el corazón. No hizo ni dijo nada, lo dejó entrar. Era el día de sus instintos y el instinto le señalaba que Gaspar lo manejaría. Y Gaspar, sentado en la alfombra, leía los avisos económicos de un diario antiguo.

-Quiero todo el material divulgable que tengan sobre MAPA -exigió Pillafán cerrando la puerta con la suela del zapato.

-Siéntese Pillafán -dijo Gaspar -nosotros también queremos ayudarlo.

Le costaba razonar. Venía saliendo de una caída en helicóptero.

-El general nos ha descubierto y para que el Momento Decisivo no se malogre, debo allanar el camino y terminar con quienes puedan delatarme.

-Mal podríamos haberlo delatado, jamás hemos sido mapistas..., apenas podríamos haberlo denunciado y no lo hemos hecho.

-No más discusiones -Pillafán movió la pistola hacia adelante.

Estaba exhausto. Había conseguido sobrevivir a la explosión del plástico adherido a las hélices del helicóptero, se había arrastrado una noche entera por el barro y la maleza, había sorteado la vigilancia en el viaducto del Malleco, había asaltado a un camionero en el longitudinal sur y con sus ropas y el camión había podido llegar hasta Rancagua. Al amanecer, en las afueras de la ciudad, había podido robar una citroneta y por caminos interiores alcanzar Melipilla. El cerco no era tan riguroso en la carretera del litoral central. Pudo llegar a Santiago temprano y golpear en la oficina central de MAPA

Había sido abandonada por Bernales y por Estévez. Creyeron que capturado Pillafán, ellos serían descubiertos. Pillafán era más leal y testarudo de lo imaginado. Un agente de chapa, el único que quedaba en el lugar, le informó de mi existencia y mis intenciones. El le dijo, a su vez, que consideraba un deber de seguridad eliminarme antes de intentar lo propio con el general.

Bernales y Estévez se enteraron de la noble tenacidad de Pillafán cuando supieron que no había muerto y regresaron al cuartel de MAPA.

-Pero yo no soy el editor -dijo Gaspar.

Pillafán aguzó la vista y vaciló.

-¿Cómo puedo creerle?

-Le sirve un documento de identificación -Gaspar le mostró su pasaporte.

Lo hizo poner en el suelo y lanzar con un golpe de pie. Lo recogió y lo estudió con ojo de experto.

-¿Dónde está, entonces?

-Lo tienen Uds.

-Nosotros...no es posible.

Gaspar señaló el teléfono.

-Llame.

Gaspar es genial.

Pillafán puso la pistola en el cinto, muy al alcance de su mano y retrocedió hasta el teléfono empotrado en la pared.

Catorce tuvo una corazonada más. Porque en el instante en que Pillafán terminó de marcar el número de MAPA, Gaspar se arrojó contra él, lo derribó abrazándose de sus rodillas y le apretó un puñal de doble filo en la garganta. Catorce alcanzó el fono antes de que diera contra el piso.

-Tenemos a Pillafán -dijo -queremos a nuestro amigo.

Bernales aceptó el trato.

Las partes decidieron entregar a sus respectivos cautivos en el patio encerrado de la iglesia de los Dominicos a las ocho de la tarde.

No hubo incidentes en el trueque. Gaspar elevó su amistad hacia mí por encima de su belzuísmo y permitió que yo fuera liberado.

Nunca había estado tan cerca de dar un golpe mortal a MAPA.

Esa noche comimos en el departamento de Catorce. No nos sentíamos a salvo, pero teníamos la certeza de que MAPA tardaría en reconsiderar una nueva agresión. Simón estuvo especialmente divertido, el Chianti de Milena bien temperado, Catorce muy cariñosa y Gaspar circunspecto. Nos sorprendió la hora conversando y dormimos desordenados en el piso alfombrado.

Al día siguiente, recién empezábamos el ritual del café, cuando sonó el timbre. Era el mayordomo, con una carpeta bajo el brazo.

-Me la encargaron para Uds. hace rato -dijo.

-No quiero más -dijo Catorce recibéndola.

-Yo tampoco -agregué reconociendo la letra de Bautista.

El mayordomo descubrió en nosotros la inefable marca de la locura, nos volvió la espalda y se fue por las escaleras.

Yo abrí las cartulinas delante de mis amigos y descubrí los titulares de los principales matutinos de la capital y una breve nota introductoria de Bautista; ella decía:

'De como se entenderá la forma en la que se desperdició una tonelada de dinamita y la idoneidad de un buen dinamitero.'

No habíamos escuchado las noticias de madrugada de radio Cooperativa.

Y El Mercurio: 'Grave falla en las matrices de gas de Santiago causa tragedia...'

'Destruídos dos edificios en el barrio cívico...'

'Evacúan pasajeros del hotel Carrera...'

'El general despachó materias de gobierno desde su residencia en Lo Curro...'

Y La Tercera: 'Voló La Moneda...'

'El presidente en Consejo de Gabinete en su residencia de Lo Curro...'

'Siete carabineros de la Guardia Presidencial heridos de gravedad...'

'Se ignora número de muertos...'

'Sumario administrativo en la Superintendencia de Gas y Servicios Eléctricos...'

Y Las Ultimas Noticias: 'Aterradora explosión en el centro de

Santiago...'

'La mitad de La Moneda vuela por los aires...'

'El general, aquejado de gripe, atiende asuntos de gobierno en Lo Curro...'

-Son sólo titulares -dijo Catorce.

-Dame una cerveza -pidió Simón.

-Con un chorro de aguardiente para mí -digo.

-Para todos -dice Gaspar.